



ETERNA *perdición*

AMORES ETERNOS I

CLAU PARDO

ETERNA PERDICIÓN



CLAU PARDO

Eterna perdición.

© 2019 Clau Pardo.

Primera edición, noviembre 2019.

Valparaíso, Chile.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, y su transmisión en cualquier formato o medio sin autorización previa de la autora. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN-13: 9781702646857

DEDICATORIA

Esto es para ti, mi ángel, mi hermana; es inevitable pensarte en cada paso que camino. Y para Olivia, por enseñarme el verdadero significado del amor incondicional.

PARTE I
MEMORIAS DE UN PASADO PRESENTE



«Asomaba a sus ojos una lágrima
y a mi labio una frase de perdón;
habló el orgullo y se enjugó su llanto,
y la frase en mis labios expiró.
Yo voy por un camino; ella, por otro;
pero, al pensar en nuestro mutuo amor,
yo digo aún: ¿Por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿Por qué no lloré yo?»

Rima XXX - Gustavo Adolfo Bécquer

1
MALETAS MORADAS
BENNET



Suelo evitar los ascensores por muchas razones de vida o muerte, como posibles incendios, cortes de electricidad, fallas en el sistema, o cualquier otra tonta excusa que me libre de quedarme encerrado en uno de ellos. Pero estoy cansado, sudado, con las manos rojas por el exceso de peso y con unas ganas terribles de meterme a la ducha para quitar todos los residuos del reciente trote matutino, así que, sin pensármelo más de la cuenta, dejando atrás mis miedos infantiles, me subo a la caja metálica de tortura con una inseguridad que haría reír a cualquiera que no conociera mis temores.

Dejo con suavidad las bolsas del supermercado en el suelo, me aseguro de no romper los huevos ni reventar el cartón de leche que compré antes de llegar. Ante aquello, la sangre de mis manos regresa a circular con normalidad, por lo que intento relajarme, respirar hondo. Realizo cada uno de los ejercicios que mi antiguo terapeuta me enseñó para disminuir la tensión o, por lo menos, distenderme de la realidad y transportarme a otro sitio, porque si visualizo el lugar donde me encuentro, acabaré con toda madurez escondida en mí y me largaré a llorar como un niño ante la cara de un feo payaso. Me pesa el hecho de no poder dejar de temblar luego de tantos años intentando superarlo. Odio y odiaré por siempre estas máquinas del demonio.

Y todavía no se pone en acción.

Cierro los ojos por unos segundos eternos, espero a que las puertas del viejo ascensor se junten para llegar a la comodidad de mi hogar sin novedades, con toda la intención de bañarme y comer algo a la vez que veo otro capítulo de *Breaking bad*, pero el ruido de unos tacones ágiles y el caos que se avecina me hace abrirlos con rapidez, atraído como un imán a la melodía que estos crean.

—¡No, no, no! ¡Espere! —grita la portadora de dos grandes maletas moradas al entrar con escándalo al edificio donde vivo. Quiero reírme de su cabello despeinado o de su rostro rojo por el desespero. No obstante, mi cerebro hace un sonoro *clic*, me recuerda que no tengo ni puta idea de cómo se detiene esta cosa, ni cómo funciona, al parecer—. ¡Que no se vaya, jolines, que no se vaya! —insiste a centímetros de distancia.

Alabo su capacidad para caminar en esos zancos de la muerte y no quebrarse un tobillo, sus

piernas lucen espectaculares con aquella falda corta que las realza y, aunque no debería pensar en sus piernas cuando entra al ascensor con la frente perlada por el sudor, los labios gruesos entreabiertos y múltiples quejas por este cacharro que aún no da señales de vida útil, lo hago de todos modos, porque sin dudas es una mujer atractiva.

—¿A qué piso? —pregunto, para no quedar como un imbécil.

—Al tercero, gracias. —Sonríe sin mirarme. No ha levantado sus ojos hacia mí en ningún momento, mas no es necesario para saber que es guapa. Que digo guapa, guapísima.

Aprieto el famoso botón y por arte de magia las puertas se cierran con un chirrido estruendoso. El sudor frío de mis palmas no tiene freno, de pronto se traslada a mi frente, reptando por mi columna y acaba en mis piernas, me entumece por completo; advierto borrosa en el espejo la palidez de mi rostro, pero los bordes difuminados me dificultan el proceso, solo veo a la chica junto a mí, enfrascada en su teléfono, ignorante de todas las posibilidades que existen de quedarnos encerrados aquí, mientras que un ligero mareo amenaza con eliminar mi integridad física y mental, me humilla de una manera irremediable ante una extraña. Sí, un día normal en mi vida de mierda.

—¿Te sucede algo? —inquire ella. No sé si porque luzco fatal o porque ya es notorio que el aire comienza a faltarme. El reflejo de su cara en el espejo me juega una mala pasada, de pronto se me hace demasiado familiar. Me limito a sonreír suave y niego con la cabeza. Error. El movimiento acentúa el mareo incesante, por lo que me apoyo en una de las frías paredes que nos rodean.

—Debe ser una maldita broma. —La oigo susurrar, o es lo que supongo porque se escucha tan lejano que podría estar gritando en este momento y yo ni cuenta me daría. Se agacha e inspecciona las bolsas sin mi autorización. ¿Debería recriminarle su invasión a mi privacidad?— ¿No se te ocurrió comprar algo de chocolate? Toma, bebe esto.

Quiero decirle que limito mi consumo de azúcar cuando el líquido me refresca la garganta, el alivio es evidente luego de eso, al igual que mi bochorno ante el casi desmayo que sufrí frente a ella.

¿Acaso no puedo tener un día de suerte?

—Gracias —suspiro al final, intento regular mi respiración.

—Sí, de nada, pero deberías evitar ejercitarte sin desayunar o lo que sea que te haya causado esta descompensación, es terrible para tu salud. ¿Te das cuenta que casi soy testigo de tu muerte? No, por favor, estoy en medio de una mudanza, ¿tú crees que tengo tiempo para las interrogaciones policiales? No, no, no. Dios mío, además eres... gigante, no es como que pudieras desmayarte como una linda paloma en mis brazos que, a todo esto, no se ejercitan hace bastaaaante... ¿Notaste cómo venía con las maletas? Apenas las soporto y...

—Oye, oye, tranquila. No me morí ni nada parecido —interrumpo su trágico escenario y río para restarle toda la importancia que ella le dio al asunto. Si antes deseaba que me mirase, ahora solo deseo que no lo haga para que la incomodidad de sus ojos escrutadores tenga otro objetivo. En serio, ¿cuánto se demoran estos cacharros en llegar hasta un tercer piso? Creo que han pasado horas, y ella me observa como si fuese un pequeño e indefenso cachorro que necesita adoptar lo más pronto posible. A lo último, me rindo ante lo intenso de su mirar, ante sus orbes penetrantes que parecen quemarme, y es que me queman, mi cuerpo entero se incinera en automático al percatarme de lo que ocurre en realidad.

Es que, ¿cómo no pude darme cuenta antes? ¿Cómo pude olvidar el tono melodioso de su voz?, ¿la agradable curvatura de su sonrisa? Ella está aquí, junto a mí como en el mejor de mis sueños.

Sin embargo, el silencio que nos rodea es tan ensordecedor que no sé cómo llenar el vacío que retumba en mis oídos.

—¿Tengo un moco? —me dice, se cubre la cara con ambas manos ante mi imperturbable atención a sus ojos miel y las mejillas teñidas de ese rosa cautivante que me ha perturbado cada noche desde que tengo conciencia de su presencia en este mundo. Sigue igual que siempre, ¿cómo no me di cuenta antes? Sus divagues, esa tendencia a hablar más de la cuenta cuando está nerviosa. Por Dios, Lucy está aquí, viéndose más madura, más mujer y, en definitiva, más guapa de lo que puedo recordar.

—¿Lucy? —Encuentro mi voz—. ¿Eloísa, eres tú?

Y como una señal divina, o una maldición infernal, las puertas metálicas del ascensor se abren en el tercer piso, en mi piso, en el suyo. ¿Eso significa que vivirá aquí? ¿Lucy será mi vecina? Hay tantas preguntas, tantas posibles respuestas, tantas palabras que podría decir, pero que mi boca se empeña en callar porque estoy demasiado sorprendido en este momento para hacer una conexión decente entre ella y mi cerebro. Sus luceros se abren al mismo tiempo que la ventana sellada de mis esperanzas, la veo correr con sus maletas moradas. Sin embargo, soy incapaz de realizar alguna acción coherente con mis deseos, así que es lo último que veo de ella antes de que desaparezca por el pasillo tal como se esfumó de mi vida en estos ocho años.

Tomo las bolsas de la compra con premura, intento alcanzarla en vano. Solo hay dos puertas en este pasillo, una pertenece a mi departamento, la 3B, en cambio, la de enfrente marcada con un 3A en letras doradas, se cierra con un golpe estrepitoso, lo que me obliga a dar media vuelta y entrar a mi hogar con la visión de un oráculo no predicho en el que nos volvemos a encontrar.

Y todo por tomar el bendito ascensor.

¿Quién diría que ese detestable instrumento maligno me regresaría así de fácil la felicidad? Nadie, por supuesto. Hace menos de un minuto mi escepticismo ante el destino me abofeteó en la cara y con la mejor de las sorpresas que aquel miserable futuro escrito podía brindarme.

Me mantengo recargado en la puerta tras dejar las compras en el suelo, sin creer del todo lo que acaba de suceder. Hace no más de una hora, el único panorama que tenía era salir a correr, internarme en las calles de la ciudad, llenar los pulmones de aire fresco y devolverme a casa como si nada hubiese ocurrido, como si fuese un día normal en el que, posteriormente, retozaría como un vago, vería mi serie favorita y comería chatarra para no perder el equilibrio natural de mi existencia, pero está más que claro que ante este fascinante y repentino acontecer mis planes han cambiado de forma drástica.

Todo cambió en un segundo. La vida se puso de acuerdo con algún ser divino para dejar de ser tan monótona e inservible; la perra buena suerte de pronto se puso de mi lado de una vez por todas y, como recompensa ante su ausencia durante la mayor parte de mi vida, me trajo a la chica de mis sueños directo a la entrada de casa. ¡Esto no puede ser más perfecto! Estoy loco, loco por verla otra vez, por tocarla, besarla, cualquier cosa que me diga que ella es real, que de verdad está aquí.

—Tienes cara de haber visto un fantasma. —Escucho de repente. Pego un salto por el susto tremendo, una de mis manos va directo a mi pecho que aún sube y baja por la impresión anterior, por el trote, por la abrumadora oleada de sensaciones y recuerdos que me alcanzaron como un rayo en cuanto la vi.

—¡Mierda, Carli! Casi me matas del susto.

—Sí, definitivamente viste un fantasma —recalca, se mete una cuchara con pastel a la boca. *Mi pastel, cabe recalcar.*

—¿Qué haces aquí a esta hora?

Avanzo hasta ella, aparento una calma que no reside en mí, le robo la cuchara y acabo de comer lo que queda en el plato. No es mucho, pero la comida me quita la ansiedad, es un hecho.

—¿Vine a verte? Es obvio, tontín, ¿qué no viste todas las llamadas que te dejé? —responde la rubia. Sus mejillas se encienden cuando nuestros ojos se ponen en contacto, los de ella, un tono más oscuro que los de mi nueva vecina, parecen maravillados por verme, mientras que los míos solo desprenden urgencia, urgencia de que se vaya pronto.

Vuelvo a las bolsas de compra y me dedico a ordenar su contenido tras dejar el plato con el resto de la torre que aún no he lavado, maldigo en mi cabeza el día en que le mostré el escondite de mis llaves.

—Si no contesto es por algo —mascullo—. Fui a correr, y sabes que no atiendo el celular en la calle, ya he perdido demasiados para que este me lo roben.

—Eso es porque tienes la cabeza en cualquier lado, Bennet. —Y claro, ella tiene razón.

Se levanta con esa sonrisa coqueta que suele utilizar cuando viene a verme, camina hasta mí como si estuviera en la mejor pasarela del mundo y se pega tanto que nuestros pechos se rozan al mismo tiempo que nuestras respiraciones comienzan a mezclarse. Hemos hecho esto tantas otras veces, mas ahora se siente distinto. ¿Ya he dicho que todo cambió luego de volver a ver a la chica de las maletas moradas? Pues no exagero. En un abrir y cerrar de ojos la atracción que alguna vez sentí por Carli se ha esfumado como el humo de un cigarrillo; no quiero tener ninguna clase de aproximación con ella sabiendo que Lucy está tan cerca, tan posible, tan tangible. Las probabilidades de joderlo sin siquiera haberlo intentado son demasiado altas como para querer arriesgarme. Por eso, cuando la rubia comienza a meter sus manos por debajo de mi camiseta, tomo sus muñecas con suavidad para frenarla sin parecer un cabrón de proporciones considerables, lo soy de todos modos, pero ella no tiene por qué saberlo.

—¿Sucede algo? —cuestiona, casi pegada a mis labios.

—No, es solo que estoy sudado, me iré a duchar.

—Sabes que no me importa, mucho menos cuando te he extrañado tanto —insiste y me siento como el peor pendejo del universo.

—Carli —suspiro, cansado—. Hoy no, ¿está bien?

—¿Hoy no?

—Hoy no.

Se separa de mí con la decepción bailando en sus ojos castaños, mas la disfraza demasiado bien con una sonrisa instantánea que adorna sus bonitos y deliciosos labios... *No, hoy no.*

—Te prepararé algo de comer —pronuncia, asalta la nevera en un dos por tres—, a eso al menos no te vas a negar.

Le doy un corto beso antes de ir a ducharme con el sonoro bufido que brotó de su interior, hace eco en mis oídos. Sus besos me encantan, no lo niego, toda ella me encanta, el problema es que no la amo y, conociéndome, sé que jamás seré capaz de amarla como lo desea. Me gusta, sí, es bonita, divertida, no me presiona ni pregunta cosas que no quiero responder, comprende a la perfección el concepto de *relación libre* y jamás la he escuchado quejarse al respecto, por lo que es la mejor alternativa a la hora de buscar a alguien que caliente mis noches frías. Salir no es lo mío, menos los antros, ni las citas programadas, los sitios de internet o cualquiera de esas estupideces modernas que hace la gente hoy en día para encontrar pareja, y es que tampoco quiero una, no puedo tener una novia si no voy a entregar todo de mí, así que con Carli pasamos el rato y nos conformamos el uno con el otro, nos acompañamos en nuestra soledad. O bueno, yo me

conformo, ella siempre ha querido algo más.

El jabón no solo me aclara las ideas, también aflora mis recuerdos. Una pequeña Lucy de doce años se pasea por mi mente como en una cronología desde el primer momento en que la vi abrazada de su hermano hasta el movimiento de sus desarrolladas caderas corretear por el pasillo hace unos instantes. Intento despejarme con el agua caliente, distraerme con cualquier cosa para dejar de pensar en ella con tanta intensidad, mas me es imposible. Ni la presencia de Carli en la cocina es tan poderosa para despejar mis sentimientos avasalladores que irrumpen en mí como una maldita bola de demolición. De pronto, *Wrecking ball* comienza a sonar en mi cabeza, me abstrae de la realidad, pero el instante de relajación dura un par de minutos.

Es increíble la tensión que siento en todo mi cuerpo, como si mi cerebro hubiese pulsado un interruptor invisible, cambió a *modo inquietud* sin mayores inconvenientes, intento alargar mi ducha a la espera que el agua caliente haga lo suyo, pero creo que no estaré tranquilo ni en plenitud mientras Carli siga tan cerca y Lucy tan lejos. De verdad quisiera ser uno de esos tipos crueles e insensibles para poder echar a mi no bienvenida acompañante sin remordimientos, aunque si consideramos que a su vez es mi amiga, simplemente no puedo hacerlo. Tal vez si no nos conociéramos durante tanto tiempo o si fuese solo una extraña, sería mucho más sencillo tomarla del brazo y sacarla a rastras, mas no. Carli es una buena amiga y una distracción aún mejor. Me escucha, me apoya, me acompaña en los momentos de soledad. ¿Por qué no podía ser una maldita y dejarme como lo hacen todos? ¿Por qué diosito me manda buenas personas cuando he sido tan cabrón en la vida?

No es por compararlas. No obstante, la rubia me recuerda mucho a esa niña que conocí hace ya bastante tiempo, aquella que se transformó en mi mejor amiga, luego en la chica que amé como a nadie y que con el paso de los años se convirtió en una desconocida que solo vivía en mis memorias agrídulces; la misma que se acercó sin esperar nada a cambio y que me tuvo una paciencia inigualable. Carli, para mí, es un reflejo de Eloísa, tal vez una idealización imperfecta de los momentos que compartimos. Sin embargo, ella jamás lograría meterse bajo mi piel, jamás lograría hacerme vivir como Eloísa lo hizo y era triste, de proporciones jodidas, si me tomaba un minuto para ponerme en su lugar.

Termino un poco más claro, un poco más ansioso, con el anhelo de ir luego a aquel encuentro que ahora es posible y creo que eso es lo que más me emociona, que todo ahora es posible, que existe una mínima posibilidad de que Eloísa continúe amándome como yo lo hago. Enrollo una toalla alrededor de mi cintura para salir a mi cuarto con la voz de Carli de fondo, habla sobre no-sé-qué ni con quién por teléfono. Esa mujer debe gastar millones en llamadas porque vive para conversar por su celular como si no existiese otro medio de comunicación instantáneo en estos tiempos modernos.

Me visto con parsimonia, ensayo lo que diré cuando golpee su puerta, salgo al pasillo mientras observo mi teléfono, busco el número de mi madre para contarle las buenas nuevas y, cuando estoy a punto de marcar, me estrello de frente con el sonido de una risa suave que me provoca escalofríos. Levanto la cabeza de inmediato, olvido de pronto lo que hago, para dónde voy y quién soy, solo puedo verla a ella, con el rostro sonriente, sentada en el sofá color caramelo. Entretanto, Carli le habla de algo que no logro procesar porque estoy muy absorto con todo esto, demasiado sorprendido por su presencia aquí, en mi hogar, con Carli. Mier-da.

Sus ojos dulces como la miel se posan en mí e intento sonreír, creo que lo hice bien porque ella me sonrío de vuelta y así nos quedamos, observándonos como bobos, estudiándonos como a nuestra materia favorita, utilizamos esa magnífica habilidad de recitarnos los *te quiero* que nos

debemos solo con una mirada.

—¡Oh, cariño, ya estás listo! —exclama Carli con excesivo entusiasmo, rompe la magia de sopetón y... esperen, ¿acaso me dijo *cariño*?—. Tu nueva vecina vino de visita, dijo que te conocía así que la hice pasar.

—Está bien —digo, aún sin quitarle la vista de encima a *mi nueva vecina*, mas ahora parece más incómoda de lo que puedo recordar haberla visto alguna vez. No es para menos, yo me encuentro del mismo modo—. Yo... Hola. Estás aquí.

«*Bravo, Bennet, articulaste más de dos palabras*».

Eloísa junta las manos sobre sus carnosos muslos, enreda sus dedos con un nerviosismo palpable. No la culpo porque yo estoy igual o peor, deseo que por algún evento sobrenatural Carli desaparezca y nos deje a solas para no sufrir más de estos lapsus donde parecemos dos desconocidos reunidos por una casualidad poco comfortable.

—Yo, no... Quiero decir sí... sí, hoy llegué y... Tal vez debería irme, no quería interrumpir su tiempo de pareja —tartamudea.

—No interrumpes na...

—No somos pareja.

Decimos Carly y yo al unísono, causamos una confusión en Lucy delatada por su expresión insegura y una obvia molestia en la rubia por mis palabras. Me importa un pepino que se enoje, no porque no me interese ella en concreto, sino porque sabe que no somos novios y el solo hecho de insinuarlo ante cualquier persona nos deja en un abismo que no estoy dispuesto a saltar. Me presiona, me desestabiliza, me hace sentir un desagrado hacia su persona que no quiero sentir para no dañarla, pero me obliga a repelerla.

—Perdón por esto. —Me adelanto antes de que le provoquemos otro pesar por malos entendidos—. ¿Quieres quedarte a comer, tal vez beber un café?

Veó cómo desvía la mirada, si aún recuerdo sus gestos como creo, eso significa que lo duda. De seguro piensa que existe una situación aquí cuando en realidad no pasa nada, pero no sé cómo aclararlo todo sin arruinar todavía más las cosas con Carli. Esta es una de las razones por las que tenía todo planeado en mi mente. Iría a su casa, le ofrecería mi ayuda con la reciente mudanza, aplazaríamos la incómoda conversación y ya luego le declarararía mi amor a los cuatro vientos a la espera que mis horas invertidas viendo películas románticas dieran buenos frutos. Improvisar no me sirve, es inequívoco que, de una u otra forma, terminaré por joder todo, como ahora, por ejemplo.

—Sí, quédate —acuerda la rubia como si fuese la anfitriona principal, otra cosa que me molesta y me guardo para otra ocasión—. Hice mis huevos especiales.

—De acuerdo, me quedaré —acepta Lucy con una gran sonrisa, lo que me alegra y aterriza al mismo tiempo. Quiero dar saltitos de felicidad mientras grito de pánico por lo que esto puede significar.

Sé que no me debo ilusionar, sé que debo mantenerme calmado para no ahuyentarla. No obstante, las ganas de por fin gritarle todo lo que siento son proporcionales al miedo que me da encararla. Y, aunque mi amor por ella no ha disminuido ni un poco —sino que todo lo contrario—, me paraliza pensar en su rechazo.

Pero seré optimista o al menos lo intentaré. Quiero imaginar este espontáneo escenario como una oportunidad más para arreglar todos los daños que causé en el pasado. Como una oportunidad para comenzar aquello que nunca tuvo un inicio, eso que dejamos suspendido en el aire hace ocho años.

2

EL VERDADERO COMIENZO

BENNET



Cuando conocí a Lucy, hace ya doce años, no tenía idea de lo que acabaría siendo para mí en un futuro cercano. No sabía que sería la chica que me tendría ansiando cada centímetro de su cercanía, arrastrándome de rodillas por un poco de atención. Ella fue una luz en mi penumbra, un respiro ante el contaminado aire que exhalaba mi existencia.

Tenía dieciséis años en ese entonces, ella doce. La diferencia de edad no es significativa ahora que somos mayores, pero en ese tiempo me aterraba pensar que estaba enamorándome de una niña. Aunque ese no fue el factor más importante para que decidiera mantener una distancia tolerable, nuestro gran problema se llamaba Víctor Santana, el hermano mayor de Lucy, mi único y mejor amigo en ese lugar al que solía llamar hogar. Él, junto a la incertidumbre por los sentimientos de Eloísa hacia mí, impidieron declarar mi amor como deseaba, porque yo anhelaba amarla como nunca y como nadie.

Mamá y yo nos habíamos mudado a Prince Lake —un pintoresco pueblo ubicado a las afueras de Nueva Jersey— debido al traslado que le ofrecieron en el hospital donde trabajaba como enfermera. Gracias a la situación que vivíamos en Florida, ella no dudó en aceptar el empleo, quiso escapar de todo, menos de mí que, aunque tuve la oportunidad de quedarme con mi progenitor, no podía dejarla sola, no en ese momento. Fuera de los problemas, el dinero extra nos convenía, y en caso de alguna carencia, haría uso de mis habilidades como mecánico o cualquier cosa que se me ocurriera en el momento. No teníamos un plan, no teníamos nada, solo la certeza de no querer seguir viviendo en un hogar destruido e irreparable.

No contaba con tener que repetir un exhaustivo proceso de adaptación.

El primer día en mi nueva escuela me sentía perdido, en un mundo muy distinto del que provenía. No, los chicos no eran de otra especie, ni nada de ese estilo, pero así se percibía al ver a tanto rostro desconocido deambular por los pasillos. Me abrumé al instante por sus vestimentas coloridas y por la cantidad de estudiantes que se abrazaban eufóricos tras no verse en lo que parecía toda una vida. En mi antigua escuela usábamos uniformes bastante aburridos, por lo que todo era bastante novedoso para mí que, vestido lo más opaco posible, me empeñaba en no llamar la atención.

Atravesé la multitud con la frente alzada, intenté no mostrarme intimidado ante tanta alegoría. Era bastante alto para mi edad, por lo que era difícil pasar desapercibido, pero la adolescencia es una etapa tan ensimismada, que lo logré. Me dirigí a dirección para recoger mi horario y allí,

rodeado de un montón de estudiantes igual o más perdidos que yo, se encontraba Víctor.

Por supuesto que en ese instante no tenía idea de quién era ni qué hacía, no hasta que me uní a la multitud y lo escuché dando todas las indicaciones pertinentes respecto a las actividades del primer día antes de comenzar a llamar a cada uno por sus nombres para entregar el ansiado horario. Desde lejos parecía un buen chico, rasgos amables, lentes de pasta que ocultaban sus ojos marrones y una expresión que, acompañada de su postura relajada, dejaban en evidencia lo cómodo que se sentía estando a cargo de los simples mortales como yo.

—¡Bennet Lewis! —bramó, con tono autoritario, interrumpió el análisis superficial.

Levanté el brazo para que me notara entre el resto de los novatos, se dirigió a mí con una sonrisa afable y me tendió la hoja donde se leían mis clases por el siguiente semestre.

—Tú vas conmigo —continuó, asumía que había escuchado toda su cháchara previa—. Espera a que acabe de unir al resto de los voluntarios con sus novatos y comenzamos el recorrido.

Y así, luego que cada chico nuevo tuviera una pareja y tras largos minutos de recorrido por todos los rincones del establecimiento, nos convertimos en buenos amigos. Fue fácil si consideraba lo mal que se me daba hacer amistades, por lo que agradecemos el plan *un amigo en tu camino* —como decidimos llamarlo entre bromas— que se implementó ese año. Durante el conveniente tour, nos enteramos de nuestra mutua afición por el baloncesto, los videojuegos y los Beatles. No necesitamos más que eso, junto a un horario de clases igual, para saber que nos llevaríamos bien.

—¿Has visto esta serie *Glee*? —preguntó el viernes de esa semana mientras caminábamos a su casa—. Ahí aparecen muchas canciones de *The Beatles*.

—Lo sé —suspiré resignado, odiaba los covers—, no comprendo cómo alguien prefiere eso a las versiones originales.

Era terrible pensarlo o tal vez era mi problema al ser un fetichista cuando de música se trataba, más si hablábamos de mi banda favorita.

—Ni me lo digas, *bro*, a mi hermana le encanta esa serie, así que no creo que debas comentarlo en su presencia. Ama todas esas cosas.

—Eso es lo bueno de no tener hermanos —reí—, no cargo con esa responsabilidad. Tú, en cambio, has hecho un pésimo trabajo al no mostrarle a tu hermana lo que es la buena música en su estado original.

—Lo sé, lo sé —agregó, golpeó su pecho con el puño y puso un gesto de dolor, como si un puñal le atravesara el corazón. Luego descubriría que el drama era una cuestión de familia—, he fracasado como ser humano. Pero eso es lo que hacemos los hermanos mayores, no podría dejar de consentirla y le haría el mejor espectáculo con las peores canciones de la historia si ella me lo pidiera.

Reí y él me siguió. Por primera vez sentí que una amistad podía valer la pena. Por unos minutos encajé. Intenté hacerlo durante la semana cuando Vic me presentó a algunos de sus amigos del equipo de baloncesto de la escuela, mas ninguno me agradó. Y es que tenía un detector de idiotas arraigado a mi sistema, así que este aparatito invisible situado en la parte lateral de mi cerebro casi explotó ante la presencia de tanta estupidez humana. Preferí guardar mis distancias con ellos, solo tenía espacio para un idiota en mi vida y ese era yo. Sin embargo, asumí que debía fundirme con el grupo si pensaba ser parte del equipo, esa era la desventaja de todo el maldito asunto.

Llegamos a un barrio tranquilo, donde todas las casas eran parecidas, con bonitos jardines brillantes por el césped bien cuidado, algunos con flores coloridas interrumpiendo entre tanto

verde. El jardín de los Santana, por cierto, era uno de los últimos, con bonitas caléndulas naranjas y amarillas que adornaban gran parte del lugar.

El pórtico blanco como el resto de la casa era amplio, con una mecedora de dos cuerpos en una de sus esquinas y una enredadera verdosa en la entrada. Me pareció un buen sitio para descansar luego de un largo día de trabajo, por lo menos a mamá le encantó apenas lo conoció meses después y solía sentarse allí con la madre de Lucy a tomar café cuando tenía las tardes libres.

Recuerdo que lo primero que vi cuando Víctor abrió la puerta fue un par de mejillas regordetas y sonrosadas, seguido de unos ojos color miel que brillaban más que cualquier lucero. Sus pequeños bracitos rodeaban a mi amigo con ahínco, aferrándose a él como si no se hubiesen visto en una vida entera. Me comentó que su relación era buena, pero no pensé que fuera tan buena como el más puro amor fraternal que se manifestaban en ese instante.

—¿Qué haremos hoy? —le preguntó la niña con notorio entusiasmo al soltarlo, sin fijarse en ningún momento en mi presencia, pese a eso, yo sí me fijé en ella, en su largo cabello castaño que caía ondulado sobre su cintura, en la bonita sonrisa infantil cargada de sueños e ilusiones y, por sobre todo, en la armoniosa voz que poseía, como si escuchara mi canción favorita cada vez que la pequeña abría la boca.

—De hecho, Ely, hoy vine con un amigo —mencionó Víctor, miró hacia mí, causó que ese par de grandes ojos siguiera la dirección de su hermano—. Él es Bennet, y creo que lo verás seguido por acá.

Y, en efecto, así fue. Nuestra amistad creció de manera considerable con el paso del tiempo. Los tres éramos uno, nos fundíamos como el oro para formar la mejor de las uniones. No importaba la diferencia de edad, nos complementábamos, aprendíamos de nosotros mismos y nos acompañábamos en cada momento, difícil o sencillo. Hasta que de forma inevitable uno de nosotros falló.

Yo fallé.

Por eso me parece irreal que Lucy esté justo frente a mí en este momento, la cual picotea su comida mientras a simple vista se nota cómo intenta no cruzar miradas conmigo. Aquí estamos, uno frente al otro, con Carli como la jueza de un partido de tenis, observando de mí hasta ella, a la espera del primer saque.

—Y... ¿de dónde se conocen, chicos? —cuestiona la rubia, interrumpe el rítmico tintineo provocado por el choque de los cubiertos en el plato.

Eloísa toma un gran bocado y por fin me mira con sus mejillas infladas por toda la comida que puso en su boca, luce como un bonito hámster, por lo que no me queda más que responder.

—Es la hermana de Víctor, el tipo al que conociste hace unos años, también es mi mejor amiga de cuando era adolescente.

—La misma mejor amiga a la que dejaste muerta de preocupación y pena luego de que te tragara la tierra —habla Lucy por primera vez con la voz cargada de rencor, callándome en el acto ante la culpa.

—Lucy... —musito apenado, trato de explicarme.

—Eloísa —interviene con dureza—. Para ti soy Eloísa.

La tensión en el aire es tan palpable que siento que me ahogo, el hambre se ha ido y tengo unas ganas enormes de estar solo justo ahora. Esto está saliendo peor de lo que esperé en un principio. No sé cómo no me anticipé a este escenario cuando siempre planeo todo en mi mente, mas no conté con que Lucy sintiera tanto odio por mí, al contrario, creí que me entendería y respetaría mis

decisiones, pero al parecer me equivoqué. Y, a pesar de no estar de acuerdo con su actitud beligerante, la entiendo. Vaya que la entiendo.

—Mejor hablemos de otra cosa. —Se adelanta Carli, antes de hacer más incómodo este momento. Me recuerdo agradecerle luego.

—No, no es necesario —suelta Eloísa, arrastra la silla y se pone de pie—. Muchas gracias por la invitación, pero no tengo ganas ni tiempo de hacer esto ahora. Tengo cosas por ordenar. Permiso.

La miro, mas no la detengo, e intento evitar que mi sonrisa aparezca, ya que puede mal interpretarla si es que volteo a verme por algún motivo. Tal vez pensará que me burlo de ella, cuando en realidad me alegra saber que bajo su coraza de orgullo aún existe esa Lucy que yo conocí, la que no se anda con rodeos ni tiene demasiado filtro, la despistada que encontré corriendo como loca para evitar que un ascensor se fuera sin ella, la impulsiva que aceptó esta comida sin premeditarlo dos veces. Y la misma chica amable que se detiene antes de salir y con una sonrisa dice:

—Fue un placer conocerte, Carli, nos vemos por ahí.

Cuando la puerta se cierra, solo soy capaz de oír el tic tac del reloj colgado en la sala. El silencio cae sobre nosotros como una sábana y, al parecer, la incapacidad para movernos es otro síntoma de esto.

Un enojo indomable se apodera de mí desde lo más profundo de mi ser, busca salir a la superficie de alguna manera que intento bloquear con todas mis fuerzas. Rabia por no hacer las cosas como debía cuando tuve la oportunidad, coraje por poner mi fe en una situación que no lo ameritaba, ira por ser tan ingenuo al creer que solo con una comida improvisada arreglaría todo con la mujer que amo e irritación por pensar que la buena fortuna por fin me tenía en su radar cuando no era así en absoluto.

Mis manos tiemblan de puro coraje, siento un calor incontrolable subir por mi rostro que amenaza con reventarme el cráneo sin piedad. Sin poder retener demasiado mis sentimientos, estrello mi puño contra la mesa de madera, causo que todos los artefactos tintineen al son de mi rabia. Sin embargo, eso no me afecta, podría romper todo esto en un segundo y seguiría igual de ofuscado. Lo único que me hace recuperar un poco la cordura es el grito que suelta Carli ante mis acciones.

—Toma —ordena la rubia al extenderme un vaso con agua. Lo sostengo en mis manos y, sin dar lugar al raciocinio, lo estampo contra la pared más cercana y lanzo un gruñido bestial—. ¡Ya detente, Bennet!

La enfrento e intento calmarme, intento recuperar la vista de aquella enceguedora furia que de a poco se apacigua. Sé que ella no tiene la culpa de nada, yo soy el responsable de todo, mas no entiendo por qué tuvo que sacar a relucir el pasado de esa forma, no entiendo por qué no pudo cerrar la boca.

—No debías insistir en esta comida, ella no hubiese aceptado si lo dejabas como estaba —emito con la voz tan ensombrecida que no me reconozco. Aprieto y suelto mis puños para continuar con mi ritual de relajación, es lo único que puedo hacer por el momento.

—¡Yo no tenía idea que era un tema sensible! ¡¿Cómo iba saber yo que esa chica estaba enamorada de ti?! —me grita, río incrédulo ante sus ridículas palabras, porque si en algún momento de su vida Eloísa me amó, es claro que eso desapareció como un suspiro.

—Estás loca, Lucy no está enamorada de mí. No nos vemos hace ocho años y, considerando lo que acaba de ocurrir...

—No sé qué tienes en la cabeza, Bennet, pero una mujer que te mira como ella lo hace, definitivamente está enamorada de ti.

Quiero creer en lo que dice, mas no lo hago. A pesar del tiempo que ha transcurrido, soy una de las personas que mejor conoció a Lucy. Cuando algo le aqueja prefiere fingir y sonreír, cuando no, es la persona más amable y sincera del mundo. Pero ahora no sé qué creer, porque esta chica llena de orgullo no es la misma que dejé, aunque sigue siendo la misma de la que me enamoré.

—Deja de hablar idioteces, ¿quieres? Justo ahora lo que menos quiero es escuchar ese tipo de cosas —reclamo, vencido y exhausto.

—Entonces me voy. —Se pone de pie, camina hasta el sofá y toma su bolso, lo cuelga en uno de sus hombros mientras observo cada movimiento que realiza—. Y, por cierto, sé que estás enamorado de ella, lo noté desde que la viste. Solo espero que dejes de arruinar las cosas.

Cierra la puerta sin emitir demasiado ruido, pero eso no evita que un ligero dolor de cabeza se asome para rematar el inicio de un día asqueroso. Masajeo mis sienes con frustración, cansado por el sube y baja de emociones que han brotado de mí el día de hoy, cansado de seguir cometiendo error tras error.

X

Los días pasan e intento que sean normales.

Durante estos años he permanecido en un curso intensivo para dejar aparte a Eloísa de mi vida, aunque no siempre obtengo buenos resultados en ello, eso se evidencia con el estúpido desenlace de nuestro reencuentro.

Últimamente prefiero pensar en lo mío, en el trabajo, en los automóviles, en mis amigos y en mi familia. Me distraigo al estudiar motores, encajar piezas, desarmar y armar sistemas enteros para hacer que un vehículo funcione. Sin embargo, cuando llego a casa, solo puedo pensar en ir a golpear la puerta que cruza el pasillo para verla una vez más. Es una situación irritante, ya que ella no ha dado ni muestras de su existencia, como si lo vivido días anteriores no fuera más que un sueño tortuoso que se repite una y otra vez en mi cabeza.

—¿Puedo irme antes hoy? —suelta Eric debajo de un Honda Civic del 2000 en el que lleva semanas trabajando. Se desliza al exterior, deja ver parte de su rostro infantil manchado con aceite y me sonríe como si nada—. Tengo una cita esta noche.

—Hay poco por hacer, termina con eso y te vas, hermano.

Eric me agradece antes de seguir con lo suyo. Me dedico a hacer el papeleo correspondiente de las entregas de repuestos antes de ir a casa también, me siento bendecido por ser el jefe y poder armar a gusto mi horario.

Al principio, cuando abrimos el taller mecánico, Eric y yo éramos los dueños. Nos conocimos en la universidad, nos titulamos juntos y decidimos ser socios. No obstante, unos años después, él me vendió su parte por problemas familiares que desconozco, convirtiéndome en dueño prioritario del lugar. Luego se unieron Paul, Leonard y Nelson a nuestro equipo, siendo este último el dueño de mi confianza cuando decido irme temprano. Y eso para mí está perfecto porque no toleraría seguir la pauta de cualquier idiota con aires de grandeza, las reglas las pongo yo; no son muchas, pero me encargo de que se cumplan.

Cuando acabo el papeleo, vuelvo al Honda para ver el avance, me recuerdo que debo hablar con Nelson antes de irme.

—¿Y quién es la afortunada? —interrogo a Eric con curiosidad antes de ir al objetivo. No es del tipo que busca chicas como desesperado, es más bien tímido con las mujeres a pesar de ser

bastante extrovertido la mayoría del tiempo.

—Es la cuidadora de mi abuela Margot. Pasamos una agradable tarde separando las medicinas de la semana, así que la invité a salir. ¡Por fin! —vocifera, vuelve a arrastrarse para, por fin, ponerse de pie. Limpia sus grasientas manos con un trapo, me contempla con sus grandes ojos marrones y una sonrisa amigable, Eric siempre me ha parecido irritantemente agradable.

—Genial, te deseo suerte —le felicito y extendiendo mi mano hacia él, quien la toma al instante.

—Gracias, yo igual me deseo suerte —suspira al soltar mi agarre—. Terminé aquí, jefe. Nos vemos mañana.

Tras dejar todo arreglado en el trabajo, llego al edificio con la ilusión de comer un poco de las sobras de comida china de anoche, sin ánimos para cocinar ni esperar a un repartidor. Me estaciono en el lugar de siempre, puesto que se puede ver desde mi ventana, así como todo el que entra y sale de este lugar. No soy raro, ni espío a la gente, pero supongo que algunas veces es inevitable.

Subo las escaleras con tranquilidad, sin nadie que me apure. Pienso en hacer un par de llamadas a casa tras cenar y antes de dormir, o cualquier cosa que me mantenga ocupado, que me ayude a controlar los impulsos que me atacan sin piedad en cuanto pongo un pie en aquel pasillo infernal.

Cuando llego al tercer piso, me quedo un rato parado fuera de mi puerta, observo con detenimiento el 3A dorado que reluce sobre la suya. Me siento tentado a llamar, mas me abstengo de las presiones, me enfoco en pensar en algo mejor si la voy a enfrentar. Ahora comprendo que los planes improvisados no funcionan, no con ella, así que, si quiero recuperar lo que tuve alguna vez con Lucy, tengo que ser meticuloso. No obstante, todas mis recientes ideas se van al carajo cuando la puerta blanca se abre y Eloísa Santana sale de ella.

Mi boca se seca, mi pulso estalla, mi piel quema por tocarla y mis labios ruegan ansiosos una probada de su ser. Me limito a verla de pies a cabeza, me deleito con su despampanante preciosura. Lucy posee el prototipo del *reloj de arena*, con una cintura de avispa y caderas prominentes; forma un conjunto de curvas que descarrilaría al mejor piloto. Aunque eso no es lo único que la hace atractiva, tardaría horas si hiciera una lista.

—¿Vas de salida? —cuestiono, encontrando mi voz. Espero algo más que un burdo rechazo.

Ella me mira como si supiera el efecto hipnótico que causa en mí y sonrío con suavidad, niega con la cabeza, mas no es una sonrisa agradable, es más bien una de decepción. Camina por el pasillo y se pierde en las escaleras sin volver a mirarme ni una sola vez. En definitiva, esto será más difícil de lo que pensé.

3

LUCY YA NO EXISTE

ELOÍSA



Él me hirió como nunca nadie lo hizo. Tomó mi corazón, llegó a su centro y, como el peor de los villanos, cercenó cada pedazo sin piedad. Él me mostró lo hermoso que es amarse a uno mismo, la libertad que se siente al dejar de pensar en el qué dirán, mas no dudó en ningún momento cuando se marchó, dejándome atrás con una simple carta de despedida. Ni un abrazo, ni un doloroso adiós, sólo un trozo de papel lleno de palabras vacías.

Me lastima pensar en el pasado, pero me lastima aún más que este haya regresado para refregarme en la cara todo aquello que jamás pude tener, aquello que amé más que nada en el mundo y que debe ser solo un recuerdo encerrado en mi memoria con cintas de *no pasar* y cinco candados de acero para protegerlo.

Cuando lo vi en el ascensor ese día, creí que era la persona más afortunada al tener a un hombre tan guapo como vecino. Es que hay que ser realistas, el desgraciado está bueno. Ya era atractivo cuando lo conocí y ahora, con el paso de los años en su cuerpo de soldado romano, el tipo está para babear un río. De seguro por eso Carli estaba tan empeñada en marcar su territorio dicha tarde y por el ahínco que Bennet ponía en demostrar lo contrario, apostaría mis zapatos favoritos a que está hecho un mujeriego de tomo y lomo.

En fin, durante ese inesperado reencuentro me fijé en que conocía al sujeto que me acompañaba, tenía rasgos que vi antes y la primera opción que apareció en mi mente fue Ben, pero me dije a mí misma que era imposible que de todos los recónditos lugares que existen en el mundo me encontrara exactamente con mi asesino personal. Creí que el destino era una perra maliciosa cuando el reconocimiento brilló en sus ojos negros, más aún al escuchar ese apodo agridulce con el que solo él me llamaba y que hacía a mi corazón saltarse un par de latidos cuando lo oía en su profunda voz embriagante.

Sin embargo, ni su voz, ni sus ojos, ni su estúpida existencia deben importarme. Tengo que mantener la mente fría, recordar el dolor que sentí cuando se fue, recordar las noches en vela donde lloraba como si me desgarrara por dentro; solo así podré sobrevivir a su presencia, a su desmesurada masculinidad y a esa pequeña mariposa que aún revolotea en mi estómago al recrear su cercanía. Porque eso es lo justo, eso es lo correcto. Él no obtendrá nada de mí con este sorpresivo choque de realidades, así como yo no obtuve nada de él en nuestra efímera compañía cuando éramos más jóvenes e idiotas.

—¿Así que simplemente lo ignoraste? —cuestiona mi hermano a través del teléfono. Su voz

tintada de diversión me hace sonreír también, a pesar de la delicada situación por la que mi inestable corazón atraviesa.

—¿Y qué más podía hacer? No se merece ni que lo mire, incluso debería agradecer que no esté buscando otro departamento para mantenerme lo más lejos posible de él.

—No se ven hace años, Ely, quizá quieras saber de su vida, quizás él quiera saber de la tuya.

—No me interesa, Víc —sentencio—, así como a él no le interesó dejarme sola. Y no quiero hablar más de esto. ¿Cómo está mamá?

—No lo hablaremos más entonces. Y mamá sigue llorando por los rincones como si te hubieras muerto, pero ya se le va a quitar —dice, me hace sonreír otra vez—. No quiero imaginar lo que hará cuando se entere de mi traslado a Portugal. Estoy dudando en si decírselo ahora para que tenga tiempo de asimilarlo o después de mi boda, esa mujer es tan complicada.

—Díselo después, o no lo sé, no quiero darte un consejo y que luego todo salga mal. Lo que sí tengo claro es que mamá tratará de meterse en tu maleta como lo hizo conmigo —le advierto, recuerdo el escándalo que protagonizó mi madre cuando se enteró que su *niñita* se mudaría al otro lado del país—. Insisto en que la señora debió ser contorsionista, aunque no la culpo, aún ni te vas y ya te extraño, enclenque. ¿Cómo voy a vivir sin ti?

Mi hermano mayor suspira, siento su angustia por marcharse, aunque no lo esté viendo. Sé que teme dejarme sola, sé que teme que me desmorone si no lo tengo a él, pero no puedo estar más orgullosa de lo que ha conseguido, de todo lo que ha luchado por llegar hasta donde está, así que no me importa mi soledad con tal de ver sus sueños cumplirse.

Una lágrima involuntaria cae por mi mejilla, mas no es de pena, sino un efecto colateral de lo mucho que se hincha mi pecho al pensar en el maravilloso hermano que tengo.

—Por lo menos ahora existe Skype, y si todo va bien, podré viajar o comprar los boletos para que viajes tú —aclara, intenta entusiasmarme y lo consigue ante la idea de conocer ese país—. Además, hermanita, ni creas que estarás sola, podré vivir en otro estado o continente, pero me encargaré de cuidarte donde sea que esté, ¿está claro?

—Lo sé —afirmo con seguridad ante sus palabras—, pero este departamento que rentaste para mí es muy pequeño, yo quería un *penthouse*, algo más lujoso.

—¿No te gustó? Puedo buscar otro...

—Bobo, estoy jugando —rio ante su hermosa preocupación—. Está bello bello, y es gigante. No sé para qué diantres quiero tres habitaciones cuando solo usaré una, pero allá tú, tal vez rente el resto.

—No me gusta la idea de que vivas con extraños.

Suspiro, lo protector jamás saldrá de su sistema. Todavía recuerdo cuando seguía a todos los chicos que me rondaban con tal de cantarles bien claro que su hermanita no era un juego. Son incontables las veces en las que me avergonzó, por lo que aprendí que seguirle la discusión con reclamos es inútil en su totalidad.

—Ya debo irme, Víc, dale mis saludos a mamá, dile que vendí un riñón y que mañana comienzo a trabajar como bailarina en un bar nocturno, ¿sí? No te olvides de grabarla para ver su cara.

—Estás loca, Ely, tienes suerte de que seas mi hermana y deba amarte de todas formas.

—Sí, es un privilegio —gorjeo—. Y también te amo, adiós.

Cuelgo el teléfono antes de que diga otra cosa, porque las conversaciones con Víctor pueden ser eternas, en especial las despedidas que parecen más un discurso panegírico que un simple adiós.

Lleno un vaso de agua y lo tomo todo de un sorbo para refrescar mi cuerpo del maldito calor californiano antes de volver a trabajar en mi tesis.

No estaba en mis planes mudarme tan lejos, soy demasiado mimada como para soportar vivir lejos de mi hogar natal, pero el trabajo es trabajo y, considerando que llevo casi un mes sin uno, que soy una vaga que vive a costillas de su hermano y que no sirvo para eso de procrastinar en casa, esto es con creces mejor, ya que es lo que he querido desde que decidí mi carrera.

Antes de llegar aquí para ejercer como psicóloga en uno de las mejores escuelas de la ciudad, era parte de un centro integral infantil donde varios profesionales tratábamos a niños con problemas de conducta y/o adaptación. Siempre me ha parecido gratificante el poder ayudar a un pequeño con conflictos personales, en especial porque a esa edad solo deberían preocuparse de ser niños y divertirse. Sin embargo, trabajar allí era demasiado impersonal para mí, es decir, iban niños dos veces por semana, conversaban conmigo y con otros de mis colegas, pero no podía relacionarme con ellos más allá de eso, conocer sus entornos, ni sus comportamientos en sus vidas cotidianas. Cuando comencé a sentirme insatisfecha, las cosas se pusieron complicadas en el centro y, así como así, varios socios se fueron, dejaron a la deriva a las pocas personas que resistimos el mal rato; hicimos lo imposible por mantener nuestro hermoso proyecto a salvo, mas no pudimos cuidarlo mucho y, más temprano que tarde, tuvimos que cerrar.

Tres semanas después de eso, me encuentro en California, cómoda y feliz viviendo sola tras meses de compartir departamento con una chica de bastantes visitas masculinas, malos hábitos alimenticios y excesivo desorden. Por primera vez luego de tanto tiempo, puedo sentir la magnitud de mis decisiones y, aunque solo recordar la presencia de Ben en el departamento frente al mío me llena de una inexplicable agorafobia, la desbordante libertad se cierne sobre mí y relaja cada molécula de mi estresado cuerpo.

Estiro los brazos sobre mi cabeza y muevo mis muñecas en círculos, agotadas por todo el ejercicio en el teclado. Guardo todo por hoy con la idea de preparar algo para comer y dormir plácidamente hasta el día siguiente, pero un inesperado golpe en la puerta arruina mis planes. Sin ser consciente de ello, le ruego a cualquier ente divino que no sea quien creo que es porque juro que azotaré la puerta en su bonita cara; ruego también poder romper su nariz si es que eso sucede.

Abro la puerta con la presión que dejé atrás apoderándose de mí otra vez y cuando veo su angulado rostro, dudo de mis palabras de odio, de mi rencor y de todos los muñecos vudú con su cara que quise hacer en algún momento de mi vida.

Él me mira, yo lo miro, ambos inertes, incapaces de pronunciar una palabra mientras el mundo se desvanece rápido a nuestro alrededor. Mis piernas desean recorrer los dos pasos que nos separan, mis brazos quieren rodear su cuello y mis manos acariciar cada parte de su masculina esencia, mas la tensión es tan grande, tan abrumadora, que no me permite amarlo ni odiarlo, solo observarlo como a una obra de arte digna de perturbaciones y adoración.

—Lucy—susurra, rompe el silencio y me regresa al lugar donde pertenezco: lejos de él.

—Ya te dije que no me llamas así—espeto con frialdad—. Lucy ya no existe, Ben tampoco, mucho menos los dos juntos.

—Tranquila, Eloísa, lo entiendo.

—¡Estoy muy tranquila!

Bennet sonrío de lado, está seguro que le miento ante mi obvia alteración. Puedo pegarle un puñetazo para borrar ese estúpido gesto de su rostro, pero me contengo, dispuesta a demostrar mi estado zen. Suspiro con pesadez, él permanece mudo, me analiza o algo así, porque no despega sus orbes de los míos que no quieren verse intimidados por esa atrapante oscuridad.

—¿A qué viniste? —suelto antes de hacer alguna tontería—. Habla ahora o calla para siempre.

—Yo... Quiero hablarte, recuperar el tiempo que perdimos, disculparme por ser un idiota contigo.

—No —lo detengo, se calló al instante. No quiero escucharlo, no deseo hablarle como si fuésemos los mejores amigos porque estaría fingiendo, y no voy a permitir el mentirme a mí misma por darle una oportunidad a un tipo que jamás ha merecido mi amor—. No hablaremos, no estoy lista para enfrentar esta situación, no hay espacio en mi mente para ti y tampoco quiero que lo haya.

Bennet asiente, luce derrotado, agacha la cabeza y me mira hacia arriba, me derrite por un segundo debido a la tristeza impresa en su profunda expresión. Da media vuelta, atraviesa el pasillo y abre la puerta de su casa con postura abatida. Por muy fugaz que parezca, logro sentirme mal, pero no me freno para decir:

—Te he esperado por mucho tiempo, Bennet, es justo que tú me esperes ahora.

X

En líneas generales, no soy una persona tímida. Sí, me cuesta entrar en confianza al principio, pero una vez que me tiran de la lengua ya no hay quién me pare. No es que me sienta orgullosa de meterle conversa hasta a mi compañero de asiento en el metro o a la cajera del supermercado, mas he escuchado toda mi vida que el humano es un ser sociable, hecho para vivir en sociedad y hace algunos años decidí convertirme en la prueba viviente de ello. O eso es lo que dice Víctor.

Sabiendo todo esto, creerán que no estoy nerviosa por entrar a un nuevo empleo con personas desconocidas, ¿verdad? Pues están muy equivocados. Mi estómago es un revoltijo desde anoche, donde apenas he pegado el ojo por crear conversaciones imaginarias con mis futuros compañeros de trabajo, respuestas ingeniosas ante alguien a quien no le agrada a simple vista o fantasiosas escenas donde encuentro al amor de mi vida y dejo de pensar en cierto vecino que insiste en colarse en cada uno de mis pensamientos románticos. Apenas si pude tomar la taza de té que me preparé esta mañana y ni hablar de comida, a menos que consideremos un par de almendras como desayuno saludable. Mi madre se pondría furiosa si lo supiera, pero no lo sabe y me siento como una niña luego de hacer la peor de las travesuras. Aunque esta no es una que me satisfaga para ser específicos, al contrario, siento que en cualquier momento me volveré loca, irónico si considero mi profesión.

Diantres, no nací para esto.

—Y, pues, ya usted debe saber las vueltas que da la vida, Albert —comento resignada al taxista—, pasé de estar feliz y emocionada por este nuevo empleo a sentirme recluida en mi propia casa.

Albert, un señor regordete de mediana edad, clava sus ojos azules en mí con curiosidad o eso asumo al ver sus espesas cejas juntándose mientras se quita un par de migas de pan de la barba. En otro momento lo consideraría asqueroso, pero él es simpático y sabe escuchar, eso o mi cháchara le importa poco porque no ha dicho ni una sola palabra.

—Creo que le hace falta un amigo, señorita —dice, me hace cerrar la boca y encogerme en el asiento. «*Bueno, Albert, tú sí sabes cómo arruinar una amistad*».

El resto del viaje de veinte minutos lo transcurrimos en silencio. El taxista intenta conversar del clima, pero dado que me ignoró olímpicamente hace un momento, decido contestarle con la misma indiferencia con la que él lo hizo. Por suerte esta ciudad es bonita, por lo que las vistas me distraen lo suficiente para no pensar en nada más que disfrutar el recorrido que haré cada día.

Cuando llegamos al edificio moderno, le pago a Albert y me dirijo a las escaleras principales que anticipan la entrada. El recinto en general es bastante bonito, un poco más lujoso que las escuelas normales y eso se nota a simple vista por el césped bien cuidado, la fachada impecable, las dos enormes estatuas de alguien que debió hacer algo importante y la enormidad de la fachada.

El portero, un señor que luce mayor que Albert, pide mi identificación antes de ingresar, se la entrego, le comento que soy la nueva psicóloga del lugar y me deja pasar tras una sonrisa junto a un saludo breve de bienvenida.

—Aquí vamos —susurro, camino por los pasillos desiertos.

Las clases no comienzan hasta dentro de una semana, solo se ven algunos individuos de vez en cuando que me observan de pasada, asumo que son profesores, parecen no inmutarse por mi extraña presencia, así que no podría asegurarlo. Recorro con parsimonia, observo cada rincón con ojo de halcón para intentar memorizarlo en vano. Mi entrevista de trabajo fue por videollamada, así que este enorme sitio es muy desconocido para mí y comienzo a pensar que tal vez necesite un mapa para llegar a la oficina del director, el único ser humano un poco familiar para mí.

Por suerte, lo encuentro luego de unos minutos, donde tuve que devolverme para comprender que la dirección estaba casi al principio de mi recorrido. «*Bravo, Eloísa, eres brillante*».

—¡Señorita Santana! —saluda el señor Smith, a quien encuentro, de manera personal, conversando con la secretaria—. Qué gusto que ya se integre a nosotros. Pase a mi oficina, venga.

Hace un gesto con la mano para que lo siga, lo que se me hace cómico porque sus brazos son bastante cortos, al igual que el resto de su cuerpo. El señor Smith se veía más alto por la pantalla de mi computador, pero de seguro no me llega ni al hombro; tiene un bonito bigote que me recuerda a la caricatura de Sam Bigotes y unas gafas redondas como las de Harry Potter, solo le falta el sombrero, las botas y la pistola para tener frente a mis narices al estereotipo perfecto de vaquero norteamericano.

Lo saludo con amabilidad, sonrío de oreja a oreja porque de verdad me encanta cómo luce este señor; entramos a su oficina mientras me pregunta sobre el viaje, la mudanza y mis primeros días en esta ciudad. Evito darle cuerda a mi mente como lo hice con Albert, por lo que solo respondo con comentarios demasiado positivos sobre todas las maravillas de este sitio, que después de todo no está tan mal. Cambia de tema al trabajo, me habla sobre la importancia de tener un apoyo emocional para sus alumnos y que asegura soy perfecta para ello, me platica sobre la posibilidad de iniciar campañas contra el bullying, el ciber acoso e incluso plantea que podría iniciar un grupo de apoyo entre el estudiantado una vez que los conozca. Habla y habla y habla, pero a mí me agrada muchísimo tener en frente a alguien que ejercite la lengua más que yo. Sin embargo, la conversación se ve interrumpida por un par de golpes en la puerta que nos hace a ambos cambiar el objetivo de nuestra mirada.

—Disculpe, señor Smith —habla al abrir la puerta un hombre, que digo hombre, un hombretón que supera todas las fantasías que recreé anoche—, ¿puedo interrumpir un momento?

«*Interrumpe todo lo que quieras, cariño*».

El extraño posa sus ojos en mí por un segundo y sonrío de manera encantadora. Sus magníficos ojos verdes transmiten pura alegría, lo que me hace devolverle la sonrisa al instante. Es evidente que es mayor que yo, aquella mirada está rodeada de pequeñas arrugas, su cabello castaño claro posee algunas canas a los costados, así como coquetos destellos dorados que brillan por el sol que entra a través de las ventanas de la oficina. Guapo es una palabra pequeña para él, pero si lo inspecciono más, quedará como acosadora y eso no es algo bueno considerando que es mi primer día.

—Julian. —*Así que ese es tu nombre*—. Claro, entra. Te presento a Eloísa Santana, ella es nuestra nueva psicóloga.

Julian enarca una ceja sin dejar de sonreír, extiende su mano hacia mí al tomar asiento a mi lado, por lo que es más fácil para mí detallar la barba incipiente que rodea sus labios delgados, rosados y apetecibles... *¿Qué dije?*

—Eloísa, es un placer —musita. Cabe mencionar que tiene una voz de lo más bonita—, si gustas, puedo darte un recorrido después.

Asiento sin dejar de sonreír.

¿Recuerdan que dije que era un ser humano sociable? Pues olvídenlo, justo en este momento no tengo ni la menor idea de cómo hablar sin decir alguna bobería y no estoy en el mejor escenario para meter la pata, por lo que mantengo mis distancias mientras ellos discuten algo sobre el currículo de historia de este año para no sé qué grado. La verdad es que no les pongo demasiada atención, solo la suficiente para entender que el guapo Julian es el hermoso profesor de historia y que, en unos minutos, me dará un buen paseo por el colegio. Maravilloso.

4

HABLANDO DE OPORTUNIDADES

BENNET



Existen muchas cosas para las que soy pésimo: el fútbol americano, memorizar fechas importantes, ver películas sin dormirme, contestar el teléfono y enfrentar mis miedos, entre otras muchas idioteces que jamás conseguiré enumerar. Por el contrario, soy un experto en cometer errores, tanta es mi habilidad que me sorprende no tener un magíster en el asunto a estas alturas. Como que la mayoría del tiempo las palabras salen de mi boca sin ser procesadas o actúo de una manera que no beneficia para nada ciertas situaciones, y lo peor de todo es que me doy cuenta al milisegundo en que la estupidez del día está hecha.

¿Cuál fue la de hoy? Pararme fuera del departamento de Lucy y creer por un instante que ella deseaba hablar conmigo después de su obvia demostración de desprecio. Así que digamos que me lo merezco por ser un ingenuo de primera.

Eso es lo que sucede cuando decido que el optimismo es una buena carta, cuando confío en que mi vida puede traer cosas buenas de forma fácil y no todo lo contrario como me lo ha demostrado durante veintiocho años.

Me estiro en el sofá dándome por vencido sin siquiera intentarlo, no porque no quiera, sino porque ella ya ha dejado en claro lo que siente. Dice que no tiene tiempo para pensar en mí, mientras lo único que yo puedo hacer desde que llegó es pensar en ella. Es el mejor ejemplo de una triste ironía.

Mis ojos comienzan a pesar cuando decido dejar la mente en blanco y ver un documental de animales donde pequeños leones entrenan sus habilidades de caza persiguiendo a una de las especies de simios más inteligentes de África. Por fin me quedo dormido con la imagen de un león trepar un árbol sin éxito.

X

El sonido de un teléfono me hace despertar a medias, intento recuperar el aparato aún a ciegas y, cuando mis dedos lo tocan, contesto sin siquiera saber quién llama, pero en cuanto oigo una mala imitación de Darth Vader, sé a la perfección quién es.

—Eres pésimo —digo con la voz amortiguada por el sueño. Estiro mi cuerpo e intento abrir los ojos sin éxito. Joder, hace tanto tiempo no dormía una siesta y me interrumpen de la peor forma.

—Jenna dice que me sale igualito —se defiende. Su prometida debe amarlo mucho o no

conocer a dicho personaje para soltarle tal mentira—. Ya despierta, bella durmiente, debo pedirte un favor.

—¿No puede ser en veinte minutos, Víctor? Estoy en medio de algo muy bueno justo ahora.

—Estoy muy seguro que tus desagradables sueños eróticos con mi hermana pueden esperar — expresa con molestia, logra que despierte por completo ante sus palabras acusadoras—, y no sabes lo difícil que fue decir eso.

—No estaba teniendo esa clase de sueños, idiota. Dime qué quieres para volver a dormir.

—No creo que después de esto quieras volver a dormir.

Me enderezo en el sofá como un perro en alerta ante un ruido extraño, curioso, expectante por aquello que mi mejor amigo intenta decirme.

—¿Qué pasa, Víc? —increpo e imagino lo peor. Tal vez ya no quiere que sea el padrino de su boda por asumir que tengo sueños húmedos con su hermana o qué sé yo, lo único que tengo claro es que un miedo horrible me embarga ahora.

—Le tengo un regalo a Ely, pero primero necesito que alguien le enseñe a conducir. Adivina quién es el maravilloso afortunado, Bennet. ¡Tú!

—Sabes que me odia, ¿verdad? —pregunto un tanto confuso.

—¡Por eso es la perfecta oportunidad para ambos! —exclama efusivo—. Ella descargando su odio hacia ti mientras tú pierdes la paciencia en un pequeño auto, es la mejor ocasión para que arregles las cosas. Ambos están igual que siempre, se conocen, no creo que sea tan difícil.

—Dudo que nos conozcamos como lo hacíamos, dudo que seamos los mismos y dudo que ella quiera compartir el mismo espacio conmigo.

—Solo es distinta contigo, amigo, en el fondo sigue siendo igual y no es por elegir un bando, pero te lo mereces —declara. Víctor siempre tiene la razón—. Esta es tu mejor oportunidad, es en serio —repite antes de cortar el teléfono y dejarme con miles de dudas existenciales en la cabeza, sumadas a las promesas de una chance verdadera con la chica que herí y amé como a nadie.

Pero, ¿sabes cuál es el problema con las oportunidades? Que nunca sabes en cuál de todas las que se te presenten vas a ser más decepcionante. Nada ni nadie te garantiza que en esa ocasión harás lo correcto, ya que existe un número interminable de errores que pueden ser cometidos de forma inevitable, una rutina que continúa a la espera de otra caída que te incite a levantar la cabeza e intentarlo de nuevo. Y así, como un ciclo eterno, lo que creías perdido se vuelve un objetivo, una meta, una nueva decisión por afrontar. Una nueva oportunidad para fallar.

Por eso no sé cómo arrostrar esta situación, si como un infierno personal donde vivo en un déjà vu constante del que no se me permite escapar o como un beneficio para, de una vez por todas, ser feliz, estar pleno y con mi corazón vacío de malas experiencias pasadas. Sin embargo, el camino es largo, confuso, pavimentado por un chico inseguro y caminado por un hombre aún peor, un hombre que quizá no merece lo que desea.

Miro la hora por primera vez desde que desperté, son las ocho de la noche y muero de hambre, pero los recuerdos maliciosos flotan por mi cabeza, inmutables, desgarradores, crueles, tan dolorosos que me anudan el estómago. Tomo mi teléfono, entro a mi correo antiguo y reviso el buzón de entrada, aquel que no recibe un mensaje hace años. Abro el último, convencido de completar mi noche masoquista y lo leo, aprieto mi garganta ante las últimas palabras de Lucy dirigidas a mí.

«Quiero pensar que tienes cosas más importantes por hacer y por eso no has respondido a mis correos, pero no creo que tus labores sean tantas como para que durante dos años te olvides totalmente de mí. Tal vez nunca fui tan importante como me dijiste, tal vez nunca me

quisiste como decías...».

«... Nunca te dije nada de esto porque era absurdo, a tus ojos siempre fui una niña, la hermanita de tu mejor amigo, pero tú eras todo para mí y ahora que escribo estas palabras de despedida, ahora que probablemente no vuelva a verte nunca más, puedo confesarte que te amé, te amo y, aunque intente olvidarlo, te amaré siempre...».

Dejo de leer e intento convencerme de que lo que hice fue lo mejor para ambos, porque no podíamos vivir en una ilusión, en esa utopía en la que estábamos juntos y felices. Antes de recibir ese mensaje que releí un millón de veces, nunca supe de sus sentimientos por mí, pero ya era demasiado tarde, quise creer que no había vuelta atrás. Limpio mis traicioneras lágrimas. Entretanto, me pongo de pie y estiro mi cuerpo del letargo. Me preparo un sándwich sencillo y bebo una cerveza bien fría antes de ir a la cama con la mente en blanco para que las cosas fluyan, para dejar de planear sin resultados productivos.

X

No dejo que lo sucedido la noche anterior me consuma, al contrario, me levanto de buen ánimo, salgo a trotar, me voy al trabajo y comparto con los chicos como hace tiempo no lo hacemos. A veces las jornadas en el taller son tan caóticas que nos dejan a todos estresados, pero tenemos la suerte de gozar de días relajados, donde lo más cansador es recibir las entregas de repuestos y hacer el inventario. Hoy es uno de esos días, los encargos llegaron temprano, el papeleo está listo, los chicos incluso adelantaron algunas fechas de entrega por la rapidez de su trabajo y todo fluye a la perfección aquí. Eso me encanta.

—¿Cómo te fue la otra noche con la enfermera sexy? —pregunta Nelson a Eric mientras comemos algo, todos mirándonos los rostros en la mesa redonda que usamos de comedor y sala de reuniones en mi oficina. El aludido lo observa como queriendo perforarle el cráneo. El resto de nosotros sonreímos ante el obvio enfrentamiento que se viene.

—Primero —dice, levanta uno de sus dedos con una mirada que podría apuñalar a su interlocutor—, si le dices así de nuevo te parto la cara. Segundo —suspira—, fue la mejor noche, creo que esta vez es la indicada.

—Lo mismo dijiste de Loretta, la búlgara, y de la chica que olía a perro —agrega Paul.

—Y no olviden a Alexa —continúa Nelson—, debió incluir a la actriz porno en su carta de presentación. Aunque yo no me quejaría.

—Ya cállense.

—Eso de la indicada no existe, Eric, alguien tiene que abrirte los ojos de una vez por toda —insiste—. Es como en el trabajo, un día estás tranquilo, al siguiente te dan la patada en el culo y no te quedas llorando, ¿qué haces? Buscas otro trabajo.

—El problema es que tú encuentras trabajo nuevo cada fin de semana —agrego y le lanzo una papa frita. Él sonríe ladino, porque es cierto. Nelson es un conquistador por naturaleza, un donjuán de primera y, por supuesto, un maestro en el ámbito de las mujeres.

—Yo no lo vería como un problema, Benny, es más un... experimento social.

—Tu cara es un experimento social —ataca Eric, provoca las risas en todo el grupo. Sabiendo lo que le espera, se pone de pie y arranca de un divertido Nelson que lo persigue de inmediato.

Finalizamos nuestro almuerzo entre llaves de judo y gritos de dolor ahogados entre carcajadas. Esos momentos son los que me alegran, los que me ayudan a no hundirme en la miseria.

Me quedo en la oficina el resto del día, solo salgo por intervalos a verificar que todo siga en

orden o a tomar algo de aire. Antes de que termine la jornada y cada uno se vaya a su casa, Nelson se acerca a la estancia, me sorprende y me interrumpe la exploración de las fotos antiguas que conservo en mi teléfono.

—Has estado distraído estos días —afirma, sentándose frente a mí—. ¿Problemas con el traslado de Rosie?

—No, todo va bien con eso, llega el sábado.

—Genial, en serio me alegro por ti, pero algo te pasa. Te conozco mejor que cualquiera en este taller.

Nelson se pasa las manos por el cabello oscuro antes de dirigirlas a su barba frondosa y me distraigo con mis pensamientos en dejarme una parecida. Me mira, espera una respuesta. Asimismo, apoya los codos en sus piernas, mas no sé qué decirle. Deseo contarle de Lucy, pero sé lo que me dirá, así que prefiero hacerme el desentendido y continuar viendo la fotografía del último Halloween que compartí con ella donde nos disfrazamos de Jim Morrison y Pam.

—No, no pasa nada, prefiero estar solo estos días antes de que mi casa se llene de muñecas.

—Entonces le diré a la chica bonita que te busca que dé media vuelta y se vaya, o mejor la invito a salir.

—¿Chica? —curioso, me pongo de pie, salgo de mi oficina y me encuentro cara a cara con Lucy.

Antes de acercarme más a ella, Nelson se pone a mi lado, posa su mano sucia en mi hombro y susurra:

—Por la cara de idiota que pusiste, supongo que ella es el problema. Te entiendo, yo también los tendría por ella.

Lo miro con el ceño fruncido por unos segundos, mas no dejo que sus inútiles palabras me distraigan. Camino hasta la preciosa castaña, me deleito con esa hermosa vista panorámica que me entrega. Dios mío, no sé cómo la dejé ir. Pienso en algo qué decirle, ya que sus reacciones son una total duda para mí. Sin embargo, es ella quien inicia la conversación, detiene cualquier palabra que pudiese salir de mi boca.

—Me perdí —espetá, suena como la versión que conozco de Eloísa Santana.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Llamé a Víctor para pedirle ayuda, le dije la calle donde estaba y me ha guiado hasta acá porque me encontraba cerca.

—Entonces... me gritas, me desprecias y rechazas, pero ahora necesitas mi ayuda para volver a casa —mascullo y me hago el ofendido.

—Mira, si no quieres, te puedes ir a la mierda, pero si me ayudas estarías a un paso menos del camino hacia el perdón —replica, se cruza de brazos con mirada desafiante.

—¿Camino hacia el perdón?

—Por supuesto, ¿crees que te voy a dejar entrar nuevamente a mi vida así como así? No, señor, las cosas no son tan fáciles.

—¿Eso quiere decir que en el fondo de ese corazoncito tan bonito que tienes, aún tengo una oportunidad? —cuestiono ilusionado como nunca antes.

Desde que llegó no sentí tan fuerte la esperanza, como una brisa fresca en el desierto, refrescante, luminosa, alcanzable.

—Veremos, no te prometo nada, pero ya veremos.

Le indico que me espere los minutos necesarios para despedir a todos y cerrar el lugar, pero por las miradas que mis amigos le lanzan, sé que no tienen intención de irse sin ser presentados,

cosa que no pasará ni aunque arda en el infierno. No obstante, es que ese es el efecto Lucy, ella llama la atención donde sea porque no solo es bella, sino que también es natural, real y la portadora de la sonrisa más espontánea que presume donde sea que vaya. O por lo menos así era cuando la conocí.

Como sea, alisto mis cosas con celeridad, busco a Nelson que permanece escondido cambiando las llantas de un viejo corsa tuneado y le encargo que cierre porque no quiero exponerla más a esta tropa de babosos. Pongo mi mano en la parte baja de su espalda para guiarla hasta mi auto, siento de repente el calor en mi piel que traspasa la capa de ropa que ella lleva. Le abro la puerta del copiloto, mas se niega a entrar. La muy testaruda la cierra con fuerza, me ve con dureza y vuelve a abrirla por su cuenta, así que lo único que puedo hacer es suspirar frustrado antes de dar media vuelta hasta mi lugar.

—Aún tienes este auto —murmura, acaricia los asientos encuerados del viejo Mustang heredado de mi abuela paterna y reparado por mí. Le he dedicado gran parte de mi vida a este carro, he aprendido con él la mayoría de las cosas que sé sobre mecánica, no podría dejarlo ni aunque pusieran un Ferrari frente a mis ojos, ya que posee un valor sentimental invaluable.

—¿Recuerdas cuando lo hicimos andar por primera vez?

Se hace la distraída ante mi pregunta, estira el brazo para encender la radio y mira por la ventana durante todo el silencioso camino, por lo que prefiero no molestarla más. Cuando doblamos la esquina para llegar a nuestra calle, una icónica canción de Bob Dylan comienza a sonar. Lucy observa el reproductor con nostalgia, con esa expresión que tan pocas veces he visto en su jovial rostro, la misma que me provoca inquietud, terror y debilidad al instante.

Apenas estaciono, baja del auto sin darme chance de hacer algo, sin dejarme explorar sus miedos e inseguridades. Solo escapa como de costumbre en estos días.

Subo las escaleras y sigo su paso, rebobino el momento exacto en que sus ojos se cristalizaron. Quiero preguntar qué le pasa, pero últimamente todo sobre ella me hace dudar, pensar en que no necesito que vuelva a humillarme de forma innecesaria. Sin embargo, luego de un tramo de escalones, oigo sus sollozos tristes, melancólicos. Sé que trata de ocultarlo, jamás fue de llorar en público, así que la alerta en mi cabeza se enciende y, sin poder evitarlo, la llamo por su nombre para detenerla, consigo solo que acelere su paso, escapa de mí otra vez.

No sé si hago lo correcto al correr para alcanzarla, parece masoquista de mi parte, aunque yo lo considero más como una preocupación palpable de verla así, tan rota y vulnerable, que otra cosa.

Llegando a su puerta la alcanzo, no me detengo a observar su rostro triste ni a escuchar los reclamos que salen de su atrevida boca, con simpleza la acerco a mi cuerpo y la abrazo como hace tanto lo he deseado. Me siento, de pronto, pleno. Ella se resiste, mantiene los brazos a los costados de su cuerpo, pero no la suelto. Reposo su frente en mi hombro, tiembla completa ante sus incontenibles sollozos y, como en cámara lenta, sus delicadas extremidades me rodean la cintura con fuerza.

Ahora sí estoy completo.

5

ENTRE LÁGRIMAS, BESOS Y FLORES

BENNET



La primera vez que vi a Lucy llorar fue un tiempo después de conocerla. Recuerdo que cubría su rostro para que no lo notara, pero era inevitable no sentirla apagada, muy distinta a como se comportaba en realidad.

Víctor y yo íbamos llegando de la escuela a su casa, ya que por el trabajo de mi madre acostumbraba a quedarme allí cuando estaba solo. Siempre caminábamos porque no quedaba lejos. Además, durante el trayecto nos poníamos a jugar con el balón, nos dábamos pases y encestábamos a canastas imaginarias, era mucho más divertido que volver en el autobús escolar.

Desde lejos, en el pórtico de los Santana, se podía divisar un pequeño bulto sin rostro y a medida que avanzábamos por la calle, las risas de los niños que jugaban a su alrededor se magnificaban. En ese momento nos pareció de lo más normal, un par de pequeños que correteaban tras un balón, pero su juego no era lo que creíamos. Los diablillos se divertían con golpear a Eloísa con la pelota mientras le gritaban insultos y la llamaban gorda, lo que nos hizo reaccionar al instante. Víctor se encargó de perseguir a los mocosos, yo fui a verla a ella y, apenas llegué a su lado, lo único que logré hacer fue atraerla a mis brazos para que se desahogara en ellos.

Me rompía el corazón oírlo, me debilitaba, hasta el día de hoy lo hace. Sin embargo, esa vez, la primera vez, cambió algo en mí. Comencé a verla de otra manera, como alguien a quien debía cuidar, aunque mis razones eran en su totalidad egoístas. La necesitaba feliz, fuerte, porque ella me daba vida, me hacía sentir como nunca antes y era agradable para mí. No comprendía cómo sucedía todo el proceso detallado del asunto, solo sabía que era real.

—Eloísa —solté con suavidad al notar su cuerpo menos tenso. Levantó la cabeza y me miró con inocencia con sus ojos irritados, rojos, al igual que sus mejillas y la punta de su nariz pecosa. Sus labios, hinchados y semi abiertos formaron una mueca de desagrado y, de inmediato, intenté limpiar con las mangas de su suéter anaranjado el recorrido de las desesperadas lágrimas que no cesaban.

—¿Estás mejor? —indagué, al tanto de lo ridículo que soné viendo su estado. Su llanto más potente me dio la respuesta obvia, hizo que mis ansias de aniquilar a esos niños idiotas crecieran a niveles insuperables—. Ya, tranquila, pequeña. —Intenté consolarla. La abracé por los hombros y ella apoyó su cabeza en mi pecho. Se sentía tan bien que me asustaba.

—No sé por qué son malos conmigo —habló entre sollozos, aunque más calmada.

—Son unos idiotas, no los tomes en cuenta, Eloísa.

—Es difícil no tomarlos en cuenta si hacen estas cosas.

Volvió a llorar sobre mí. Deseaba ser una solución, deseaba que no tuviese que pasar por ese tipo de cosas, me frustraba no saber cómo.

—No deberíamos permitir que los malos comentarios de los demás nos afecten. Eres hermosa, una niña sensacional, no dejes que extingan esa luz que tienes dentro. Pocos la tienen, Eloísa, tú eres privilegiada —expresé, contemplé sus orbes llorosos.

Rodeó mi cuello con brazos amorosos. Se refugió en la curvatura de este y se quedó allí, respiró profundo, me electrizó con el choque de su aliento. Quise que se quedara allí por siempre, pero al notar que Víctor venía a la distancia, exploré el suplicio de alejarla de mí por primera vez.

La ayudé a ponerse de pie, sacudió el polvo de su pantalón y entramos a la casa. Le pregunté si quería que fuera con ella cuando la vi subir las escaleras, respondió que no, que deseaba estar sola un momento. Aun así, la acompañé hasta la puerta de su cuarto donde antes de cerrar, me dio un abrazo apretado, poniéndose de puntillas para alcanzarme.

—Tú también la tienes —me dijo con su voz de sirena. No comprendía a qué se refería, la sostuve en silencio hasta que oímos la puerta principal cerrarse—. La luz que dijiste —continuó —, tú también la tienes, Ben. No insistas en mantenerla apagada.

Me dio un beso en la mejilla antes de escurrirse de mis brazos y encerrarse en su habitación. Dios, debí decirle tantas cosas, debí acompañarla en su soledad, insistir en quedarme, pero, al contrario, marcharme me pareció una mejor opción.

Años después tomé una alternativa exactamente igual, hui antes de asumir mis sentimientos, antes de ser sincero conmigo y hoy esa es una de las cosas que más me pesan. Por eso no voy a cometer los mismos errores. Ahora, con Lucy entre mis brazos, sé que es el lugar donde ambos pertenecemos, no puedo volver a cagarla por mis estúpidos miedos.

—¿Vas a decirme qué sucede, lucero?

—No mereces saberlo —contesta con la voz rota—, no estuviste ahí.

—¿De qué hablas?

Ella intenta escapar de nuevo, pero afianzo mi agarre para evitarlo. Se resiste, odio que lo haga, así que la elevo y la cargo hasta mi departamento. Allí no podrá huir de mí, me dará explicaciones, la escucharé, estará todo bien.

—Deja que me vaya, Bennet —musita, me pongo frente a la puerta para bloquear todas sus salidas.

—No hasta que me expliques de qué hablas.

—No finjas que no sabes, ¡era su canción favorita!

Sus palabras caen sobre mí como un balde de agua congelada. Su padre. La canción del auto era la favorita del señor Santana que falleció hace unos años.

—Lo siento, aún no puedo creer que...

—Oh, cállate, ¿quieres? No tienes derecho a hablar de mi padre, no sé cómo puedes pensar en él sin sentirte como el maldito malagradecido que eres.

—Eloísa, yo sé...

—¡No! No sabes nada —recrimina. Sus ojos me miran con tanto odio que me hace olvidar el tierno abrazo que nos dimos hace minutos. Su ira me llega de golpe, me desestabiliza, aunque no puedo culparla. No puedo minimizar ninguno de sus reproches porque fui un idiota o como ella dijo: un maldito malagradecido—. ¿Sabías que eras como un hijo para él? Fuiste uno más de la familia y ni te molestaste en ir a su funeral, o llamar o hacer cualquier cosa en su nombre. Nada.

Ni te imaginas cuánto te odié ese día. Mira tú, el peor día de mi vida, cuando debía llorarle a mi padre, lloraba por ti, por tu ausencia. Qué estúpida me hiciste, Bennet, tan jodidamente estúpida por tu culpa.

—Nunca me he perdonado por eso.

—Y yo no lo haré jamás.

Me hago a un costado porque no sé qué decir, de nada vale confesarle mis acciones, de nada vale revelar aquel secreto cuando no me creará, cuando ya dejó dicho lo mucho que me odia. No puedo explicarle que no tiene motivos para hacerlo, no puedo argumentarle que sí estuve ahí, no puedo volver a enfrentarme a su furia ni a aquella mirada cargada de desprecio.

Mierda, Lucy, no puedo amarte sin obstáculos en el camino.

Sale de mi hogar con un golpe potente que se replica cuando desaparece tras la puerta de su casa. Y ahí me quedo, miserable, estúpido, jodido como un idiota por una mujer que me desprecia con todas sus fuerzas, abatido ante la idea de no volver a tocarla, de no compartir otra sonrisa cómplice, atormentado porque esta vez realmente la he perdido.

X

El día sábado llega sin novedades. No he visto a Eloísa en lo que queda de semana y me sugiero cada vez que pienso en ella para dejar de hacerlo. Carli ha venido a verme con menos frecuencia, aclaramos nuestra amistad, mis sentimientos y decidimos que es mejor dejar el jueguito tonto de acostarnos cuando se nos dé la gana para comenzar a estabilizar nuestras vidas. Salimos a cenar el viernes por la noche, ambos con la idea de formar una relación fija, adulta y seria, pero las cosas no resultaron como esperamos. Descubrimos que nuestra química solo se manifiesta en la cama, no tenemos material de pareja.

—Mientras ella siga en tu corazón, jamás podremos ser algo —me dijo la rubia al despedirse ya en la madrugada—, el problema es que no creo que tengas intención de dejarla salir.

En ese instante lo único que pude hacer fue besarla para demostrarle todas las ganas que tengo de que la mujer que amo desaparezca de mi vida otra vez para regresar a mi aburrida calma inicial, para que notase que mis esfuerzos son en vano, que por más que trate, ella con simpleza no se va.

Estirado en mi cama sin ninguna gana de levantarme, me arrepiento de haberla besado. Sé que soy un indeciso de cojones, pero Carli se merece más que medio amor y eso es todo lo que yo puedo darle. La retengo, evito que mire a otro lado, que amplíe sus horizontes, como que en el fondo no quiero que se enamore de alguien más. Eso me convierte en un maldito malagradecido egoísta.

Los golpes fuertes en la puerta hacen que me levante de mala gana. Me pongo el pantalón de pijama sin molestarme en buscar la camiseta, refriego mi rostro con las palmas de mis manos y estoy listo para atender al indeseado invasor. Sin embargo, no es para nada indeseado, solo... inoportuno.

—¡Papi! —grita Rosie con esa hermosa sonrisa carente de dientes. Se lanza a mis brazos como un torbellino, despierta lo poco de mí que aún estaba aturdido por el sueño.

La elevo de inmediato, ella se enreda como un bonito koala en mí y me rodea con fuerza. La he extrañado tanto que no hago nada más que abrazarla frente a la puerta que aún sigue abierta, respiro su aroma a flores, aliso su cabello negro y repito lo feliz que estoy de que haya llegado durante, por lo menos, cinco minutos.

—Estás tan grande, princesa, tan hermosa.

Una tos fingida interrumpe nuestra conexión. Bianca, la abuela de Rosie, nos observa desde el umbral con rostro serio, de seguro ofuscada por la relación que tenemos y que su hija jamás logró conseguir, incluso Beatriz me culpa si la niña no obedece, cuando el problema radica en que ella no sabe un carajo de nuestra hija.

—Bianca, siempre es un gusto volver a verla —saludo, dándole paso a mi hogar y a la espera a que no me lance una maldición azteca o algo por el estilo.

—Me encantaría decir lo mismo, Bennet.

—¿Quiere agua o un café?

—No, no pienso quedarme mucho. Beatriz envió notas en un cuaderno. Espero no sigas malcriándola.

Rosie me mira con ojos risueños, ambos nos aguantamos las ganas de reír mientras escuchamos a Bianca parlotear órdenes a diestra y siniestra. Se despide de mi hija con un saludo frío que me enerva, no quiero imaginar cómo la trata en la vida cotidiana si es que llega a relacionarse con ella. La señora insiste en revisar el cuarto que he armado para ella, pero no se lo permito y, aunque me gano más miradas de odio de su parte, nada se compara con la dicha de tener a mi bebé de vuelta.

—¡Libertad! —exclama Rosie en cuanto la puerta se cierra tras su abuela. Se sube al sofá y salta para aterrizar en mis brazos.

Qué bien se siente tenerla otra vez.

6

UNA DOSIS DE MASOQUISMO

ELOÍSA



Observo los cristales rotos esparcidos por la alfombra sin poder creer que fui yo quien causó este desastre. No es que no haya quebrado cosas antes, los vasos en mi casa no sobreviven más de tres semanas, pero siempre ocurre por descuidos, jamás por la imperiosa necesidad de destruir algo para no derrumbarme allí mismo.

Pensar en mi padre, recordar su ausencia, me afecta hasta el día de hoy y, si a esos fúnebres pensamientos le agregamos el factor Ben, mi cabeza se vuelve un tortuoso torbellino que debilita cada fibra de mi anatomía. Me siento impotente, enojada, triste, y lo peor es que todo nace por las razones equivocadas, todo nace por mis estúpidas desilusiones amorosas.

Tenía dieciséis años cuando Bennet decidió marcharse. Era una adolescente que acababa de perder a su primer amor, eso, más lo dramática que era en ese tiempo, ciertamente me destruyó. Creí que mi mundo se caería a pedazos por su lejanía, por la distancia que él impuso sin ninguna explicación, pero con el paso de los años el dolor menguó, me acostumbé a vivir sin su liberadora fragancia y, en este instante, podría dar cualquier cosa por volver a eso, por volver a respirar con tranquilidad sin pensar en que puedo toparme con el demonio en cualquier momento.

Limpio el desastre, procuro no incrustar ninguno de los vidrios en mi piel. Las lágrimas caen por mis mejillas sin cesar, causan que me odie por unos segundos al permitir que me perturbe la situación en la que estoy. Debo verme patética, como una maldita idiota, pero así es la vida; cuando más presumes de tu tranquilidad, más pruebas tortuosas te manda. A la desgraciada le encanta verte derribada y moribunda haciendo esfuerzos para resistir a la adversidad. No tiene piedad, te lanza al desastre una y otra vez para ver cuánto puedes resistir. Y he tenido la fortuna de pasar cada uno de los obstáculos, este no será la excepción. Bennet no será mi excepción.

No salgo de casa en los días siguientes, solo para hacer un par de compras necesarias, pero nada más que eso. He recibido varios mensajes de Julian, que se ha tomado muy en serio lo de ser mi guía y, además de mostrarme Royal Hills, también quiere llevarme a conocer la ciudad, mas declino en cada ocasión porque soy incapaz de infundirme los ánimos necesarios para hacer cualquier cosa que implique la posibilidad de ver a mi vecino y eso es horrible; me convierto en un desastre andante cada vez que lo tengo cerca o lejos, si vamos al caso, y lo peor es que soy yo quien lo permite. Sin embargo, ya es sábado, no puedo continuar encarcelada en mi propio hogar, no es justo para mí ni para todas las lágrimas que he derramado por él desde mi adolescencia, así que marco el número que Julian me dio previamente para aceptar todas las invitaciones que le he

rechazado. La soledad me consume, necesito un amigo acá y él, con toda esa frescura caída del cielo, parece una buena alternativa. Además, con lo guapo que es, ejercito la vista, que no me hace nada de mal.

Acabo de arreglarme en tiempo récord, me pongo un short básico con una camiseta roja ligera, una chaqueta de jeans me cubre de la cercana llegada del otoño y tomo mi bolso, presurosa por salir lo antes posible de aquí. Ingreso en mi teléfono el nombre de la playa donde Julian me dijo que nos veríamos y, en automático, se traza el camino que debo recorrer ya sea caminando, en un bus o en bicicleta. Opto por la primera opción, necesitada de aire fresco. Voy una hora adelantada y así mato el tiempo.

—Mamá dijo que si me portaba bien me llevaría con ella —dice una pequeña que sube las escaleras acompañada de una señora con cara de perro mojado.

—No molestes a tu madre, niña, que se fue por trabajo, no de vacaciones.

La señora le habla con un tono severo que me hace empuñar las manos de rabia. Sin embargo, no logro oír el resto de la plática. Comprendo que cuando los niños son revoltosos a veces es necesario utilizar la voz de padre demandante, pero, por lo que noto, la tipa ni siquiera es su madre y la pequeña se ve de lo más dulce. Aunque bueno, no es problema mío, es lamentable, porque si lo fuera le cantarían mil verdades a la vieja gruñona.

—Vieja loca —susurro, ruedo los ojos en cuanto llego al primer piso, lejos de sus oídos que de seguro no han escuchado una palabra de afecto en años, porque el mal humor que se carga la señora no debe ser por obra y gracia del amor.

Camino ensimismada, saco mi teléfono de vez en cuando para guiarme por las calles desconocidas. En Prince Lake sería mucho más fácil andar sin interrupciones, pero, al ser el último fin de semana de vacaciones, los turistas andan como desquiciados, así que es inevitable no tropezarme con algún descuidado o ser la descuidada con la que el resto se estrella. De repente el aparatito en mi mano vibra, es un *WhatsApp* de mi madre —que batalló un mundo para aprender a usarlo—, una de sus típicas cadenas que le he dicho un millón de veces que son falsas. Es que, joder, la doña es tan supersticiosa que cree que si no envía el mensaje a siete personas no le van a pagar el sueldo en tres meses. ¡¿Quién rayos se cree esa idiotez?! Mi madre, obvio.

Le escribo rápido que no me mande más esas cosas, pero me detengo antes de poder enviar el mensaje, me detuve porque acaba de cambiar su foto de perfil a una donde aparece abrazada de mi padre, el gran amor de su vida. Es inevitable no sentir un dolor fulminante al pensar en él, ni pensar en las injusticias de la vida. Papá era el mejor hombre sobre la tierra, no merecía morir así, tan de repente, sin poder despedirse de su familia, pero supongo que la vida no se trata de merecimientos ni de méritos, sino de disfrutar y, por lo menos, puedo decir que lo hizo, que fue feliz, que nos hizo felices. No obstante, eso no quita el hecho de que lo extrañe, de que tenga unas tremendas ganas de retroceder el tiempo y decirle que lo amo una vez más, de darle un beso de buenas noches, de cantarle su canción favorita o hacer esas galletitas de coco que tanto le gustaban.

Visualizo el cementerio, las flores, el ataúd con su cuerpo reposando dentro, la melancolía, el llanto, los gritos de mi madre, los brazos de Víctor que rodeaban mis hombros, sus manos que secaban mis lágrimas y la ausencia del hombre que le dedicaría unas últimas palabras de despedida en nombre de la familia. Sacudo mi cabeza ante aquello, debo dejar de relacionar la muerte de mi padre con la ausencia de Ben porque es un arma de doble filo que se incrusta entre mis costillas y, si continúo así, acabaré muerta más temprano que tarde.

Entre recuerdos y divagues llego a la playa, cerca de un local de jugos naturales. El sol está

intenso a pesar de estar casi en septiembre, así que le envió un mensaje a Julian para decirle que lo esperaré bebiendo un jugo de piña en el pintoresco kiosquito con decoraciones hawaianas.

—Veo que no soy el único puntual —suela una voz a mis espaldas, mi cerebro lo reconoce al instante, como si fuese un amigo de toda la vida y no un futuro colega con el que he conversado una vez—. Es la primera vez que no me hacen esperar.

—No soy puntual en absoluto, solo me encontraste en un buen día —respondo—. ¿Cómo estás? ¿Quieres jugo?

Le hace una seña a la chica que atiende con una sonrisa coqueta y pide uno de frutilla. Él en definitiva sabe lo que tiene, sabe lo que es. Ya no lleva sus gafas de profe sexy, sino que porta un estilo de lo más playero con un bañador rojo y una musculosa blanca que deja a la vista unos brazos bronceados y trabajados. ¿De verdad este sujeto es profesor de historia? Porque parece más un modelo de esos que contratan en verano para que tonteen en la playa.

—Estoy bien, algo distraído por una chica que conocí hace unos días.

—Vaya, te debe haber afectado bastante, quizá necesites unas sesiones con un psicólogo —le sigo el juego. Es lo mejor que puedo hacer, soy pésima para coquetear.

—Estaba pensando en una linda psicóloga que podría ayudarme.

—Tal vez, pero ella cobra por adelantado.

Julian me sonríe grande, aunque no ha dejado de hacerlo desde que llegó, hace que olvide mis dramas, mis conflictos personales y todo aquello que me perturbaba antes de venir aquí con la linda curvatura de sus labios. No sé si es por ver un rostro nuevo, por convivir con otros o qué sé yo, pero él es reconfortante y fresco, como beber un jugo natural en la playa durante un día soleado.

—Ya, hálame de ti, el día que nos conocimos solo conversamos de la escuela —le pido, me desvío de sus coqueterías que, aunque no me molestan, me ponen nerviosa.

—No hay mucho qué saber, soy profesor hace dieciocho años, divorciado, dos hijos adolescentes y eso, típica vida de cuarentón.

Me descoloca un poco, mas no me quejo, es de esperarse considerando que es varios años mayor que yo... y que está guapísimo.

—¿Y eso? ¿Sin aficiones distintas, algo que hagas por gusto?

—Soy profesor por gusto.

—¿Y nada más?

—¿Crees que soy aburrido?

—No confío en las personas que no tengan, al menos, una afición además del trabajo. Yo me muero si no despejo mi mente un poco de las obligaciones o si paso más de tres días sin hornear algo, ya sabes, me gustan los pasteles —confieso.

—¿Los pasteles?

—Sí, de cualquier tipo. Comerlos me encanta, pero hacerlos es mi propia terapia.

Julian vuelve a sonreír de esa forma tan natural, como si nada importase más que el momento que vivimos. Es tan agradable su compañía que el tiempo se pasa rápido entre charla trivial y risas cotidianas, podría acostumbrarme con rapidez a él, lo que es genial porque nunca está de más tener un amigo.

Caminamos descalzos por la playa, percibimos la arena fría bajo los pies, cuando llegamos a un local que exhibe trajes y tablas de surf. Música electrónica suena por un enorme parlante, mientras varios jóvenes intercambian risas, bebidas o están a medio vestir, desfilan sus cuerpos como si también estuvieran en exhibición. Tarde me doy cuenta que Julian los saluda a todos

mientras toma un traje negro y una preciosa tabla que consigue detrás de un modesto mostrador. Cuando vuelve a acercarse a mí, ya tiene medio cuerpo dentro del neopreno, mientras que su torso —bastante privilegiado, debo decir— se mantiene desnudo.

—Querías saber de mis aficiones —comenta a la ligera, ve el resto de las tablas—, pues esta es una de ellas. ¿Quieres acompañarme, Eloísa Santana?

Observo su torso, las tablas, los trajes, su torso de nuevo y, por último, el mar. Mi primer pensamiento me incita a salir corriendo, el siguiente me obliga a serenarme y el tercero me grita que sea sensata, que piense en mi madre, que coma mis vegetales y tache los deportes extremos de la lista de cosas por hacer antes de morir.

—O puedes quedarte aquí, sin presionas, linda.

Y ahora sí no dudo en aceptar. Contemplo cómo el traje negro se adapta a la perfección a su cuerpo, lo veo adentrarse en el mar, desafiar a las olas y ponerse de pie como si hiciera esto desde siempre, lo que es lo más probable. Todo mientras mis pies se hunden en la arena, mi mente se despeja y, como si nada, noto que no he pensado en Ben desde que me junté con Julian.

Sin embargo, llegada la noche, mirando las estrellas en una playa casi desierta, los recuerdos me azotan vehementes, memorias de la noche en que me di cuenta que lo amaba y en la que sentí una ligera esperanza de que él también me amara.

—Tú no puedes ser una estrella, Lucy —me dijo Bennet en esa oportunidad bajo el oscuro manto nocturno adornado por las estrellas que caían fugaces, creaban un alucinante espectáculo cósmico—. No puedes porque eres el lucero más brillante de todos.

Ahí caí rendida. En ese instante y hasta el día de hoy, me enamoré profundamente de Bennet Lewis y nadie, ni siquiera alguien tan especial como Julian, podría cambiar eso.

7

ROSIE LEWIS BENNET



Quiero creer que no es posible que me haya olvidado. Quiero continuar siendo egoísta y pensar que aún me ama, que solo sale con ese sujeto porque desea sacarme de su cabeza. Quiero, quiero... quiero tantas cosas, pero lo principal, tengo una necesidad alarmante de ir a romperle la cara a ese maldito cabrón que se siente con el derecho de tocarla de esa manera, como si le perteneciera cuando ella no es de nadie y si lo fuera, sería mía.

Soy un maldito idiota.

Estoy escondido tras la cortina, observo desde las alturas cómo ese la abraza, noto la manera en la que se aleja un poco, le toma el rostro y vuelve a acercársele. Va a besarla, mierda, va a hacerlo. No puedo bajar porque Rosie duerme en su habitación, aun así, no puedo dejar de mirar. Me relajo por unos segundos cuando ella se aleja, no se besaron. Sin embargo, entran juntos al edificio. Me paro junto a la puerta para saber si suben juntos y, tras un par de minutos, se escuchan sus risas llegar por el pasillo. Me apresuro a abrir la puerta, ambos ya están por entrar, mas me alegra llegar a tiempo. Los dos me ven, Lucy muy enojada; el imbécil, confundido.

—Hola, vecina —digo, salgo para tomarla del brazo. Ella reclama, aunque de todos modos permite que la guíe dentro de mi departamento—. Hablaremos un momento, ponte cómodo en el pasillo —le informo al tipo, ruego porque capte la situación y se vaya.

Cierro de un portazo, aunque Lucy intenta salir.

—¿Qué rayos te pasa?! ¿Qué parte de no quiero hablar contigo no comprendes? —exclama iracunda. Su nariz se arruga de una forma adorable, mientras que sus labios se apretujan como si guardaran miles de groserías dirigidas a mí, lo que es lo más probable en realidad.

—Baja la voz, Rosie está durmiendo —susurro. Eloísa abre los ojos de par en par, es obvio que está confundida, para luego pasar a un enojo enorme que se podría notar a kilómetros de distancia.

—Pensé que estabas con Carli, ¿qué clase de idiota estás hecho?

—Es mi hija —contesto, apresurado—. No sabía que pensabas así de mí, he sido un idiota como dices, pero nunca de esa clase.

—Yo tampoco sabía que eras padre —comenta, inexpresiva. Es difícil leer cualquier pensamiento que cruce por su cabeza en este instante, me obliga a no bajar la guardia. Ahora extraño aquellos días en los que era un libro abierto para mí, donde con solo mirarla podía adivinar cada una de sus emociones o completar sus frases cuando le costaba encontrar las

palabras adecuadas. Añoro demasiado lo que éramos, lo que pudimos ser, lo que he destruido.

—Lo sé, quería decírtelo de otra forma, pero no tuve la chance, no me lo permitiste, y lo entiendo, ¿sabes? Tienes todo el derecho a estar enojada conmigo.

—Lo tengo —afirma, se cruza de brazos y levanta la barbilla con orgullo.

—Y yo merezco la oportunidad de hacer las cosas bien, de mostrarte lo que no conoces de mí.

—Es que tú no entiendes nada, Bennet, eres tan ciego que no puedes ver lo que está delante de tus ojos. —Avanza hasta mí, me señala con su índice. Sus mejillas rojas y su cabello despeinado se me hacen de lo más cómico, mas sé que está furiosa—. ¿Acaso leíste las cosas que te enviaba, o solo no respondiste? ¿Volviste a quedarte callado, Bennet? Porque eso es lo que haces, siempre te quedas callado. Estuviste mudo después de la primera vez que te besé, cuando después de eso te acostaste con esa chica. Te quedaste callado cuando te marchaste y mucho tiempo después de eso. ¡Ni siquiera sabía que tienes una hija!

—No podía decirte lo de Rosie, no podía permitir que vivieras pendiente de mí. Pero ya no soy el mismo de antes, déjame demostrarlo al menos —pido, grito en susurros para no despertar a la niña, Lucy hace lo mismo desde que le advertí.

Me mira, es ella la que se queda sin palabras ahora, pero no digo nada porque joderlo todo es mi especialidad y no quiero demostrarlo ahora. Sus ojos se ocultan de mí en cuanto los encuentro. En este momento es transparente, vulnerable, está incómoda; ya es demasiado tarde para mí.

—Debo irme —asegura, camina hasta la puerta. Cuando pasa por mi lado, la tomo del brazo para detenerla, no puedo dejar que se vaya así como así.

—Dime que lo pensarás.

—Lo haré, solo no me presiones, ¿quieres?

—Pedirte que no salgas con él se incluye como presión, ¿verdad?

—Es mi amigo —responde, aliviándose a medias—. Sé que nos espiabas, estabas en el balcón antes y en cuanto nos viste entraste. También sé que si hay algo que tenemos en común es la curiosidad.

—Lo lamento.

—No lo hagas de nuevo, es profesor en la escuela donde trabajaré, por reglamento no puedo salir con él. No sé por qué te estoy diciendo esto, solo... no es necesario que me lo pidas.

—Pero tú quieres hacerlo —afirmo, soltándola. Ella toma el pomo de la puerta y, antes de salir, responde:

—Eso no es de tu incumbencia, Bennet. —Abre la puerta y sale al pasillo, él aún está allí—. Nos vemos.

—Nos vemos, Lucy.

Ella cierra la puerta sin recriminarme por el apodo, eso es un avance considerable. Camino hasta el cuarto de Rosie para asegurarme que duerme, me acerco a la cama, la veo descansar con tranquilidad y me contagia esa paz característica. Acaricio su negro cabello, creo que es lo único que tiene de mí, eso y una marca de nacimiento en el pulgar de la mano derecha. Todo el resto es de su madre, hasta la alegre personalidad que, con el tiempo, desapareció de Beatriz. Mutó.

Venía recién llegando a California cuando la conocí. Estaba en una fiesta de inicio de clases en una fraternidad, una total locura. Eric, el único amigo que tenía en ese entonces, me presentó a Nelson y este a su prima Denisse que andaba acompañada de una amiga, esa amiga era Beatriz. La recuerdo bella, castaña, piel tan blanca como el papel y unos ojos verdes impresionantes, pecas cubrían el puente de su nariz y parecía siempre estar sonriendo. Yo estaba en busca de una dosis de olvido, ella buscaba una distracción. Una cosa llevó a la otra y antes de que la noche siquiera

comenzara, ambos ya estábamos en una de las habitaciones de la fraternidad, descargando nuestros temores, nuestras ataduras, todo en el cuerpo del otro.

Claro que no tenía ni la menor idea que luego de despedirnos aquella madrugada, volveríamos a encontrarnos tres meses después con el notición que seríamos padres y, aunque ese hecho fue un factor determinante para que no volviera a intentar nada con Lucy, tener a mi hija fue una de las cosas más maravillosas que he podido disfrutar.

Al principio estuve escéptico, pero tras la desesperación en los ojos de Beatriz, accedí a realizar una prueba de paternidad y pues fui el ganador. Ganador en todos los sentidos, aunque las cosas se hayan puesto turbias con sus padres, aunque Bianca jamás me ha querido con su hija por joderle la vida, aunque he tenido que renunciar a mucho por ellas, fui bendecido con este adorable angelito.

Me voy a la cama con las memorias de los buenos momentos que compartimos como familia, las primeras palabras, los primeros pasos, los primeros besos reales, los primeros te quiero. Me duermo con el recuerdo de ellas, mis pequeños instantes de felicidad.

X

—Papi, ya levántate. —Escucho decir a Rosie mientras siento cómo mi rostro se mueve sin que yo lo quiera. Mi hija me abre un ojo con sus dedos, con la otra mano aprieta mis labios; debo verme ridículo, pero me resisto—. Bien, ya despertaste —agrega al liberarme.

—Buenos días para ti también, princesa.

—Sí, siento despertarte, papi —continúa, me tira para que salga de la cama, hago el intento de tomarla porque es domingo, el último día de sus vacaciones—. No, escúchame, alguien te busca.

—¿Qué? ¿Rosie, abriste la puerta?

—No, escuché que golpeaban, así que pregunté quién era, dice que es tu vecina, pero no abrí.

—Bien, de todas formas, lo primero que debes hacer es despertarme, iré a ver.

—Es descortés hacer esperar a la gente.

Sonríó y me levanto de la cama en cuanto Rosie sale de la habitación queriendo *vestirse para recibir a la invitada*. Me pongo un pantalón deportivo y recorro el pasillo, acomodo un poco mi cabello, paso al baño un segundo a lavarme la cara y continúo con los nervios a flor de piel. Abro y no hay nadie. Sin embargo, la puerta frente a la mía está abierta, dejándome ver por unos breves momentos el interior del departamento de Lucy. A simple vista es más iluminado que el mío, todo lo que ella posee está rodeado por un halo de luz magnífico que me encandila al punto de la desesperación.

—¡Aquí estoy! —grita al aparecer de repente, apresurada—. Lo lamento, es que quería ir al baño y...

—Sí, tienes la vejiga pequeña y todo eso, lo comprendo —digo, sonriente.

—No te rías, además tú te hiciste esperar —reclama, sin pasar los límites de su hogar, como si le diera miedo cruzar el pasillo o existiese algo que impidiera nuestra cercanía.

—Estaba dormido.

—Siento despertarte, solo quería saber cómo estabas.

—Yo bien —afirmo un poco desconcertado, espero a que se acerque—. ¿Quieres quedarte a desayunar?

—Estás con la niña.

—Sí, y ella no muerde —río.

—Lo sé, me refiero a que...

—Sé lo que quieres decir, pero está bien, no es problema que se conozcan. De hecho, se está arreglando para ti.

—Si me dices eso no puedo decirte que no.

—Pasa entonces, te advierto que recién prepararemos todo —comento, abro más la puerta para que ingrese.

Se queda parada en la entrada mientras cierro, su respiración se hace más pesada cuando me posiciono detrás de ella, puedo sentirlo, puedo percibir su piel cálida por encima de la ropa cuando me aferro a su cintura, en ese momento camina lejos de mí y se sienta en uno de los sofás. A pesar de la distancia, aprecio el color de sus mejillas floreciendo como en la mejor de las primaveras, me mira sin decir palabra con una intensidad que me estremece. No sé qué rayos tiene para hacerme esto. Baja la vista un segundo, mas la sube apresurada.

—Puedo ayudarte.

—Claro, si quieres puedes abrir las cortinas, yo iré a ver si Rosie está lista.

—Bien.

La veo ponerse de pie antes de que me encamine hacia el pasillo en busca de mi hija, a la que encuentro tratando de ajustar un colgante con su nombre alrededor de su cuello sin conseguirlo. Con una mirada suplicante de sus ojos verdes me acerco a ayudarla, lo arreglo, le enderezo el vestido de princesa que ha escogido para este día y, a pedido de ella, le hago dos trenzas con relativa rapidez. Se mira por última vez al espejo antes de darle el visto bueno a mi trabajo como estilista, se pone una pequeña corona de plástico reluciente y posa su pequeña mano sobre la mía para salir de la habitación.

Eloísa está a nada de presenciar el gran espectáculo que es Rosie Lewis.

8

MUJERES HERMOSAS

ELOÍSA



Por alguna razón, siempre tuve buena relación con los niños menores que yo. Cuando tenía once años los chicos de mi edad me evitaban, solían hacerme tropezar, golpearme con balones, decirme apodos repugnantes por mi aspecto físico y jugarme bromas pesadas como si no fuera más que un objeto para su diversión; tenía un amigo, Jason, mi vecino de siete años al que solía cuidar cuando nuestras madres se reunían a hacer postres para vender en la feria local que en ese entonces abría solo los fines de semana. Sin embargo, conocer a la hija del amor de mi vida es muy distinto a jugar con legos junto a un crío adorable. Siento cómo mil volcanes entrar en actividad al mismo tiempo en mi interior, aumentan las ganas de darme cabezazos contra la pared por la estúpida idea de tocar la puerta.

Maldita, maldita curiosidad.

Porque al principio solo fue eso, claro, quería asegurarme de que Ben se encontrara bien luego de la charla que tuvimos la noche anterior. Inclusive quise aclararle que Julian no se quedó conmigo o estado más de cinco minutos dentro, pero, ¿con qué objetivo?, ¿qué ganaba con eso? Digo, Bennet y yo no somos amigos ni mucho menos, solo dos conocidos reunidos por las vueltas del destino, lo que probablemente es el principal problema de todo este reencuentro, porque si en algún momento se da la oportunidad de recuperar lo que teníamos, será eso, lo que teníamos, y aquello no era más que una amistad con tintes de hermandad que distaba mucho de mis fantasías en las que él era el protagonista de mi historia de amor. No creo poder verlo con otra chica formando una familia. ¡Por un carajo, tiene una hija!

No me siento emocionalmente preparada para esto. Pero ya estoy aquí, ya no puedo escapar, porque si algo no hace Eloísa Santana es arrancar de sus problemas, no señor. Aunque este sería un buen motivo para comenzar a hacerlo, ¿no creen?

Me dedico a abrir las densas cortinas para que la luz entre a este tugurio, ordeno un poco los juguetes esparcidos en la sala y, como si no fuese un total insulto a su privacidad, me dirijo hasta la cocina para ver qué preparar. Todo aquí es sobrio, desde la encimera color grafito, hasta las tazas blancas sin ningún tipo de diseño. Estoy convencida que Bennet se las ingenia hasta para conseguir la comida menos colorida del mundo, porque aseguro que el color de la avena no es algo que me infunda mucha alegría que digamos.

Escojo un par de frutas y me aseguro de que la leche no esté agria para hacer un batido, en la despensa encuentro pan fresco, huevos y saco un poco de jamón y queso del refrigerador para

hacer tortillas. No obstante, antes de poder finalizar, el ruido de pasos me alerta. Pienso en volver a la sala, disimular o qué se yo, pero ya es demasiado tarde. En un acto de nerviosismo, arrojo la cuchara que sostenía al fregadero, causa un ruido metálico que me crispa los pelos e incrementa el nudo que se forma en mi estómago. Diantres, ni siquiera puedo inventar una excusa, la comida no se hizo sola y... Doble diantres, esto me pasa por ser una intrusa de primera.

—Aquí estás —dice Ben, observa con una sonrisa las cosas dispuestas para el desayuno—, ahora te ayudamos con eso, ¿verdad, Rosie?

—¡Sííí! —un grito agudo se oye desde la sala y mis ganas de verla aumentan con creces.

De pronto, como un tornado entrando a la cocina, una preciosura de cabello negro y grandes ojos verde limón aparece frente a mí dando brinquitos con un vestido de princesa de lo más bonito. Se detiene junto a Bennet para darle la mano, tienen la misma sonrisa y la misma mirada a pesar que el color de esta dista de forma abismal. La niña me observa con aire soñador, con la inocencia clavada en el rostro, se toca las trenzas, se ajusta la corona y, como una damita, hace una pequeña reverencia.

—¿Ella es la chica de los diamantes? —pregunta, haciéndome sonreír.

—Sí, cariño, es ella.

Y, cuando pienso que estará tímida ante la presencia de un extraño, la pequeña Rosie se lanza a mí, se abraza a mis piernas como si hubiera estado ansiosa por conocerme, lo que me desestabiliza por más de un segundo. La abrazo también, acaricio su lacio cabello oscuro mientras atisbo a su padre sin saber muy bien qué hacer. Él vuelve a sonreírme, tal vez nunca vi en su rostro una sonrisa tan llena de vida como esa. Esto es increíble.

—¿La chica de los diamantes? —cuestiono de vuelta, aunque conozco muy bien la explicación.

—Sí —dice, vuelve junto a su padre—, como en la canción que papá me cantaba para dormir, esa *Lucy in the sky with diamonds* —comienza a cantar—. Papá dice que tú eres Lucy, la chica de los diamantes en el cielo y que eres su mejor amiga.

Sonríó al instante, mas esta vez con nostalgia, ya que precisamente por esa canción Ben comenzó a nombrarme así. Decía que era su canción favorita, que le hacía sentir feliz cada vez que la escuchaba, así como era feliz cuando se encontraba a mi lado. Sí, cualquiera que nos conociera descubriría al instante que teníamos algo especial; yo era como la hermanita que jamás tuvo y él era la razón de cada una de mis sonrisas.

Terminamos de preparar el desayuno entre juegos, risas y canciones. Rosie es la alegría hecha persona, contagia positivismo y amor por todos lados, como un pequeño sol personal, ilumina, da calidez donde sea que sus rayos toquen.

—Lucy, ¿te gusta la reina Elsa? —me pregunta antes de comer otra cucharada del cereal que se preparó, ya que asegura que es alérgica al huevo, aunque Bennet dice que solo es una excusa para no comerlo.

—¡Por supuesto! —exclamo—. Todos aman a las reinas que lanzan hielo por las manos, es genial.

—¿Quieres quedarte a ver la película conmigo? Papá siempre se queda dormido, es un flojito —ríe de forma adorable.

—Rosie, la vimos ayer —se queja Ben—. Además, tal vez Lucy tiene cosas por hacer el día de hoy.

—¿Qué te parece si esperamos a que tu padre se vista y vamos de paseo? —sugiero, quiero conocerla más, es muy encantadora—. Podemos llevar comida y hacer un picnic.

—¿Podemos, papá?! —grita entusiasmada. En definitiva, no mide los decibeles de su voz, aunque eso es sinónimo que es una niña feliz.

Bennet me mira con esa sonrisa de lado que siempre me ha vuelto loca. Es inevitable no sentirme atraída y nerviosa. Odio lo que me hace el maldito, odio que me haga sentir tan desnuda e indefensa. Lo peor es que se supone que todo está olvidado, que no lo amo como lo hice en un pasado, pero este sentimiento que se agolpa en mí cada vez que me mira con esos ojos maravillosos es más grande que mis rencores, es inevitable no caer en su red.

—Por supuesto, amor, ve a cambiarte de ropa para que no ensucies tu vestido —responde, dirigiéndose a ella.

Nos quedamos a solas al instante. Agradezco que nos encontremos a una distancia prudente porque me calcino solo con su mirada. No sé qué decir, no creo que sean necesarias las palabras.

—¿Qué significa todo esto?

—Tú querías una oportunidad, yo quería conocer a tu hija; digamos que es un acuerdo de ganancia mutua, Ben.

Él sonríe con auténtica felicidad, no como en otras ocasiones donde aquel gesto viene cargado de coquetería, no, esta vez es genuino, lo que me hace ver que tomé una buena decisión. Aunque, ¿a quién quiero engañar? No existe el libre albedrío para mí cuando de su sonrisa se trata.

—Ahora ve a ducharte, yo prepararé bocadillos.

Cuando se retira de la habitación, comienzo a respirar con normalidad, saco todo el aire acumulado y me relajo. Consigo a duras penas hacer unos sándwiches de queso, jamón y lechuga, los envuelvo con cuidado para conservarlos frescos. Me doy cuenta que no tengo en qué llevar las cosas, así que busco la canasta que mamá me regaló hace un par de años a consciencia de que me encanta hacer esta clase de actividades. Al regresar pongo todo en su lugar y, cuando nos reunimos los tres, les sugiero pasar a la tienda a comprar jugos u otro tipo de bocadillos. Acabamos con chocolates, fresas, mantequilla de maní y galletas, por lo que nos fuimos más cargados de como llegamos.

Bennet conduce hasta las afueras de San Diego, en el camino escuchamos las canciones que marcaron nuestra historia: los característicos discos de los Beatles de Ben. Es evidente que él ha influido en los gustos musicales de Rosie porque canta cada una de las canciones y, entre los tres, llenamos el auto con las famosas melodías que, en algún tiempo de mi vida, se convirtieron en los himnos de mi felicidad.

Al llegar al parque, acomodamos una manta sobre el césped con la intención de sentarnos a comer algo, degustamos los sándwiches mientras reímos de Ben que se queja de los insectos y disfrutamos del sol que ofrece generoso su calor. Luego de reposar unos segundos contando anécdotas de nuestra infancia a Rosie, la niña se coloca sus patines junto a un casco con rodilleras a juego para deslizarse por los alrededores del lugar, dejándonos a solas.

—Gracias por proponer este paseo —dice él, rompe el silencio que manteníamos. Entretanto, observamos a Rosie dar vueltas—. En su casa no hace mucho estas cosas, su abuela la cuida y la mantiene tranquila viendo videos en la Tablet o con el televisor. A veces olvida que es una niña y debe jugar.

—¿Y qué hay de su mamá? —pregunto, sin querer parecer entrometida.

—Beatriz —suspira—, ella trabaja todo el tiempo, es modelo y está en un buen momento de su carrera, así que, ya sabes, viaja mucho...

—Vaya, una modelo, debe ser muy bella entonces.

—Todas las mujeres son bellas de una u otra forma, pero la mujer que amas siempre te

parecerá la más hermosa del mundo, aunque para el resto no lo sea.

Sus palabras me rompen el corazón por un momento, la forma en la que habla de ella con esa melancolía por lo que tal vez no sucedió. Quiero largarme, pero no puedo dejar que esa clase de declaraciones arruinen mi día o mi vida, así que me mantengo al límite o eso intento porque mi boca se alía con mi corazón y me hace decir lo que ansío callar.

—Se nota que la amas, una mujer así de hermosa debe ser difícil de ignorar —pronuncio sin mirarlo para que no pueda leer mis pensamientos como suele hacerlo la mayor parte del tiempo. Sin embargo, en un movimiento fugaz, me toma de la barbilla, me obliga a mirarlo para hallar esa intensidad con la que suele contemplarme.

—Sí, tal vez lo sea para muchos, pero para mí tú eres la mujer más hermosa del mundo, Lucy.

Diantres. ¿Sienten eso? Es mi corazón desbocado, descontrolado, alocado y cualquier otra palabra terminada en “ado”. ¿Ben acaba de decir que me ama? Doble diantres. Bennet Lewis, alias el amor de toda mi jodida vida, acaba de decir que me ama. Triple diantres.

9

LLUVIA DE ESTRELLAS

BENNET



Su mirada dulce se posa en la mía, curiosa, sorprendida, hasta que vuelve a desviarla con las mejillas teñidas de un leve rosa al principio para, posteriormente, completarse en un rojo escarlata que me derrite por completo. Tomo su barbilla otra vez, determinado a demostrarle la veracidad de mis sentimientos que de pronto se descontrolan, alterados ante la mujer de mi vida, la dueña de mis sueños y pesadillas, la dictadora que maneja a su antojo el poco sentido común que poseo con solo tronar los dedos. Es tan intensa, tan preciosa, tan atractiva, que me es imposible no cerrar los ojos, acercar su rostro y sentir el acolchonado roce de sus labios contra los míos, complacen mis deseos, enloquecen la cordura que me queda. Su lengua deliciosa se enreda conmigo, me saborea, me deleita, me quita la vida y me la devuelve en cada enfrentamiento. Estoy en la gloria, estoy en el paraíso; estoy en el sitio al que pertenezco, del que nunca debí salir.

Más temprano que tarde caigo directo al asfalto. Me deja sin aquello que me hizo sentir más vivo que nunca.

—¿Qué crees que estás haciendo, Bennet?! —susurra entre gritos alejándose de mí de golpe. Su cara está entre sorprendida y molesta, como si no se esperara para nada lo que le acabo de confesar, como si odiara que la hubiese besado.

—Yo...

—No, tú nada —interrumpe—. Es que no puedes ir por ahí... besando a la gente como si nada mientras tu hija pasea en patines sola por un parque, ¿no tienes ningún cuidado?

—¿Qué tiene que ver Rosie en todo esto? ¿Crees que la estoy usando para mis fines malvados? —respondo, sin lograr entenderla del todo—. Y la respuesta a eso es: claro que no. Solo buscas excusas, Lucy.

—¡Por supuesto que estoy buscando excusas! —exclama fuera de sí—. Esa fue demasiada información para un sólo día, yo... No entiendo nada, Bennet.

—Es que no es demasiado complicado, Lucy, eres una chica inteligente.

—No te burles de mí, no es algo gracioso confesar que me amas de un día a otro después de todo este tiempo. Tengo muchas preguntas, Bennet, muchísimas, así que prepárate porque no creas que te saldrás con la tuya esta vez —dice, eleva el rostro, se impone con seguridad—, no podrás huir de mí.

—No lo haré esta vez, lo prometo —confieso, dispuesto a cumplir mi palabra como nunca

antes, queriendo convertirme por fin en aquello que ella necesita para ser feliz.

En ese momento Rosie se acerca entre corridas, en algún instante se quitó los patines y camina en calcetas por el verde césped. Se sienta junto a Lucy, le pide desinfectante y toma una gran fresa de la canasta. Ponemos total atención a ella y a las anécdotas de las carreras imaginarias en las que compitió, por supuesto, ganó en cada una de ellas. Con Eloísa intentamos aguantar la risa por las locuras de su imaginación.

Pasamos el resto de tarde en el parque, jugamos con Rosie y acabamos de comer los bocadillos que quedaron. Cuando ya casi no queda luz solar, regresamos a casa porque mañana hay que volver a la rutina. Mi hija inicia las clases, Lucy entra a su nuevo empleo y yo debo trabajar, así que estamos lo suficientemente cansados como para quedarnos un rato más. Durante el trayecto permite que le acaricie la mano de vez en cuando, Rosie se ha dormido apenas encendí el auto, así que tenemos tiempo para continuar con nuestra charla. Sin embargo, y a pesar de mi insistencia, ella logra cambiar de tema cada vez que intento sacarle una palabra al respecto.

Llegamos al edificio, tomo a Rosie en mis brazos para cargarla hasta el tercer piso. Usamos las escaleras por razones obvias que hacen que me gane unas cuantas bromas de parte de Lucy, mas las acepto sonriendo sin enfadarme, estoy acostumbrado a sus comentarios de burla. Se despide con un acelerado beso en la mejilla y una caricia en el rostro de mi hija, antes le pido que abra mi puerta por lo que, con evidente nerviosismo, ingresa su mano en mi bolsillo para sacar el manojito de llaves. Encaja la correcta en la cerradura con torpeza y, como espero que haga, entra a su departamento con rapidez.

Quedamos con una conversación pendiente, pero avanzamos varios pasos en nuestra convivencia. Solo espero hacer lo correcto y no precipitarme con ella porque a pesar de que puedo notar que siente algo similar por mí debido a la manera en la que respondió a mi beso, ya no estoy tan seguro de lo que pasa por su mente, no pondría las manos al fuego con esa afirmación.

Acuesto a Rosie y arreglo su mochila para mañana, me entretengo al ordenar sus lápices de colores hasta que acabo y es hora de irme a dormir. Ya recostado en mi cama pienso en ella, como siempre.

Se viene a mi mente ese instante en que nos besamos por primera vez en el sofá de su casa. Fue un Halloween hace diez años, ella se quedó sola, ya que sus padres iban a una celebración en la empresa donde trabajaba el señor Santana y Víc iba a una fiesta donde uno de sus primos. Se suponía que yo también iría, pero apenas oí que Lucy estaría sola en casa, la preocupación se hizo presente y decidí acompañarla.

Esa fue la primera mala elección de la noche.

Llegué a su hogar sintiéndome nervioso, no sabía si bajar del auto era lo correcto, después de todo, Lucy era solo una niña a la que yo amaba a escondidas, una niña inocente que soñaba con príncipes azules e idílicos galanes de revista, no era una de esas chicas que buscaban tachar un nombre en su lista; y yo solo era un chico que pertenecía a esas listas sin desearlo, un adolescente con problemas existenciales que se veían reducidos ante los encantos de la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Recuerdo que me puse una máscara de algo parecido a un zombi y, determinado, llamé a su puerta con la esperanza que no atendiera. Pero ya era demasiado tarde, tras varias preguntas sin respuesta sobre quién era, Eloísa abrió la puerta, mas lo primero que vi no fue su sonrisa angelical ni sus ojos relucientes, sino que un bate de béisbol directo a mi cabeza que por fortuna logré esquivar. Sus golpes y gritos llegaron raudos hasta mí, ella fue implacable con su misión de molerme a batazos y no sabía cómo liberarme de sus ataques.

—¡Soy yo, Lucy! ¡Joder, soy yo! —grité, rogué que se detuviera al reconocer mi voz y quitándome el simple disfraz en el proceso. Ponerme esa máscara fue la tercera mala decisión de esa noche.

—¡Por Dios, Bennet! ¡¿Pero qué rayos?! ¡¿Por qué usas esa estúpida cosa?!

—¡Es noche de brujas! Pensé que era obvio.

Se quedó en silencio y me observó desde el umbral hasta que, tras unos segundos, me hizo pasar.

—Creí que estarías en la fiesta —dice al sentarse en uno de los sofás de la sala.

—Sí, yo también, pero supe que estabas sola y la preocupación pudo más.

—No es necesario que te quedes, no necesito una niñera, Ben —reclama.

—A juzgar por tu buen brazo bateador, estoy más que seguro que eres capaz de cuidarte sola, Lucy, pero yo no iba a estar tranquilo en una fiesta sabiendo que estás aquí sola y que puede pasar cualquier cosa en cualquier momento. Así que tú decides —afirmé y levanté un dedo para enumerar—: nos quedamos en casa a ver películas escalofrantes y a comer de eso que tienes escondido en tu cuarto, o vamos a dar una vuelta por las tenebrosas calles de Prince Lake.

—Ni creas que iré a esa estúpida fiesta con ustedes.

—Y eso no es lo que te estoy proponiendo.

—Bien, iré a cambiarme de ropa, espera aquí.

—Llamaré a tu madre mientras, no quiero imaginar lo que me haría si llega a casa y nosotros no estamos.

Avanzó hasta las escaleras soltando una pequeña carcajada, me puse de pie también para no alejarme aún de esa calidez característica que me transmitía. Cuando estaba a punto de subir, la detuve, sus ojos me observaron curiosos, pero no dejé que me intimidara; limpié el rastro de chocolate que tenía en la mejilla y, como un idiota, me alejé de golpe.

—No olvides traer un poco de ese chocolate, pequeña Lucy.

Ella, con el rostro sonrojado, dio media vuelta y subió hasta su habitación dejándome allí plantado con el remordimiento de la cuarta mala decisión de esa noche.

Decidí que esperarla en el auto era lo mejor, salí disparado hacia afuera con la intención de refrescar mi mente, de despejar los pensamientos que me invadían cada vez que estábamos juntos. Un par de minutos después la vi llegar con una sonrisa que deshizo por completo cualquier índice de relajación que existía en mi cuerpo. No sabía qué tenía su sonrisa para que me gustara tanto, tal vez era que con ese simple gesto me decía que todo estaría bien; me transmitía una certeza que contrastaba con las dudas que me rodeaban.

—¿A dónde vamos? —cuestionó apenas se acomodó en el asiento del copiloto. La observé con una sonrisa sincera, porque con ella era con la única persona con la que podía ser de verdad yo.

—¿Has visto alguna vez una lluvia de estrellas?

—Creo que no.

—Pues estás de suerte, Lucy, porque hoy caen Oriónidas y tenemos puestos en primera fila para ver el espectáculo.

Sus ojos brillaron con entusiasmo, lo que hizo que mi corazón diera un salto ante tal hermosura. Me daban igual las estrellas, todo me daba igual si la mejor vista la tenía justo a mi lado. Era el colmo de lo prohibido, el punto máximo de restricción. Sin embargo, yo no era un chico de límites, quería romperlos todos con ella, por ella, por mí; por las malditas ganas que tenía de rozar sus labios llenos y rosados.

—¿En qué piensas tanto, Ben? —me interrogó con su voz dulce e inocente.

Aún no llegábamos a nuestro destino principal y todos mis sentidos ya estaban impregnados de su esencia, había encendido la radio para lograr distraerme porque ya me daba miedo que Lucy oyera mis pensamientos entre el silencio del vehículo que hasta ese entonces era protagonista. La luz del semáforo cambió a rojo, obligándome a detener por un instante en el que aproveché de observar cada parte de su rostro, desde sus ojos castaños hasta las pecas que lucían abundantes sobre la lozana piel que funcionaba de lienzo. Sus labios, rosados, abundantes, me hacían una invitación silenciosa a devorarlos, no, a degustarlos con suavidad, a embriagarme de la panacea que prometían y, como en una pesadilla, encontré mi voz para hacer la peor de las preguntas.

—¿Alguna vez has besado a un chico?

Existen demasiadas cosas en el mundo, en la vida, que jamás voy a poder comprender. Esa pregunta, por ejemplo, salió de mi boca sin razón alguna, sin preámbulos, sin advertencias, pero es que pensaba tanto y tan seguido en dominar su boca, que moría de ganas de saber si alguien más ya había probado ese pedazo de paraíso terrenal. Noté el color que se apropiaba de sus mejillas y esa fue la respuesta que deseaba recibir. Tal vez no dijo nada, pero la conocía lo bastante bien como para percibir las reacciones de su cuerpo delator.

—N-no —respondió al final—. No te rías, pero creo que estoy esperando al correcto.

—Eso no es motivo de burlas, es lo mejor que puedes hacer.

—¿Eso crees?

—Claro —afirmé, deseé ser el correcto—. ¿Puedo contarte un secreto?

—Sabes que sí, Bennet, eres tú el que jamás quiere contármelos.

Regresó todo el nerviosismo. La verdad es que era reacio a expresar mis cosas personales, no es que no quisiera, es que no podía y eso dificultaba cualquier paso que diera con ella. Mas en eso podía ser sincero y es que ni siquiera Víctor sabía la infidencia que rebelaría en ese instante.

—Yo tampoco he dado mi primer beso aún.

Y era por completo cierto, a mis casi dieciocho años aún no había dado mi primer beso. No por falta de oportunidades, claro, antes de los dieciséis, es decir, antes de conocer a Lucy, no tuve ni el más mínimo interés en alguna niña de mi clase o vecina, y luego, cuando ella apareció en mi vida, no existía alguien en el mundo con quien no la comparara. Ninguna era suficiente, yo solo la quería a ella.

—¡Estás bromeando! —rio divertida.

—¡Lucy! Yo no me burlé de ti, no te rías de mí, pequeña malvada.

—Pero es que tú me estás mintiendo —continuó con su sonrisa—. ¿Qué clase de chica no querría besarte?

La miré de reojo, alcancé ese color carmesí en su rostro antes de que agachara la cabeza, era seguro que estaba abochornada por esa declaración. Ella no sabía lo mucho que aleteaba mi corazón ante sus palabras.

—Bueno, hay muchas chicas que quisieran besarme —respondí arrogante, intenté hacer el ambiente más ligero, no tenía por qué avergonzarse conmigo—, es que yo no quiero besar a ninguna de ellas.

Cuando doblé a la derecha para ingresar al terreno oscuro y baldío al que solía ir cada vez que necesitaba aclarar mi mente, la conversación cesó. Fue una suerte porque no quería arruinar la noche.

Oí en el noticiero que a fines de octubre e inicios de noviembre las estrellas caerían del cielo para dar un hermoso espectáculo que tuve la suerte de divisar en otras épocas, pero compartir ese

momento de esplendor cósmico con Lucy, considerando el origen de su apodo, iba a ser mágico. No podía estropearlo por mis impulsos.

Bajamos del auto aún sin romper el silencio que reinaba, solo podían oírse los ruidos de la carretera más cercana. Encendí la linterna de mi teléfono y caminé hasta Eloísa para ayudarla a subir al techo del vehículo. Nos estiramos ahí, uno al lado del otro, demasiado absortos en el espectáculo que el universo nos brindaba, viendo las estrellas caer con la misma intensidad con la que yo caí por ella. Creo que vi el cielo por diez segundos, todo el resto de mi tiempo lo ocupé en contemplar a mi pequeña castaña, con ese rostro de fascinación que ponía cada vez que algo le maravillaba, con esa sonrisa que me entregaba paz y esos ojos color miel que brillaban más que toda la jodida galaxia.

—Sería genial ser una estrella, ¿no crees? —habló de repente y volteó su rostro hacia mí, me atrapó con las manos en la masa. Levantó su torso, sentándose con las piernas cruzadas. La imité, dejé que mis piernas cayeran por el parabrisas—. Ver todo desde lo alto, caer con libertad... perderse en la inmensidad del universo.

—Tú no puedes ser una estrella, dulce Lucy —respondí y acaricé su rostro terso, quité un mechón de cabello que cubría esas facciones preciosas que me volvían loco—. No puedes porque eres el lucero más brillante de todos.

Acerqué mi cara a la suya y, en el momento en que mi mirada se dirigió a su deseosa boca, supe que cometía un error. De un salto me bajé del techo y caminé un poco entre la oscuridad. Me comportaba como un idiota, estar así de cerca, hacer esas declaraciones tan atrevidas... No, eso no podía continuar. Tomé un par de respiraciones mirando hacia el cielo, dándole la espalda a ella, no quería ver su rostro en ese momento. ¿Qué pensaba de mí? No deseaba imaginarlo, mucho menos hacerle daño. ¿Y si arruinaba mi amistad con ella, con Víctor? Dios, Víctor, era mi mejor amigo y yo tenía esa clase de deseos con su hermana, ¿qué tipo de miserable amigo estaba siendo?

Retorné indeciso mi camino, la encontré instalada en el asiento del copiloto. Su cara ya no tenía esa expresión alegre que tanto me encantaba, estaba seria... Seguía siendo hermosa.

—¿Ya quieres volver? —le pregunté, bajé mi cuerpo a la altura de su ventanilla que mantenía abajo. Si ella deseaba quedarse podía mantener nuestro espacio, lo intentaría.

—Sí, tengo ganas de ir a casa, puedo esperar a mis padres ahí, tú deberías volver a tu fiesta —dijo con su tono de voz decaído. Me sentí tan estúpido, tan, tan estúpido que me hubiese golpeado a mí mismo si no se hubiera visto como la cosa más extraña del mundo.

—Ya te dije que no te dejaría sola, Lu, por favor, no podría estar tranquilo.

Ella me miró, era la primera vez que lo hacía desde el percance de hacía un rato, pude ver sus ojos brillantes, era seguro que lloró. ¿Ya dije lo mucho que me odié en ese segundo? Porque sí, vaya que lo hice.

—Haz lo que quieras, Bennet.

El camino a casa fue el más incómodo que compartí con Lucy desde que la conocí. Sentía frío, de ese que congelaba los huesos hasta triturarlos. Nunca antes habíamos estado de esa forma, siempre hallábamos algo de qué conversar, pero esa vez parecía como si todos los tópicos fueran absurdos. No sabía qué decir ni cómo decirlo, no sabía si debía disculparme o dejarlo pasar. Todo con ella era incierto para mí y a la vez conocido, calmado y explosivo, seguro y peligroso, una contradicción desde el primer momento.

Estacioné frente a su casa aún sin saber qué hacer, caminamos hacia la puerta y, cuando creí que iba a cerrarla en mi rostro, solo la dejó abierta, me permitió pasar.

—Quisiera terminar de ver mi película, bajaré todo si deseas quedarte a acompañarme —

respondió aún sin tener del todo aquel entusiasmo frecuente en su voz. No quería incomodarla, pero dejarla sola no era una opción, asentí y me dediqué a prender el televisor para dejarlo listo antes de que volviese a bajar.

Regresó con un Cd y paquetes de frituras, le quité el disco para insertarlo en el DVD mientras ella ponía la comida en potes y traía algo de beber. De alguna manera el ambiente ya no estaba tan tenso, pero en mi mente rondaba el remordimiento tomado de la mano con el recuerdo de mi idiotez.

—Mira, quiero decirte algo —comencé cuando ambos nos sentamos en el sofá más grande ubicado justo frente al televisor. Los malditos sillones de la madre de Lucy eran horribles, pero confortables, eso les quitaba lo feo. Ella me determinó con una pizca de miedo, de seguro sabía que sacaría aquel tema—. Quería... Discúlpame, ¿sí? Por lo de hace un rato, yo... no quería incomodarte y sé que lo hice.

Asintió con una pequeña sonrisa, no era la reacción que esperaba. Sin embargo, no iba a presionarla para que se expresara más, no tenía derecho a hacerlo.

Tomó el control y puso *play* a la película, no tenía idea de cuál era hasta que, pasado un rato, comprendí que era una de esas comedias románticas de Adam Sandler. Traté de poner atención en todo momento, pero la risa de Lucy en las partes divertidas o las pequeñas lágrimas que caían en las emotivas, me distraían con facilidad. Un par de veces me miró de reojo, traté de evitar que me descubriera en vano. Terminada la película se volteó quedando frente a mí.

—Mis padres están por llegar, si quieres irte... no es problema, no creo que me pase nada en este rato —comentó antes de bostezar.

—Ve a dormir, yo me quedaré aquí viendo televisión hasta que lleguen.

—Eres un terco, Ben —rio ella poniéndose de pie, llegó hasta el inicio de las escaleras, mas se devolvió. Se ubicó justo frente a mí, un poco más cerca. Me puse nervioso al instante, con tanta facilidad que llegó a aterrarme—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Es cierto eso de que jamás has besado a una chica o solo lo dijiste para que no me sintiera mal?

—Totalmente cierto, Lucy, no te mentaría de esa for...

Y antes que terminara de hablar, los labios de Lucy cayeron con rapidez sobre los míos, como por tres segundos, solo eso bastó para que mis ojos se cerraran intentando atesorar ese toque en lo más profundo de mi alma.

Lo último que vi de ella fueron sus piernas correr escaleras arriba, ni su huida desvaneció mi sonrisa.

No supe muy bien cómo acabé esa noche durmiendo en la habitación de mi mejor amigo. Solo recuerdo que descansaba en el sofá y que, cuando llegaron los padres de Lucy, me invitaron a quedarme allí, mas no tengo una noción exacta de cómo subí a aquel cuarto. En fin, hacía demasiado calor en la habitación, era sofocante, como un maldito infierno, así que abrí los ojos para poder levantarme y refrescar mi cuerpo de ese terrible bochorno. No obstante, antes de poder hacer algo, el dueño de la cama impregnada en sudor, abrió la puerta.

—Es hora de levantarse, bella durmiente —canturreó Víctor divertido mientras dejaba una bandeja con un par de tostadas y un vaso de jugo—. Te traje el desayuno, bebé.

Reí, me senté en su cama y tomé el vaso de jugo de un sorbo para luego pasar a las tostadas con mermelada de fresa que no tardé ni un segundo en devorar. Víctor me miraba de una manera extraña en todo momento, no quise preguntar porque la mente de ese chico estaba llena de cosas y

de seguro no me iba a gustar lo que tenía que decirme.

—¿Qué hora es? —pregunté tras estirarme y frotar mis ojos.

—La hora de tener una seria charla con tu mejor amigo —respondió, me lanzó un par de bóxer y una de sus camisetas, no me gustaba usarlas porque él era más bajo que yo y me quedaban cortas, pero tampoco tenía más ropa conmigo en ese instante. Por otro lado, morí apenas esas palabras fueron pronunciadas, ya que tenía la leve sospecha de que la protagonista de esa conversación estaba durmiendo en la habitación contigua y poseía los ojos cafés más hermosos del mundo—. Ve a ducharte y vienes aquí luego.

No me quedó de otra que aceptar con el miedo latente en mí. Víc no solía manifestar las cosas de forma tan formal ni seria, mucho menos me ordenaba qué hacer, así que ya podía ir despidiéndome de la más leal amistad que tuve nunca.

—Ya suéltalo —dije cuando cerré la puerta del cuarto.

La cama ya estaba hecha y todo en orden, como siempre, esa habitación se desordenaba solo por mí, pues su dueño real era bastante organizado al respecto.

—Bien, seré breve, ¿desde cuándo te gusta mi hermana?

—Yo... —Me paralicé, no podía mover ni un mínimo músculo de mi cuerpo por tal impacto. Y es que me lo esperaba, pero no de una manera tan directa, pensé que Víc se iría por las ramas, que intentaría contar sus anécdotas llenas de moralejas y luego soltaría todo, no así.

—No intentes negarlo, Bennet —continuó. Creo que lo que más me atormentaba era la manera relajada que utilizaba para hablar, como si el tema no le molestara, esperé que en realidad fuese así—. No sé qué me ofende más, si el hecho de que no tuvieras la confianza suficiente para decírmelo o que me creyeras tan tonto como para pensar que yo no me daría cuenta.

—Bueno, no es que sea muy fácil confesarle a mi mejor amigo que estoy enamorado de su hermanita de catorce años.

Víctor me analizó sorprendido, probablemente no creía la intensidad de mis sentimientos por Lucy como para que dijera de forma tan confiada que estaba enamorado, que era más que una simple atracción o preferencia. Yo estaba enamorado de Lucy, había caído como un idiota, fugazmente y sin ninguna clase de anestesia, eso era lo único que tenía claro.

—¿Enamorado? —cuestionó— ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Bennet? ¡Es una niña!

—Lo sé, sé que es una niña, pero... fue inevitable, Víc, ni siquiera me di cuenta cuando ya estaba loco por ella y siento decirte esto, es extraño, lo sé, pero es verdad.

—Bien, yo no soy nadie para entrometerme en tus sentimientos, solo... —Vi cómo jalaba su cabello, desesperado, odiaba que eso fuese por mi culpa, por no poder dejar mis emociones de lado, por no poder enredarme con un montón de niñas huecas de secundaria como cualquier adolescente normal y hormonal—. Ella ni siquiera ha dado su primer beso, no sabe lo que es tener un novio y es muy pequeña para saberlo aún. Tú ya casi cumples tus dieciocho años y los has vivido como corresponde, no te has adelantado a nada. Creo que si la quieres tanto como dices, deberías darle la oportunidad de vivir la vida a su ritmo; no le arrebatas su infancia ni su inocencia solo por las ganas que tienes de estar con ella.

No dije nada, me quedé pensativo con sus palabras todo el día, incluso cuando ya me había ido a mi casa. Mis ganas de estar con Lucy iban cada vez más en aumento, la mayor parte del tiempo no podía quitármela de la cabeza, la recordaba hasta en las cosas más mínimas, como cuando veía el sol brillando o el césped de mi casa, imaginaba sus pies descalzos correr por allí. Era imposible no verla con los ojos cerrados estirada en mi cama mientras escuchábamos mis discos o apreciar su sonrisa de burla cada vez que yo hacía algo vergonzoso frente a ella.

Estaba jodido, todo de mí estaba consumido por ella sin siquiera darme derecho a una opinión objetiva. Y ese no es el principal problema. Lo que realmente me impresiona es que, después de todos estos años, me siga sintiendo de la misma manera, que siga igual de jodido y consumido por Eloísa Santana.

10

PRIMEROS DÍAS, PRIMERAS PROMESAS

BENNET



Me despierto más temprano que de costumbre a preparar el desayuno de Rosie e intentar hacer que se levante también. Así que, tras preparar un tazón con su cereal favorito, envuelvo el almuerzo y lo guardo en su lonchera. Teniendo todo listo, me dirijo a su cuarto, pero mi sorpresa es evidente cuando la encuentro en pijama y busca la ropa que se pondrá para este día. Se nota lo entusiasmada que está por comenzar en una nueva escuela, con nuevos niños y nuevas posibilidades para hacer amigos, y me alegra poder contribuir en su felicidad.

Tomo una taza de café bien cargado para soportar el lunes que me espera y, ante las insistencias de mi hija, salimos del departamento directo hasta la escuela. Para mi excelente suerte, Lucy aparece por el ascensor en el primer piso, así que como un caballero me ofrezco a llevarla a su nuevo trabajo.

—No es necesario que lo hagas, no quiero que lleguen tarde el primer día de clases — responde, avanzamos hasta mi auto.

—Tenemos tiempo aún, esta señorita ansiosa me hizo salir mucho antes.

—Ya, papá —insiste Rosie—, hay que llegar diez minutos antes.

—Amor, vamos casi media hora adelantados.

—¿Ves? No quiero retrasarlos, voy lejos, puedo tomar un taxi y listo.

—¿Y dónde es ese lugar lejano, Lucy? —persisto, decidido a pasar más tiempo con ella.

—La escuela Royal Hills.

—Pues es su día de suerte, bella dama —digo, abriendo la puerta del copiloto—, porque es exactamente el lugar a donde vamos.

Ella sonríe con incomodidad, agarra firme el aza de su bolso como un ancla protectora. Me recuerdo a mí mismo que no debo acelerar el ritmo de las cosas, pero, ¡qué carajo! Ayer la besé, ¿qué más lento puedo ir después de eso? Mantengo la puerta abierta, esperando a que se decida. Me mira y suelta un suspiro.

—Está bien, iré con ustedes.

Más que satisfecho me encamino hasta mi lugar, me aseguro de que Rosie esté bien ubicada y con el cinturón de seguridad antes de arrancar el motor para escuchar a mi bebé gruñir como tanto me gusta.

Durante todo el camino intento hacerla hablar sobre cualquier cosa, algo que me demuestre sus sentimientos, si es que está disgustada conmigo, incómoda, feliz, algo, pero ella se limita a cantar con Rosie o a preguntarle sobre lo que siente en la ciudad, con su nueva escuela y todo lo que concierne a su nueva vida acá. La incertidumbre, sin embargo, no me deja conectar tan bien en sus charlas. Las escucho, río con ambas cuando es correcto hacerlo, canto a ratos una que otra estrofa y me quedo en silencio otra vez, pensando, indagando, descifrando, mas no hay nada allí. Lucy es tan misteriosa y conocida al mismo tiempo, como una complicada ecuación matemática donde sabes el procedimiento, pero no consigues el resultado.

—¡Llegamos! —grita Rosie, apoya las manos en la ventana cerrada, observa la enorme estructura moderna que se asoma frente a nosotros. Las imponentes murallas blancas con ventanas cristalinas nos dan la bienvenida diciendo “nos costó una fortuna construir esta mierda, traigan a sus niños y paguen la mitad de su sueldo por ello, inútiles”.

Estaciono a unas calles del edificio, ya que esto será un caos cuando deba salir debido a la cantidad incontable de vehículos de lujo y autobuses escolares que se pelean por un puesto cercano a la entrada. Al descender del auto, mi hija corre a tomar la mano de Lucy que la recibe gustosa con una deslumbrante sonrisa en el rostro, lo que provoca mi automática felicidad. Los dos amores de mi vida se tratan como si se conocieran desde siempre, ¿quién no sería feliz con eso?

Tomo la otra mano de Rosie, caminamos los tres como una familia y, aunque sé que no debo confundir las cosas por el bien de mi pequeña, también tengo consciencia que esto es justo lo que necesita. Es una lástima que su madre no pueda cumplir con aquellas expectativas.

Avanzamos hasta la entrada del establecimiento, por normativa no se me permite pasar, así que le pido a Lucy que la deje en su salón para poder estar tranquilo, para asegurarme que todo va bien.

—¿Puedes volver luego? —pregunto antes que ingresen.

—Tengo que trabajar, Ben, no puedo llegar tarde el primer día.

—Lo sé, sólo será un minuto, dejás a Rosie y vienes rápido, ¿sí? —insisto, sostengo su mano, juego con sus dedos. Su toque me da calma, tranquilidad y una desbordante dosis de valentía.

—No sé qué haces, pero cuando me miras así... —interrumpe sus palabras, sonrojándose—. Está bien, vengo en un rato.

Abrazo a Rosie una última vez antes de verlas caminar al interior y que desaparezcan de mi vista. Suspiro de alivio mientras despeino mi cabello con nerviosismo, es tan extraña esta bipolaridad de emociones, pero me hace sentir tan vivo que no me preocupo, no me interesa nada con tal de oír el palpitar constante de mi corazón o la forma en la que se acelera cuando ella está cerca. Camino hasta un árbol ubicado en una de las escasas zonas verdes que posee el recinto, me

apoyo en este para esperarla y, tras unos minutos, la veo llegar tan divina que ese conocido tamborilear se frenetiza entre más se acerca a mí. Inevitablemente sonrío, me deleito con su exquisita figura que arrebató corazones y miradas.

—Y como siempre, aquí me tienes, Bennet —dice con resignación, cruza los brazos sobre su pecho.

—Desearía poder molestarte por eso, pero no. ¿Rosie estuvo bien?

—Sí, se quedó jugando con un grupo de niñas, se le da bien lo de hacer amigos.

—Pues en eso somos bastante distintos, tú eres una de las pocas amigas que tuve y...

—Ya, cállate y di rápido lo que sucede —Está incómoda—. Debo entrar en unos minutos.

—Sabes de lo que quiero hablar, Lucy, tú sigues evitándolo —respondo, cruzándome de brazos también. Ella suspira, con ese simple sonido consigue volverme loco.

—Yo no estoy evitando nada, solo no se ha dado el momento propicio. Sé que tenemos una charla pendiente, pero todo esto es demasiado para procesar. Imagina que hace ocho años moría por tus huesos y ahora... no lo sé. No es tan sencillo de decir. Ha pasado el tiempo, somos distintos por dentro y por fuera, tú no conoces lo que soy ahora, Bennet, estás enamorado de un recuerdo, de un fantasma —habla rápido, me mira a los ojos en todo momento y, a pesar de que su contestación es cierta, no pienso darme por vencido esta vez.

—Estoy seguro que dentro de ti se encuentra la misma chica de la que me enamoré hace años, y si no está, ¿qué carajo me importa? Aprenderé a amar lo desconocido, aprenderé a caminar a ciegas en un terreno espinado, lo haré porque eso es parte de ti, Lu, y todo lo que tiene que ver contigo es digno de mi devoción.

Eloísa por primera vez desvía la mirada, se queda en silencio, observa un punto del césped imposible de deducir. Quiero arrancarle las palabras de la boca, impaciente por una respuesta contundente, pero ella tiene razón, ya no somos los mismos y, así como yo solía callármelo todo y Lucy no tener filtro para nada, intercambiamos los papeles, sumiéndonos en una dimensión paralela donde soy aquel príncipe que la rescata de sus propios miedos, donde soy aquello que no pude ser cuando lo requería.

—Yo no sé si pueda amarte como lo hice, ¿sabes? —comenta al final, desinfla mi espíritu y mengua el coraje que poseo—. Admito que cada vez que te veo se me corta la respiración, que a veces me dan ganas de besarte y que te he imaginado sin ropa más veces de las que me gustaría aceptar, pero es eso, es deseo Bennet. Lo que siento por ti no son más que anhelos reprimidos, una espina que no me puedo quitar y en cuanto lo haga me hartaré de nosotros y no quedará nada más.

—El deseo puede convertirse en amor —afirmo, agacho la mirada y aprieto la mandíbula, procuro que no se note lo mucho que me duelen sus palabras.

—No digo lo contrario, sé que puedo enamorarme de ti con facilidad, aunque no con la misma intensidad del pasado. El problema es que me heriste, Ben, me fallaste de todas las formas en las que juraste no fallarme y eso no puedo perdonarlo —solloza. Al ver cómo sus ojos se humedecen las malditas puñaladas de culpa vuelven a incrustarse en mi pecho, retorciéndose dentro de mí—. El amor después del rencor no es sano, y lo que menos necesito en este momento es caer en otra relación destructiva.

Levanto la vista hacia ella en cuanto acaba de hablar, curioso por la confesión que cae como un balde de agua fría sobre mi cabeza, porque si me entero que alguien la dañó —bueno, alguien más— movería cielo, mar y tierra para encontrarlo y hacerle la vida imposible.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —resuella con rapidez—, ya debo irme, Rosie está en buenas manos. Hablamos

luego, ¿está bien?

Y vuelve a marcharse, me deja con miles de dudas, remordimientos y el corazón cercenado por el rechazo. La sigo con la mirada hasta que recuerdo algo importantísimo que tenemos pendiente, así que corro otra vez a su encuentro con la esperanza que no vuelva a rechazarme.

—¡Lucy, espera! —grito a centímetros de ella. Cuando voltea distingo un par de lágrimas que seca con rapidez, procuro no ahondar en eso para no agobiarla, mas sé que no podré olvidarlo.

—¿Sucede algo más?

—Sé que esto no remedia ni la más mínima parte de los errores que he cometido, pero quiero hacerte un favor.

—¿Un favor? —curioseas.

—Quiero enseñarte a conducir, Víc me dijo que aún no sabes y... prometo no incomodarte ni hacer nada que te moleste.

—¿Prometes no volver a repetir que estás enamorado de mí ni nada remotamente parecido?

—Prometo no decir que te amo hasta que tú quieras volver a oírlo —conuerdo.

Ver su amplia sonrisa es todo lo que necesito para que una semejante se forme en mi rostro también y olvidar, o hacer más comprensible, la conversación que tuvimos hace segundos y con la promesa de sus futuras lecciones, nos despedimos con un beso en la mejilla que me deja con ganas de mucho más.

—¿Puedes pasarme el maldito líquido de frenos o no? —espeta Eric lanzando un trapo sucio a mi cara que esquivo por fortuna. A paso de tortuga le tiendo la botella y reviso el motor de un viejo Anglia que mi cliente quiere reconstruir—. Hombre, que estás distraído.

—Déjame en paz —gruño mientras le lanzo el paño de vuelta y contemplo el mismo punto sin lograr resolver nada en este cacharro como en cualquier cosa que se cruza en mi camino.

Las palabras de Lucy de esta mañana se repiten en mi cabeza de manera incesante. El dolor que reflejaron sus ojos al nombrarme superficialmente una de sus relaciones pasadas quedó tatuado en mis párpados y lo distingo cada vez que pestañeo como un recordatorio de lo que yo mismo provoqué en esa vista tan iluminada.

No, no la paso bien, pero es lo que merezco. He hecho pasar a la chica que amo por muy malos ratos por quién sabe cuánto tiempo, así que, evidentemente, me merezco estar en estado vegetativo hablando solo cuando es necesario y sin poder quitarme esos ojitos dulces llenos de dolor y resentimiento de la cabeza.

—¿Qué pasa, viejo? ¿Carli te está jodiendo otra vez con eso de ser novios?

—Carli no se ha aparecido por estos días en casa, hemos hablado por mensajes, pero nada —aclaro—, ya entendió que no puede existir nada.

—Ha estado visitando a Paul con más frecuencia —acota, lo que no me extraña, ya que ellos eran muy amigos antes de conocernos—, es bueno que hayan decidido alejarse. Por cierto, esta mierda está deshecha, Benny.

—Ella es una buena chica. Y sí, lo está, pero vamos a arreglarlo porque no dejamos trabajos a medias aquí.

—Ya relájate, bro —dice Nelson antes de ponerse de pie y arrebatarme el trapo de las manos a Eric para limpiar sus manos sin mucho éxito—. ¿Qué es lo que pasa?

Suspiro, porque ni yo entiendo muy bien lo que pasa. Cierro el capó con fuerza, causo un ruido metálico potente que me asusta al pensar que pude haber desarmado por completo este viejo pedazo de basura, me limpio las manos en el overol y me apoyo en la puerta del auto y me cruzo

los brazos, todo bajo la mirada atenta de los chismosos que tengo de amigos.

—¿Recuerdan a la chica que vino el otro día?

—Está bien, no necesitas decir más —afirma Nelson—. La vi, tengo ojos muy eficientes y una vasta experiencia, sé que ella es del tipo que vuelve loco a cualquiera.

Eric y yo asentimos de acuerdo. Cualquiera mujer tiene la capacidad de volver loco a un hombre, pero Lucy... Ella irradia esa energía vigorizante que atrapa, envuelve y consume, está rodeada por un halo de plenitud que hace que tu corazón dé un vuelco de satisfacción en cuanto su luz te alcanza; eso, sin contar que es jodidamente atractiva, con un rostro pecoso, juvenil y maduro al mismo tiempo, tan lleno de vida que se vuelve inolvidable.

—¿De dónde la conoces? —cuestiona Eric.

Comienzo a contarles nuestra historia, el vínculo que nos une, las razones de nuestra separación y muchas otras cosas sin dar detalles más personales.

—Y ahora después de todos estos años sigo enamorado de ella.

—Pero ella no te da ni la hora —finaliza Nelson.

—No es tan así —confieso al entrecerrar los ojos, miro hacia la nada—, puedo ver que en el fondo sigue queriéndome, también estamos teniendo un trato cordial porque Rosie está encantada con ella, solo... es difícil asumir que las cosas jamás volverán a ser lo que fueron, que desaproveché la oportunidad de amarla cuando nuestros sentimientos eran recíprocos. Eso me jode la cabeza.

—Mira, Benny, te voy a dar un consejo que espero que tomes porque analizando tu caso es lo mejor que puedes hacer, cabrón.

—Escuchemos la sabiduría del gran Nelson —satiriza Eric.

—¿Disfruta tu jodida vida! ¿Has salido de tu casa para otra cosa que no sea ir de comprar o venir acá? Ni siquiera conoces a otras chicas, no sabes ligar. ¿Quieres sacarte a Eloísa de la cabeza? Búscate a otra.

—¿Tú no te cansas de hablar tanta mierda? —pregunto y observo su sonrisa petulante que ansío romper con una llave inglesa.

—No, pero ya. —Se pone serio—. Esfuérzate, ¿quieres? En toda tu historia lo único que oí fue que le dijiste tus sentimientos indirectamente, pero no has hecho nada por ella. ¿Le has pedido perdón? ¿Le explicaste por qué te fuiste? No, por supuesto que no, porque eres un jodido idiota que no entiende ni mierda de las mujeres.

Sus palabras me enmudecen al instante, me hacen pensar, analizar los hechos de los días pasados. ¿Qué he hecho por Lucy? Bueno, hoy la llevé al trabajo y ayer compartimos un día agradable, pero eso fue por Rosie, no por nosotros. ¿Le he pedido perdón? Lo intenté, ella no me lo permitió. ¿Le he explicado las causas de mi huida? No, sé que es momento de hacerlo, pero la cobardía es más grande que cualquier gota de valor que se asome en su presencia. Entonces sí, estoy jodido, porque lo que Nelson dice es tan cierto como que Bennet es mi nombre.

A las dos de la tarde salgo a buscar a Rosie a la escuela aún con las palabras del idiota de Nelson machacándome los oídos. Luego de nuestra charla, siguió cada uno con lo suyo e hice como que el tema estaba olvidado, pero repercutió en mi mente en cada instante como un eco que se adueña de toda la acústica de cualquier lugar. Mi pequeño rayo de sol desvanece cualquier queja que pude tener en cuanto sus brazos rodean mi cuello y sus pequeños labios tocan mi mejilla con tanto amor. Comienza a contarme, emocionada, sobre sus nuevas clases, sus amigas y el dibujo que hizo sobre sus vacaciones.

—Déjame verlo, florecilla, me matas de la curiosidad —expreso sonriendo, pues esta

pequeña no quiere mostrarme su obra de arte.

—Te lo mostraré cuando estemos con Lucy, ¿puedes invitarla a cenar, papi?

—Por supuesto, amor, pero si no acepta no debemos insistir. ¿La viste hoy?

Rosie asiente, contenta.

—Fue a vernos al salón para presentarse con los niños —dice—. Mis amigas nuevas dicen que es muy linda.

—¿Y tú qué piensas de ella, Rosie?

—Lo mismo, que es muy linda y simpática, ¿es tu novia?

—¿Por qué preguntas eso? —cuestiono nervioso ante el interrogatorio de mi hija. Yo no sé si su madre le ha presentado a algún novio, no sé qué es lo que ella opina sobre la relación que mantengo con Beatriz, así que evidentemente me pone inquieto entrar en esta dinámica.

—Porque los vi besándose ayer en el parque.

—¿Y eso te molesta, amor?

—No me molesta, papá, mamá también tiene un novio, se llama Ronald, pero Lucy me cae mucho mejor que él.

—¿Él te incomoda?

—No. —Se queda un momento en silencio y cuando creo que ya no hablará más, subo un poco el volumen de la radio. Sin embargo, ella vuelve a bajarle—. Yo también quiero un novio.

Me atoro con mi saliva y comienzo a toser como nunca. Es una suerte que la luz del semáforo esté en rojo porque no sé si pueda conducir con este ataque.

—Rosie, cuando yo ya no esté en este mundo tú podrás tener un novio, ahora eres muy chiquita y el único hombre en tu corazón seré yo, tu padre que te ama más que cualquier otro tonto chico, ¿comprendes? —digo cuando logro volver a respirar.

—Eres tan loco, papá —finaliza ella riendo con su tonito infantil que me infla el pecho de felicidad. Si supiera que cada una de mis palabras son ciertas no reiría de esa forma.

Llegamos al taller donde todos saludan a Rosie con entusiasmo, por suerte recuerda a cada uno de los chicos, aunque siempre ha sido más apegada a Nelson, puesto que él se da el tiempo de jugar con ella mientras trabaja. Jamás lo admito, pero Nelson es uno de los mejores amigos que he tenido, aparte de Víctor, claro. Él siempre estuvo con su palabra honesta, su cruda realidad y sus panoramas dementes para animarme, así que verlo aliado con mi hija, compartiendo ese cariño tan puro que se tienen, me hace apreciarlo aún más como persona y como amigo.

Mientras Rosie hace dibujos en sus cuadernos o mira televisión en mi oficina, analizamos el maldito Anglia que se está convirtiendo en un verdadero dolor en el culo. Prácticamente hay que desarmarlo, comprar repuestos y volver a armarlo para que quede como nuevo, se ve exhaustivo, lo es. Sin embargo, me encantan los desafíos y, al igual como pude hacerlo con mi viejo Mustang de los 70's que aún ronronea como una fiera, sé que podré hacerlo con esta basura de cuatro ruedas.

No obstante, finalizamos la jornada sin mucho avance. Desde hoy en adelante por la llegada de Rosie, es Nelson el que se encarga de cerrar, así que le dejo las llaves y nos retiramos a casa con el cansancio acumulado en los hombros. Lo único que anhelo es comer un poco de cualquier cosa, acostar a Rosie y prepararme para dormir también. Lucy aceptó la invitación de mi hija, así que hablar con ella es otro de mis planes, mas estos se ven interrumpidos cuando la espigada silueta de Carli aparece frente a la puerta del departamento en el momento exacto en que mi amada vecina sale del suyo, forma un triple encuentro en el pasillo que de pronto parece demasiado estrecho para tantas personas.

11

ESPINAS EN EL CORAZÓN

ELOÍSA



Le mentí.

Le mentí como él lo hizo conmigo. Le mentí porque es lo que merece y, aunque recordar su rostro abatido me cause una profunda oleada de arrepentimiento, le mentí porque no voy a dejar que vuelva a convertirse en el centro de mi universo.

De todos modos, no todo lo que dije es falso. El rencor es un hueso duro de roer que espera atento para asomarse a la primera falla. Si decido que quiero estar con Bennet, ante cualquier discusión recordaré sus errores, recordaré el dolor y la manera tan miserable en la que me hizo sentir. Si decido que quiero estar con él, sería un método de autodestrucción instantánea, donde me quedo por lo que amo, pero dejo de amarme a mí misma y luego de pasar años en una relación donde me postergué por otro, me prometí no volver a aquello.

Tenía dieciocho años cuando conocí a Jimmy en mi primer año de universidad, él ya cursaba el tercer año, mas nunca supe a ciencia cierta qué carrera estudiaba. Era un tipo extraño, debí notarlo, pero me conmovió tanto con sus gestos románticos que no me importó. Ni siquiera era guapo, divertido o atrevido, solo tenía ese algo que me hacía querer estar con él y seguirlo al fin del mundo.

Cuento corto, el tipo era un psicópata.

Aunque no me gusta hablar demasiado de eso, fue una de las peores experiencias amorosas de mi vida. He salido con otros chicos, a citas casuales o escapadas de una noche, pero el miedo de que me vuelva a suceder algo similar a lo que viví con Jimmy me da ese sentimiento y aunque no he dejado de creer en el amor, no puedo confiar así como así en alguien que ya me ha lastimado.

Camino hasta la entrada de Royal Hills intentando quitar de mi cabeza la imagen del bastardo manipulador que me jodió la vida por casi un año. Sin quererlo, las lágrimas se deslizan por mis mejillas al abrir esa herida que aún arde como un demonio en el infierno, que no cicatriza ni con las mejores plantas medicinales de la abuela. Lo admito, pienso que Ben me lastimó como nadie porque lo amaba, porque era lo único que tenía y porque, si él no se hubiese ido de mi lado, jamás hubiera conocido lo que es tener el alma desgarrada. Sin embargo, no puedo culparlo, fueron mis decisiones las que me llevaron a ello.

Escucho mi nombre entre el bullicio del entorno, Ben vuelve a alcanzarme, me toma de la muñeca, así que volteo a verlo limpiando con rapidez las pocas lágrimas deladoras que no quieren desaparecer. Me observa con preocupación, puedo notarlo, mas no dice nada al respecto y lo

agradezco. Me habla sobre enseñarme a conducir, me entusiasma la idea, pasar tiempo con él siempre me entusiasma, aunque me cueste admitirlo, es como una droga de la que quiero abstenerme, pero ya estoy demasiado sumergida, necesito otra dosis y otra, y otra. No obstante, no merezco amarlo, él no merece amarme, somos la peor combinación en estos momentos.

Promete no decir que me ama, deseo escucharlo todo el tiempo, pero al mismo tiempo me incomoda que sienta tanto por mí cuando lo que predomina en mi interior es el miedo, la rabia; pánico porque Ben es volátil y no soportaría verlo partir por segunda vez. Rabia porque para él todo parece tan fácil, porque cree que con ese *te amo* que he esperado por lo que parece una eternidad, arregla este desastre. Así que quedamos en eso, no hay más hombres enamorados ni mujeres beligerantes, solo una persona que le enseñará a conducir a otra.

Nos despedimos con un beso en la mejilla que me deja con ganas de mucho más, pero insto a mis pies a continuar su camino, me abro paso entre la multitud de niños y entro al establecimiento por la entrada de maestros que Julian me indicó el día del recorrido. Al recordarlo le envío un mensaje anunciando mi llegada con la ilusión de ver un rostro remotamente conocido entre el montón de profesores de distintas edades que parecen demasiado enfrascados en sus propios papeles como para prestarme un poco de atención. Camino entre las largas mesas de los docentes y, como una caricatura, me estrello contra una pared de concreto que me desestabiliza y hace que mi trasero rebote en el brillante piso.

Sí, acabo de marcar mi terreno en Royal Hills.

El dolor no es tan grande como la vergüenza, ya que todos los que parecían desinteresados maestros leyendo qué-sé-yo, ahora son un grupo de chismosos que retienen las risas. Intento ponerme de pie, pero estos tacones no me lo hacen tan fácil, es ahí cuando noto la mano extendida frente a mí, cuando reconozco que no choqué con una pared, sino con el duro torso de mi buen amigo Julian.

—Esa sí que es una entrada triunfal, Eloísa Santana —dice sonriendo desde las alturas. Tomo su mano, me levanta del piso y procuro limpiar mis pantalones de tela, aunque con lo limpio que se ve todo, creo que yo ensucié más que al contrario.

—Ya ves, soy excelente con las presentaciones.

Sus ojos verdes lucen más brillantes que la última vez, sonrío divertido antes de salir juntos del salón de maestros donde, luego de cerrar la puerta, las risas no tardan en oírse. No lo retengo más y comienzo a reír también, imagino lo estúpido que debe haberse visto mi caída monumental.

—Deberías mirar hacia el frente cuando caminas, Eloísa —agrega Julian, se carcajea un poco.

—Yo creo que tú chocaste conmigo, tenías el teléfono en la mano cuando me levantaste —lo acuso sin dejar la diversión de lado.

—Bueno, respondía a tu mensaje, pero es como si el destino quisiera que nos encontremos de las maneras más locas, ¿no crees?

—¡Cruel destino por ponerte en mi camino! —exclamo con exageración, provoco esa risa melodiosa que me hace olvidar un poco los problemas que me aquejan.

—Oh, cariño, yo diría bendito, no cruel.

Prefiero no decir nada, Julian siempre me dice estas cosas que no sé bien cómo interpretar, si como un obvio intento de coquetería o solo comentarios simpáticos para hacerme reír.

Me deja fuera del que será mi despacho, pues el director Smith me espera justo junto a la puerta con su pelo blanco tan brillante que me da envidia y una sonrisa que me recuerda a Santa Claus. Cuando extiende su mano hacia mí, vuelvo a concentrarme en lo importante.

Tras despedirme de mi guía turístico y mantener una corta charla cotidiana con el señor Smith,

transitamos por los pasillos ahora vacíos por el reciente toque de la campana que da inicio a un nuevo año escolar. Me muestra los distintos lugares que ya reconozco por el recorrido que Julian me dio hace días, así que no le presto demasiada atención con sus explicaciones, solo abro la boca para contestar si entiendo cualquier cosa que haya dicho —a lo que siempre afirmo por lo que podría estar planeando un homicidio y aceptar cada uno de sus planes—. Finalmente, vamos de salón en salón para presentarme ante los alumnos, para confirmarles que por cualquier queja o inquietud yo soy la persona a la que deben visitar y él aprovecha de darles la bienvenida a los estudiantes que se integraron hace poco. Cuando llegamos al aula de Rosie, le guiño un ojo con disimulo, ella me sonríe con dulzura y oigo cómo le dice a la niña que se sienta a su lado que me conoce.

De ida a la que será mi oficina durante este periodo escolar, el director Smith comienza a explicarme las campañas anti-bullying, los programas de ayuda ante la depresión y contra el suicidio, cosa que me había encargado de averiguar exhaustivamente antes de iniciar el semestre. Sale de mi oficina con una sonrisa en el rostro, al parecer no se cansa de sonreír, me desea suerte en mi primer día y me quedo sola en este lugar.

Mi primer instinto es sentarme en la cómoda silla encuerada frente al reluciente escritorio de acero inoxidable para comenzar a girar mientras río como una niña pequeña. Luego, ya como una mujer madura, arreglo los pocos mechones de cabello que se soltaron de la coleta simple que me hice esta mañana y ojeo los informes con los casos más complejos, los expedientes más negativos y las calificaciones más bajas.

La mañana se me pasa entre informes y anamnesis eternas. Estoy tan enfrascada en mi lectura que me sobresalto en cuanto oigo los golpes en mi puerta. Levanto la mirada, como si tuviese visión de rayos X para ver quién está tras la superficie de madera y cuando me doy cuenta de la estupidez que acabo de hacer, profiero un suave *pase*, avergonzada.

—¿Cómo va el primer día, colega? —dice Julian con alegría en cuanto abre la puerta.

—Técnicamente no somos colegas, Julian, pero va todo bien, gracias por preguntar —aclaro, estiro mis brazos sobre mi cabeza, saco a mi cuerpo del letargo al estar tantas horas en la misma posición.

—Te crees muy listilla, ¿no? —Sonríe con suficiencia—. Como sea, quería invitarte a almorzar a nuestra mesa, así te presento al resto y te ahorras el comer sola.

Cuando abro la boca para aceptar su invitación, la melodía de mi teléfono nos interrumpe, levanto uno de mis dedos para que me espere un segundo y al comprobar que es Víctor, contesto de inmediato, hace días que no hablo con él.

—¿Cómo está la hermana más bella del mundo? —saluda, como siempre, con su alegría palpable, aunque no pueda verlo.

—Tan bien como puedo estarlo, Vic, espérame un segundo —le digo con una sonrisa antes de dirigirme a Julian que aguarda observándome todo el tiempo—. ¿Te parece si lo dejamos para otra ocasión? Comeré algo rápido por ahora.

Él asiente con la desilusión visible en esos ojos verdes, mas no reclama ni insiste, solo sale de mi despacho y cierra la puerta tras él.

—¿Con quién hablas, Ely? —Escucho la voz de mi hermano interferida por el altavoz.

—Con un compañero de trabajo que me invitaba a almorzar, ya sabes, primer día y todo eso.

—¡Cierto! Por eso te llamaba. Felicidades, hermosa, te mereces todos los logros del mundo.

—¿Estás bien? Te noto muy acaramelado —comento extrañada, frunzo el ceño y elevo los pies hasta ponerlos sobre la mesa.

—Súper, solo tengo algo que contarte y estoy emocionado por ello.

La curiosidad aparece al instante, Víctor sabe cómo picarme para tenerme a la expectativa de cada frase que pronuncia. Siempre ha sido así, creo que él es el culpable de que sea tan cotilla.

—Si me llamas para joderme la cabeza con eso, mejor te cuelgo. O me dices o soy capaz de tomar el primer vuelo a Jersey a patearte las bolas, hermano.

—No va a ser necesario, Ely, porque seré yo el que vaya a verte.

Chillo de emoción en cuanto menciona aquello. No han pasado ni dos semanas desde que me mudé a este lugar y siento que lo extraño como si no nos hubiésemos visto en toda una vida. Con él aquí la situación con Bennet sería mucho más llevadera, mis miedos serían menos potentes y mi mente estaría mucho más despejada. Víctor es la brújula que me guía en los mares tormentosos, el faro que ilumina mis penumbras, que me muestra el camino para no hundirme en el abismo profundo del mar. Quiero llorar, saltar y reír como una niña, porque esta es la mejor noticia que he recibido hasta el momento.

—¿Cuándo? —exijo saber, impaciente—, ¿cuándo llegas?

—El próximo fin de semana. Jenna vio un vestido de novia y al parecer solo está allá, quiere saber tu opinión también y yo quiero verte, así que matamos a casi toda la bandada de pájaros con un solo tiro, ¿qué te parece?

—Me parece la mejor idea de la vida —exclamo—. Te extraño tanto, Víc, esto ha sido una tortura sin ti.

—Lo sé, hermana, yo también te extraño.

Hablamos por un rato más guiados por la emoción de volver a vernos, pero nos reservamos chismes para nuestro pronto encuentro. Corto el teléfono con una sonrisa en el rostro, saco una barra de cereal de mi bolso y mientras como, comienzo a ver todo con más positivismo, así como suelo ser siempre o como era antes de llegar aquí.

Son las cinco de la tarde cuando llego a casa. Julian me trajo hasta acá y apenada de tener que requerir chófer, me doy cuenta que aprender a conducir es cada vez más necesario. Apenas entro recibo un texto de Bennet quien, impulsado por Rosie, me invita a cenar. Acepto de inmediato, puesto que no quiero defraudarla. Sin embargo, el nerviosismo es palpable desde que su nombre centelleó en la pantalla de mi teléfono. Le quito importancia al movimiento frenético que se desarrolla dentro de mí y exhausta, tomo un relajante baño de espuma para estar lista dentro de una hora cuando ambos lleguen.

Sonríó como una tonta al recordar el día de ayer. Ben admitió amarme, dijo que para él era la chica más hermosa del mundo y no sé cómo sentirme al respecto. Por un lado, quiero chillar como una adolescente al descubrir que el chico que le gusta también la quiere, pero por otro, las alarmas de alerta se encienden en mi cabeza como fuegos artificiales que amenazan con desplomarme completa. Él es todo lo que siempre he anhelado, ¿por qué simplemente no puedo estar feliz al respecto?

Luego recuerdo las lágrimas, las desilusiones, los besos que no nos dimos y las mentiras. Se viene a mi mente el abandono y la desolación, cosas que, en conjunto, me hacen vulnerable en su presencia.

Lo que más me molesta es esta constante contradicción, donde intento alejarme, dejarle claro que no quiero nada con él y, al mismo tiempo lo quiero cerca, lo sigo frecuentando, le doy alas, esperanzas, esperanzas que en el fondo yo también poseo.

¿Desde cuándo me volví tan compleja? No tengo idea, pero la recreación de sus labios sobre los míos junto al apremiante rencor, me mantienen en una molesta incertidumbre que no sé cuándo

podré resolver.

Suspiro envolviendo una toalla alrededor de mi cuerpo, lista para la guerra conmigo misma que mantendré en esta velada. Camino hasta mi habitación y pienso en qué ponerme, me decido por un jean ajustado en conjunto con una blusa color coral que mamá me regaló hace un par de navidades, me calzo unas ballerinas del mismo color y dedico los pocos minutos que me quedan para lavarme los dientes y aplicar brillo labial.

A las seis con diez minutos cierro la puerta de mi departamento con una sonrisa al escuchar la voz de Rosie entrar al pasillo, mas al voltear, el gesto se borra de mi rostro al ver a Carli parada justo en la puerta de en frente. No es que me moleste, ella no me ha hecho nada malo, pero pensar en ella y Ben juntos provoca mis celos de forma automática. Me insto a sonreírle, la rubia hace lo mismo, mientras que él observa de una a la otra viéndose visiblemente confundido, cosa que me alivia un poco.

—¡Tía Carli! —grita la niña lanzándose a los brazos de la copia barata de Scarlett Johansson. Me da envidia saber que se conocen desde antes, me ofusca comprender que ella conoce mucho mejor a Ben de lo que yo lo hago e intento que cada pensamiento no se refleje en mi cara porque de lo contrario, esta será la tarde más incómoda del mundo.

—Hola, hermosa, ¡mira qué grande estás! —responde doña perfecta.

—Crecí mucho este verano, eso me dijo mamá.

—Pues tu madre tiene razón, estás grande y bella, pequeña.

Luego de desprenderse de los brazos de Carli, me sonrío con ternura, se acerca a mí y me da un abrazo apretado que me obliga a agacharme para quedar a su altura y permitirle el acceso. Rodea mi cuello, esconde su cabeza en ese lugar. Sin embargo, la vuelve a levantar.

—Tengo un regalo para ti —susurra en mi oído para que solo yo la oiga.

—¿Y qué es? —digo de la misma forma. Observo por el rabillo del ojo cómo Ben abre la puerta de su departamento y entra seguido por Carli, noto que hablan sobre algo, él se ve molesto, pero ella intenta aligerar la situación con un gesto o eso es lo que creo.

—Cuando mi tía Carli se vaya te lo daré.

Nos sonreímos una vez más con complicidad antes de entrar. En cuanto lo hacemos, Ben propone ordenar pizzas y Rosie acepta entusiasmada, ya que en casa de su madre jamás puede comerla. Así que, mientras él llama, la pequeña me toma de la mano, guiándome por el pasillo que, supongo, conduce a las habitaciones. Nunca he estado en este lado del departamento, mi curiosidad se activa al instante cuando veo la puerta del fondo cerrada, imaginando que esa es la que ocupa Bennet. Sin embargo, mi parte cotilla tendrá que esperar, me insto a relajarme y con la mejor expresión de sorpresa fingida, ingreso a la habitación de Rosie.

Tiene una cantidad infinita de peluches, todos de distinto tamaño, color, forma y especie, un velo color rosa cubre parte de la cama y una mesita con un par de sillas alrededor completa el perfecto juego para tomar el té. Un montón de muñecas descansan en las repisas y un par de dibujos —probablemente hechos por ella— están pegados en las paredes que me recuerdan al algodón de azúcar.

—¡Tu cuarto es hermoso! —exclamo, convencida que este es lo que toda niña desea o por lo menos lo que yo deseaba cuando tenía su edad.

—Sí, este es más lindo que el que tengo en casa de mamá.

—De seguro ese también es hermoso, cielo.

—¿Cómo es tu habitación?

—Otro día te la enseñaré —respondo, acariciándole el cabello mientras nos sentamos en la

cómoda cama—, pero dejaste la vara muy alta porque este parece el castillo de una princesa.

—¡Sí! Papá siempre dice que soy su princesa, así que creo que tu cuarto es como el de una reina.

—Ah, ¿sí? —cuestiono, emocionada y enternecida por sus palabras.

—Claro, las reinas siempre son bonitas como tú. —Sonrío.

—Cuando seas grande tú también serás una reina, Rosie.

—Sí, papá también dice eso, pero que ahora solo soy su princesa, aunque no me deja tener un príncipe, ¿cómo puedo ser princesa sin mi príncipe? —Río al escucharla, me doy cuenta que es una niña muy despierta y curiosa, también que es apegadísima a Bennet y eso me demuestra lo buen padre que ha sido a pesar de la distancia que han mantenido o de la que yo sé.

—Tú puedes ser princesa sin un príncipe, pero un chico no puede ser príncipe sin su princesa —le digo—, no necesitas de uno, él necesitará de ti, preciosa.

—En ese caso prefiero tener un pony —suelta, provoca mi risa otra vez.

—Sí, esa es una mejor opción —conuerdo—. ¿Me vas a mostrar el regalo que me dijiste, pequeña?

—Está bien, es para que lo pongas en un lugar especial —dice, acerca su mochila repleta de estrellas, abre el cierre y saca un papel doblado en un perfecto cuadrado—. Eres tú, papá y yo, de ayer.

Efectivamente el hermoso dibujo que encuentro al desdoblar la hoja es de mí con una corona enorme, ella a mi lado con sus patines y una corona más pequeña, y Bennet a su otro lado con una sonrisa muy grande. Es lo más hermoso que me han dado en la vida. Acercó el papel a mi pecho, lo abrazo como un preciado tesoro, como si de esa forma lo sintiera más real.

—Muchas gracias, Rosie, es el regalo más hermoso que me han dado.

Sonreímos, conectadas en su totalidad, jamás pensé que nos llevaríamos tan bien, siento un vínculo con ella que no esperaba. Me dice que buscará ropa para cambiarse, por lo que salgo de su cuarto para darle privacidad, pues afirma que mi ayuda no es necesaria cuando se lo propongo. Avanzo de vuelta por el pasillo aferrándome al obsequio que acaba de darme. No obstante, la imagen que me da la bienvenida provoca que mi plenitud se altere de inmediato.

Se están besando justo frente a mí y él no protesta, parece que le gusta.

Las lágrimas pican en mis ojos, mas me abstengo de liberarlas, presiono mi garganta para apretar el nudo e intento salir con sigilo de allí, pero mi lado torpe decide salir a la luz justo en este momento. Caminando sin poder dejar de observarlos, choco con una de las esquinas de la barra que separa la cocina del resto del departamento.

—¡Diantres! —exclamo, sobo mi pierna.

En eso, Ben se separa de ella tan rápido que me sorprende que no la haya tirado al piso, me mira con esos ojos negros que llaman a mi mala suerte, me ruega solo viéndome, pero yo no tengo nada que perdonar. Nosotros no somos nada.

—Lucy —susurra y me quiero romper en mil pedazos, pero vuelvo a mentir, me tomo el estómago y finjo una mueca de dolor, él no dice nada.

—Dile a Rosie que me perdone, de pronto... siento un malestar en el estómago.

A paso rápido me dirijo a la puerta, intento escapar lo antes posible con los ojos molestos de Carli puestos sobre mí. Maldita cínica, se atreve a sonreírme. ¡Ay, mejor me callo! Esto no me molesta en absoluto y como no me molesta para nada, cierro de un portazo sujetando temblorosa el manajo de llaves que cuelga en mi mano. Oigo la puerta abrirse justo cuando estoy cerrando la mía, los golpes hacen que retumbe por todos lados y yo solo me quedo mirándola, con los ojos

nublados en lágrimas, sumadas a un punzante dolor en el pecho.

—Olvídate de él, Eloísa —me digo antes de secarme el rostro con furia, escucho el incesante golpeteo—. Ya olvídate de él.

No tengo ni un poco de hambre, me voy a mi cuarto, siento todo más vacío, más solitario, pero no es de esa soledad buena, no es aquella que sirve para reflexionar sobre el rumbo de tu vida, es la maldita, la que te suprime los pulmones, la que te congela el corazón y te deja a la deriva en búsqueda un poco de calor, de alivio. Y me duermo sobre la almohada empapada de recuerdos que permanecen tan vívidos en mi mente, esos que no buscan desaparecer, esos que parecen tan cercanos como el día de ayer.

X

La mañana se notaba más reluciente. El sol brillaba, los pájaros cantaban, el olor a pan tostado inundaba la casa y yo había dado mi primer beso. Bien, es cierto que no fue un beso en toda la extensión de la palabra, pero mis labios y los de Bennet se habían unido por primera vez dejándome con una felicidad en el cuerpo imposible de contener. Puede que no haya sido algo mutuo guiado por el amor de dos personas, fue impulsivo e infantil, y admitía que moría de vergüenza de solo pensar que volvería a verlo. Sin embargo, con todas esas imperfecciones, fue el momento más perfecto de mi vida.

Recordé cuando mi madre me contó la historia de cómo se enamoró de papá. También fue así: inesperado, sin previo aviso y es que a pesar de que eran compañeros de clase, jamás se fijaron el uno en el otro hasta el último año en una de las fiestas de despedida, todo gracias a un juego de botella. Me contó que ella no era la más experta en ese ámbito, que en realidad jamás asistió a una de esas celebraciones y mucho menos besado a un chico, pero sus amigas la motivaron para que saliera un rato de esa burbuja de estudios llena de libros y asignaturas que debía aprobar, pero después de esa noche se los agradeció infinitamente porque cuando besó a papá debido al dichoso juego, sintió cómo la vida le regresaba, como ya no era solo un cuerpo existente en una multitud para convertirse en un alma llena de sentimientos y colores que siempre se perdió en explorar. Nunca supo si fue la nueva experiencia o mi padre lo que le provocó ese montón de sensaciones escalofrantes, pero sí comprendió que desde el instante en que lo besó, jamás volvió a ser la misma y nunca más quiso separarse de él.

Y así me sentí yo, claro que el cuento de hadas de mi madre terminaba con un *felices para siempre*, mientras que el mío resultó inconcluso con Ben brillando por su ausencia.

Luego de la noche del beso, no vi a Bennet en varios días. Víctor me dijo que su mamá tenía días libres en el hospital y que pasaba tiempo de calidad con ella, yo creía que me evitaba para no tener que disimular su arrepentimiento estando cerca de mí. Al cuarto día de su ausencia por nuestra casa, oí su voz proviniendo del cuarto de mi hermano. Mi sonrisa, junto a la guerra de mariposas que comenzó a disputarse en mi estómago, no tardaron en aparecer al notar su presencia. Estuve a punto de entrar, fingir normalidad y retomar nuestra amistad que en ese tiempo estaba detenida, pero las palabras que emitió me detuvieron, decidí que era mejor dárme las de espía y no interrumpir lo que parecía una conversación bastante seria.

—No puedo creer la estupidez que hice. Ahora me anda persiguiendo por todos lados y no sé cuánto más podré soportar su voz chillona.

—Eres estúpido de nacimiento, Bennet, no hay nada que hacer con eso. —Escuché decir a Víc, lo que incrementó mi curiosidad mucho más si es que eso era posible.

—Lo sé, no sé en qué momento se me cruzó por la cabeza...

—No, no, no. No me vengas con el discursito de que no sabes cómo se te ocurrió porque lo sabes perfectamente, así que deja de auto compadecerte porque no es tan trágico como lo pintas.

—¿Que no es tan trágico?! ¿Acaso no me has puesto atención?

—Sí, lo hice. Te acostaste por primera vez con una chica a la que no amabas para olvidar a otra que sí amas y no puedes tener. Debes ser el billonésimo ser humano que utiliza el mismo método, Bennet. Te has pasado tardes completas viendo comedias románticas con Eli, ¿y no pudiste preverlo?

—Es que eso no es lo que me molesta, ¿no entiendes? Era Roxanne, Víctor, de todas las mujeres a las que nunca amaré, tenía que ser precisamente ella con la que me acosté.

No pude... no pude oír aquel discurso que se clavó en lo más profundo de mi corazón como pequeñas espinas trituradoras que ayudaban a destruirlo sin clemencia. Y es que no era solo el hecho de que se acostara con la hermana de mi archi enemiga, porque sabía que eso podría pasar en cualquier momento, el tema era que él estaba enamorado de otra. Lo besé en contra de su voluntad por un impulsivo capricho infantil cuando su corazón le pertenecía a alguien más, es decir, que las primeras experiencias románticas de su vida fueron arrebatadas por dos personas a las que él no amaba. A las que nunca amaría.

Corrí a encerrarme en la seguridad de mi habitación donde dejé que las lágrimas fluyeran con libertad sin mayor retención. No podía darme el lujo de la exageración cuando solo yo era la que sufría por mis ilusiones, cuando la noche de Halloween era un secreto que ni siquiera podía compartir con mis mejores amigos, así que lloré en silencio aferrada a mi almohada. Era estúpido, porque Ben y yo no éramos nada, no me fue infiel ni me engañó de ninguna manera. Sin embargo, así se sentía el enterarme de lo que hizo. Esa utopía en la que correspondía a mi amor se hizo aún más lejana, kilométrica e imposible de recorrer. El dolor asentado en mi pecho no cesó por muchas horas en las que tuve que fingir que dormía para que nadie me molestara ni se preocupara por mi ausencia, para tener un poquito de la paz y la tranquilidad que necesitaba y que él inconscientemente arrebató.

Esa fue la primera vez que sentí tanta pena como para ni siquiera querer comer. Esa fue la primera fisura que Bennet Lewis le hizo a mi corazón.

12

MIL ERRORES POR SEGUNDO

BENNET



En cuanto nos quedamos a solas, la enfrento. No podía escoger otro jodido día para venir, justo hoy. *Justo hoy*. Ella me observa con su mejor cara de disculpas, la conozco demasiado bien como para saber que en realidad no es su intención entrometerse.

—Siento interrumpir —dice desde el sofá, mirándome desde abajo—, solo quería venir a verte, somos amigos, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —respondo, relajo mi postura y me apoyo en uno de los pilares de la sala que marca una división de ambientes—, pero ahora es necesario que me avises con antelación, está Rosie, hay otros planes, otro programa.

—Sí, olvidaba lo pesado que puedes ser a veces. —Se pone de pie, se cruza de brazos y camina en mi dirección—. De todos modos, también vine a decirte algo, a decirte adiós.

—¿Te vas? —cuestiono extrañado, en cambio Carli parece triste en cuanto se detiene a unos metros de distancia.

Suspira con aires de melancolía. Sus ojos almendrados se humedecen, anuncian un llanto silencioso que no tarda en llegar. Mierda, odio ver a las mujeres llorar.

—Más bien... te estoy sacando de mi vida, Bennet. No quiero ser un obstáculo porque comprendí que jamás tendremos algo. El otro día me explicaste que ella no se va, entonces la que sobra soy yo. Es la dueña, yo un simple huésped —termina, la tengo solo a pasos de mí, luce vulnerable.

—Podemos ser amigos.

—No quiero ser tu amiga, no creo que pueda. —Acorta aún más las distancias, casi puedo sentir su aliento tocando mis labios—. Así que este es nuestro adiós, Bennet Lewis.

Me besa en los labios y no me resisto. Parece una buena forma de sellar lo que vivimos: los besos, las caricias, las noches en vela de tanto follar y los días llenos de confianzas liberadoras que me hacían la carga menos pesada. Avanza, me acorrala en la pared, sube de intensidad en cada choque de nuestras lenguas.

Un golpe a lo lejos me hace reaccionar, seguido de un «*jdiantres!*» que podría retumbar para siempre en mis oídos.

Lo volví a joder todo.

Abro los ojos, asustado, descubierta igual que un niño hurtando una galleta recién horneada. Ella me observa mientras alejo a Carli de mí, sus ojos humedecidos confirman la estupidez que

hice, su rostro se contrae con dolor y se excusa con un malestar de estómago que probablemente no existe. Sale tan rápido que apenas la diviso bien, la imagen de verla casi quebrándose no permite que perciba su distancia, porque ya está demasiado lejos de mí.

—¿Qué esperas? —dice Carli, volteo mi cabeza en su dirección, me despertó—, persíguela, idiota, yo me quedo con Rosie un momento.

Abro la puerta tras ella cuando la suya está a punto de cerrar, pero soy demasiado lento. Se encierra en su territorio sin permitirme avanzar y lo merezco. ¡Mierda, que estúpido soy!

—Lucy —grito, golpeo la puerta con tenacidad. Ella no abre. A pesar de eso no me doy por vencido, no hasta que Carli sale y Rosie la acompaña.

—¿Lucy está bien, papi? —cuestiona. Odio tener que mentirle, pero no quiero desilusionarla, así que lo hago. Con lástima lo hago.

—Está un poco enferma, princesa, me dijo que la perdonaras, que luego jugarían juntas.

—¿Por qué golpeas su puerta? —vuelve a preguntar—. ¿Está molesta contigo?

—Es que se fue muy rápido, solo quería asegurarme de que estaba bien, pero ya debe estar recostada.

—Bien —responde, mira al repartidor que llega por el pasillo—, luego puedes llevarle ese delicioso caldo de pollo que preparas cuando me enfermo. ¡Ahora a comer!

Entra a la casa y hago lo mismo para buscar el dinero. Carli también se retira, afirmó que tiene muchas cosas por hacer. Sé que es el último adiós, así que la abrazo fuerte antes de que se marche, consciente que ella no tiene la culpa de lo que sucedió, yo soy el único responsable.

El calor no me deja dormir bien en toda la noche. A las cinco de la mañana ya estaba en la ducha debido a las sábanas que se adherían a mi cuerpo sudado y ahora, tranquilo, disfruto de la tercera taza de café, gano tiempo antes de despertar a Rosie para llevarla a la escuela.

Vuelve a sorprenderme cuando la veo ya levantada, entra a la cocina con un cepillo para que la peine según su elección del día que consiste en un par de trenzas. Pan comido.

Comienza a contarme un sueño que tuvo, algo así como que era la que salvaba a la princesa Ana de congelarse y cosas similares. Está realmente obsesionada con esa película, pero así son los niños, cuando se apegan a algo es difícil que lo suelten, por eso me preocupan todos los cambios que enfrenta al mudarse aquí, la gente que conocerá, con quién conectará, a quién extrañará al llegar la hora de partir de mis brazos y volver a la rutina de verla solo unas cuantas veces al año. Sin embargo, aunque a veces tenemos diferencias, sé que Beatriz la ha criado bien, los dos lo hemos hecho. Bianca, por otro lado... pues digamos que no me agrada la idea para que la *cuide* o pase mucho tiempo con ella. Esa señora es un dolor en el culo y poco le importa el bienestar de Rosie, como si la niña tuviese la culpa de cosas que ni siquiera sabe.

Tras un desayuno pacífico, mi hija toma su mochila preparada de forma previa, yo busco las llaves de la casa, las del auto y en cuanto toco el pomo de la puerta para salir, los nervios se apoderan de mi estómago, me recuerda todo lo que he querido olvidar durante la mañana. La duda de lo que sucederá si es que nos topamos con ella se instala en mi cerebro, me provoca un indeseado sudor en las manos. Abro sin darle más vueltas al asunto, ya que es obvio que Eloísa buscará la manera de evitarme y eso lo compruebo apenas observo su puerta frente a la mía con una hoja de cuaderno colgando de esta, sostenida por un trozo de cinta adhesiva con diseño de puntos rojos.

“Rosie, lamento no haber podido celebrar contigo tu primer día de clases, prometo compensártelo esta tarde. Nos vemos en la escuela, princesa.

Lucy”.

Le entrego el papel a Rosie tras leerlo, obvié que va dirigido hacia ella y no me menciona en ningún momento. Asumo que así será de ahora en adelante, aun así me cabrea que sea tan infantil, que no sea capaz de sentarse a conversar de sus problemas como la mujer que ya es, al contrario, siempre escapa, siempre huye y me cierra las puertas sin siquiera conocer mi versión de las cosas. ¡Que se joda! Independiente de mis sentimientos, estoy soltero, no tengo compromisos y, aunque la ame como un loco, no puedo hacer más por ella si no me corresponde como dijo. He pasado años torturándome, preguntándome por ella, a la espera por su regreso o por armarme del valor suficiente para ir a buscarla, pero no me deja explicar nada de eso, no me deja entrar.

Rosie se emociona por su cita de esta tarde y comienzo a sentir celos por eso. *¡Yo debería ser su cita, no mi hija de siete años!* Como sea, intento que mi desazón por Lucy no se note y entre canciones mal entonadas, llegamos a la escuela donde lo primero que hago es buscarla, pero no está en ningún lado.

Me despido de Rosie con un abrazo apretado y un beso en la mejilla, la veo ingresar en compañía de un par de niñas y, frustrado, doy media vuelta para encaminarme a mi auto. Antes de eso una idea asalta mi cabeza, camino hasta la entrada de maestros y doy varias vueltas discretas por todo el perímetro a ver si tengo suerte de verla, pero no. Quince minutos de tiempo perdido después, por fin llego a mi vehículo y conduzco rendido hasta el taller.

—Hola, cara de culo —me saluda Nelson apenas entro. Es el único que ha llegado y, en parte, me alivia.

—Buenos días para ti, simio capado.

—¿Cómo van las cosas con tu chica inalcanzable? —pregunta y no quiero responder, pero, ¿qué más me queda aparte de mi terapia improvisada con este idiota? Nada, es el único que puede ayudarme porque ni con Víctor puedo hablar de esto sin que se ponga irritable o a la defensiva.

—Me vio con Carli, besándome con ella. ¿Cómo crees que va todo?

Nelson se ve sorprendido, imagino que es por lo que dije de la rubia con anterioridad, mas no emite comentario, como si pensase en algo alentador cuando en realidad no existen palabras de ánimo, solo reproches de mierda.

—No sé qué decir, Benny, Paul va a matarte. Ahora sí que la cagaste.

—Esa es mi especialidad —digo abatido, él me da unas palmaditas en el hombro antes de continuar su camino hasta la oficina, lo sigo—, no debería ser una novedad que al final arruine todo.

—Claro que no, el problema es hacer algo para remediarlo. Aunque con lo difícil que me dices que es, dudo que te salves tan rápido de esta, cabronazo.

—Lo tengo claro —resoplo antes de caer a la silla giratoria frente a la mesa de reuniones—. Como sea, ¿qué hay para hoy?

Comenzamos a hacer nuestro trabajo; ordeno los repuestos según marca y modelo, alineo bien los estantes repletos de bidones de aceite y líquido de frenos, reviso por vigésima vez el motor del Ford y, por último, me dedico a hacer la alineación correspondiente en el Audi de uno de nuestros clientes prioritarios. La mañana se me pasa veloz sin ningún esfuerzo. Por lo general me encargo de la parte administrativa, aunque nunca me niego a la posibilidad de ensuciarme las manos. Los chicos se encargan de eso y hacen bien su trabajo, así que la mayor parte del tiempo no tengo mucho que realizar más allá de lo antes mencionado.

A media jornada me retiro para buscar a Rosie, comemos algo en un restaurant que nos queda de camino y, de vuelta al trabajo, ella se entretiene con sus tareas, yo con mis autos y regresamos a casa felices o, en mi caso, aparentando felicidad.

—Lucy me invitó a jugar con ella hoy, dijo que podía ir a su casa si tú me dabas permiso, ¿puedo?

—Claro, florecilla —contesto distraído para que no me encojone tanto perderme una tarde de diversión con esa hermosura, aunque claro, nuestra diversión incluiría una superficie cómoda y menos ropa—. Ve a cambiarte y te dejo allá.

Corre hasta su habitación para hacer lo que le dije. Mientras, decido golpear la puerta de enfrente, la puerta al paraíso donde un ángel precioso me abre tras tres toques suaves.

—¿Se te ofrece algo? —Su voz fría me estremece. Joder, que ni en los peores momentos me ha hablado así de distante.

—Quería saber qué tramas con Rosie, no puedes ir por ahí ilusionándola con pasar tiempo juntas y luego escapar —escupe mi boca, nos sorprende a ambos, pues no pensé decir eso en cuanto planeé ir a visitarla.

—No estoy tramando nada, ella me agrada, yo le agrado, el padre es el problema.

—Pues te vas a tener que joder porque no voy a permitir que le rompas el corazón cuando decidas que no quieres volver a verme, mucho menos que le hables mal de mí.

Lucy me observa dolida, malditos ojos tan transparentes como el agua que me indican cada vez que hablo mierda por hablar.

—¿En serio crees que haría algo como eso? —pregunta, se sostiene de la puerta, lejos de mí. Resoplo y froto mi nuca, estoy demasiado tenso.

—Jamás, Lu, lo siento, es solo que...

—Te molesta que quiera pasar tiempo con ella y que tú me importes un pepino.

—Exacto, ¿es porque tiene los ojos verdes? Puedo usar lentes de contacto si lo deseas.

Escucharla intentando retener las risas es, en cierta forma, un respiro. Hacerla reír fue mi misión desde que la conocí y volver a ella me recuerda por qué lo elegí como tarea. Tiene la sonrisa más bella, ¿cómo iba a dejar que desapareciera?

—Tus ojos están bien, negros, oscuros, como tu alma. —Sonríe, yo también—. Yo... en serio me sentía mal anoche... Sabes que no me interesa lo que hagas con tu vida o con quien te andas besuqueando por ahí.

—Claro, no te importa —mascullo, la atrapo de inmediato en su mentira, se cree que puede engañarme cuando la conozco mejor que a mí mismo—. De todas formas, te mereces una disculpa, mis sentimientos por ti son verdaderos y, aunque suene a excusa, lo que pasó fue solo un desliz que no se repetirá. Tal vez tú no estás interesada en mí, pero mi corazón está comprometido contigo, con nadie más.

—¿Qué dijimos de las declaraciones de amor?

—Que están prohibidas.

—Bien, entonces no las hagas, Ben, actúa.

En el momento menos oportuno, Rosie aparece frente a nosotros, se lanza a los brazos de mi amada y afirma que llegará pronto a casa. Siento que la dejo en su primera fiesta, pero no, no se ve para nada igual en cuanto la veo con una mochila mal cerrada que deja a la vista el pie de una de sus muñecas. Se despiden de mí y me encierro en la soledad de mi departamento, alucino con las melodiosas risas de las mujeres de mi vida, resuenan estruendosas, hacen eco en cada espacio de esta vacía habitación.

“¿Por qué es tan difícil, Lucy?”

“¿Por qué no puedes darme una oportunidad para redimirme?”

“¿Por qué no dejas que explique mis errores?”

Todo eso me pregunto sentado en el sofá con una cerveza en la mano mientras miro la repetición de un viejo partido de baloncesto. Y ahí, observando el monótono juego, divago en mis posibilidades, comprendo que, por más que mis errores sean explicados, seguirán allí, no se borrarán mágicamente ni desaparecerán de mi conciencia porque de pronto decido ventilarlos. Al final, todo es en vano; los errores son inmutables en el tiempo, así como mi amor por ella.

X

Los días pasan, la rutina me agobia. Lo único que logra subir mi ánimo son los sesenta minutos que paso junto a ella en mi auto, que a veces parece demasiado pequeño, otras excesivamente amplio.

Pelemos la mayor parte del tiempo, cosa que no me sorprende. Eloísa para manejar es un peligro para la sociedad, si Víctor planea regalarle un auto, expone al mundo a una potencial creadora de accidentes. Y no exagero. En nuestra primera clase no noté que quitó el freno de mano y apenas encendió el vehículo chocamos el auto estacionado delante, por suerte el dueño no apareció por ningún lado y logramos escapar a pesar de las insistencias de Lucy de buscarlo para pagar su reparación. Ese día dejamos las clases de lado, solo le pedí que mirara cómo yo lo hacía explicándole el procedimiento; en resumen, se enojó por no poder practicar y no aprendió nada. En la segunda ocasión no lograba pasar el cambio sin que se le apagara el motor, nuevamente, acabó enojándose, diciendo que mi auto, mi bebé, era una mierda inservible igual que su dueño; también lo dejamos por ese día. Luego de eso no hablamos por una semana, presos del orgullo ante tanta tensión que se generaba apenas nos encerrábamos allí.

—¡Ya deja de decirme qué hacer, maldición! —gritó al finalizar la tercera clase, donde logró avanzar dos cuadras. Llegamos al taller vivos, ya que tuvimos que cambiar de lugar. Temí por mi integridad.

—¡Solo estoy tratando de enseñarte!

—¡Eres un pésimo profesor!

—Y tú sabes mucho de buenos profesores, ¿verdad?

Realmente no sé por qué no me abofeteó en ese momento, admito que me lo merecía. Tal vez fue la voz de Rosie que rompió la tensión en nuestras miradas rotas o la entrada al taller desde donde todos podían vernos, pero la verdad es que yo tenía un ángel guardián que me salvó de su furia, y ni siquiera me lo merecía.

Al notar las malas caras, Nelson se ofreció a enseñarle a conducir tres veces por semana, así que la estúpida idea de Víctor falló. No tenía otra oportunidad, no tenía otro plan, no tenía mi perdón y tampoco a la chica. La única que se mantenía conmigo era mi hija, aunque ya no tanto, porque me ha dejado solo casi toda la semana desde entonces. Ha pasado los días visitando a Lucy, se divierten juntas, cocinan juntas, hasta cenan y hacen las tareas juntas, así que ahora, solo en el sofá de mi sala, me debato entre ir a verlas o quedarme justo en donde estoy.

Por un lado, me repito que odia que esté cerca de ella, que cada vez encuentra un motivo para echarme las cosas en cara o yo lo arruino todo cuando va en buena dirección, en fin, nunca podemos estar bien; pero, por otro lado, estas son las posibilidades que tengo de mejorar eso o hacer el intento, aunque mi ego esté mermado y mis chances sean nulas.

Apago el televisor, tomo impulso y me pongo de pie seguro de mi decisión porque estoy cansado de que me deje de lado, no solo en su vida, sino también de aquello que comparte con Rosie. Antes de salir me dirijo al baño, me observo en el espejo, luzco exhausto, así que abro la llave del agua y me mojo el rostro e intento alejar el sueño. En eso, fuertes golpes en la puerta me

distraen, tomo una toalla para secarme y salgo a abrir consciente de que no espero visitas o no lo hacía.

Un cabrón sonriente me saluda desde la entrada. Lo hago pasar y vuelvo al sofá que tanto trabajo me ha costado dejar. Nelson me imita, ubicándose a mi lado. Lo único que hace es sonreír, no dice nada y yo tampoco lo hago hasta que nuestro silencio se torna demasiado extraño.

—¿Cómo van sus clases? —pregunto aquello que me ronda por la cabeza. Nelson no ha querido decirme nada sobre ella, por razones obvias Eloísa tampoco lo ha hecho, así que las dudas me carcomen durante cada segundo luego de que se van en la vieja camioneta de mi amigo.

—Es buena alumna —dice, sin dejar de sonreír—. Vine a buscar a Rosie para llevarla por un helado.

—¿Y eso?

Él se pone de pie, se dirige a la puerta, mas no abre hasta que recibo mis respuestas.

—Un pajarito me contó que está con tu vecina, así que pensé que podríamos ir a buscarla, yo me la llevo un rato y tú, ya sabes, haces algo inteligente por una vez en tu vida.

Sonríó agradecido por sus intenciones. Maldito canalla.

Salimos del departamento y creo que mi amigo está más ansioso que yo. En cuanto nos acercamos a su puerta puedo oír las risas traspasar las paredes, mi corazón se llena ante aquel sonido y golpeo apenado por interrumpirlas.

—Vaya que se llevan bien —susurra Nelson, no me da tiempo a responder, dado que la puerta se abre, deja ver a Lucy viéndose hermosa, como siempre. Acomoda un mechón de cabello tras su oreja y nos sonríe con amabilidad.

—¡No pensé que vendrías tan pronto! —exclama alegre, abre más la puerta para que entremos—. Pasen, pasen, estábamos haciendo pastelillos.

Ambos ingresamos al colorido lugar, lo único blanco son las paredes, lo único negro es el marco de las ventanas; muebles, sofás, decoración, artefactos de cocina, todo es de colores vivos: morados, naranjas, rosas y amarillos, salpicados aleatoriamente en la habitación. Comprendo ahora por qué Rosie ama venir aquí.

Los sofás anaranjados se ubican alrededor de una mesilla de cristal sobre una alfombra felpuda color amarillo, huele a algo horneándose y mi estómago ruge mientras me acomodo en la salita colorida. Lucy da vueltas por la cocina que se divide del resto de la casa solo por una encimera que hace de minibar, lugar exacto en el que se encuentra mi hija poniéndole estrellitas a un pastel con glaseado rosa.

—No te recordaba tan callado —comenta con una sonrisa, mira a mi acompañante, yo muero porque esa hermosa mueca sea para mí. Soñar no cuesta nada.

Hago un vano intento por no bufar al ser consciente del tiempo que pasan juntos, él se percata de aquello y me pega un codazo discreto que nadie más nota.

—Soy un hombre reservado —responde.

—Dicen que los calladitos son los peores.

—Bueno —dice Nelson de repente, poniéndose de pie. Oh no, maldito traicionero—, yo venía a buscar a Rosie para llevarla a comer un helado, ¿quieres ir, pequeña?

Rosie me mira con sus ojitos de cachorro, me cuestiono el dejarla ir porque ya es tarde. Sin embargo, mañana no hay escuela, así que acepto de todas maneras. Ella se quita el pequeño delantal de cocina y se lo entrega a Lucy para que lo cuelgue en un gancho, se lava bien las manos y se pone la chaqueta que traía consigo al venir.

—Ya estoy lista —señala, llega junto a él y le toma la mano para salir. Les indico a ambos que

tengan cuidado, que no coman demasiado helado y que no vuelvan tan tarde. Le recuerdo a Rosie que no le suelte la mano a Nelson y, rodando los ojos, ambos se despiden, dejándonos solos, otra vez.

—Parece que siempre encuentras la manera de que nos quedemos a solas —murmura Lucy y cambia de forma radical su semblante alegre.

—En mi defensa, esa no es mi intención.

—¿Entonces es una conspiración del Universo? Porque siempre tienes algo por decir, siempre es necesario que nos quedemos a solas.

Froto mi nuca, no quiero volver a la dinámica de las discusiones, eso me agota, me jode la mente, me mantiene distraído o en modo automático y no soy capaz de ejercer con la misma eficacia. Hago las cosas, pero sujeto a mil errores.

—No quiero pelear, así que antes de que digas algo, quiero pedirte disculpas.

—¿Y por qué te disculpas esta vez? ¿Harás una lista?

Suspiro, ella no ha dejado de dar vueltas por la cocina, lo que me molesta un montón porque creo que no me presta atención. Me aproximo lo suficiente para que el calor del horno me recorra el cuerpo. Lucy está de espaldas a mí, la tomo por la cintura, siento su sobresalto, pero antes que pueda decir algo la volteo para que me encare. Distingo el momento exacto en que su respiración se hace superficial, los labios se le abren y posee una mirada que refleja sorpresa, expectación. Espera algo de mí y yo quiero dárselo, quiero darle todo lo que me pida si con eso la hago feliz. No obstante, antes de tocarla, antes de hacerla mía como siempre he deseado, debo dejar las cosas claras, debo arruinar este momento.

—Sé que he cometido miles de errores —musito, hago que me observe rauda, el deseo es reemplazado a medias por la seriedad, mas sus ojos aún brillan expectantes—, pero el error más grande que cometí en la vida fue dejarte de la forma en que lo hice, tú te merecías más, te mereces más y en ese momento no podía dártelo, así que lo siento, siento no haber dicho lo que sentía por ti, siento que creyeras que para mí fue todo fácil y siento hacerte vivir esto a pesar de los años que han transcurrido.

Eloísa frunce el ceño y se aleja un poco. Cuando creo que la magia entre nosotros ha desaparecido, vuelve a acercarse y me da un abrazo que no sé muy bien cómo interpretar. Me abstengo de decir o hacer algo incorrecto, solo dejo que mis brazos le rodeen la cintura y mi mentón descansa en la cima de su cabeza.

—No puedes pedirme que de un día para otro olvide todo, Ben.

—Y no es lo que estoy pidiendo, Lu —contesto relajado con su cercanía—, no estoy pidiendo que te lances a mis brazos o que me beses con todo ese deseo que los dos hemos retenido por tanto tiempo, solo quiero saber que el día de mañana te podré hablar y tú no me mirarás como si me odiaras, como si jamás te hubiese hecho feliz.

—Me hiciste muy feliz, Bennet. —Respira muy cerca de mi cuello, me despierta en el acto con su cálido aliento—. Y tal vez nunca vuelva a ser tan feliz como lo fui contigo. Pero, ¿por qué te fuiste y desapareciste de mi vida? ¿Jamás pensaste en llamar siquiera?

Intento que el nerviosismo no se refleje en mi rostro a pesar de que ella no me está mirando. Mis manos, aferradas a su cintura, tiemblan ligeramente, aun así no la alejo ni un poco de mí, no cuando me permite tocarla, no cuando me da vida con su proximidad. Aunque, de todos modos, no puedo ser del todo sincero, es algo que no me corresponde confesar.

—Pensé en llamarte desde que salí de mi casa esa mañana, cuando llegué al aeropuerto dudé en subir al avión, pero era algo que debía hacer —aclaro, recuerdo aquel día hace tanto tiempo—.

No me fui porque quisiera alejarme de ti o hacerte daño, Lu, me fui porque estaba demasiado enamorado de ti y era lo suficientemente egoísta como para tomar todo lo que me podías entregar. Tenía que dejarte vivir tu vida, no quería arrebatarte esa inocencia que tanto me encantaba, quería que experimentaras el tener un novio de secundaria, que fueras a tu baile de graduación con un chico de tu escuela, que tuvieras amigas además de mí y de tu hermano, quería que hicieras todas esas cosas que conmigo no podrías, aunque me muriera de celos al imaginarte con otro.

»Sé que ahora suena como una estupidez, pero a pesar de eso, sigo creyendo que era algo que necesitábamos o no sé, yo sentía que no era suficiente, que debía prepararme para estar con alguien como tú, tan... perfecta.

—No soy perfecta, Ben —murmura. Hace rato mi camiseta se siente húmeda, ella llora y odio que vuelva a ser por mi culpa.

—Para mí lo eras, lo sigues siendo.

Lucy levanta la cabeza en mi dirección, sus ojos irritados me observan con dulzura, la tengo tan cerca que puedo examinar las pecas que adornan el puente de su nariz enrojecida y apreciar con mayor precisión la tersura de esos labios rosados tan magníficos.

—Yo también te amaba —dice de repente—, y cuando te fuiste rompiste mi corazón. Pero lo entiendo, ¿sabes? Entiendo que quisieras protegerme. Sin embargo, esas eran mis elecciones y todo lo que mencionaste quería vivirlo contigo. Aunque ya no vale lamentarse por eso, no podemos hacer nada para cambiarlo. Solo me duele que hasta el día de hoy no hayas hecho nada por intentar recuperarme. Digo, pasaron ocho años y, evidentemente, ya somos adultos.

Mis brazos rodean su cintura con más firmeza, la levanto del suelo, provoqué un chillido de su parte que me hace sonreír y la siento sobre la encimera frente a nosotros. Sus piernas se abren para acogerme entre ellas, cálidas a pesar del jean que las cubren. En ningún momento me suelta, sus manos se posan en mi nuca y acaricia mi cabello con suavidad.

—Quise buscarte desde que llegué a California, luego pasó lo de Rosie y supe que debía enfocarme en ella por más que deseara verte. Pasaron los años, volví a intentarlo, pero me enteré que tenías novio y no quise intervenir en eso. Tú vivías tu vida y, aunque era lo que quería, me dolió saber que ya no pertenecía a ella. Lo único que me quedaba de ti eran tus cartas, los correos que me mandabas cada cierto tiempo, pero también dejaron de llegar. Ahí supe que te había perdido y me resigné, tal vez debí seguir luchando, solo no sabía cómo hacerlo.

—Siempre te esperé —confiesa con voz temblorosa mientras seco su rostro con mis manos—. Si tan solo me hubieras dado un indicio de tu paradero... nos habiésemos ahorrado mucho tiempo.

—Sabía que me buscarías y no debía ser así. Nunca fue mi intención adueñarme de tus decisiones, Lucy, solo quería que fueras feliz, aunque yo no estuviese incluido en el paquete.

—Tú eras mi felicidad, Ben.

No sé qué decir al respecto, porque ella también lo era, *lo es*. Sin embargo, no necesito decir nada cuando sus labios, por voluntad propia, se estampan contra los míos con un ímpetu que me arrebató la respiración. En cuanto noto lo que sucede, me apodero de su boca de la misma manera, mi lengua roza su labio inferior, pidiendo el ingreso silencioso a su cavidad que no tarda en recibirme gustosa. Mi corazón va como un caballo de carreras y mis manos se aferran a esos muslos carnosos que me hacen querer desgarrar la tela que los cubre.

Un jadeo escapa de ella cuando nuestras lenguas batallan frenéticas en una guerra donde no hay perdedores, donde los dos ganamos en partes iguales. Y es ahí cuando algo entre nosotros se desata, cuando aquello que teníamos reservado, explota.

Sus manos se entrometen traviesas por debajo de mi camiseta, me estremece con cada roce de

sus dedos cálidos. No tiene que forcejear demasiado para quitármela, la verdad es que ya comenzaba a estorbarme al igual que el resto de las prendas que aún nos cubren. Su mirada me recorre desde el torso hasta mis ojos y podría memorizarla por siempre, tal vez nadie me miró con tanto deseo, como si se deleitara con cada parte de mi cuerpo. Ataca mi boca nuevamente, insistente, insaciable. No deseo quedarme atrás, pero ella es más ágil, más rápida.

De un salto, se baja de la encimera sin dejar de besarme, moriría en este instante si decide dejar de hacerlo. A empujones torpes me guía hasta la que supongo es su habitación, donde me lanza a la cama con una sonrisa que me vuelve loco. Jamás creí que fuera tan atrevida, tan pasional, mas sé que me equivoco cuando se quita la camiseta, se sube a mi regazo y continúa besándome como si se le fuera la vida en ello, yo solo puedo tocarla. Le digo con caricias lo que mi boca ha callado por tanto tiempo, el escalofrío que la recorre en cuanto mis manos la tocan es tan notorio que mis orbes se nublan por el deseo de provocar más de esos exquisitos estremecimientos. Sin embargo, este sentimiento mantiene un duelo a muerte con las ganas de hacer las cosas bien por una vez en mi vida.

—No tenemos que ir tan rápido —sugiero.

Ella o no me escucha o decide no prestarme atención cuando sus labios torturadores descienden hasta mi cuello con una sensualidad arrebatadora. Su lengua tibia recorre mis clavículas, elimina cualquier rastro de determinación por actuar correctamente. Después de todo, las malas decisiones crean buenas historias y esta está a punto de convertirse en una travesía épica cuando, de un momento a otro, comienza a desnudarme con gran habilidad.

—Contigo lo quiero todo —susurra sobre mi boca cuando acaba su tarea—, y lo quiero ahora.

No tiene que decirme más. Con un movimiento rápido tomo el control de la situación. Contemplo su rostro cubierto por un color rosa encantador. Las prendas que aún nos cubren de pronto estorban en demasía, por lo que, entre besos y caricias desmedidas me dedico a quitar del camino todo aquello que se interpone. Sus manos osadas me recorren la espalda, bajan peligrosamente hasta la cinturilla del bóxer, me provocho con sutileza, con su anticipación, mientras mi boca, ávida por probarla, desciende hasta sus curvas llenas y ansiosas por recibirme. Siempre supe que Lucy sería deliciosa, pero jamás imaginé que sería mi maldita ambrosía personal; junto a los pequeños sonidos placenteros que emite, me transportan al mismísimo paraíso.

—Bennet —susurra, con los ojos cerrados y una sonrisa que me hace avanzar.

Su tibieza me recibe, su dulzura me envuelve como un manto del cual no puedo escapar. La exquisita humedad entre sus muslos logra alterarme tanto o más que a ella misma, y soy recompensado al oír mi nombre salir de sus labios como una promesa, como un augurio. Sé que estoy en un bucle sin retorno al mirar su rostro contraído por las ganas de sentirme, por el mismo anhelo que he sentido durante tantos años imaginando su piel rozándome, su sudor mezclándose con el mío, nuestras esencias uniéndose, convirtiéndose en una sola como en mis mejores sueños que hoy se hacen realidad.

Su respiración se torna superficial, su pecho sube y baja cuando toma mi cara con sus delicadas manos para acercarme a su boca y acallar con la mía el placer que le provocho y el que ella provoca en mí. No pasa mucho tiempo más para sentirla deshacerse en mis brazos con un gesto que quedará grabado por siempre en mi memoria.

He dicho reiteradas veces que Lucy es la mujer más hermosa que vi en mi vida, no solo por su atractivo físico, sino también por su interior. Su rostro con aires añejados y maduros al mismo tiempo debería considerarse una maravilla del mundo, al igual que la sonrisa que me roba la

respiración. No obstante, existe un momento en el que es más hermosa que cualquier jodido ser viviente sobre la faz del universo y es justo ahora, con las facciones relajadas luego de tener un orgasmo, los ojos sonrientes, las mejillas arreboladas y el cabello despeinado sobre la cama.

—Eres tan perfecta, Lu.

—Y tú eres perfectamente imperfecto, y así es como te quiero —susurra.

Sus manos comienzan a descender otra vez, mas la detengo. Quiero creer que tendremos mucho tiempo para explorarnos de todas las formas posibles, por lo que me recuesto junto a ella en la cama, donde luego de mirarnos a los ojos cargados de un anhelo inexplicable por que las cosas salgan bien, nos quedamos dormidos.

X

Me levanto rápido de la cama para comenzar a buscar mi ropa por todos los rincones, me visto con lo que encuentro, pero salgo a la cocina cuando recuerdo que mi camiseta está allá y regreso al cuarto mientras paso la prenda sobre mi cabeza. Lucy observa sonriente cómo me muevo por todos lados, lo que me hace sonreír también, aunque con el remordimiento de tener que largarme tan pronto. Me acerco a ella con premura, tomo su barbilla y beso sus labios otra vez, incapaz de saciarme.

—Ya vete —ríe, se aleja cuando nota que no tengo intención de abandonar su boca. Deposito un último beso y camino hasta la puerta de su cuarto.

—Te veo pronto, lucero.

Salgo de su habitación en dirección a la salida con una sonrisa tatuada en mi rostro. Creo que nada puede opacar este perfecto instante de felicidad. Sin embargo, aunque la alegría no se va, un miedo del demonio me entra al oír lo que Eloísa grita desde su cuarto antes de que me marche:

—¡Víctor llega mañana!

13

ALGUNAS TRISTES VERDADES

ELOÍSA



Muchos dicen que se puede notar la sinceridad de una persona mirándola a los ojos, pero entre nosotros jamás fue así. Podíamos hablar por teléfono o simplemente estar uno al lado del otro para conversar de cosas importantes y, aun así, notaba cada una de sus mentiras. Pocas veces las dijo, pero lo descubrí siempre. Nos conocíamos tan bien que no necesitábamos mirarnos para saber nuestros gestos, no requeríamos de contacto físico para demostrarnos cariño, ni decir demasiado para comprender que algo sucedía con el otro.

Por eso sé que puedo creer en cada una de sus palabras a pesar de que nos mantuvimos abrazados sin chocar miradas. No obstante, no me quedan claros los motivos de su partida, porque a pesar que entiendo su sentir e intento ponerme en su lugar, existían tantas otras soluciones que no comprendo por qué me dejó de ese modo tan repentino y cruel.

Ben siempre ha sido miedoso, no en el sentido de gritar cuando ve una araña o ese tipo de cosas, sino que es de las personas que prefieren mantenerse en su zona de confort, le da igual la monotonía si eso significa conservar su tranquilidad, no le interesa la rutina con tal de saber que al llegar a casa todo seguirá igual, por eso lo comprendo cuando me dice que no se sentía suficiente para mí, porque de seguro no estaba dispuesto a sobrellevar todo lo que una relación conmigo hubiese significado en ese tiempo; iniciando por la sobreprotección de Víctor, por su amistad, por la diferencia de edad que siempre me importó un carajo, pero que, como sea, iban a mencionar.

Lo cierto es que Bennet Lewis, con sus ojos negros y su ropa oscura, luce como un auténtico chico problema, mas lo único que quiere es mantenerse alejado de ellos.

Conociéndome, es extraño que me guste tanto un tipo como él, pero siempre lo he aceptado porque no me interesaba pensar en algo más allá de nosotros, porque nuestra conexión era más grande y, al parecer, lo sigue siendo. De solo recordar la manera en la que me miraba mientras me tocaba se me eriza la piel. Su sabor exquisito, su aroma masculino, sus palabras inseguras mezcladas con actos tiernos, Dios mío, todo de él se ha quedado grabado en mi cuerpo cubriendo todos mis sentidos a su paso.

Me pongo de pie, siento las piernas débiles y una sensación de plenitud en todo el cuerpo, me paseo desnuda por mi habitación, recojo la ropa que descansa en el suelo. Entro al baño para ducharme, en cuanto paso frente al espejo hago una pausa para observar los residuos que él dejó; mi piel reluce de una forma distinta, tersa, suave, incluso mi cabello todo despeinado se ve más

brillante, me veo más... viva, y ahí está, esa sonrisa que me desafía como diciendo «*no voy a desaparecer de tu rostro hasta que olvides lo que acaba de suceder*», así que se quedará siempre allí, ya que no creo que pueda ni quiera deshacerme de algo tan jodidamente bueno como la sensación de tener el cuerpo de Ben sobre el mío.

Abro el grifo, espero a que el agua se tempere y entro a la ducha, permito que la calidez relaje aún más mis músculos. Odio quitar su rastro, mas de solo recordarlo las mariposas que no revoloteaban desde mi adolescencia vuelven a aparecer con mayor intensidad, dándome a entender que, por más que los años pasen por nosotros, por más que la distancia nos separe, nuestros cuerpos se reconocen como si pertenecieran el uno al otro desde toda la vida. Y sé que dije que no caería, que no lo perdonaría, que resistiría a cada uno de sus encantos debido al daño que me hizo, pero no puedo negar lo que me pasa cuando estoy junto a él. Me duele tratarlo con indiferencia, me duele fingir odio o desprecio y, aunque en algún momento todo fue real, ahora esos sentimientos no son más que una triste rememoración del ayer, algo que no podemos cambiar.

Salgo de la ducha con una visión nueva, con ganas de perdonar. Sin embargo, una vocecita torturadora en mi cabeza me persuade de ir a golpear su puerta, me aconseja que espere, que sea paciente porque, si bien Bennet me confesó varias verdades esta noche, sé que algo falta, sé que aún existen barreras. Es decir, son ocho años. En ocho años mi vida cambió de una forma radical, supongo que la de él también y la curiosidad de saberlo todo antes de arriesgarme me frena de cometer una locura como ir a pedirle que nos casemos mañana en Las Vegas.

Me pongo mi pijama de estrellas moradas con las ideas de romanticismo alejadas de mi cabeza. Voy a la cocina, me como un pastelillo y guardo el resto dentro del horno para compartirlos con Rosie al día siguiente. En modo automático me lavo los dientes, me voy a la cama e intento dormir, pero cuando cierro los ojos, las imágenes de él quitándome la ropa o la recreación de su mirada intensa sobre mí, impiden que me duerma al instante, así que, frustrada, prendo el televisor y observo un programa infantil con la intención de que regrese toda la inocencia que en algún momento existió en mí.

Con la cabeza más fría ya no me parece tan idílico nuestro pequeño momento de pasión ¡Casi me acosté con Bennet cuando proclamé a los cuatro vientos que me olvidaría de él! ¿En qué clase de mentirosa bipolar me he convertido? ¿En qué momento me dejé engatusar por esos ojos negros quitando del camino mi determinación?

Por eso mencioné que estar con Ben es mentirme a mí misma. Sin embargo, ahora pienso que reprimir todo esto también es como mentirme. ¡Qué rabia lo que me hace este sujeto! Viene, me seduce de esa manera, se va, me deja con mil dudas en la cabeza y un insomnio asqueroso que me hace estar feliz, triste y molesta al mismo tiempo. Es que ya no puedo ni conmigo, no puedo con todo este lío. ¿Qué voy a decir cuando lo vea? Porque si Víctor está en camino es obvio que me lo voy a encontrar.

«*Ay, Lucy, solo a ti se te ocurre*».

¿Y ahora me digo Lucy? No, no, no. Me llamo Eloísa, Eloísa Santana. Él es la única persona en la faz de la tierra que me dice Lucy y no voy a empezar a reconocerme de esa manera. No, no, no. Joder.

En algún punto de mis confusos divagues me duermo. Al final no tengo idea de quién ganó en la batalla interna que tuve anoche, así que me levanto igual de aturdida por los recientes sucesos. Me recojo el pelo en lo alto de la cabeza y me siento en la cama para revisar mi teléfono. Tengo dos mensajes de Víctor, uno de Julian y tres de Ben. ¡¿Tres de Ben?! Ignoro los otros, voy directo a ese circulito verde con el número tres dentro.

Bennet.

01:25 a.m.

No puedo dormir, ¿estás ahí?

Bennet.

01:26 a.m.

Ya me di cuenta que no estás, es injusto, ya que tú eres la causa de mi insomnio.

Bennet.

01:26 a.m.

Lamento no haberme quedado por más tiempo, si soy sincero lo único que me mantiene despierto son las ganas locas que tengo de ir a buscarte y que vengas acá conmigo, hermosa.

Suelto un suspiro desde lo más profundo. Maldito este que no me pone las cosas para nada fáciles. Decido contestarle.

Eloísa.

10:03 a.m.

Lo siento, me dormí y acabo de despertar. Por las noches activo el silencio para que ciertos chicos con insomnio no me molesten. Espero verte pronto.

Presiono enviar y releo, error que siempre cometo, ya que debería hacer lo segundo primero. ¿«Espero verte pronto»? ¿En qué estaba pensando? O mejor dicho, ¿con qué pensaba? Porque es claro que no fue con la cabeza.

Reviso el resto de mensajes, Julian me desea un buen día y me invita a la playa, le respondo que no puedo por la visita de mi hermano con su prometida y deja de insistir. Víctor, en cambio, me informó a las nueve de la mañana que llegará dentro de una hora, esa hora ya pasó, así que con rapidez miro por la ventana para asegurarme de que hay buen clima, el sol brilla como si estuviésemos en pleno verano; me pongo un vestido playero amarillo que se ajusta a mi cintura y cae libre, unas sandalias que se amarran en los tobillos y dejan a la vista mis deditos de uñas pintadas y sonrío al ver la carita feliz que dibujé en el pulgar de cada pie. Suelto mi cabello, lo cepillo sin mucho esmero, pues la ducha de anoche lo ha dejado suave y sin ninguna gota de maquillaje, voy a la cocina a preparar café.

Al sacar los pastelillos del horno para complementar mi desayuno, se me ocurre la magnífica idea de llevarle un par a Rosie y, de paso, hacer una pequeña travesura.

Busco una de mis canastas de picnic, precisamente la que es abierta. Pongo una manta acolchada dentro y sobre esta, varios pastelillos con cuidado de no arruinar el glaseado, coloco otra manta sobre estos y sonrío, parece como si hubiese un pequeño bulto dentro. Lo más rápido que puedo localizo papel y un lápiz para garabatear una nota.

"No puedo hacerme responsable de este bebé, sé que tú serás mejor padre que yo. Cuidalo".

Volteo la hoja y escribo más.

"¡Caíste!

Espero que endulcen su mañana y repongas energía.

Con mucho cariño para Rosie y solo con un poco para ti,

Lucy".

Pongo la nota sobre la manta, salgo de mi casa y golpeo su puerta entrando rápido a mi departamento. Solo espero que esté despierto. Por la mirilla observo el momento exacto en el que Ben sale sin camiseta, deja a la vista su perfecto torso que de inmediato comienza a traerme recuerdos. Sin embargo, estos se van al instante cuando toma la hoja y se va poniendo pálido.

Dios mío, podría enmarcar una foto con el rostro que tiene ahora. Pongo una mano en mi boca para no reír cuando, con una velocidad impresionante, se agacha para revisar la canasta y solo encuentra pasteles. Voltea la hoja, sonrío de una forma encantadora mirando hacia mí, como si supiera que lo espío. Deseo que venga, mas no lo hace, solo toma un pastelillo, le da un mordisco, da media vuelta y desaparece de mi vista cerrando la puerta tras él, ¡Dios mío, qué espalda!

A los segundos mi teléfono suena con un mensaje de él.

Bennet.

10:23 a.m.

Te crees muy graciosa, lucero. Gracias por los pasteles, están deliciosos, igual que tú.

Me sonrojo al instante. Bennet sabe qué cuerdas tocar para hacerme vibrar y no sé si es algo que odio o me atrae. No obstante, no tengo tiempo para pensar en eso ni en una respuesta, ya que la puerta es tocada y la sonrisa aumenta en mí.

Víctor me recibe con un abrazo apretado apenas abro, ni siquiera logro distinguir su rostro cuando ya estoy atrapada entre sus largos brazos que me acunan como nadie. Respiro sobre su pecho, me impregno de ese aroma familiar que me recuerda a mi hogar, que me traslada a nuestra infancia, cuando éramos inseparables y nuestro mayor problema era que no podíamos asistir a las mismas clases. Al soltarme me toma el rostro con ambas manos, sus ojos pardos me observan como si no nos hubiésemos visto en toda una vida cuando solo han transcurrido tres semanas. Aunque no lo culpo, yo lo siento igual.

—Hermanita —dice, su voz tintada de emoción—, estoy tan feliz de verte.

—Sí, sí, mucha felicidad —agrega Jenna con ironía, aún en el pasillo hace una pequeña danza. De inmediato la abrazo también—. Amo tu amor, cielito, pero mi vejiga va a explotar en cosa de segundos.

Río y le indico donde está al baño con celeridad, lugar en el que desaparece con prisa dejando su bolso tirado en medio de la sala. Vuelvo a los brazos de Víctor luego que entra a mi casa con una maleta, cierra la puerta a su paso.

—¿Quieres café? Estaba a punto de desayunar —ofrezco. Él asiente, Jenna grita desde el baño que también quiere.

—¿Cómo va todo con tú-sabes-quién?

—Bueno, se supone que ya destruyeron todos los horrocruxes, así que no veo el problema.

—No hablo de Voldemort, Ely —ríe—. Eres igual que él cuando se trata de evadir conversaciones.

—Ay, no me digas eso, Víc —reclamo, pongo un pastelillo en cada plato—. Últimamente encuentro demasiadas cosas en común con Ben y no sé... ¿Cómo está mamá?

—Eso es porque tienen demasiadas cosas en común, así como son muy distintos en otros sentidos. Dímelo a mí, he pasado años con los dos. —Bebe de su café, espera una reacción de mi parte que en definitiva no le daré—. Y mamá está tan bien como puede estarlo. Te extraña, pero la peluquería está creciendo rápido, así que eso la mantiene ocupada.

Jenna aparece en la cocina sonriendo en mi dirección. Me da dos besos y yo tomo uno de sus rizos negros desde la punta para jalarlo y hacerlo rebotar como siempre he hecho. El cabello de mi cuñada debería ser la octava maravilla del mundo. Es una hermosa afroamericana, morena, con enormes ojos cafés y un cabello frondoso que se arremolina sobre sus hombros como un gran afro. Víc la toma de la cintura para acercarla a él mientras charlamos de lo trivial, interrumpe nuestra anterior conversación y de repente extraño muchísimo a... Ben.

—Por cierto —dice Jenna luego de varios minutos en los que no paramos de ponernos al día

—, estos pastelillos están deliciosos.

Toma otro de la bandeja, lame el glaseado y sonrío cuando le queda un poco en la nariz.

—Sí, ayer estuve horneando con Rosie.

—¿Ya la conociste? —pregunta Víc con los ojos muy abiertos, luce incómodo.

—Claro, y no sé por qué no me sorprende que tú sepas de quién hablo.

—De hecho. —Se remueve en su asiento—. Soy su padrino.

Me quedo estática, con el dedo sumergido en el glaseado que no llega a mi boca. Maldito traicionero.

—¿Por qué no me dijiste? —Me interrumpo—. No, espera, Bennet es la respuesta a eso.

—Sabes que siempre cumplo con mi palabra, Ely. Es mi mejor amigo.

—Pero yo soy tu hermana y tú mejor que nadie sabías lo que me pasaba con él.

No sé si enojarme, decepcionarme, no sé. Víctor y Bennet, las dos personas en las que más confiaba en el mundo me guardan más secretos de los que esperé alguna vez. No lloro, no hago nada, solo observo la cara de arrepentimiento de mi hermano que no commueve ninguna fibra de mi corazón.

—¿Qué tal si me cambio de ropa y vamos a ver esos vestidos? —sugiere Jenna, trata de aligerar el ambiente sin éxito. Asiento mirándola de reojo, de seguro ella también sabía—. Bien, vengo ahora.

Sale de la cocina, toma su bolso de mano y se mete al baño. Nos quedamos en un silencio incómodo tan inusual como verme rubia.

—Ely, yo...

—¿Tú qué? —espeto con irritación, me apego al enojo como sentimiento base. Él agacha la cabeza, nunca le he hablado así y jamás creí que este sería un motivo para comenzar a hacerlo.

—Yo... tengo muchas por confesarte, muchas cosas de las cuales soy culpable, hermana, pero no quiero amargar tu tarde con Jenna, no hoy.

Asiento, es lo único que puedo hacer, además de verlo con indiferencia, me coloco esa máscara que muy bien me enseñaron a poner.

—No hagas eso, no te cierres conmigo —reclama, consciente que no conseguirá nada de mí.

—Cuando vuelva, hablaremos, Víctor.

X

La tienda a la que me trajo Jenna es un sueño para cualquier novia. Está rodeado de vestidos, velos, flores y todo emana una blancura tan resplandeciente que me lastima los ojos. Al llegar, nos acercamos a los maniqués para tener una mejor apreciación de las hermosas prendas, hasta que una empleada rubia, divina, se nos acerca con una gran sonrisa de dientes tan blancos como todo lo que hay aquí.

—¿Tienen cita? —cuestiona.

—Sí, mi nombre es Jenna Grisham —responde. La rubia asiente sin dejar de sonreír, no sé cómo no se le ha acalambrado la boca aún.

—Sígueme por aquí, señoritas.

Avanzamos hasta un salón bajo con un enorme sofá circular rodeando una tarima con espejos de piso a techo. Por examinar todo el maldito lugar, tropiezo en un escalón que se interpone en mi camino, solo Jenna lo nota y ríe por lo bajo, mas me repongo con toda la clase que poseo y que este lugar me obliga a demostrar.

—¿Tiene algo en mente, señorita?

—Vi un Vera Wang... —comienza Jenna, la mujer, cuyo nombre no recuerdo, la interrumpe.

—Todas sueñan con un Vera Wang. —Sonríe, luego me ve—. ¿Ella es tu dama?

—Sí, Eloísa, mi dama, mi cuñada y mi mejor amiga, todo en una.

—Perfecto. —Da palmaditas como colegiala—. Les propongo algo, ¿qué tal si cada una escoge un vestido y te lo pruebas? Iremos por el Wang que viste, Eloísa puede escoger otro y yo también puedo aportar.

Aceptamos gustosas porque esto es demasiado divertido. De pronto me siento en un capítulo de *Say yes to the dress*.

Recorremos toda la tienda, cada una por su lado y, entre cientos de vestidos, encuentro el que creo perfecto. Lo descuelgo y vuelvo al salón, sorprendida de encontrar a las chicas listas y dispuestas acompañadas de una copa de vino rosado. La rubia extiende una hacia mí, la tomo gustosa, dejo que el sabor dulzón seco me deleite por completo. ¡Qué cosa tan deliciosa!

—Ya, estoy lista —dice Jenna tras tomar el contenido de su copa de un solo sorbo. Se dirige a los vestidores y otra chica va tras ella. Primero se probará el dichoso Vera Wang.

Tarda unos minutos en salir, pero no me impresiona lo que veo. El vestido es de raso blanco, con flecos en el escote en punta que llega bajo sus pechos con elegancia, la cola del vestido es lo más bonito, no es ni tan larga ni tan corta. Se ve impresionante, Jenna podría verse impresionante hasta con un costal de harina. Sin embargo, no es el vestido y ella lo nota en cuanto se ve en el espejo.

—Bueno, se veía especial por internet —alega, eleva los hombros y levanta la falda para no tropezarse mientras camina de vuelta al vestidor.

El vestido escogido por la dependienta es horrible. Parece más repollo que vestido y lejos de verse principesco —lo que sospecho era la intención de la rubia—, luce ridículo. Estoy segura que mi cuñada salió del probador solo por educación porque distingo en su cara lo poco cómoda que se siente en él.

Cruzo los dedos en cuanto va a probarse el que escogí. Sé que ese es el correcto porque grita Jenna por todos lados. Es corte sirena, de seda, con mangas que dejan los hombros descubiertos; elegí un velo de tul que se coloca como diadema sobre la cabeza para complementar.

Efectivamente, en cuanto sale con su radiante sonrisa de novia, las lágrimas se pelean por escapar de mis ojos, se ve más que perfecta e incluso puedo visualizarla caminando hacia mi hermano en su día especial.

—¡Es precioso! ¡Es...! —chilla, se abanica la cara para retener el llanto. No obstante, cuando le ponen el velo sobre los abultados risos, se deshace en un mar de lágrimas.

La empleada se pasea de aquí a allá, hace mínimos ajustes. Entretanto, Jenna se seca el llanto y aprecia mejor su reflejo en el espejo.

Estoy tan feliz por ella. Mi mentiroso hermano no se merece a una mujer tan genial, tan asombrosa. Bueno, sí, ambos se merecen el uno al otro, pero no si sigue mintiendo por el idiota de su amigo.

Observamos los vestidos de damas antes de irnos. Elegimos uno azul marino, sedoso, parecido al icónico vestido de Marilyn Monroe. Hermoso.

—Ahora hablaremos con sinceridad —habla Jenna, mientras esperamos nuestras órdenes en un restaurant cercano donde decidimos almorzar—. ¿Cómo van las cosas con Bennet? Me imagino que ha sido durísimo, cielo.

Suspiro. Ha sido un torbellino.

—Al principio bien, luego mal, luego bien, luego mal otra vez. Jamás pensé que volvería a

verlo, me tomó por sorpresa y ambos hemos hecho cosas estúpidas por ello.

—Y entre todas esas subidas, bajadas y cosas estúpidas, te acostaste con él —afirma, no pregunta.

—Yo...

—¡Anda, chica! ¿Desde cuándo eres tan cohibida conmigo? —exclama bajito—. No trates de ocultarlo, tienes cara de mujer satisfecha y estás roja como un autobús londinense.

Comemos con decencia nuestras ensaladas y devoramos la gran porción de papas fritas que nos trajo el mesero, le cuento sin mayores detalles lo sucedido anoche, además de las declaraciones de amor de Ben, sus confesiones, el beso con Carli, todo; inclusive le hablo de Julian, dejándole en claro que, por más guapo que esté, no logro verlo con otros ojos. Se siente bien sacar aquello que se convierte en una carga sobre mis hombros.

—¡Vaya! Cómo cambia la vida en tres semanas.

—Dímelo a mí.

Se limpia la boca con una servilleta de tela antes de tomarme la mano sobre la mesa, sé por sus orbes que lo que me dirá es sobre Víctor.

—No seas tan dura con los chicos, los dos te aman... y son hombres. Si uno tiene malas ideas, imagínate cómo son cuando se juntan —musita. Reímos—. Eso de que dos cabezas piensan mejor que una no aplica en este caso. Así que escúchalos, luego tú ves lo que decides hacer, pero te aseguro que jamás tendrían malas intenciones contigo.

—Eso lo sé, pero es difícil enterarse de que las personas más importantes de tu vida te han engañado durante tanto tiempo.

—Por supuesto, cielo, pero, ¿qué sería de todos nosotros sin segundas oportunidades?

SIN RESENTIMIENTOS

BENNET



Pestañeo rápido otra vez. Los ojos me arden, se cierran solos, pero al recostarme para dormir más cómodo, los recuerdos del cuerpo de Lucy bajo el mío me trastornan al punto de quitar todo el sueño de mí; esta es la tercera vez que sucede en lo que va de noche y a pesar que es un recuerdo más que bienvenido, estoy exhausto.

Son las cuatro de la mañana, hace bastante perdí la esperanza de que respondiera a mis mensajes porque, bueno, son las cuatro de la mañana. La televisión es lo único que ilumina la sala, transmite los videos musicales que suelen pasar a esta hora y me distraigo en los pocos momentos en que oigo alguna canción que me gusta. Sin embargo, todo vuelve a ella en cuanto dan los que sé que le gustan. Me he convertido en un idiota.

No sé si ver a Víctor después de esto sea una buena idea. No quiero sentirme culpable, no ahora que somos adultos y que podemos... De todas formas, da igual lo que yo quiera que suceda, sé que lo veré, que querrá ver a Rosie, algo se le ocurrirá para dejar todo muy bien o muy mal, porque así es Víctor, impredecible, protector y un hermano para mí...

Mi sueño se interrumpe por el suave toque de una manito en mi hombro. Sin abrir los ojos, tomo su muñeca, puedo sentir el respingo que da y la risita que le sigue cuando beso su mano. Despierto con ganas de dormir, con los orbes irritados y un terrible dolor de cabeza, pero finjo que no pasa nada, que es una radiante mañana de sábado y que no caminaré hacia mi muerte cuando Víctor aparezca.

—Lo siento —susurra mi hija, me ve con sus grandes luceros verdes, tan bellos como los de su madre—, es que estás sobre el control remoto y quiero cambiarla.

Sonrío, me siento en el sofá mientras paso las manos por mi rostro adormilado. Rosie se sienta a ver televisión, así que le informo que me daré una ducha; le advierto que no le abra la puerta a nadie y que me llame si necesita algo. Voy en dirección al baño, me quito la camiseta y siento que golpean. No me molesto en volver a vestirme, atiendo antes de que la niña se desespere, pero no hay nadie. Solo hay una... ¿canasta?

Me agacho al identificar la nota en la cima del bulto y me da un escalofrío al leerla.

¿Qué puta broma es esta?

“No puedo hacerme responsable de este bebé, sé que tú serás mejor padre que yo. Cuídalo”.

Vuelvo a dirigirme hacia abajo, descubro la manta con rapidez y solo encuentro... pastelillos. Debo estar para una maldita fotografía en estos momentos. Me fijo en que hay algo escrito atrás,

descubro de pronto una de esas sucias jugarretas en las que siempre solía caer; corrección: suelo caer. Miro a su puerta como si pudiese verme, sé que no lo hace.

Como sea, tomo la canasta y un pastelillo... está delicioso. Cualquier cosa que haga con sus manos es deliciosa. Alcanzo mi teléfono que tiene una notificación con un mensaje esperanzador sobre una próxima visita y yo le envío otro que no recibe respuesta, así que continúo con lo mío, como si no me carcomieran las ganas de volver a verla.

Ya es pasado el mediodía y no hay señales de vida en el pasillo del tercer piso. Tal vez llegaron mientras me duchaba y no los oí, o simplemente es otra de las bromas de Lucy, aunque ella no jugaría con eso, lo sabe. Ella sabe cómo es su hermano de protector y cómo fuimos de celosos cuando un chico se le acercaba.

Sí, yo moría cada vez que ella llegaba con la noticia de que tenía una cita con algún otro cabrón que pudiese dañarla. Además, éramos los primeros en saber cuándo eso ocurría y siempre lo decía mirándome, analizaba con esos hermosos ojos miel mis reacciones, como si, de cierta forma, pidiera mi aprobación. Pero ni siquiera alcanzaba a dar mi opinión, ya que Víctor salía con sus típicas preguntas: nombre, edad, *¿ese no es el hermanito de...?*, *¿ese es el novio de...?* Eso sin contar toda la mierda que le metía en la cabeza sobre lo malos que éramos los hombres. Eloísa colapsaba y se largaba a llorar a su cuarto, él se detenía porque yo lo obligaba, porque no toleraba que la dañara de esa forma con las palabras hirientes que solían conformar sus interrogatorios. Yo era bastante intimidante a los 19 años, o eso decían, así que Víctor no buscaba llevarme la contra, aunque fuese de mala gana.

Cuando Lucy se iba a su cuarto, la seguía. Víctor no me lo impedía. Hasta el día de hoy creo que soy el único al que le permite acercarse a su hermanita y no entiendo muy bien, ya que él fue la causa de nuestra separación. En fin, allí la abrazaba, ponía las canciones que ambos disfrutábamos y las dejaba correr hasta que se dormía en mis brazos. Víc siempre me esperaba en la sala, cabizbajo, me comentaba lo arrepentido que estaba por hacerla llorar, pero que no podía permitir que cualquier idiota saliera con su hermana. Y yo lo entendía, yo quería ser el único.

Así acababan esas noches, con una elaborada disculpa para Lucy y la idea de ir a buscarla a la escuela al día siguiente, todo para ver al chico de la dichosa cita y ver si aprobaba. Nunca aprobaban. Porque todo lo que pensé en algún momento ocurrió, Lucy tenía muchas invitaciones a salir cuando solo era una chiquilla de 15 años, así que ese enfermizo proceso se repetía constantemente. Me aliviaba estar siempre para ella... hasta que me fui.

Los golpes en la puerta me hacen volver al presente. No tengo que ser adivino para saber quién se encuentra al otro lado, por lo que mis sentidos se ponen en alerta, preparados para la próxima gran actuación de mi vida. Víctor me recibe con un abrazo y tres manotazos en la espalda, yo hago lo mismo, alegre de verlo a pesar del conflicto en el que me metí anoche. El pelo castaño lo lleva más corto que la última vez que lo vi, lo normal considerando que eso sucedió hace ya tres meses; sin embargo, tiene algo extraño en el rostro, algo así como absoluta felicidad.

—¡Llegó la solución a todos tus problemas! —exclama, me toma por los hombros y se abre paso en mi hogar.

Supongo que sus palabras son correctas; si él fue la causa, mínimo que arregle un poco esta mierda.

—La lista es bien larga, no creo que puedas con ella.

—Pero te puedo aligerar la carga —insiste—. Ahora, ¿dónde está la sobrina más bella?

Apenas lo oye, Rosie salta como un resorte del sofá y se lanza en sus brazos riendo con una alegría tan contagiosa que me hace sonreír también. Víctor la toma al instante, la abraza como si

no la viera en años y le hace cosquillas que provocan que se inquiete aún más. Al verlos así, recuerdo cómo mi madre siempre decía que existen tres tipos de amigos: aquellos efímeros que te enseñan lo que no quieres en tu vida, otros que tampoco son permanentes, pero que te dejan una huella inalterable y, por último, esos que lo único que evita que sean hermanos es el ADN. Víctor es del tercer tipo, en definitiva.

—Te traje un regalo, preciosa, espera aquí. —Escucho que dice. Sale de la casa con rapidez y regresa con una enorme caja envuelta en papel azul.

Rosie rompe el papel como si jamás le hubiesen dado un obsequio en su vida, con esa efusividad que desprende por cada una de las células que ayudé a crear y apenas descubre el contenido, chillaba como si le hubiese dicho que viviremos en Arendelle.

—¡Es Elsa! —grita emocionada antes de abrazar a Víctor con uno de sus típicos abrazos de oso. Le da un beso en la mejilla cuando le insto a agradecer y se encarga de contemplar con adoración a su nueva muñeca.

El único que no parece contento con esto es el idiota que ha tenido que ver la maldita película más de cincuenta veces, que se sabe las canciones de memoria y que debe actuar los estúpidos diálogos con su hija para complacerla, o sea: yo.

«*Vete al demonio, Santana*».

La muñeca le llega a las rodillas y en cuanto la saca de su caja, le aprieta la mano para descubrir que un montón de japoneses le pusieron la maldita canción. Y, como si eso fuera poco, trae un pequeño micrófono cubierto de minúsculos copos de nieve que se conecta a una *fabulosa* maquinita de karaoke que viene con todas las jodidas canciones de la película. «*Repito, vete al demonio, Santana*».

Al instante Rosie sale corriendo a su habitación, no tardo mucho en comprender que va a disfrazarse de la famosa reina de hielo y lo confirmo en cuanto la veo salir de su habitación con el vestido celeste mal colocado. La arreglo, le hago una trenza e intentamos descifrar cómo funciona el dichoso aparato.

—Voy a decirle a Ely la verdad —susurra Víc a mi lado mientras observamos a mi hija moverse por toda la sala al ritmo de la canción del verano—. Ya no me importa que me odie, es decir, me importa y me mata, pero estoy arruinando su felicidad y eso me mata aún más. La hubieras visto hoy cuando le dije que Rosie es mi ahijada, casi me saca los ojos sin siquiera tocarme, hermano.

—¿Estás seguro? —cuestiono, finjo desinterés—. Porque tienes razón, va a odiarte y yo no podría perdonarme por separarlos. Sabes que prefiero que me odie a mí antes que romper ese vínculo que los une, tú eres su hermano y se va a sentir...

—Traicionada —me interrumpe—, dolida, enojada. Sé lo que pasará, pero tú lo dijiste, es mi hermana, la traté mal gran parte de mi vida intentando protegerla, siempre perdonó cada una de mis idioteces. Ya es tiempo de que haga algo bien por ella, ya inicié y necesito continuar, arreglaremos este asunto porque, aunque me joda admitirlo, este es su lugar, es su felicidad.

—¿A qué te refieres?

—Es feliz cuando está contigo, siempre ha sido feliz si estás cerca.

—Cuando llegó me odiaba —digo incrédulo—, probablemente aún lo hace.

—No lo creo, sabes que no es del tipo que odia a la gente. Solo estaba dolida, pero de seguro ya se le pasó.

—Eso es lo que más me gusta de ella, ¿sabes? —No lo miro a los ojos cuando hablo, ya que siempre le ha incomodado este tema. Él sabe cuánto la amo y que mis sentimientos son sinceros,

lo sabe desde hace años y aun así no logra aceptarlo. Lo reconozco porque resopla ante mis palabras, mas no me detiene—. Es explosiva, tan abierta a expresarse, a decir lo que piensa, aunque sea la cosa más ridícula o profunda del mundo. Ahora sabe ocultar mejor las cosas, pero sigue siendo ella, la espontánea Eloísa Santana.

—Supongo que es mejor que ser el controlador Víctor Santana —suspira, masajea su nuca y me lanza una mirada que jamás le había visto. Una de remordimiento—. Sé que siempre has sido lo mejor para ella, fui un tonto al pedirte que te fueras, en serio no sé cómo no me odias por separarlos.

—No fuiste el único tonto, si yo no te hubiese prestado atención, si hubiese luchado por ella...

—Iba a golpearte si no te ibas, Bennet. Era capaz de contratar a un jodido grupo de matones para que te dieran una buena lección y te alejaras. Te odié muchísimo ese día, luego me odié a mí por ser tan egoísta.

Suspiro. No continuamos porque no es necesario, ambos sabemos nuestras falencias y a ninguno le hace bien recordarlas después de tantos años intentando vivir con las consecuencias. Nos sumergimos en un silencio neutro, opacado por la desentonada voz de Rosie que pone todo su corazón al cantar *Libre soy*, siguiendo cada paso de la coreografía que ella misma inventó. Le sonrío, porque es la luz que necesitaba en mis días oscuros, porque sin ella yo no sé dónde estaría; sonrío porque solo una persona ha logrado ganarse la mitad de mi corazón que antes tenía una única dueña y esa persona es ella, mi preciosa Rosie.

—¡Papá, tienes que cantar la parte del príncipe Hans!

Y, a pesar de las risas del idiota en mi sofá, hago la mejor interpretación del jodido príncipe, cuando yo de héroe no tengo nada.

UN BESO DE RECOMPENSA

BENNET



Durante la tarde continuamos cantando. Sin embargo, intercalamos canciones entre las de mi hija y las de los Beatles, por lo que es mucho más divertido oír a Rosie desafinar e intentar imitar a Paul McCartney que a la princesa Ana. Comemos bocadillos rápidos mientras conversamos del futuro viaje que le espera a Víctor en Europa, su próxima boda, el trabajo de mi madre y las nuevas adquisiciones del concesionario en el que mi amigo es socio. Yo le hablo del taller, le resumo el excelente trabajo que hacen los chicos para que este prospere y así nos sumergimos en una charla de automóviles que solo se interrumpe cuando Rosie necesita algo o quiere acotar.

De repente aporrean la puerta con fuerza, noto cómo Víctor se remueve incómodo y es lo único que necesito para saber que Lucy es la que está del otro lado. En efecto, cuando abro, es ella la que me saluda totalmente sonrojada y con los ojos tan abiertos que me parece cómico.

—Hola —saluda, tímida, cohibida.

—Buenas tardes, señorita, ¿hace mucho calor? —Decido molestarla. Sonrío cuando su bochorno incrementa. ¿A caso puede ser más linda de lo que ya es?

—¿Calor?

—Tienes las mejillas rojas, parece que el sol está muy fuerte o te sientes avergonzada por algo, ¿por qué será?

—Yo... Ay, no seas idiota, Ben, no hoy. ¿Está el traidor acá?

—No sé de quién hablas. —Me cruzo de brazos.

—No te hagas, ¿dónde está mi hermano?

Ingresa al departamento como si estuviera en su propia casa, Rosie la saluda con entusiasmo y le corresponde de la misma manera, demuestra esa compenetración que tienen desde el minuto uno. Víctor se ve asustado en cuanto lo alcanza, como si de repente recordara todos sus miedos y se vieran materializados en la expresión altiva de su hermana. Luego de una charla susurrada donde claramente Víctor es la víctima, comienzan a caminar a la salida como si nada. Noto cómo él me mira de reojo, mientras que Lucy me guiña un ojo con coquetería antes de cerrar la puerta.

Suspiro profundo, desde que Lucy llegó no dejo de suspirar ante el reconocimiento de su ausencia durante tanto tiempo, es como si mis pulmones supieran que ella contiene todo el aire que necesito para sobrevivir. Lo único que deseo es que las cosas mejoren, pero solo hay una persona que puede provocar ese cambio. Ahora, justo en estos momentos, ella es la completa dueña de mi destino y, a su vez, de una gran parte de mi felicidad. Y sí, he logrado sobrevivir un montón de

inviernos sin su presencia, mas al saberla tan cercana, replanteo la razón de mis vacíos existenciales y llego a la conclusión que siempre deduje: mi vida siempre ha sido mejor si Eloísa está cerca.

Decido que salir a tomar aire fresco es preferible a quedarme encerrado ante el desenlace de esta farsa y como supuse, Rosie se entusiasma de inmediato, cambia su vestido por ropa deportiva y me acompaña con sus patines mientras yo troto a su lado intentando eliminar las tensiones que persisten en mi cuerpo como miles de garrapatas. El tiempo y el camino se me hacen terriblemente cortos, por eso, cuando llegamos a la playa, nos apresuramos al puesto de jugos naturales de una vieja amiga de la universidad. La rubia nos saluda con una sonrisa enorme, comienza a hablarme de cosas que no me interesan e intenta hacerse la simpática con mi hija, pero ella está más pendiente de saborear su jugo de mango y del pequeño espectáculo que brindan los surfistas a esta hora.

Al regresar a casa ya está fresco, por suerte Rosie trajo algo para cubrirse del viento otoñal que ya comienza a sentirse un poco más fuerte. Nos detenemos en la tienda para comprar provisiones y volvemos al hogar con la misión de preparar los macarrones con queso que a mi hija tanto le encantan.

Subimos las escaleras en silencio, demasiado exhaustos como para emitir alguna palabra a pesar de que a ella jamás le faltan las ganas de hablar. Subimos con parsimonia, llegamos al rato al pasillo del tercer piso, cuando oigo dos voces que podría reconocer entre medio de una multitud de gente eufórica en un concierto de Heavy metal.

—A veces la gente está contigo aunque no puedas verla, aunque no puedas sentirla, porque es su corazón el que te acompaña donde quiera que vayas y esa conexión es más valiosa que cualquier otra que pueda existir. —Escucho a Víctor con la voz cargada de melancolía. Eloísa está sentada contra mi puerta, con los brazos cruzados sobre las rodillas y el rostro oculto entre estos, mientras que él se encuentra de cuclillas frente a ella, cabizbajo, apagado—. Bennet siempre ha estado contigo, Ely, yo he sido testigo de ello y del amor que nunca dejó de sentir por ti. Puede que ya no quieras creer en nada de lo que te digo, que no te parezca suficiente, pero es la única verdad.

Contengo el aire para evitar emitir algún sonido. No obstante, es Rosie la que rompe la tensión cuando pregunta la razón por la que Lucy está así. En ese instante dos pares de ojos se giran en nuestra dirección, los cuatro orbes tan irritados que parece que los hubiesen rociado con limón. Ambos lloraron, ambos estás sufriendo por mi culpa, por enamorarme de la chica a la que solo debía ver como una hermana pequeña. Ellos se miran otra vez, mas no veo el amor fraternal que siempre me daba envidia en la juventud, él le susurra algo que no logro oír y luego invita a Rosie a la casa donde es huésped, dándome así el pie para comprender que es mi turno de conversar.

Cuando ellos desaparecen tras la puerta del 3A, me acerco con rapidez a la razón de mis desvelos con el afán de consolarla, de acunarla en mis brazos para que se desahogue todo lo que necesite, mas, cuando se pone de pie y se limpia el rostro, sé que no será necesario ser su hombro, sé que ella puede dominar esta situación.

—Entonces... —comienza, hace una pausa—, no eres el idiota que yo creía que eras, aunque eso no quita que lo seas por escuchar al imbécil de mi hermano.

—Puedes descargar toda tu furia dentro del departamento. —Me adelanto, abro la puerta, poso mi mano en su espalda baja para guiarla al interior.

—No hay demasiada furia —dice, se ubica en el sofá, yo me siento a su lado y tomo sus manos, solo necesito tocarla para calmar el huracán dentro de mí—, solo estoy decepcionada de

la persona que creí conocer por tanto tiempo.

—Él sólo quería lo mejor para ti.

—Sí, lo entiendo, pero yo tenía el derecho de escoger lo que era mejor y él me lo quitó. Y tú... tú no fuiste capaz de impedirlo, dices que me amas, pero te rendiste en el primer intento.

—Eso no es tan así, cuando decidí irme ya había agotado todas mis energías, Lucy —aclaro, dispuesto a contar mi versión de los hechos—. El día en que todo se arruinó yo estaba decidido a confesarte mis sentimientos, tú tenías dieciséis años, tenías un baile en la escuela y moría por ser tu acompañante, esa iba a ser la ocasión perfecta para decirte lo mucho que llevaba amándote; pero eso no fue la primera vez, solo fue la vez en la que Víctor no pudo controlarlo más. Lo cierto es que quiero decirte que te amo desde la noche de Halloween cuando me besaste por primera vez.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué en vez de escogerme preferiste acostarte con esa chica?

Beso el lugar en el que nuestros dedos se entrelazan, intento acallar el rencor que quiere salir por su voz resentida.

—No tengo una gran explicación para eso, lucero. Era un adolescente estúpido, cobarde y repito, estúpido, pensé que esa sería la solución para olvidarme de ti, para silenciar todo lo que mi corazón se empeñaba en gritar. Eso sucedió en cada ocasión, la falta de coraje impidió que declarara mi amor, pero ya no soy ese pusilánime que le teme a sus propios sentimientos, ahora sé que te amo, ahora sé que haría lo que fuera y pasaría por quien fuera por estar contigo.

Las lágrimas corren por el rostro pecoso de Eloísa, empapan sus mejillas coloradas y caen decididas a esa boca deliciosa que me llama a cada segundo. Suelto sus manos para limpiar su sufrimiento, para quitar toda huella del dolor que sus ojos se empeñan en desechar. Paso con suavidad mis pulgares por la tersura de su piel y me derrito por el gesto inocente que me recuerda a la hermosa niña de la que me enamoré. Los nervios traicioneros se hacen presentes en cuanto sus labios carnosos se entreabren, acercándose cada vez más a los míos que, expectantes, no ven la hora de cerrar el pacto silencioso que estamos sellando.

—Siempre te he amado —susurra sobre mi boca, me inquieta, me desarma y me atrapa aún más en su red, en aquella trampa que ya me parece adictiva.

La beso con todo el amor que tengo para darle, la beso por los ochos años que pasé sin ella, la beso por todo lo que no pude hacerlo desde que la conocí; la beso porque la amo, porque le pertenezco. Siento sus manos enredarse en mi cabello, sus jadeos retenidos en los muros que aún no derriba, las ansias acumuladas y el tiempo desvaneciéndose.

—¿Y eso qué significa? —pregunto con el corazón latiendo fuerte dentro de mi pecho, con el alma a punto de salir por la boca y con una sonrisa que no logro contener. Ella aún no me suelta, yo tampoco lo hago, y poco a poco me acostumbro a la idea de hablar sobre sus labios.

—Como te dije ayer, no puedo olvidar todo y hacer como si no hubiese sucedido, pero puedo dejar de pensar en el pasado, puedo intentarlo.

Tomo su rostro con delicadeza, ella se estremece notoriamente y cierra los ojos con una plenitud que me desarma, como si mi tacto le causara eso, como si yo le hiciera bien. No puedo dejar de mirar su piel repleta de estrellas ni esos labios deliciosos que desorbitan mi sistema. Beso su frente primero, luego su boca; le vuelvo a entregar cada parte de mi alma sin miedo a quedar desamparado. Sus labios se mueven con destreza sobre los míos, su lengua se abre paso y la recibo con confianza, dejo que todas las sensaciones que me provoca afloren sin el temor de que se marchiten. Sin embargo, me aleja con ternura, nada comparado a la brusquedad con la que me venía tratando cuando intentaba algo con ella.

—Vayamos lento, Ben, sé que esto es mutuo, estoy segura de lo que siento, pero necesito que hagamos esto lento.

—Iré a la velocidad que quieras con tal de no retroceder, lucero —afirmo—. No haré nada que tú no desees hacer.

Ella sonrío de una manera encantadora, me fascina ser el causante de ese gesto que la caracteriza tanto, me fascina saber que la risueña chica que corría descalza por el césped de mi casa aún se mantiene viva en su interior, anhelante por salir una vez más.

—Puedes volver a darme lecciones de manejo —sugiere, acaricia mi pecho, pasa la mirada por cada lugar donde me toca. Me electriza su tacto, su intenso mirar, ella completa—. Nelson es un buen maestro, pero me sentiría más cómoda si pudiera toquetear a mi instructor durante una luz roja.

—Eso suena bien —acepto, dándole un corto beso. Ella intenta reclamarme, pero esa sonrisita picarona me indica que no le molestan para nada mis acciones, menos después de las cosas que salen de su boca traviesa.

Así que no la suelto en ningún momento, ella no me dice nada al respecto y creo que todo esto es un sueño, que en cualquier momento despertaré y ella seguirá en Prince Lake y yo aquí, extrañándola. Pero no, somos tan reales como el amor que le tengo.

—¿Tú estás bien? —Me aventuro a preguntar. Sé cómo es Víctor, sé lo mucho que sus discusiones le afectan, por lo que me parece bastante surrealista que esté tan calmada.

—No quiero pensar en eso, tampoco quiero verlo por hoy.

—Le puedo decir que se quede aquí, sabes que no es un problema para mí.

Lucy esconde su cabeza en mi pecho mientras me abraza por la cintura, yo beso la cima de su cabello, me impregno de su aroma cítrico que mueve cada uno de mis sentidos.

—O podría quedarme yo... Puedo dormir en el sofá. Jenna no tiene la culpa de nada de esto para joderle la noche a ella también.

Sonríó otra vez. Jamás creí que pudiese sonreír tanto en un solo día, pero aquí estoy, con una mueca de oreja a oreja que refleja lo mucho que me emociona que ella duerma aquí, que mi casa se llene de ella, de su olor, de su esencia.

—Ese no es problema, lucero, y no te dejaré dormir en el sofá —musito, cuando va a decir algo me pongo imperturbable, no dejo que objete mis decisiones y quedamos en un acuerdo con la condición de que le permita preparar la cena.

Busco a Rosie, un poco de ropa que ella me pidió y cenamos los deliciosos macarrones con queso que superan con creces los míos. En todo este tiempo no volvemos a tocar el tema de Víctor ni el tema pasado, preferimos relajarnos, reír por las ocurrencias de Rosie y regalarnos miradas cada vez más descaradas que dejan dicho todo lo que anhelamos. Al acabar, ordeno la cocina mientras ella acuesta a mi hija. Como un intruso, las observo desde la puerta entre abierta, le está contando un cuento que de seguro se inventó porque no veo ningún libro de donde pueda leerlo. Me hipnotiza la forma en que se miran, ¿me verá así cuando la observo a ella? ¿Desprenderé esa cantidad de adoración? Sí, estoy seguro que es así.

Estoy tan idiotizado contemplando esta hermosa escena que no me doy cuenta cuando mi hija se duerme. Lucy deposita un beso en su cabeza y me encuentra con las manos en la masa. Me sonrío como solía hacerlo cuando nos conocimos, puedo reconocer cada uno de esos gestos porque los he repasado durante años en mi memoria, mas verlos en vivo y en directo es mucho más reconfortante.

—Yo... voy a cambiarme de ropa —musita en cuanto sale del cuarto de Rosie, dirigiéndose al

mío. Afirmando, entro tras ella que mira todo como si fuese una concurrida exposición artística—. ¿Qué haces?

—Vengo a buscar un pijama y un par de mantas, es una noche fría.

—Sí, claro, fría —concuerta. Toma su propio pijama y sale de la habitación. Sonríe cuando noto que cierra la puerta del baño, la vi completamente desnuda y ahora no quiere cambiarse de ropa frente a mí.

Aprovecho de cambiarme allí mismo, aún estoy sin camiseta cuando ella vuelve a entrar con un camisón rojizo que deja muy poco a la imaginación, mas ni se inmuta por mi semidesnudez e intento no inmutarme por la sensualidad que desprende su caminar. No hago el intento de taparme, quiero que me vea, quiero causarle todo eso que sé que siente cuando me tiene cerca, quiero percibir su cuerpo tensándose y aflojándose ante mi deliberado toque.

—Buenas noches, hermosa Lucy —me despido cuando ella ya está dentro de la cama.

—No, espera.

—¿Sucede algo? —cuestiono extrañado, sus pómulos se van encendiendo cada vez más.

—Duerme conmigo esta noche, Ben.

Y acepto sin hacerme de rogar, porque sería un imbécil patentado si no lo hiciera. Acepto porque esta es su forma de perdonarme, porque, sin decirlo, me está dando una nueva oportunidad, la oportunidad que tanto he deseado.

PARTE II
PROMESAS DE UN FUTURO MEJOR



«Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas; mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
¡Es el amor que pasa!»

Rima X - Gustavo Adolfo Bécquer

16
¿CELOSA? ¿YO?
ELOÍSA



La vida es bella.

Eso es lo que pienso mientras me pongo de pie y aplaudo hasta que las manos me quedan rojas. Rosie, vestida como un lindo duende de Santa Claus, hace una reverencia con el resto de los niños que participaron en la obra navideña de este año. Bennet a mi lado sonríe radiante, aplaude aún más entusiasmado que yo por la grandiosa interpretación de su hija. Lo miro un buen rato al volver a sentarme, me olvido del director que ya ha comenzado a presentar el siguiente acto, solo me maravillo con su presencia, con ese amor tan incondicional que tiene por ella... y por mí. Cuando me toma de la mano, me contempla con los ojos brillantes y con esa sonrisa de medio lado, caigo un poco más por él, me hechiza un poco más.

No, no estamos juntos, no somos pareja ni nada por el estilo; tampoco hemos vuelto a besarnos desde la noche en que aclaramos nuestros sentimientos, desde que dormimos con las extremidades entrelazadas por primera vez luego de tanto tiempo anhelándolo con desesperación. Sin embargo, no faltan los gestos que afirman lo contrario, que dejan en evidencia lo que sentimos. Después de todo, el amor no se demuestra solo con besos y caricias, la preocupación, la confianza y la complicidad compenetran aún más nuestras almas, nos transforman en uno sin la necesidad de unir nuestros cuerpos. Aunque no niego que lo deseo, anhelo que me haga el amor, que concretemos lo que dejamos pendiente aquella tarde sobre mi cama, que me bese reclamando cada espacio de mi cuerpo, que me tome con posesividad y que me haga sentir como solo él puede hacerlo.

—No sé cómo alguien tan perfecto pudo salir de mí —susurra en mi oído, vemos a Rosie caminar hasta nosotros. Me estremezco ante su cercanía, ni siquiera me está tocando y ya siento la hoguera en mi interior que amenaza con descontrolarse. Su voz, sumada a los pensamientos sobre él tocándome, ciertamente no ayudan a que mi libido disminuya.

No sé en qué momento la Eloísa que conocía salió de mi cuerpo para convertirme en este ser pervertido que no piensa en nada más que saltar encima del hombre a mi lado. En definitiva, las fiestas sacan mi lado más oculto, ¿o es Bennet? Sí, puede que solo sea él.

—De seguro es más parecida a su madre —digo sonriente, disimulo y él ríe con suavidad. Amo provocar ese ronco y encantador sonido.

—Puedes darlo por hecho, cariño.

En ese instante, Rosie me saluda emocionada, pregunta como desquiciada si la vimos y qué tal estuvo, así que nos deshacemos en halagos, en elogios y felicitaciones para la pequeña futura

ganadora del Óscar. Nos vamos poco antes de que el show acabe, ya que luego la gente sale como si se desatara el apocalipsis, incrementan así el tráfico. El frío nos envuelve en cuanto salimos del anfiteatro de Royal Hills, así que ajusto la bufanda de Rosie, caminamos los tres tomados de la mano hasta el Mustang negro de Ben y suspiro en cuanto la calefacción es activada, me abriga con rapidez.

Con las risas de fondo me parece increíble lo que ha cambiado todo en estos tres meses. Me doy cuenta de lo impredecible que es la vida y de lo bonita que es cuando se intenta dejar el pasado atrás. Aún me duele lo que hizo Víctor, cómo produjo que mi relación con Ben se quebrara durante tanto tiempo, pero las cosas que ha hecho para remediarlo me ablandan poco a poco. Ahora sé muchas cosas que antes ignoraba, como que Bennet sí fue al funeral de mi padre, que incluso se hizo responsable de todos los trámites tras su muerte cuando mi madre y yo estábamos demasiado afectadas; también sé que Víctor —con la ayuda del asesor de mi tesis— programó todo para que yo lograra venir a California y compró ese departamento a conciencia de lo que pasaría. Él fue el hilo conductor de lo que llamamos destino; tras separarnos, fue él quien nos volvió a unir. Puede que haya cometido errores guiado por la irracionalidad de sus celos, pero soy de las personas que recalcan lo bueno, que lo valoran y lo agradecen; no puedo estar mucho tiempo enfadada con él.

Claro que razoné todo eso luego de insultarlo de todas las maneras posibles, donde mi santa madre fue la protagonista la mayor parte del tiempo. Es que era inexplicable la rabia que sentía, como una tetera hirviendo en su punto máximo de ebullición. Sin embargo, esos sentimientos ya han disminuido porque las recompensas que me ha traído son mucho más reconfortantes que el odio.

Al llegar al pasillo del tercer piso nos despedimos. Tampoco hemos vuelto a dormir juntos como aquella noche en que lo único que hicimos fue contemplarnos y conversar hasta que el sueño fue más fuerte; esa noche nos volvimos a conocer. Bennet me contó sobre la universidad, los primeros años del taller, sobre Nelson y sus otros amigos, en cómo Víctor nunca le dijo nada de mí; también me habló sobre Beatriz, la madre de Rosie, y la relación forzada que mantuvieron por el bien de ella. Yo, en cambio, le confesé lo mucho que me costó superarlo, le relaté sobre mis amoríos universitarios que nunca llegaban a nada serio porque siempre los comparaba con él, volví a desnudar mi alma; pero todos tenemos secretos que no estamos dispuestos a revelar y yo ni siquiera soy la culpable del mío.

Sobre eso y mucho más hablamos mientras nuestras manos se exploraban tranquilas, sin prisas, solo deleitándose con esa presencia de ensueño, con el amor que transmitía cada toque, hasta que nos dormimos uno en brazos del otro.

Al día siguiente, al despertar, lo primero que vi fueron sus ojos negros. Preparamos el desayuno juntos mientras Rosie aún dormía y cuando apareció en la cocina, saltó de felicidad al saber que los acompañaría. Víctor no intentó hablar conmigo, sabía que necesitaba un tiempo, así que fue Ben quien dejó a Rosie en mi departamento para que pudiésemos retomar las lecciones de conducir que fueron un total éxito, ya que Nelson me enseñó con mucha paciencia todo lo que debía saber. Cuando volví a conducir con Bennet, luego de que fuera el maestro más idiota del universo, se sorprendió gratamente con mis avances y ni siquiera se molestó cuando casi estropeé la pintura de su Mustang al estacionarme entre dos autos.

Extrañaría a Nelson, a pesar que se notaba incómodo a mi lado, salir con él fue una terapia donde me desahogaba de todo lo que mi vecino hacía para molestarme. Pero el final feliz llegó, ahora soy capaz de conducir sin estrellarme y Ben dice que lo hago muy bien para ser primeriza,

mas aún no me atrevo a sacar el permiso porque eso significaría salir sola y jamás lo he hecho, prefiero mil veces su compañía.

Ahora, como cada noche sola en esta cama que se siente demasiado grande, hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no levantarme e ir hacia él. Yo le pedí tiempo, lo que ambos necesitamos para volver a conocernos y recuperar la confianza, por eso no quiero caer en la incoherencia de buscarle, aunque es lo que mi corazón grita cada vez con más potencia.

Mi celular vibra sobre la mesita de noche, lo tomo de inmediato, auguro su mensaje.

Bennet.

11:40 p.m.

¿Estás despierta?

Siempre me ha fastidiado hablar por mensajes, así que pongo mi dedo sobre su nombre y no tengo que esperar demasiado para que él responda.

—¿Esto es un sí? —cuestiona sin darme oportunidad de hablar primero. Tapo el teléfono y río bajito al notar su ansiedad a través de la línea. Imito unos perfectos ruidos de ronquidos hasta que la risa ante su insistencia puede más y me descubre, como siempre—. Cómo te encanta burlarte de mí, Lucy.

—Desde que te conocí es mi misión en la vida, lo sabes.

—Por supuesto, ya soy casi inmune a tus bromas, excepto a la de los pastelillos, con esa casi me matas. —Ambos reímos por eso, aunque reconozco que le he hecho mejores.

—Es que eres tan ingenuo, Ben —digo aún con la voz tintada de risa—. Como sea, ¿qué haces?

—Carli vino un rato, se fue hace poco.

No sé cómo se siente con exactitud una patada en las bolas, pero supongo que es un dolor parecido al que crece en mi interior. Un calor incómodo sube por mi estómago y se acentúa en mi garganta, las imágenes de ese beso que se dieron hace meses vuelan en mi cabeza. Maldita memoria fotográfica que me jode la vida cuando intento olvidar.

—¿No que estaba saliendo de tu vida? —espeto con irritabilidad evidente, agradezco que no vea la cara de tres metros que de seguro tengo ahora.

—Pues tiene problemas con su auto y me pidió que le echara un vistazo.

—Claro, un viernes en la noche porque no pudo llevarlo antes ni esperar al lunes. Esta cree que una es idiota...

—¿Estás celosa? —pregunta divertido, yo no le veo el maldito chiste.

—¿Eres tan torpe que no puedes notarlo? ¡Sí! Estoy muy celosa, Bennet. Y no quiero hablarte más, adiós.

Cuelgo el teléfono sin dejar que responda, lo lanzo sobre la cama y hundo mi cara en la almohada. El grito de frustración que le sigue a mi arrebato suena ahogado y lo agradezco porque de seguro Ben podría escucharme desde la habitación; incluso los vecinos del quinto piso podrían hacerlo. Y no es que me moleste que tenga amigas, no soy tan inmadura, lo que me desagrada es que tenga amigas que se han acostado con él muchas veces, que conocen toda la evolución que tuvo después de mí, que le llamen "cariño", y que tengan las piernas tan largas como el cuello de una jirafa.

Antes de que el plan homicida tome forma en mi mente, oigo tres golpes en la puerta y ya sé quién es. Probablemente lo que más me gusta del nuevo Ben es que no se rinde con facilidad, que es mucho más abierto y, en definitiva, mucho más valiente. Me encanta cómo es de todas formas, jamás le pediría que cambiara si él no quiere hacerlo.

Me pongo de pie sin pensarlo, tomo mi bata, la pongo sobre mis hombros y salgo a la entrada, arrastro mis pantuflas de bonitos pugs. En cuanto abro la puerta lo veo, a él y a ese torso esculpido por el mejor artista que solo es interrumpido por los pantalones de pijama que cuelgan de sus caderas, lucen demasiado tentadores de quitar. El pelo negro revuelto le da un aire adormilado encantador, junto con esa sonrisa ladeada que incrementa las cosquillas y aviva mis instintos más primitivos; en resumen, un panorama que desearía ver cada mañana al despertar.

—¿Sabes que eres hermosa cuando estás celosa?

No me da tiempo de responder, no cuando de un segundo a otro ya está pegado a mí, besándome con fervor, apoderándose de mis labios, de mis sentidos. Sus manos acunan mis mejillas y las mías no tardan en posarse en ese pecho que solo podría definir como perfección. Y así, juntos, nos exploramos, nos reconocemos, nos amamos.

—¿Te queda claro que eres la única mujer a la que amo, que eres la única a la que quiero besar? —pregunta al cortar el breve enfrentamiento y yo solo puedo asentir.

No me atrevo a abrir los ojos, sé que la intensidad de los suyos puede desarmarme. Sin embargo, no es necesario que lo mire para estremecerme cuando hace cosas tan adorables como acariciar mi mejilla con delicadeza y apoyar su frente en la mía. Ahora soy yo quien acorta las distancias en un efímero y suave beso que solo necesito para asegurarme de que esto es real.

—Se supone que no debemos besarnos —susurro con fingido reproche cuando abro los ojos. Ben sonrío, me contagia al instante.

—Y se supone que no somos novios, así que tampoco deberías estar celosa. Pero no te preocupes, lucero, ella es solo una amiga.

—Nosotros también somos amigos, ¿las besas a todas de esta manera?

—No, solo a la que amo —dice antes de darme un toquecito juguetón en la nariz y volver a besarme. Me da miedo acostumbrarme tan rápido a esto, pero me niego a rechazarlo.

Me invita a entrar a su departamento donde mantiene la puerta abierta y yo ni cuenta me he dado. Acepto porque dudo que pueda dormir pronto, porque quiero pasar más tiempo con él. Me acomodo en el sofá ante las insistencias de Ben de encargarse de todo, así que tomo el control remoto y busco alguna película interesante, me sorprende cuando *Seven pounds* está recién iniciando, una de mis favoritas. Al rato llega mi acompañante con una manta que no dudo en tomar, palomitas y una barra de chocolate con maní que me hace agua la boca.

—Tú quieres engordarme —acuso cuando se sienta a mi lado y estira el brazo para que me acurruque allí.

—Para luego comerte.

Hago todo lo posible para no mirarlo, notaría mi sonrojo, aunque lo único que nos ilumina es el televisor encendido. Siento su pecho retumbar por la risa ahogada, mas me hago la indiferente y continúo viendo la película.

Descanso mi cabeza cerca de su pecho desnudo que desprende calor, elevo mis piernas sobre las suyas y su mano que no saca palomitas acaricia mi cabello con suavidad. Me siento como en casa así, en sus brazos. Me recuerda a todas las veces en las que estuvimos igual cuando éramos más jóvenes y puedo comprobar que el sentimiento no ha cambiado.

No sé en qué momento nos quedamos dormidos, solo sé que alguien golpea la puerta, que la luz se filtra a través de las cortinas cerradas y que utilizo el pecho de Ben como almohada.

Me levanto a ver quién es sin importar la cara de culo que de seguro tengo, ato mi cabello en un rodete desordenado para no estar tan indecente y paso mis manos por mis ojos para limpiarlos y en cuanto abro la puerta, ahí está ella. La maldita pesadilla rubia de piernas largas.

TERRIBLES MALOS ENTENDIDOS

BENNET



Justo después de que Rosie se duerme, alguien golpea la puerta. Una sonrisa se instala en mí al imaginarla a ella detrás de esta, buscándome para compartir más juntos. Sin embargo, mi sonrisa se desvanece en cuanto abro y la cabellera castaña de mi mente es reemplazada por unos rizos rubios que creí no volver a ver.

—¿Carli? ¿Qué haces aquí?

Ella acomoda un mechón de cabello detrás de su oreja, parece nerviosa o es lo que puedo deducir tras años de conocerla. Desvía la mirada en varias ocasiones y la presiono para que por fin hable.

—Lo siento si te molesta mi visita, es que yo... tengo problemas con el automóvil y quisiera saber si... ya sabes, ¿me ayudarías?

—No me molesta —digo, observo hacia la puerta de Lucy. Dejo que Carli entre porque si la ve...—, solo me sorprende. Podrías haber llamado y asunto resuelto.

—Sí, lo sé, es que yo... Mira, sé que no nos vemos hace meses, que esto es... Ay, dios mío, no debí venir, lo siento —vuelve a disculparse mientras camina hacia la puerta. La detengo porque la curiosidad me carcome, nadie se pone así de nervioso porque quiere que le arreglen el coche.

—¿Quieres decirme qué rayos sucede? ¿Por qué te apareces cuando tú misma dijiste que...?

—Estoy embarazada.

Siento cómo la sangre se me va a los pies, de seguro estoy pálido o no sé, no sé nada en este momento, solo puedo percibir el sudor frío que me recorre las vértebras una por una y las miles de punzadas en el pecho que me indican que jamás podré ser feliz con la mujer que amo. Veo que Carli mueve los labios, me habla, pero no logro oír nada de lo que me dice, lo único que retumba en mi mente son las palabras que acaba de pronunciar y que me desestabilizan por completo. Contemplo su cuerpo entero, lleva un abrigo demasiado grande como para notar algún cambio en la figura que sé de memoria. Se acerca a mí con cautela, como si esperara que en cualquier momento explote, creo que estoy a punto de hacerlo, mas intento contenerme lo más que puedo cuando posa una mano en mi brazo, volviéndome a la realidad.

—¿Me escuchas, Bennet? No es tuyo, escúchame —dice, veo que las lágrimas surcan sus mejillas.

—¿Qué? —logro articular. Estoy demasiado confundido, aliviado, conmocionado, no sé, son tantas cosas que no puedo describir.

—Que mi hijo no es tuyo —repite y siento cómo vuelvo a la vida—, nunca tuvimos esa clase de descuidos.

Asiento, me paso las manos por el rostro para sacudirme esa expresión de idiota que de seguro llevo.

—Está bien, ¿y quién es el padre? ¿Te ha apoyado? ¿Lo conozco?

—¿Podemos sentarnos?

—Claro.

Se abre el abrigo dejándome ver una aún muy pequeña pancita. Las mujeres embarazadas son hermosas, tal como luce Carli ahora. Beatriz lucía radiante mientras esperábamos a Rosie.

Se ubica en el sofá, yo me siento a su lado dispuesto a escuchar esto. No es que me moleste que haya estado con otro, nunca fuimos exclusivos y siempre la incité a buscar a un hombre que pudiese darle algo estable porque yo no podía. Sin embargo, no salía con otras, no me tentaba la idea, no soy de ese tipo. La razón: Eloísa Santana.

—Bien, ahora sí —continúa—. Creí que te desmayarías en cualquier momento.

—Sí, yo también.

La rubia sonríe mostrando su perfecta dentadura, sus ojos brillan consonantes con la felicidad que emana en cada uno de sus gestos. Me hace recordar la forma en la que nos conocimos hace años, cuando llegó una tarde al taller a ver Paul para pedirle su auto mientras él reparaba el suyo. Ahora que lo pienso, podría haberle pedido a él que revisara su coche, son mejores amigos después de todo...

—Sé que lo dije muy de golpe, pero estaba nerviosa y quería decírtelo personalmente.

—¿Vas a responder a mis preguntas?

Carli vuelve a sonreír y a acomodarse el cabello tras la oreja.

—El padre es Paul.

¿Qué?

No jodas.

—¿Paul? ¿El del taller? —Afirma—. ¿Tu mejor amigo Paul? ¿Tú y él? ¿Desde cuándo?

—Cálmate, Bennet. Sí, es Paul, mi mejor amigo Paul. Y creo que desde siempre, ¿sabes? Nos conocemos desde niños, él siempre ha estado allí para mí. Supongo que era cuestión de tiempo el quitarme la venda de los ojos y darme cuenta de que lo que siempre quise estaba justo frente a mí.

—Pensé que Paul era un idiota mujeriego como Nelson —comento, sin poder creerme esto del todo. Ella solo se encoge de hombros.

—Yo no soy una blanca paloma, Bennet, lo importante es lo que estamos viviendo ahora.

—¿Lo quieres? Digo, como algo más que tu amigo.

—Él ha sido genial conmigo, estamos viendo la posibilidad de rentar una casa más grande para los tres y me ha acompañado a los chequeos. Supongo que sí, lo quiero muchísimo.

«Por eso me pedía tantos permisos en el trabajo».

—No dijimos nada porque no era nada serio al principio, pero ahora lo es, lo es bastante —continúa, sin borrar la expresión soñadora de su rostro.

—Eso es asombroso, Carli. Me alegro por ustedes, mucho.

Hablamos por un tiempo más, le comento mi relación de amistad con Eloísa, también se alegra por mí. Ahí entendemos que lo que teníamos no era guiado por amor, nos queremos, pero como amigos, al verla ahora comprendo que a ella le pasaba lo mismo. De mí buscaba estabilidad, con él es feliz.

Al final lo del auto era una excusa, pero sí necesita una revisión en la motocicleta de su

hermano. Le digo que mañana hablamos de eso, que me llame o que venga porque ya es demasiado tarde para estar afuera con este clima. La dejo fuera y nos despedimos con un beso en la mejilla, aunque aún no entiendo muy bien lo que acaba de pasar, no porque no se me cruzara por la cabeza que ella saliera con otros, sino por quién es ese otro.

Paul es la mano derecha de Nelson, es como una versión rubia de él. Por lo que sé, son hermanastros, pero sus padres se separaron cuando eran adolescentes y siguieron comportándose como tal. Salen de fiesta cada fin de semana, consiguen chicas esporádicas y viven juntos. Por eso es extraño, pero me alegra que siente cabeza de una vez por todas. Ojalá pudiera decir lo mismo de Nelson...

Despierto por una mano sacudiéndome fuerte, froto mi rostro para abrir los ojos y, en cuanto lo hago, el rostro de Lucy luce en exceso serio. No tengo idea de lo que pasa ahora, lo único que recuerdo es que anoche se puso celosa, nos besamos, vimos películas y nos dormimos. Por lo que no comprendo qué rayos sucede ahora.

—Te buscan —murmura.

Es ahí cuando veo a Carli junto a la puerta cerrada, está más descubierta que anoche y se puede distinguir a la perfección el vientre de cuatro meses de embarazo. Eloísa me mira a punto de arrancarme los ojos con las uñas, luego la observa a ella de una forma que no logro descifrar.

—No es lo que crees —balbuceo, consciente de las miles de películas que de seguro creó su mente.

—¿Y qué se supone que tengo que creer?

—Eloísa, mi bebé no es de Bennet —responde Carli por mí.

La consternación en su rostro me inquieta, frunce el ceño mientras pasea su mirada de mí hacia ella. Creo que incluso puedo oír los engranajes en su mente trabajando a toda velocidad.

—¡¿Qué clase de relación enfermiza tenían ustedes dos?! —exclama agitando los brazos con brío. Y yo solo puedo ver lo cómica que luce así, aunque si me río desataría un huracán. Carli, en cambio, es más valiente, suelta una carcajada y no borra la sonrisa de su rostro al hablar.

—Ninguna en realidad, lo nuestro era algo esporádico, yo salía con otras personas, Bennet no lo hacía porque es muy flojo.

Eloísa abre la boca al escuchar las palabras de Carli, está tan sorprendida que sé que en cualquier momento estallará. Y lo hace, mas no de la manera que espero. Su risa resuena en todo el lugar, temo que despierte a Rosie así que le pido que baje la voz, mas continúa burlándose en volumen bajo.

—Es lo más estúpido que he oído —continúa entre carcajadas. Miro a Carli incómodo, pero ella está sonriendo divertida y pronto se une a las risas de mi lucero.

—Sí, bueno, este chico solo hablaba de una tal Lucy y de lo mucho que la extrañaba, no había posibilidad de entrar ahí. Claro que yo no sabía que eras tú cuando nos conocimos. —Eloísa no tiene la oportunidad de responder porque la rubia se dirige de inmediato a mí, queriendo cambiar de tema—. Mi hermano está abajo con la motocicleta, pregunta si puedes verla luego porque quiere competir mañana. Según él, es algo pequeño, pero que solo confía en ti para hacerlo.

—¿Puedes quedarte con Rosie un momento? —pregunto a Lucy, ella asiente sin pensarlo, pero cuando va a hablar, Carli la vuelve a interrumpir.

—Te haré compañía mientras vuelve, son insoportables cuando hablan de motores y cosas que no entiendo.

—Claro —responde Lucy—. Iré a cambiarme y vuelvo a preparar café, o bueno... puedo hacer

un jugo de frutas, tengo bananas en mi casa, puedo prepararte un batido o de otra fruta, tengo muchas frutas.

Río suave ante la evidencia de su nerviosismo, me mira de reojo sin decir nada y se marcha rápido con las mejillas encendidas.

No comprendo realmente qué sucede, estoy muy confundido al respecto. Solo espero que no sea algo que nos perjudique, algo que nos separe, por eso no le comenté nada anoche, porque no quería arruinar el momento. Claro que iba a decírselo, aunque ya es demasiado tarde, siempre es demasiado tarde.

—¿De qué va todo esto? —cuestiono—. ¿Ahora quieres ser su amiga?

—¿Y qué tiene de malo? Yo no le he hecho nada y ella no me ha hecho nada a mí, de una u otra forma nos seguiremos viendo. Ahora ve a vestirme que Dan te espera abajo.

Enmudecido, tomo la ducha más corta de mi vida. Cuando ya estoy listo salgo a la sala para bajar con Dan, de paso compruebo a Rosie, pero sigue durmiendo. Al pasar fuera de la cocina oigo las risas, así que decido pasar de largo para no interrumpirles. Me parece tan extraña esta situación.

Bajo las escaleras tranquilo, veo frente a mis ojos cómo cae todo en su lugar, lo irreal que me parece lograr este nivel de plenitud y felicidad.

—¿Qué tal, Bennet? —cuestiona el mellizo de Carli junto a su *Yamaha YZF-R3*. Una hermosura con motor bicilíndrico que ronronea de maravilla. Siempre he arreglado las motos de Dan y, aunque esta no es mi favorita, no puedo negar que me encanta.

—Todo bien por aquí, ¿qué le pasó?

Él se sube y la echa a andar. De inmediato sé lo que le molesta.

—Tiene algo en la partida, un sonido que no estaba allí antes, aunque desaparece luego.

—¿Le has hecho mantención desde que la compraste? —Niega, como recordando su desliz—. Pasa a buscarla mañana temprano al taller, la llevaré para hacerle un chequeo, tal vez tenga que cambiarle la cadena. Estará perfecta para mañana, hermano.

Nos despedimos con un apretón de manos y un hasta luego, me invita a verlo competir, pero Rosie está muy pequeña para ir con ella y no tengo con quién dejarla, así que lo dejamos para otra ocasión. Subo las escaleras, sin prisa, cuando entro a casa Rosie está comiendo de su cereal mientras Lucy le hace un par de chonguitos a cada lado de su cabeza.

—¡Buenos días, papi! —exclama entusiasmada. Lucy y Carli también me sonrían—. Mira al bebé de tía Carli.

Me tiende un par de fotografías, al principio no entiendo muy bien, hasta que distingo la mancha que se supone es un bebé. Sonrío, aún no se percibe bien, mas se ve que está allí. Abrazo a la rubia al instante, feliz por ella, y dejo un pequeño beso en la cima de su cabeza.

—Vas a ser una buena mamá.

—Invité a Carli a la cena de Noche Buena —interviene Lucy en ese momento, toma asiento en una silla frente a mí, pero su expresión sonriente no desaparece. O finge muy bien o no es tan celosa como demostró anoche—. Paul vendrá, así que pensé, ¿por qué no?

—Claro, sería genial.

Desde que inauguramos el taller hace cinco años que nos reunimos en Acción de Gracias y Noche Buena. Carli siempre llegaba cuando todos ya se habían ido, supongo que esta vez será distinto.

La rubia se despide tras un llamado de Dan. Quedamos de vernos en una semana para la cena y se marcha. Observo a Rosie que se pone de pie para retirar su plato, dice que verá televisión

porque ya hizo sus tareas. Luego miro a Lucy, quien me ve con ojos sonrientes detrás de su taza de café.

—¿Qué sucedió aquí? —indago nervioso, no es que no confíe en Carli y sus buenas intenciones, pero esto es tan jodidamente extraño que me confunde.

—¿Es verdad que me escribiste cartas? ¿Puedo verlas? Porque las tienes, ¿verdad?

«*Maldita sea*».

—Yo... lo pensaré.

—¿Lo pensarás? —Su sonrisa desvanecida hace que la culpabilidad aparezca, pero esas cartas...

—Lucy, hay partes muy melancólicas en esas cartas, oscuras. Me sucedieron cosas en esa época que me tenían bastante abrumado y la única forma que tenía de desahogarme era escribiéndote, quería decirte tantas cosas... —Intento ser sincero—. No creo que sea el momento para hablar de esto.

—No voy a presionarte, voy a confiar en que un día te acercarás y me lo dirás.

Se pone de pie, relajada, da media vuelta para tomar una taza donde sirve café y me lo tiende. Bebo un poco, sabe como me gusta. ¿Cómo puede saber tanto de mí y a la vez tan poco?

—Sólo responde algo —musita—. ¿Ella sabe el contenido de esas cartas?

—No —respondo sin titubeos—, están selladas. No pude... no podía enviártelas.

—Por Víctor, ¿verdad?

Asiento y bebo otro sorbo de café. Cuando noto su tristeza, dejo mi taza a un lado y me acerco a ella para acunarla en mis brazos. Quisiera ser capaz de eliminar toda la melancolía que le hemos causado.

—Perdóname —pido, mientras esconde su cabeza en mi pecho.

—Estás perdonado, Ben, pero hicieron tantas estupideces.

—Lo sé, no volverá a pasar, lucero.

—Estoy confiando en ti, recuerda eso cada vez que me vayas a mentir otra vez.

Tomo su barbilla, con delicadeza levanto su cabeza para revelar esas hermosas pecas que cubren su nariz, los labios carnosos y delineados, los ojos dulces. Pongo su cabello tras su oreja cuando interrumpe la perfección de sus facciones y uno nuestros labios con suavidad en un beso lento, pausado, un beso que no tarda en recibir. Sin embargo, dura demasiado poco, se separa y acaricia mi nariz con la suya. Mi pecho se siente lleno con esos pequeños gestos cariñosos que son tan espontáneos para ella.

—Lo sé, y gracias por darme tu confianza. Prometo que verás esas cartas, lucero, pero no hoy, ¿está bien?

—Está bien —contesta—. ¿Vamos con Rosie?

No la dejo avanzar, no aún. Tomo su cintura y sonrío al ver que no se aleja.

—Te amo —me dice, me imita más que segura.

—Yo también te amo, lucero, ya demasiado tiempo llevo amándote.

CALOR EN PLENO INVIERNO

ELOÍSA



—¿Tiene que ser algo relacionado con esa maldita película? —pregunta Ben como un niño pequeño haciendo berrinche, cansado de recorrer todo el centro comercial en busca del regalo perfecto para su hija. Es el único que falta, ya que yo estoy lista hace bastante.

—Sabes que es su cosa favorita en el mundo, ¿qué podría gustarle más?

—La batería rosa que vimos en la tienda de música —dice—, eso le regalaré.

—¿Le gusta tocar batería? —cuestiono, lo sigo y volvemos por donde vinimos.

—Sí, aunque Beatriz nunca quiso inscribirla en los talleres, le sugirió que buscara un instrumento más *femenino* como, no sé, piano o el triángulo.

—Triángulo, ¿es broma?

—Así es Beatriz, es buena madre, pero demasiado *perfecta*.

Con el pasar de los meses he podido comprobar que Beatriz es una bruja de cara bonita a la que Ben le tiene mucho cariño por ser la madre de su hija. Sin embargo, no se llevan bien. Bennet tiene una relación tan extraña con las mujeres, las atrae como imán, pero siempre las deja como amigas. Conmigo hizo lo mismo, solo que ahora es distinto.

Caminamos a la tienda de música sin ahondar más en el tema. Adoro a Rosie, muchísimo, pero no puedo interferir en la forma en la que sus padres la educan.

Tras comprar la batería rosa con pequeñas estrellas celestes, la trasladamos al auto con la ayuda de uno de los encargados, le damos propina en agradecimiento y por fin volvemos a casa en un silencio inquieto que se mantiene durante todo el camino. La verdad es que existe una tensión extraña desde que sé de esas malditas cartas. Ben está más retraído, sigue igual de cariñoso, pero a veces se sumerge en sus pensamientos sin dejarme entrar, como si algo le atormentara, como si fuese a dejarlo por alguna razón. Y no es que crea que durante estos ocho años él se ha comportado como una blanca paloma, yo no lo hice, así que no tengo razones para juzgarlo... aún.

—¿Te pasa algo? —pregunta de repente.

—Nada, ¿te pasa algo a ti?

—Eloísa, solo estoy cansado.

—¿Estás seguro?

—Sí, ¿por qué dudas?

—Me llamaste Eloísa, puedo contar con los dedos de una mano las veces que me has dicho así desde que nos conocemos.

Bennet se queda en silencio. No puedo creer que volvamos a lo mismo después de todo lo que hemos vivido para superarlo. Me siento como una niña de nuevo, suplicando por un poco de la atención y confianza de su único amor. Tal vez no debí fiarme tan rápido de sus palabras, tal vez debí ponerlo a prueba y no dejarme llevar por sus frases bonitas, pero soy tan ingenua, tan dócil cuando se trata de él.

—No es tan trágico como piensas —dice cuando ya estamos por llegar.

—¿El qué no es tan trágico?

—Lo que sea que estés pensando. Puedo escuchar la alerta roja en tu cabeza, pero no es nada preocupante, en serio.

—¿Debería creerte? Porque estos días no estás siendo muy sincero conmigo que digamos, me afirmas que estás bien cuando es obvio que algo te inquieta, Ben, te conozco.

Él suspira, yo también lo hago. Al estacionar en su lugar, apoya la cabeza en el volante y me mira de esa forma que logra hacerme flaquear. No lo haré esta vez, no puedo seguir tan afectada por Bennet.

—Me aterra la posibilidad de arruinarlo de nuevo y que te alejes de mí.

—¿Acaso hiciste algo malo? —cuestiono, porque es la única forma en la que pueda alejarme de él.

—No necesariamente —responde con una mueca—, pero hay cosas que no sé cómo te las tomarás y no quiero hacerte más daño.

Vuelvo a suspirar. *¿Por qué suspiro tanto?*

—¿Qué cosas, Ben? —El silencio es la respuesta—. No puedes vivir pensando en lo que me va a dañar o no. Tú tomas tus decisiones.

—Sí, pero...

—Pero nada —interrumpo—, si me molesto o no con las cosas que haces, después encontrarás la forma de arreglarlo, ¿verdad? Porque así son las relaciones, no son perfectas y vamos a necesitar de mucho esfuerzo y paciencia.

Ahora sonrío, este hombre es tan cambiante, tan impredecible que me confunde, me mantiene a la expectativa de cuál será su próxima reacción. Aun así no puedo irme, me agota emocionalmente, me irrita hasta un punto excesivo, pero largarme como él lo hizo no es una alternativa.

—¿Estamos en una relación? —pregunta.

—Bueno, si tú quieres.

Tras decir aquello el calor se me acumula en el rostro. ¿Y si me dice que no? ¿Y si quiere tomarse su tiempo por lo que le dije? Ay, diantres, esto me pasa por ser tan impulsiva. ¿Y qué es eso de relación? Ha sido la peor pedida de noviazgo del mundo.

Ben me toma la mano luego de enderezarse en el asiento, se acerca a mí y besa mi frente con una ternura inmensa que logra conmoverme. Él me desestabiliza y me mantiene firme, al mismo tiempo me enfada, mas alegra mis días como nadie, hace que cada centímetro de mi anatomía se encienda como luciérnagas al anochecer y, a su vez, nunca he dormido con tanto pacifismo como cuando lo hacemos juntos.

—Es lo que más deseo, lucero —susurra cerca de mi boca.

Acorta las distancias aún más, hasta que presiona sus labios contra los míos en un toque demasiado efímero para llegar a disfrutarlo, pero lo suficientemente largo para enamorarme más de él. Me alimenta, me estremece, mueve cada parte de mí como el mejor estimulante y sé, con mucha certeza, que yo causo lo mismo en su piel.

Bajamos del auto con una sonrisa que evidencia nuestra felicidad, porque después de tantas malditas pruebas del destino aún estamos aquí, juntos, y es probable que este sea el mayor de los retos. Mas no me arrepiento, yo quiero cruzar todas las metas con él, derribar todas las barreras que se interpongan en nuestro camino.

De un momento a otro ya está a mi lado, toma mi mano con una seguridad envidiable. Me jala hasta estrellarme en su pecho cuando intento caminar y sus manos en mi cintura provocan en mí el deseo de no poder desprenderme jamás del calor de su cuerpo. Su tacto asciende sigiloso por mis costados, me deja sin habla ni voluntad. Y me besa. Me besa de una forma tan hambrienta que apenas sé cómo le respondo. Me besa con una pasión arrolladora, con un ímpetu que me desarma, que me corta la respiración y estoy segura que si aún sobrevivo es por esa deliciosa boca que me mata y me resucita cada vez que me toca.

Ben se presiona contra mí, fricciona nuestros cuerpos y si sigue así podría desvestirlo sin importar el lugar en donde estamos. Mis manos se deslizan por debajo de su camiseta tanteando cada uno de sus exquisitos relieves como si se me fuera la vida en ello y sonrío mientras me devora cuando percibo cómo su piel reacciona a mi tacto. Me siento poderosa así, es extraño, pero es como si pudiese dominarlo y caigo a su merced. Como si ese poder me volviese más sumisa, porque en estos momentos dejaría que me haga lo que quiera.

Una tos leve revienta la burbuja, hace que nos separemos como si tocarnos quemara, podría apostar a que así es, porque cuando veo a Ben despeinando su cabello, su rostro no puede estar más rojo y al parecer yo estoy igual. Miramos al señor Donovan, el conserje del edificio, que nos observa con una sonrisa picarona y yo ruego porque me trague la tierra ahora mismo. Olvidé por completo que Ben lo llamó antes para que nos ayudara a subir las cosas.

«Dios mío, qué vergüenza».

—Lo lamento, jovencitos —dice sin borrar la burla debajo de su mostacho—, ¿qué hay que subir?

«Pues con el temblor de piernas que traigo, probablemente a mí».

—Ahora le muestro —comenta Ben, entre ofuscado y abochornado. Luce adorable.

Mientras ellos sacan las cajas grandes, yo tomo todas las bolsas pequeñas que puedo y me abro paso hasta llegar al ascensor. Bennet me observa con los ojos bien abiertos, tal vez no contó con que tendría que usarlo para subir con todo ese peso, lo que se me hace de lo más cómico. Pero tiene que aprender a superar sus traumas, no puede vivir en un edificio con la idea de que el ascensor se detendrá con él adentro y que nadie irá a rescatarlo. Ese es su mayor miedo desde que es un adolescente. No sé cómo no adiviné que era él el día en que nos reencontramos en medio de uno de sus ataques de pánico.

Presiono el botón para detener el elevador y los veo arrastrar las cajas. En cuanto ambos suben, Ben se ubica a mi lado para tomar mi mano, dejo las bolsas sobre una de las cajas para que me agarre con fuerza. No me duele, mas la presión se afianza aún más en cuanto las puertas se cierran y comenzamos a ascender hasta el tercer piso. Noto cómo tiembla completo de camino. Acaricio sus nudillos con mi pulgar, pero parece no ser suficiente, ya que me suelta para envolverme la cintura con sus brazos tras colocarse a mi espalda y entrelaza nuestras manos sobre mi estómago, esconde su cabeza en la curvatura de mi cuello y, con lentitud, comienza a respirar profundo. Es como un pequeño niño vulnerable en el cuerpo de un hombre. Un muy guapo hombre, tengo que decir.

Cuando avanzamos por el pasillo, se encuentra visiblemente más calmado. Yo tomo las bolsas y camino adelante para abrir la puerta de mi departamento mientras ellos arrastran el gran

paquete. Dejan todo en la habitación de invitados —que ahora parece el taller de Santa— y Ben le da un par de billetes al señor Donovan quien, con sus mejillas rojas como manzana, acepta encantado.

—Ya tengo que ir a buscar a Rosie —comenta con las manos dentro de los bolsillos de sus jeans cuando nos quedamos a solas—. ¿Me acompañas?

—Me encantaría, pero quiero trabajar un poco en mi proyecto antes de dormir.

Ya me queda poco por corregir, según mi asesor, solo falta que me dé cuenta de los puntos que sobran y rellenar los vacíos proponiendo el tema desde una visión pedagógica. Julian se ofreció a ayudarme con eso a pesar de la distancia que ha impuesto entre nosotros. A veces creo que me evita, luego me habla como si nada pasara. Lleva meses así.

—Bien, te enviaré un mensaje cuando regresemos por si mi novia hermosa quiere ir.

—¿Me dirás novia todo el tiempo?

—Siempre quise que lo fueras, así que sí, novia, te lo diré todo el tiempo.

Ambos sonreímos como idiotas, es muy probable que va a ser así siempre porque estar con él es lo que siempre quise. Se acerca a mí, me toma el rostro como si fuese una preciada reliquia y me besa por última vez antes de marcharse. Mi lado adolescente hace lo suyo, chillo como maníaca, bailo en medio de la sala, me subo al sofá y salto sobre él hasta que me tropiezo con uno de los malditos cojines y acabo de culo sobre este. Lo único que puedo hacer es reírme.

X

Las horas pasan volando, los ojos me pican por el brillo de la pantalla y los dedos me duelen de tanto escribir. Le envío parte del documento a Julian, la parte en la que necesito su ayuda y, cuando está listo, cierro la laptop con un alivio enorme. Queda tan poco.

Enciendo mi teléfono, ya que acostumbro a apagarlo en estas situaciones y, en cuanto está listo, más de cuarenta notificaciones de mensajes amenazan con matar a mi pobre celular. Al abrirlas compruebo que la mayoría son de Bennet, excepto por unas pocas que son de Nelson quien me dio su número con anterioridad.

Te llamo y me manda al buzón.

¡Lucy! Contesta, joder.

Estoy en el hospital con Rosie, por favor, necesito que vengas lo antes posible.

Eso es suficiente para que tome mi bolso, mis llaves y salga disparada. Ahí comprendo que no tengo cómo ir y no sé la dirección como para pedir un taxi. Llamo a Bennet por teléfono, ahora es él el que no contesta, por lo que llamo a Nelson en su lugar mientras pido el ascensor.

—¡Eloísa! —exclama tan fuerte que logra sobresaltarme—. Maldita sea, Bennet está como un loco buscándote.

—¿Qué pasó? ¿Rosie está bien? ¿Dónde están? No tengo idea de qué dirección tomar...

—Ya, cálmate, Rosie sufrió una caída un poco fuerte, voy saliendo a buscarte ahora, espérame afuera.

Quince angustiantes minutos después veo el auto azul eléctrico de Nelson que contrasta enormemente con la camioneta con la que me enseñó a conducir y a la que le dejé unos cuantos pares de abolladuras que en algún momento tendré que pagar. Me subo rápido y partimos de inmediato tras un breve saludo.

—Entonces, ¿qué pasó? —Nelson no me mira en ningún momento, creo que no le caigo muy bien. Tal vez porque arruiné su camioneta.

—Fuimos al parque y se cayó en los patines. Por suerte Bennet ya estaba allí cuando sucedió,

la tomamos y la llevamos al hospital porque su brazo salió un poco afectado.

—¿Un poco afectado?

—Bueno, tiene que usar yeso por unas cuantas semanas...

—¡Nelson! Eso no es un poco y ya deja de hacer eso —exclamo cuando noto que es la tercera vez que le guiña el ojo a alguna chica que pasa. Y ellas, claro, solo pueden sonrojarse por el chico guapo a mi lado.

—Pero si a ellas les gusta, o a la mayoría.

—Por lo menos las otras tienen sentido común. ¿Acaso no te enseñaron a respetar a las mujeres?

Nelson suele ser serio o conmigo lo es bastante, aun así noto el cambio en él apenas digo aquello y, si antes le caía mal, creo que ya me gané un puesto en su lista de odio.

—Por supuesto que lo sé, sino tal vez ya te hubiera robado un par de besos.

—¡Nelson! —Él, por primera vez, se ríe, mientras yo siento cómo me sonrojo porque, ¡vamos!, El tipo es guapo y aunque estoy enamoradísima, no soy ciega.

Suspira, cambia de pronto. ¿Qué tiene el aire de este lugar para que todos los hombres sean tan bipolares?

—Me recuerdas a alguien a quien quise mucho.

—¿A una novia? Porque no te ves como alguien que tenga novias —me sincero, más que nada por el cambio drástico de su semblante.

—Y tú no te ves como alguien que entregue malas experiencias y yo con novias solo he tenido eso. Te pareces a mi hermana.

Se sincera también. Y no me juzguen por pensar que, si en lugar de Nelson, Ben estuviera a mi lado, no tendría respuestas tan fácilmente.

—¿Qué le pasó a tu hermana?

—¿Siempre eres tan curiosa? —Bien, tal vez no fue una buena idea preguntar, menos cuando, luego de asentir, responde—: Falleció hace un tiempo, pero no voy a hablarte más de eso, Eloísa.

Acepto porque admito que fui inoportuna. Y llegamos al hospital en un incómodo silencio donde mis pensamientos no se callan, dan vueltas como locos, no me permiten concentrarme en nada más que imaginar el dolor de Nelson, en lo mucho que yo sufriría si a Víctor le sucediera algo. En eso veo a Bennet asomándose en la entrada de emergencia, cosa que logra distraerme; veo cómo relaja su postura en cuanto me distingue y pienso en algo que me disgusta, pero que prefiero callar.

—Eloísa. —Me frena Nelson antes de llegar hasta su amigo—. No le digas a Bennet de lo que hablamos, por favor.

Se lo aseguro sin saber la razón de su petición, es solo que tampoco me apetece comentárselo y antes de que él avance, soy yo la que lo detiene.

—Puedes decirme Lucy si quieres.

19
ALAS DE ÁNGEL
ELOÍSA



Nelson ya se fue, Rosie tiene el brazo derecho enyesado y Ben le da de comer porque no sabe hacerlo bien con la mano izquierda. Yo los acompaño mientras reviso las radiografías donde se aprecia la fractura de uno de los huesos del antebrazo, lo que me pone nerviosa porque odio todo lo que tiene que ver con sangre y huesos en posiciones extrañas.

Según el doctor, debe estar como mínimo un mes con esa cosa en el brazo, así que debo brindarle toda la ayuda posible en la escuela para que no se retrase. Sin embargo, lo que ella más lamenta es pasar la Navidad y Año Nuevo de esa manera, pero ya no hay nada que podamos hacer, quedan dos días para aquello.

Bennet ha estado extraño desde que nos volvimos a ver en el hospital, como si el maravilloso día que disfrutamos y formalizamos nuestra relación no hubiese existido. Lo entiendo, está preocupado por su hija, pero ella ya está bien, incluso lo regaña cuando intenta sobreprotegerla, así que no comprendo qué más puede pesarle. A estas alturas ya no intento preguntar, ¿para qué? Sé que el silencio será la respuesta, ya es algo común entre nosotros. Me siento tentada a refregarle la confianza con la que Nelson me habló sobre él sin que tuviera que rogarle, mas me freno porque no me atrevería a traicionarlo, no cuando se ha mostrado tan abierto conmigo por un momento.

—¿Podemos ir a surfear cuando esté bien? —pide Rosie, su padre agrega unas cuantas chispas de colores en su helado de chocolate.

—Yo no sé surfear, princesa, y aún hace frío para eso.

—El mar siempre está frío.

—Por eso vamos cuando hace calor o nos convertiríamos en estatuas de hielo.

—La reina Elsa no aprueba esa explicación —suspira con dramatismo y resignación.

Puede que esté cavando mi propia tumba con lo que diré, pero si puedo hacer algo por su felicidad, lo haré.

—Tengo un amigo que es muy bueno surfear, tal vez pueda convencerlo de enseñarte durante el verano.

Ben me observa con intensidad, sabe quién es mi único amigo aquí y tengo la certeza de que mi idea no le agrada. Sin embargo, la sonrisa ilusionada de su hija provoca que su mirada ruda se enternezca y le prometa pensarlo para ese entonces. No volvemos a tocar el tema hasta que Rosie ya está durmiendo en su cuarto.

—¿Por qué le haces promesas a Rosie que no podrás cumplir?

Su voz me saca del letargo que mantenía al mirar a la pantalla del televisor sin ver nada en realidad. Suena enojado, distante, en resumen, está celoso, porque hay que ser idiota o ingenua para no notarlo y yo no soy ninguna de las dos. A pesar de que soy una mujer bastante celosa, odio que estos vayan dirigidos a mí de su parte, más que todo porque no tiene motivos. Sí, me molestó que Carli viniera a verlo con justa razón, ellos tienen historia, mantenían una especie de relación exclusivamente sexual y con la sarta de mentiras que me ha dicho este tipejo en el último tiempo, es difícil saber con certeza si lo que me dice es verdadero; en cambio yo soy tan transparente que si Ben me mirase a los ojos podría adivinar sin dudas lo que siento por Julian y, si no, pues se lo diría. No tiene motivos válidos para celarme.

—¿Por qué no podría cumplirlas?

—Sabes la razón —dice sin mirarme—. Además, no quiero imaginar la forma en la que tratarás de convencer a tu supuesto amigo.

—¿Qué dijiste, Bennet? —suelto, indignada por sus insinuaciones. «*Conmigo no*».

—Lo que escuchaste, Eloísa.

«*Y esto era lo único que faltaba*».

Cuando se fue a acostar a su hija, me quedé allí, esperé, medité, respiré profundo y usé todas mis técnicas de relajación para no seguirle el juego cuando me busca la pelea, porque de que lo haría estaba segurísima. No obstante, cualquier ejercicio se va al carajo cuando esas palabras salen de su boca. ¿*Qué se ha creído?* No puede solo venir e insultarme de manera por sus estúpidas inseguridades infundadas.

Me pongo de pie sin mediar otra palabra, podría decir muchas, mas no lo hago por mi salud mental. Este sujeto me va a volver loca muy pronto y odio que a pesar de conocerme todos sus defectos al revés y al derecho, no pueda dejar de quererlo.

—Lucy, espera. —Me detiene antes de salir al tomarme del brazo. No opongo mayor resistencia porque estoy cansada o porque en el fondo deseaba que lo hiciera—. Lo siento, ¿está bien? Pero entiéndeme, no quiero que ese profesor le enseñe algo a mi hija, tampoco quiero que esté cerca tuyo.

«*Y ahí acabó todo*».

—Pues tú no eres el que decide con quién me junto o no —siseo, le clavo mi dedo índice en el pecho con demasiada rabia. No sé cómo he logrado retener las lágrimas porque siempre lloro en estas situaciones del asco que me superan, me alteran—, te he dicho hasta el cansancio que Julian es solo un amigo, si no logras captarlo ya es tu problema. Y si no quieres que le pida un favor por Rosie, está bien, lo respeto, pero no vas a tratarme como si fuera una cualquiera por tus estupideces, Bennet.

—Lucy, yo... —Me mira con perplejidad, mientras lo obligo a soltarme.

—No, Lucy nada. Cuando dejes de ser un idiota me buscas. —*Aunque tal vez pasen años para eso*, me gustaría agregar, pero ya es suficiente de palabras y quiero salir de aquí antes de arrepentirme de alguna de ellas.

Me encierro en mi departamento intentando serenarme, me preparo un rico té con jengibre y releo por millonésima vez mi proyecto a la espera a que Julian me responda luego para finalizar todo y obtener mi máster. Eso es lo único que debería preocuparme, no Bennet y su drama.

Al rato escucho que golpean, no es necesario abrir para saber quién es, así que paso de largo, aún demasiado abrumada por su estupidez como para entablar una conversación madura. No me importa que aún no sean ni las diez de la noche, me pongo pijama, me meto a la cama y me duermo

pensando que, si no solucionamos este problema de celos y comunicación, pasaré la Navidad más triste de mi vida.

X

Los días pasan veloces y la ansiedad me carcome. La Navidad siempre ha sido una de mis fechas favoritas, es tan mágica, tan hermosa. Y no solo por los regalos, eso es un plus que hace todo más maravilloso, es la idea de la familia unida la que me mueve algo por dentro, que me enciende y me hace cantar villancicos por todos los rincones. Sin embargo, este año es distinto. Estoy demasiado feliz de celebrarla con Ben y su nueva familia californiana, bueno, aunque no sé si será así, ya que no hablamos desde nuestra última discusión hace un par de días. No me ha buscado y tampoco nos hemos topado, por lo que no estoy muy segura de lo que haré en realidad.

La felicidad con la que inicié el día se esfuma, recordándome que estoy sola a kilómetros de mi hogar. Ni siquiera tengo una mascota a la que acariciarle el lomo para entibiar mis manos, por lo que me conformo con una taza de chocolate caliente y malvaviscos, inicio de manera oficial mis tradiciones navideñas en completa soledad. Y no me digan que exagero, sé que hay personas a las que les sienta de maravilla el no tener compañía, yo no soy una de ellas, menos en estas fechas que siempre han significado tanto para mí.

—Bueno, mejor sola que mal acompañada —murmuro a nadie en particular, miro *Mi pobre angelito* como cada año desde que tengo memoria.

Un pequeño *Macaulay Caulkin* me roba unas cuantas sonrisas, mas eso no evita que, de vez en cuando, tenga que limpiar algunas lágrimas rebeldes que provienen de ese lugar de mi mente que se siente consiente de mi condición anímica. Las seco con rabia porque yo no soy esa chica, puede que sea sensible, pero no me voy a quedar llorando sin hacer nada, *simplemente no puedo hacerlo*. Pauso la película, tomo una ducha y me visto con un sweater verde de cuello alto muy acorde a la temporada, un pantalón tan ajustado que de seguro necesitaré un poco de grasa para sacármelo luego y unas botas altas, me maquillo con una habilidad digna de tutorial de Internet, me pongo mis aretes dorados favoritos y ato mi cabello en una coleta alta para despejar mi rostro. El outfit más inapropiado para hornear brownies, pese a eso, es el que necesito para sentirme linda, feliz, cómoda con lo que veo frente al espejo.

Hay personas que cuando están tristes beben, se drogan o salen de compras; yo cocino. ¿Por qué? No lo sé, supongo que la repostería me ayuda a endulzar los momentos amargos, por más cliché que suene, así que me refugio en la tradicional receta de mis brownies porque amo el chocolate, nada me alegra más que una buena porción de cualquier cosa chocolatosa.

Y aquí estoy, casi me atraganto con un enorme trozo del delicioso postre cuando golpean la puerta con brío, me provoca un sobresalto. Me preparo de manera mental para encontrar a Bennet tras esta, pero, al abrir, es su amigo y no él quien me observa inexpresivo. De un momento a otro entra al departamento arrastrándome con él, mi espalda impacta contra la puerta cerrada mientras que una pared humana bloquea mi camino hacia cualquier lugar. Abro los ojos de la impresión al sentir su perfume masculino tan de cerca, en realidad no sé qué cara debo tener porque me observa con una mueca burlona que me mantiene anclada a este lugar.

“Hace un poco de calor aquí, ¿no? Tal vez no apagué el horno”.

Y no me juzguen, porque no comprenden mi posición justo ahora. ¿Había mencionado antes que no soy ciega y que Nelson es guapísimo? Bueno, lo repito. Tiene unos ojos pardos que a la luz parecen verdes, unas cejas pobladas bien definidas y, para rematar, una barba frondosa y bien cuidada que le da virilidad a su rostro que, por lo que me atrevo a decir, se vería igual de

masculino sin ese accesorio. Si no supiera en lo que trabaja pensaría que dedica muchas horas al gimnasio, porque ese cuerpo que se trae no es por obra y gracia de los dioses, no señor. Aunque, sin lugar a dudas, cuando repartieron la belleza, él estaba entre los primeros en la fila.

Con aquella descripción entenderán entonces que, si yo fuese una mujer soltera, tal vez estaría más que satisfecha en este escenario, pero como estoy felizmente (ni tanto, dadas las circunstancias) en una relación, lo empujó ligero por el hombro.

—Lo siento —dice, se aparta con rapidez y quita sus bonitos ojos de mi vista—, a veces olvido eso del espacio personal.

«*No me digas*».

Lo veo observar todo desde el centro de la sala, su presencia llena todo el vacío de mi departamento, supongo que él es de esa clase de personas que llama la atención en cualquier parte. Debí darme cuenta ese día en el hospital donde las enfermeras no le quitaban los ojos de encima.

—Es linda tu casa —comenta casual, sentándose en el sofá con total familiaridad y comiéndose mi trozo de brownie que dejé en la mesita central.

—Ya habías estado aquí. —Él asiente como recordando el momento. Me acuerdo de lo que sucedió luego y siento cómo mis mejillas vuelven a calentarse—. ¿Qué fue toda esa entrada veloz?

—Ah, ese fui yo escapando de Bennet.

No quiero parecer curiosa al preguntarle de qué habla, pero lo hago de todas formas porque sí, soy curiosa, y conozco tan poco a Nelson que me cuesta entender sus actitudes.

—¿A qué te refieres?

—El hecho de que ahora estén peleados debería responder por sí solo —me dice.

Sus celos. Nelson teme acercarse a mí por los celos de Bennet. Está de más considerarlo una reverenda estupidez y me ofende el hecho de que no confía en mí ni en el amor que le tengo, amor que de forma abierta le he expresado.

—¡Es absurdo! Eres su amigo, o sea, eso ni siquiera debería pasar por su mente. ¡Es imposible! —exclamo, me paseo por la sala como gato enjaulado, arrojando toda la tristeza al carajo y la reemplazo con el enojo que nunca debió irse.

Estoy tan sumergida en mis sentimientos que ni me he fijado en la expresión de Nelson hasta ahora y sus pensamientos deben ser muy interesantes porque, por lo visto, él tampoco se ha fijado en mí.

El silencio que nos rodea me parece eterno, no sé si este sujeto es así o si yo he dicho algo que le sentó mal. El punto es que luce demasiado pensativo como para que algo no le suceda y no me quedará aquí esperando a que desembuche.

—Nelson —le llamo.

—No es tan imposible —suelta aún sin mirarme y cuando lo hace, comprende mi estupor—. Quiero decir que no es tan demente que sienta celos. Bennet tiene la teoría de que quiero cogerme a cualquiera con dos piernas y dado que las tuyas son una maravilla, soy un potencial peligro para él, aunque seamos amigos. La cosa es que ese cabrón está insoportable desde que pelearon y tengo que cargar con todos sus lloriqueos, así que vengo a comprobar tu nivel de enojo para ver si es aconsejable o no traer su culo para que te pida una disculpa.

—Eso debería nacerle a él.

—Traduciré eso como un cinco, en escala del uno al cien —deduce con una sonrisa, provoca que una mueca divertida aparezca en mi rostro también—. Ya, pero en serio, ¿podríamos fingir sólo por hoy que no ha sucedido nada y que son tan cursis e insoportables como hace dos días?

—Nelson, mira...

Se pone de pie acercándose a mí, interrumpe cualquier negativa que tenía planeada a su propuesta.

—Por favor, Eloísa, es víspera de Noche Buena, déjame hacer este pequeño milagro de Navidad por mi amigo, luego si quieres te ayudo a humillarlo públicamente o lo que desees.

A lo último asiento, dispuesta a dejar de lado mi orgullo por las fiestas, dispuesta a acercarme cuando debería ser él quien me busque. Supongo que de eso se trata la Navidad, no de ser una estúpida, pero sí de perdonar para vivir en paz y armonía no solo con el prójimo, sino también conmigo misma. O eso me han enseñado las miles de películas navideñas que he visto en mi existencia. Gracias a eso me gano un abrazo cálido de Nelson y un agradecimiento que me provoca una sonrisa.

—Tres cosas que debes saber antes —continúa y comienza a enumerar con sus largos dedos —: Él no debe saber nada de esta conversación. Necesito que me ayudes con la cena porque sabemos que Bennet cocinando es un excelente mecánico. Y, por último —finaliza, esconde la mano en el bolsillo delantero de sus jeans oscuros—, te traje un pequeño regalo.

Toma mi mano entre las tuyas y deposita algo pequeño en esta, pero no me fijo excesivamente en eso, prefiero estar atenta a su mirada bicolor que me analiza y, cuando me suelta, sale por la puerta de la misma forma en la que entró. Al revisar mi palma descubro una delicada cadenita de oro demasiado corta para ser un collar; es una pulsera unida en sus extremos por pequeñas alas de ángel doradas. Es hermosa, me encanta, sin embargo, ¿cómo se supone que debo interpretarlo?

HASTA EL ÚLTIMO DE MIS DÍAS

BENNET



A lo largo de esto hemos acordado que soy un idiota de proporciones épicas, así que no es necesario volver a repetirlo. Me siento mal solo de pensar en la estupidez que dije y son mis propias palabras las que impiden que vaya con Lucy a pedirle disculpas, me da muchísimo miedo enfrentar esto y encontrarme con la noticia de que ella no quiere saber más de mí por las sandeces que salieron de mi boca. Pero es que no lo pude controlar. Sé que no es excusa, sé que una persona razonable no anda por ahí haciendo daño a la persona que ama, pero... pero nada, la verdad es que la jodí, y mucho. Soy el primero en reconocer mis errores, o bueno, tal vez el segundo, Lucy siempre se da cuenta antes de las cosas que hago mal.

—Ve a hablar con ella, no eres de mucha ayuda acá de todos modos —me manda Nelson, se ata un delantal de cocina para comenzar a preparar la cena de esta noche. Ha llegado hace unos cuantos minutos y ya está dando órdenes.

—¿Cuidarías a Rosie?

—Sabes que sí.

Me encamino hasta la puerta y antes de salir lo oigo gritar:

—¡Empezó la fiesta, enana, súbele a la música!

La sonrisa que se forma en mi cara se difumina con rapidez al estar frente a su puerta. Dudo por un segundo, mas no puedo ser un cobarde por siempre. Doy tres golpes suaves, deseo en el fondo que no los oiga y librarme de su desprecio, pero es demasiado tarde, sus pasos resuenan antes de que abra, dejándome expectante a sus reacciones. Por eso, cuando en vez de soltarme el kilo de insultos que pensé me diría, me da un abrazo apretado, me paraliza de la sorpresa.

—Te odio muchísimo —murmura, me rodea el cuello para acercarme aún más, me despierta del letargo que me proporciona su calidez. La abrazo por la cintura con total familiaridad, me siento de pronto lleno al sentir sus formas adaptándose a mis extremidades. Aspiro el aroma dulce de su cabello y nunca percibí la tensión desaparecer de mí de esa manera tan inmediata.

—Perdóname, por favor —pido sin querer soltarla aún—. Soy un idiota, uno muy grande, pero te amo, lucero, y te he extrañado demasiado.

Se despega de a poco, acaricia mi cabello en su recorrido por mi nuca. Toca mi rostro con sus manos y obtengo una mejor visión de aquellos ojos brillantes con los que he soñado bastante estas noches, añorándolos en la oscuridad de mi subconsciente. Su tacto tibio me reconforta, me arrulla con delicia y por fin me siento tranquilo. Siempre es ella la que me devuelve la paz.

—Vamos a olvidar esto —dice al guiarme hasta adentro de su departamento con una sonrisa preciosa. *¿Es posible que se haya vuelto más hermosa en este par de días?*—, pero no quiero que vuelva a repetirse, Bennet, tenemos que trabajar en tus celos.

Asiento, porque sé que es algo que debo hacer o me costará nuestra relación. Pero entre decirlo y hacerlo... tal vez me cueste demasiado. Sin embargo, cuando vuelve a acercarse y me besa con tanta ternura, creo que nada es imposible, que haría cualquier cosa que me pidiese y que, sin ninguna duda, haría lo posible por tenerla siempre aquí conmigo.

—Iremos a preparar la cena, ¿sí? Y luego puedes ayudarme a elegir mi ropa.

—Lo siento, lucero. —Vuelvo a unir nuestros labios con renovada pasión. Lucy se deja llevar, me estimula con el roce de su lengua traviesa a la par con sus manos juguetonas—. Pero yo lo que quiero es verte sin nada.

X ELOÍSA

—¿Estás lista, lucero? —Entra Ben de repente, me sobresalto. Es una suerte que efectivamente esté lista, así que mi maquillaje no sufrió las consecuencias de aquello—. Sólo faltas tú.

Le sonrío al ponerme los zapatos. Él luce tan perfecto con sus pantalones oscuros y su camisa azul marino que me dan ganas de encerrarlo en el cuarto y comérmelo a besos. Me observa con tanta intensidad que creo que piensa lo mismo que yo, el problema es que, por más que intente olvidarlo todo, es muy difícil para mí fingir. Y aquí estoy, hago un papel magistral para parecer indiferente a nuestros problemas.

—Sí, ahora voy. —Me rocío un poco de perfume antes de mirarme por última vez en el espejo de cuerpo completo.

Ben se pone a mi espalda en ese instante viéndose más alto que yo, a pesar de que estoy con tacones. Me rodea desde allí, entrelaza las manos sobre mi estómago, amo que haga eso y odio derretirme ante sus acciones. Besa mi hombro descubierto mientras nos miramos a los ojos a través del espejo, con esos gestos logra enamorarme un poco más, aunque a veces creo que es imposible que quepa tanto amor dentro de una persona, luego viene él y me demuestra lo contrario, me hace sentir llena, a punto de explotar.

«*¿No se supone que estaba molesta? ¿Por qué era?*». En realidad no puedo recordarlo con él tocándome así.

—Eres hermosa, Lucy —susurra en mi oído. *Este hombre...*

—Tú no estás nada mal.

Vernos así, juntos, abrazados, compenetrados, provoca que mi corazón se acelere con creces. Los momentos así siempre han sido perfectos para mí, más si es Ben el que los protagoniza. Comienza a repartir pequeños besos por mi cuello, pasea por mi nuca hasta el otro extremo. Siento cómo me derrito, cómo me hago gelatina con sus labios que parecen ser hechos para recorrer cada recoveco de mi cuerpo. El impulso de cerrar los ojos pierde la batalla esta vez, ya que sería un sacrilegio no mirar su mano acariciar con peligro mi tórax, sube cada vez más, o ver sus ojos negros tan profundos augurando mi perdición.

—Ya debemos irnos —digo con la última gota de cordura que aún poseo, pero que, si él me provoca más, de seguro se derramará como las otras.

—Malditas fiestas, deberíamos hacer una escapada de Noche Buena —refunfuña, se pega aún

más a mi cuerpo, me roza y me deja sentir aquel poder al hacerlo reaccionar de esta manera.

—No me tientes, Bennet Lewis.

—Lo que más deseo ahora es tentarte, mi amor. —Se presiona una vez más, pero por muy lamentable que parezca, me suelta.

«*En serio quiero mandar al carajo las fiestas en estos momentos*».

Ninguno de los dos se ha movido del lugar, el calor de su cuerpo me envuelve con la bienvenida proximidad. De pronto siento algo frío en el pecho y cuando pongo atención al espejo, me doy cuenta del bonito relicario con forma de corazón que rodea mi cuello.

—Aún no es Navidad —suelta—, pero quiero que lo uses esta noche.

Tomo el hermoso obsequio entre mis dedos, es de un color oscuro, casi negro, con pequeños diamantes alrededor que parecen estrellas brillantes sobre un cielo nocturno. Jamás algo me pareció tan precioso como esto y cuando observo de reojo la pulsera colgando en mi muñeca, me retracto.

—Está precioso, muchas gracias.

Volteo de inmediato para rodear su cuello y unir nuestros labios con apremio. No quiero soltarlo nunca, recién caigo en cuenta de lo adictivos que son sus besos, tan cariñosos, tan intensos, que se me es imposible encontrar el momento propicio para dejarlos. Bennet tiene una forma de besar que estremece, se toma su tiempo, siempre seguro y transmite demasiado con cada uno de ellos. Es como si una parte de él se quedara conmigo cada vez que nuestros labios se unen.

—Ábrelo —susurra sobre mi boca.

En cuanto lo hago, soy incapaz de retener mi sonrisa. En el lado derecho tiene una foto en miniatura de los dos, pero no es cualquier foto, es la primera que Víctor nos tomó juntos en una de nuestras noches de películas y videojuegos. Tengo ese recuerdo demasiado fresco en mi memoria porque ese día se convirtió en uno de los más especiales, fue la primera vez que Ben me apodó Lucy gracias a la famosa canción de los Beatles que cantamos juntos también por primera vez, y cuyo nombre se encuentra grabado en el lado izquierdo del relicario. Ahora que lo pienso, he tenido muchas primeras veces, pero ninguna ha sido tan importante como cuando las comparto con Bennet.

—Realmente no sé cómo superar este regalo. —Es lo único que puedo decir. Estoy demasiado emocionada como para hablar sin que las lágrimas se me escapen. Lo beso queriendo explicarle de esa forma lo mucho que significan para mí estos detalles, lo beso entregándole mis miedos, mis alegrías, mis inseguridades y, por sobre todo, mi corazón en su totalidad—. Te amo demasiado, Bennet, tanto que esa frase ya se queda pequeña.

—Pues tendremos que buscar una mejor, lucero.

—¿Qué te parece un *hasta el último de mis días*? —Sonríe, vuelve a besarme. ¿He dicho ya lo adicta que soy a sus besos lentos?

—Hasta el último de mis días también, mi amor.

21
MILAGROS DE NAVIDAD
BENNET



Es increíble ese momento de la vida cuando la realidad supera los sueños, cuando todo lo que una vez deseaste e imaginaste con tanta añoranza se transforma en algo certero, palpable. Nunca fui un chico problemático, tampoco sufrí grandes traumas de pequeño, no estoy dañado de ninguna forma, soy bastante normal, pero siempre sentí un vacío, algo que me calaba hondo y que no se llenaba ni con la música, ni con el arte o el deporte; era una cuestión más fuerte que simplemente seguir una pasión. Sin embargo, cuando la conocí, todo cambió. Maldita sea, todo dentro de mí revivió.

Vernos ahí, frente al espejo, abrazados, felices, materializa lo que somos, lo que sentimos, transforma en realidad una utopía que me carcomió por años. Encontrar a Eloísa ha sido, en resumen, lo mejor que me pudo suceder y me aterra tanto perderla, me atemoriza hacer alguna estupidez que la haga alejarse otra vez.

Dejo un beso en su mejilla con toda libertad. Es reconfortante ser consiente del cambio, percibirlo con tanta claridad, así puedo asegurar que mis sentimientos pueriles no eran un simple juego de niños, era real. Justo ahora somos reales.

—Hora de irnos —dice con una gran sonrisa, me toma la mano y cruzamos la puerta de su departamento con las últimas bandejas de comida que preparamos aquí mientras Nelson cocinaba junto a Rosie. Lucy se encarga de cerrar bien, ya que no volveremos aquí y entramos a mi casa donde ya todos nos esperan.

Nelson está con Sam, una pelirroja bastante guapa que me presentó hace años como una de sus mejores amigas, lo cual me pareció y me sigue pareciendo extraño. Ambos nos observan con atención apenas ingresamos, a diferencia de Paul y Carli que comparten una conversación privada entre sonrisas enamoradas, se me hace tan raro eso. Leonard y Eric vinieron solos, y Rosie pasea con un marcador para que firmen ese maldito yeso que casi me mata del susto.

Lucy saluda a todos con esa amabilidad que la caracteriza y la presento como mi novia, después de todo, solo Carli y Nelson la conocen, los demás la han visto de lejos, pero se le hace muy sencillo entablar conversación, una de las cosas que admiro de ella. Tras las presentaciones los invita a sentarse para cenar, mas los golpes en la puerta nos interrumpen. Ha llegado el segundo regalo que le he preparado y es ella quien va a recibirlo mientras yo espero de pie, sonrío por el impacto que sé que le causará.

—¡Mamá! —grita emocionada, se encoge para abrazar a la mujer que es, ciertamente, mucho

más baja que ella.

De pronto, en los brazos de Layla, parece la niña que conocí alguna vez. Tras ella aparece mi madre, no dudo en abrazarla cuando extiende sus brazos hacia mí. Tal vez han pasado años desde la última vez que celebramos una Navidad juntos y, aunque intento no centrarme en la tristeza que eso me causa, es inevitable no sentirme un pésimo hijo.

—Parece que es cierto eso de los milagros de Navidad —susurra en mi oído mientras me abraza. Beso la cima de su cabeza y me impregno de la fragancia que me recuerda a mi hogar.

—Me alegra que estés aquí, mamá.

Veo cómo Layla y Lucy se limpian un par de lágrimas, siempre han sido muy unidas, por lo que juntarlas otra vez tras meses separadas es algo muy bello de ver. Layla se acerca a mí y me abraza con el cariño de una madre, siempre fue algo así para mí. Entretanto, mamá abraza a Lucy y saluda a su nieta con entusiasmo. Rosie, por supuesto, se lanza a los brazos de su abuela y la llena de besos.

Probablemente no exista un momento más feliz que este, aquí, con las cuatro preciosas mujeres más importantes de mi vida, con mis amigos reunidos, todos compartiendo entre risas, vino y comida. La casa nunca estuvo tan llena como ahora, solo falta Víctor y Jenna para completar este cuadro familiar tan diverso, aunque, luego de la última visita de estos últimos, todos sabemos cómo terminaría eso...

—¿Quién hará el brindis? —pregunta mamá llenando las copas con vino blanco. En mi familia solíamos hacer varios durante la cena, pero el primero siempre fue el más importante. Estoy a punto de ofrecerme cuando Lucy se me adelanta.

—Esta noche quiero brindar por esto —comienza, señala a todos los que nos acompañan—. Mi familia siempre ha sido unida, tenemos ese concepto muy arraigado a pesar de que todos tomamos rumbos distintos, pero esto es diferente. Acá no hay un vínculo biológico, el lazo de todos ustedes viene del más puro amor, de la amistad y la lealtad, y estoy muy agradecida de que me hayan recibido de esta manera. Sé que si están en esta mesa es por el cariño que tienen hacia Ben y solo por eso se ganan el mío también. Así que salud por el amor y la unidad —finaliza al levantar su copa. Todos la imitamos, permitimos que el tintineo del cristal llene el ambiente.

Tomo una de sus manos que descansa sobre la mesa, ella me observa sonriente, como siempre, con los ojos brillantes desbordantes de esa emoción particular que le provoca todo esto.

—Te amaré hasta el último de mis días —susurro en su oído, el resto está demasiado pendiente de su comida como para notarnos. Lucy me responde de la misma manera, mas creo que jamás me cansaré de oír aquellas palabras de su parte.

Layla, junto a su hija, observa nuestras manos unidas y deja de comer, lo que me hace tragar notoriamente. ¡Maldición!

La familia de Lucy siempre ha sido muy tradicional, por lo que no me extraña el ceño fruncido ni la mueca que hace al divisar el punto en que nuestras pieles se unen. El miedo me invade de pronto, pero me insto a alejarlo porque mis temores no son nada comparado al amor que siento por esta chica.

—Eloísa —pronuncia la mujer con esa voz que solía utilizar cuando con Víctor llegábamos tarde y borrachos a su casa tras una fiesta—, ¿desde cuándo tienes novio?

Lucy me mira con los ojos abiertos de par en par. Maldita sea, ¿por qué tiene que suceder esto justo ahora?

—Mamá —se queja—, es Bennet.

—Pues con mayor razón debiste decirme, o tú —agrega mirándome—. Y no, no crean que me

opongo, sé que esto no sucedió antes por culpa de tu hermano, pero Bennet conoce perfectamente a la familia, sabe lo que debe hacer si quiere estar contigo.

—Layla, disculpa, pero esto es reciente, nadie más que nosotros lo sabía —me defendiendo.

—Luego hablaremos sobre esto.

Mamá se mantiene al margen, ella sabe lo mucho que Eloísa afectó y afecta en mi vida, por lo que no creo que tenga inconvenientes en el asunto. Ella es así, reservada, y no se inmiscuye demasiado en los asuntos de los demás, ni siquiera en los míos.

La cena continúa un poco más tensa. Sin embargo, las historias escolares de Rosie y los chistes malos de Nelson reparan un poco la situación. Lucy se mantiene junto a su madre durante el resto de la noche o conversa de vez en cuando con Sam y Carli, de seguro para aplacar su molestia. Mas el problema sigue cuando ya todos se han marchado y llega la hora de decirles que ambas pueden compartir el departamento de Eloísa, ya que nosotros nos quedaremos aquí. Joder, parece ridículo a estas alturas tener que dar explicaciones como un adolescente, pero lo respeto, por ella haría esto y mucho más.

—No voy a hacer ninguna clase de comentarios, sé que comparten la cama, pero si quieren tener hijos ya saben lo que deben hacer —comenta Layla antes de salir.

El sonrojo de Lucy es adorable, no debo fijarme en eso tras aquel comentario desubicado, pero no puedo evitarlo. Nos despedimos incómodos, augurando lo que se nos viene al día siguiente. Hago dormir a Rosie quien, esperanzada, aguarda por la próxima llegada de Santa Claus y feliz a pesar de todo, me voy a mi cuarto impregnado de la fragancia femenina más exquisita.

Lucy ya está acostada, sonrío al verme. Me encanta apreciar la luminosidad de su rostro cuando sonrío. Me desvisto rápido para recostarme a su lado, han pasado varios días desde la última vez que dormimos juntos y ahora me doy cuenta de lo mucho que me agrada sentirla pegada a mí a pesar del maldito calor que me provoca.

—¿Ya pusiste los regalos bajo el árbol? —cuestiona recostándose sobre su costado para mirarnos de frente, pasa una de sus piernas entre las mías. La acerco aún más a mí, aferrado a su cintura.

Podría morir ahora mismo y lo haría jodidamente feliz.

—Sí, y Rosie ya se durmió.

—Se volverá loca mañana cuando vea sus obsequios, estas fiestas son más emocionantes cuando hay niños alrededor.

—Cuando era niño me encantaba la Navidad, era el único día del año en el que nos reuníamos los tres, mamá, papá y yo. Claro que me gustaban los regalos, como a todo niño, pero eso no era lo más importante para mí, espero en un futuro Rosie piense lo mismo —comento, recuerdo aquellos buenos tiempos.

—¿Y luego qué pasó?

—Luego nos fuimos a Prince Lake y papá se quedó en Florida, ellos se estaban separando, así que nada volvió a ser lo mismo y la Navidad se transformó en un tiempo triste. Mamá siempre tomaba los turnos del hospital y papá nunca me invitó a estar con él tras conseguir una nueva familia, ustedes me acogieron y fue genial, solo que...

—No era lo mismo —finaliza por mí, sus caricias en mi cabello me tranquilizan bastante—, lo entiendo.

—Sí, pero ahora con Rosie y contigo, nada de esto podría ser triste.

Acerca su rostro, noto sus intenciones de besarme, mas me adelanto y nos hago rodar sobre la cama para quedar sobre ella, con los brazos apoyados a cada lado de su cabeza y su cuerpo

delicioso entre mis piernas. Su risa suave llena todos los espacios tanto fuera como dentro de mí, la reemplazamos con el sonido de nuestros labios uniéndose y nuestras lenguas moviéndose al compás del amor que nos profesamos. Lucy jadea sobre mi boca casi inaudiblemente, podría atesorar ese murmullo ahogado por el resto de mis días.

—Perdón por la escena incómoda con mi madre. —Acaricia mi espalda desnuda con las yemas de sus dedos y causa escalofríos con su contacto. Deseo evadir esta charla y hacerle el amor, pero me resisto, con dificultad, pero lo hago—, no entiende que ya no soy una niña y que no debo darle explicaciones de lo que hago o dejo de hacer.

—Es tu mamá, amor, siempre va a querer explicaciones.

—Sí, pero eres tú, no cualquier otro idiota desconocido como alguno de mis ex novios — comenta sin darse cuenta de lo mucho que me jode oírla hablar de los otros antes de mí. Aparto aquello de mi cabeza, no voy a arruinar la noche.

—Tal vez por eso se enfada más, no sé, mañana hablaremos con ella, lucero.

—Espero no se ponga exagerada, sabes lo loca que puede ser a veces.

Reímos bajito porque es muy cierto, Eloísa heredó bastante de la locura de su madre, aunque ella no lo note o más bien no lo reconozca.

—Lo único que tengo claro ahora, amor, es que no podemos darle hermanos a Rosie hasta que nos casemos o tendremos que internar a Layla en un manicomio. —Reímos. Joder, con ella es tan sencillo sonreír.

—Eso no significa que no podamos intentarlo de todas formas —ronronea con una sonrisa seductora, jalándome hacia ella.

Cedo ante sus deseos, aunque sería un mentiroso si dijera que no son los míos también. Nuestros cuerpos se mecen el uno contra el otro en una danza cadenciosa que enciende cada parte de mí. Si con solo estar a su lado despierto de un letargo, tocarla, sentirla de este modo, acentúa el deseo latente que solo ella es capaz de provocar.

Y así pasamos la noche, entre caricias impúdicas, gemidos acallados por besos seductores, risas transformadas en jadeos lascivos y un amor profundo que se niega a agotar la dosis que consumimos a diario.

Algo me hace cosquillas en la nariz, pero tengo demasiado sueño como para mover la mano y hacer el esfuerzo de quitarlo. Las cosquillas se acentúan, joder, creo que voy a estornudar y lo hago, dos veces, despertando a Lucy de paso.

—¿Qué te pasa? —pregunta con la voz entre adormilada y fastidiada mientras entierra la cara en la almohada otra vez.

—Tu cabello se mete por mi nariz.

—Pues córtate la nariz —responde, suena amortiguada. Me posiciono de costado y acaricio su espalda por debajo del blusón color plata. El estremecimiento reptando por su columna es notorio, le encantan las caricias en aquel lugar y no pierdo oportunidad de satisfacerla.

—Te pediría que te cortaras el cabello, pero me encanta así de largo.

Enrollo en mi puño el cabello castaño ondulado que le cae más abajo de la cintura. Lucy ríe, sabe a lo que me refiero porque me gusta mucho hacerlo. Sin darme oportunidad a nada, se voltea y se sienta sobre mí, acuna mis caderas con sus deliciosos muslos que mis manos no tardan en moldear, acarician el recorrido hasta su cintura como si lo hubiesen hecho durante toda una vida. Su pelo me cubre el pecho cuando se inclina hacia mí, vuelven las cosquillas, mas mi sonrisa esta vez no es por ellas, lo sé cuando entrelazamos nuestras manos y solo nos miramos, percibiéndonos

bajo la piel caliente.

—No voy a cortarme el cabello ni aunque me lo pidas de rodillas —asevera.

—No me importa, soporto ahogarme con él todas las noches si eso significa que estás durmiendo a mi lado, lucero.

La tomo por la nuca y acerco su rostro para culminar en el encuentro de nuestras bocas ansiosas por el otro. Siempre es así, insaciable, adictivo, nuestro apetito aumenta cada vez que estamos juntos, somos como dos cargas opuestas haciendo contacto, atrayéndonos, acercándonos. Deslizo los tirantes de su blusón mientras acaricio cada centímetro de sus brazos. No obstante, cuando estoy a punto de quitárselo por completo, la puerta del cuarto se abre de repente. Lucy sale disparada hacia su lado de la cama sin darme tiempo a hacer algo más cuando veo a Rosie en el umbral con su sonrisa de niña inocente. Un golpe y un quejido me trasladan de vuelta a lo que hacía antes de esta interrupción, viro para observar a Eloísa sentada en el piso con el rostro distorsionado entre la risa y el dolor, las carcajadas infantiles de mi hija resuenan y, más temprano que tarde, los tres estamos riéndonos de la monumental caída de Lucy.

—¡Los regalos, papá! —chilla Rosie cuando estamos más calmados—. ¡Vamos, levántense ya!

La mañana transcurre entre risas y emoción, envoltorios rotos y chocolate caliente. Nuestras madres se unieron a nosotros minutos después de que Rosie nos hiciera levantar de la cama y, aunque Layla se ha mostrado un poco distante conmigo, no es suficiente para que afecte el ambiente acogedor que se ha creado.

Mi hija ha quedado encantada con los muchos juguetes que recibió de los chicos y de los hermanos de Beatriz. Se entristeció un poco cuando no pudo probar su nueva batería, pero volvió a sonreír al prometerle inscribirla en clases cuando su brazo sanara. Sé que aquello me meterá en una batalla campal con su madre, no me importa en absoluto, ella no puede controlar los gustos de la niña.

Luego de la repartición de regalos, mi madre y Lucy salieron con Rosie, por un momento creí que Layla iría también o que se quedaría en el otro departamento, pero no, ella permaneció en el sofá con la taza vacía entre las manos.

Y ahora estamos aquí, uno frente al otro, recordando algunas travesuras que hice con Víctor cuando éramos adolescentes. Reímos como si el tiempo no hubiese transcurrido, me habla con esa dulzura con la que solía tratarme cuando pasaba semanas enteras en su casa, me miró con ese brillo en los ojos cuando le dije que era una segunda madre para mí.

—¿Ves por qué me molesta que no me dijeran antes sobre esta relación? —pregunta de repente, me ve fijo. Está usando la mirada, esa que dice que ella tiene razón y que yo soy un estúpido, así que no vale la pena contrariarla cuando buscará los mejores argumentos para probar su punto. Me limito a asentir con algo de culpa—. Tú fuiste un hijo más para mí, te abrí las puertas de casa, te di mi cariño, mi confianza y muchas de las canas que ahora tengo que teñir.

»Y no te lo estoy echando en cara, no lo creas por un segundo porque todo lo hice de corazón, solo te recuerdo que tú eres parte de mi familia y como parte de la familia sabes nuestras reglas y tradiciones. Sabes que la familia es lo más importante para nosotros.

—Lo sé, Layla, sé que debí pedir tu autorización primero, pero... —Me freno, no tengo una excusa porque la verdad es que, después de tantos años, simplemente lo olvidé. Además, deseábamos mantener esta relación para nosotros por un tiempo, lejos de las opiniones e intervenciones de terceros, las mismas que impidieron que esto sucediera antes—. No queríamos decirle a nadie por el momento, no queríamos que alguien volviera a involucrarse en nuestras vidas. Sólo buscábamos estar en paz por un tiempo.

—Entiendo, Bennet, lo entiendo a la perfección porque conozco la historia que ustedes acarrearán, y sé que en todo el mundo no hay nadie que sea capaz de mirarla como tú lo hiciste la primera vez que fuiste a casa, por eso esperaba más de ti. La verdad el hecho de que no me hayan contado no es el principal motivo de mi molestia, respeto el tema de la privacidad, pero hay cosas que para una madre no pasan inadvertidas.

—No entiendo lo que intentas decirme —respondo demasiado confundido.

—Yo sé lo que ha sucedido contigo en estos años, sé sobre las cosas que pasaron y las decisiones que tuviste que tomar.

Siento el calor abandonar mi cuerpo, siento la sangre helándose en mis venas y el miedo abriéndose paso otra vez. Intento disimular, me hago el confundido, pero con ella jamás daría resultado.

—Víctor siempre fue más cercano a mí, él me contó todo y juntos guardamos el secreto a Eloísa porque solo eso podría dolerle más que el saber que tuviste una hija con otra mujer.

—No sé qué decir —admito, maldigo en mi mente al cabrón de Víctor que siempre se mete donde no debe.

—No pienses que Víctor faltó a su amistad, porque no lo hizo. Si me contó fue porque estaba ahogado con todas las mentiras que tuvo que decirle a su hermana por tu culpa. Yo tuve que mentirle a mi propia hija para no traicionar la confianza de mi hijo, y todo vuelve a caer en ti, Bennet.

—¿Cómo puedes decir eso, Layla? —cuestiono con evidente molestia—. Yo mismo quise hablar con ella muchas veces, me aterraba, lo admito, pero siempre tuve la intención de hacerlo.

—Pero no lo hiciste —replica. También está enfadada y comienzo a dudar del desenlace en esta charla, tal vez no acabe tan bien como inició—, y permitiste que su familia le mintiera por muchos años.

—¡No lo hice porque Víctor no me dejó! ¿Sabes todas las amenazas que tuve que soportar del tipo que se supone era mi mejor amigo? O si quieres te cuento sobre aquella vez, cuando tu esposo falleció —digo un poco más tranquilo al hablar del señor Santana—, me pediste que dijera unas palabras para él y yo no fui. ¿Sabes por qué no fui? ¿Sabes por qué tuviste que llamarme llorando al día siguiente para decirme cuánto te había defraudado?

—No.

—No fui porque tu adorado hijo prometió dañar a su propia hermana, a esa que tanto decía proteger, con tal de que no apareciera. Así que no puedes decirme que yo tengo la culpa de todo, lo creí por mucho tiempo, Layla, me torturé con la idea que jamás podría amarla como se merece, pero ya no más. Y si Víctor te contó no fue porque estuviera ahogado con las mentiras, él las sabe manejar muy bien, créeme. Si te dijo todo eso fue porque sabe que tú eres la única persona capaz de hacer que Eloísa se replantee la idea de quererme.

Layla se queda en silencio, sus ojos se humedecen anticipando las lágrimas y me arrepiento de provocarlas, pero al parecer Víctor tenía a todos engañados con respecto a sus actitudes de loco del carajo.

—¿Eloísa sabe todo eso? —cuestiona, saca un pañuelo de tela del bolsillo para pasarlo por debajo de sus ojos.

—No —Me mira con reproche—. Sabe que Víctor no dejaba que me acercara, pero no con detalle, no podría decirle tampoco.

—¿Después de todo lo que te hizo?

Niego con la cabeza, agacho la mirada.

—Si hay una persona a la que Lucy ama y admira a pesar de todo, es a Víctor, no sería capaz de quitarle eso —confieso—. Y él fue el hermano que nunca tuve, por él la conocí... supongo que se lo debo.

—Eso no quita que todo lo que hizo estuvo mal, Bennet, ¿cómo puedes...? Digo, es mi hijo y lo quiero, pero...

—Tengo mis razones para perdonarlo —la interrumpo—, y siento mucho haberte dicho las cosas de ese modo, no era mi intención. Solo quiero que comprendas que mis problemas con Víctor no tienen que involucrarlas a ustedes ni intervenir en su familia.

—Bennet.

—Por favor, Layla, cerremos el tema, ¿sí?

Ella suspira y asiente a mi petición. Sé que le afecta todo esto porque Víctor siempre se ha mostrado como el hijo perfecto a los ojos de sus padres, supongo que es difícil bajarlo del pedestal de forma tan abrupta.

El ambiente se tranquiliza notoriamente, aunque puedo distinguir la tensión que ella aún mantiene. No sé qué hacer para que se sienta mejor, ella es muy importante para mí y me duele causarle una de las peores decepciones que puede sentir un padre. Sin embargo, era lo correcto. Estoy aburrido de que todos piensen lo peor de mí solo por no conocer mi versión de la historia.

—Ahora, sobre lo otro...

—Eloísa tampoco lo sabe aún, ¿verdad? —Niego—. Ella odia las mentiras.

—Lo sé, por eso busco el momento perfecto para decírselo, porque lo haré, lo prometo, solo necesito solucionar algo antes.

—¿Acaso hay un momento perfecto para confesarle que la has estado engañando todo este tiempo? Entre más lo prolongues, peores serán las consecuencias.

Suspiro. Estoy seguro de eso.

—Puede que no lo creas, Layla, pero hay alguien más importante para mí que Lucy y solo por ella estaría dispuesta a perderla.

—¿Rosie? —pregunta, comprende el dilema en el que estoy metido. El amor de mi vida o la niña por la que daría toda mi vida, eso es lo que está en juego.

—Tengo que velar por mi hija antes de pensar en decirle la verdad, tengo que asegurarme de que Rosie estará bien primero y cuando eso suceda, no habrá nada que impida que todo salga a luz.

22
UN PÉSIMO INICIO
ELOÍSA



—¿Dulce o salado?

—¿Los dos?

—¿Pizza y helado, o sushi y fresas con chocolate?

—¡Ay, Ben! ¡Me complicas tanto la vida!

Ben ríe por mi indecisión, tiene el teléfono en la mano hace quince minutos, pero ninguno de los dos sabe qué comer para aligerar la pena. Sí, a pesar de las risas, la tristeza abunda en el entorno. Nuestras madres volvieron a Prince Lake y Rosie acaba de irse con Beatriz a Nueva York para celebrar junto a ella el Año nuevo, así que, a pesar de que la idea de estar solos por primera vez desde que estamos juntos es emocionante, el vacío de la pequeña princesa se siente abismal.

—Lucero, tenemos que escoger algo.

—¿Qué te parece pizza y fresas con chocolate? —sugiero con inocencia. Él me sonríe de medio lado con ese gesto tan suyo, se acerca seguro y me roba un beso que cedo gustosa.

—Por eso te amo, hermosa.

La sonrisa no abandona mis labios cuando lo veo caminar a la cocina para llamar mientras yo busco alguna película o un programa interesante para desestresarme un poco de todo lo sucedido esta tarde. Y no es por exagerar, ver a la madre de Rosie, la ex de Ben, es motivo suficiente para mantenerme maquinando toda la historia que compartieron. ¡Joder, tuvieron una hija!

En ese momento, cuando la hermosa modelo se presentó perfecta e impecable, no pude evitar sentirme como la niña de doce años a la que molestaban en la escuela por tener varios kilos de más y ser mala en los deportes. Apareció frente a mí el miedo ante la inferioridad, mas me calmé al visualizar mi ventaja: Ben no me amaba por mi físico, él me amaba por lo que yo era y eso no podía superarlo ni la mismísima Miss Universo. Así que, con cortesía, la saludé con un apretón de manos, me presenté con una sonrisa radiante y no la abandoné a pesar de la apatía evidente que ella me demostró sin siquiera conocerme. Tras eso, Bennet me pidió que acompañara a Rosie al baño mientras ellos conversaban sobre algo importante. No niego que morí de celos, no quería dejarlos, pero al besarme en la mejilla y susurrarme un *te amo* en el oído antes de marcharme, me calmó un poco, solo un poco. Al regresar el ambiente estaba tenso, nos despedimos de Rosie al borde de las lágrimas e hice lo propio con Beatriz, siempre educada, siempre digna.

—¿Encontraste algo interesante, lucero? —dice Ben sacándome de mis cavilaciones. Toma asiento a mi lado y me atrae más a él, me impregna con su calor.

—Nada aún, solo esas películas fantásticas que a ti te gustan y a mí no.

Al final encontramos una serie de crímenes que a ambos nos gusta, así que vemos un capítulo completo en el que apostamos por quién encuentra primero al asesino. Mi poderoso instinto me hace ganar una rebanada de pizza adicional, así que mi alegría es evidente cuando, justo al ver los créditos, llaman a la puerta, de seguro con nuestra comida.

En efecto, un joven repartidor me entrega la pizza. Entretanto, Ben se encarga de buscar platos y dejar las fresas fuera del refrigerador para que no estén tan frías. Le pago al muchacho, me despido amable y cierro la puerta deseosa de probar esta delicia que con solo olerla se me hace agua la boca.

—Ya, amor, apúrate que tengo hambre —reprocho cuando noto que tarda demasiado, mas él parece no prestar atención.

Camino a la cocina para ir a su encuentro, pero al verlo muy concentrado revisando mi teléfono cualquier rastro de sonrisa se borra de mi rostro.

—¿Encontraste algo interesante? —imito sus palabras. Ben se sobresalta y arroja el teléfono sobre la encimera causando un ruido que me pone los pelos de punta.

—Tu amigo Julian te invitó a salir.

—¿Y eso es un problema porque...?

Me mira en silencio, sé que está molesto, pero no sé si con él o conmigo. De todos modos, no quiero descubrirlo, quiero que compartamos nuestro tiempo a solas sin estas estúpidas peleas.

—Él es...

—Es mi amigo, Ben —recalco, antes de que empiece y acabemos mal.

—Él no busca lo mismo de ti, le gustas, podría decir que está loco por ti.

Julian siempre me ha coqueteado, es algo habitual, aunque ahora comprendo que es parte de su naturaleza y no porque sienta una atracción especial por mí, a pesar que en un principio lo creí. Jamás le he dado alas, nunca le he seguido el juego y él sabe a la perfección lo que siento por Bennet, nunca ha intentado nada más que una amistad conmigo y aunque ahora estemos distanciados, me hace feliz saber que no es por una molestia personal.

Me acerco al celoso de mi novio y rodeo su torso con mis brazos, me alegra notar que no rechaza mi tacto, al contrario, me acerca más a él como el bruto posesivo que es.

—Pero yo te amo a ti, yo estoy loca por ti, y si me dieran a elegir, él ni siquiera estaría entre mis opciones. —Lo beso castamente—. ¿Tanto te cuesta creer lo especial que eres para mí, amor?

Siento su respiración cálida en mi cabeza junto al movimiento suave que efectúan sus dedos sobre mi cabello.

—Es difícil creer que justo ahora te tengo entre mis brazos, Lu. Me aterroriza que encuentres a alguien mejor que yo y te marches. Me da miedo no ser suficiente —admite y se esconde en la curvatura de mi cuello. Me sorprende que abra su corazón con tanta facilidad cuando antes costaba horrores, pero aquí estamos y las cosas han cambiado un mundo desde ese instante. El tema es que, en pasado o en presente, él es todo lo que siempre he querido.

—Eres perfecto para mí.

Parece satisfecho con aquello, aunque no lo digo solo para calmarlo, es lo que sé desde que lo conozco.

—¿Podemos hacer como que no sucedió nada y seguir con nuestros planes? De verdad lamento ser tan idiota a veces.

—Sí, podemos —respondo al acariciar su rostro—, pero no quiero que esto se repita, ni lo del teléfono ni los celos injustificados, ya lo habíamos conversado, ¿recuerdas?

Me lo promete con una mueca de resignación y sonrío por lo infantil que puede ser. Alistamos las cosas juntas, las llevamos a la sala y comemos entre risas como si nada hubiese sucedido, dejamos el orgullo de lado e intentamos no arruinar esto que tanto nos ha costado.

X

Mi cabeza está por reventar y mi estómago alberga un tornado en su interior. Creo que mis párpados están pegados o tal vez son mis pestañas por el rímel que no limpié antes de dormir, no podría asegurarlo con exactitud, sólo sé que, en estos momentos, abrir los ojos es una tarea titánica. Sin embargo, me veo obligada a hacerlo para buscar el baño y descargar asquerosamente todo lo que insiste en reventarme el estómago.

Un tacto que reconozco al instante acaricia mi nuca, tarde comprendo que me sujeta el cabello, finalizo así un cuadro muy vergonzoso.

—No me mires, es asqueroso —pido y cubro mi rostro, expulso de nuevo el líquido ardiente. Su mano acaricia mi espalda con ternura, pero yo solo quiero que se vaya.

—Tú me has visto peor, lucero, estamos a mano ahora.

—No es lo mismo. —*Y ahí viene otra vez.*

—Claro que no, tú no gritaste mi nombre en tu borrachera —ríe, yo también al recordar a un Bennet adolescente y borracho, gritando hacia mi ventana como si fuera Rapunzel.

Me soba la espalda mientras intento sacar todo el alcohol de mi sistema. Creo que ya no hay más dentro de mí, así que me aseguro de *desechar mis desechos* y, con la ayuda de Ben, me pongo de pie para lavarme la boca. Él no suelta mi cintura en el proceso, cosa que agradezco porque me siento tonta, inestable y mareada. Terrible. Y lo peor es que ni siquiera recuerdo cómo acabé así ni por qué Bennet parece listo para ser fotografiado.

—¿Quieres dormir un rato más? —pregunta mi modelo personal.

—¿Y tú qué harás?

—Me quedaré junto a ti, veré una película, algo así.

Suelto un quejido al oírlo. Arruiné nuestro Año Nuevo.

—No hicimos este viaje para que me veas dormir, Ben.

—No, lo hicimos para divertirnos y anoche nos divertimos mucho. Duerme un poco más y luego hacemos otra cosa juntos, ¿sí?

Esta vez asiento, me acerco y me arrimo en su pecho. Intento no sentirme culpable por despertar como un zombi listo para devorar cerebros; después de todo, fue idea de Bennet venir a Los Ángeles a celebrar nuestro primer Año Nuevo como pareja, así como también fue idea suya el comprar esa maldita botella de whisky. En resumen, todo es su culpa y yo estoy libre de pecado.

X

El agua tibia disminuye el dolor de cabeza que se niega a abandonarme desde que desperté por segunda vez en el día. Eran casi las tres de la tarde cuando las caricias de Bennet en mi espalda me provocaron tantas cosquillas que no me quedó de otra que abrir los ojos, los créditos de una película asomaban en el televisor y un tazón de una sopa poco condimentada esperaba por mí luciendo delicioso. Supe que estaba mejor cuando pude comerlo todo sin devolverlo. Tomé una ducha para acabar de despertar y me asomé por el balcón para airearme un poco tras horas de voluntario encierro. En ese momento del día el sol parecía un espejismo: brillaba hermoso, pero no calentaba mucho, por lo que decidimos venir a una de las piscinas temperadas del hotel en el que hospedamos.

Este rato, sumergida bajo el agua, relajada y aliviada, he recordado muchas cosas de la noche anterior, como que bebí mucho, pero Ben no porque quería cuidarme, que conocimos a un par de italianos que venían de vacaciones y festejamos con ellos hasta muy tarde, que intenté aprovecharme de Bennet cuando regresamos al hotel, mas mi evidente borrachera no lo permitió. De lo último es de lo único que me avergüenzo.

Me apoyo en uno de los bordes de la piscina y lo observo. Va con un bañador azul marino y nada más, deja a la vista la hermosura de su torso naturalmente bronceado, está sentado en una de las reposaderas y escruta su teléfono con gesto preocupado. Quiero creer que las gotas sobre mi rostro son las culpables de que lo vea así, mas ni estas son capaces de difuminar la evidente expresión de disconformidad, lo que hace que el buen humor me falle un poco.

Sonríe de forma forzada cuando me descubre mirándolo, observo cómo se levanta y de un salto demasiado sexy se lanza al agua sin tapujos. *¡Que alguien le dé un premio a este hombre!*

Me sobresalto cuando siento sus manos traviesas en mi cintura, el agua no ayuda a disimular lo mucho que me provoca su toque, aunque sea uno tan inocente como este. Volteo aún en sus brazos, reprimo una carcajada al ver su cabello aplastado de forma graciosa, prefiero dedicarme a revolverlo y acariciar cada espacio que mis manos me permitan. De pronto siento celos de todas esas gotitas de agua que se resbalan por su cuerpo, quisiera tener esa asombrosa habilidad de acariciarlo por todos lados al mismo tiempo.

—Pareces una sirena, lucero —modula con esa voz que logra erizarme completa. Acaricia mi abdomen desnudo, me causa cosquillas percibir sus manos tan cerca de mi ombligo.

—Podría seducirte con mi canto —le coqueteo sin pudor alguno, deslizo suavemente mis uñas por su asombrosa espalda. *Amo demasiado su espalda.*

—No necesitas cantar para seducirme, solo paseándote por ahí, tan hermosa, haces que me vuelva loco.

Sin previo aviso me toma por la nuca y atrapa mi boca de una forma arrolladora. Su otra mano descansa en el inicio de la parte inferior de mi bikini, pero me cuesta ser consiente de aquella extremidad cuando su lengua me devora hambrienta, como si no pudiese conseguir suficiente de mí. No lo sé, tal vez nunca me ha besado como lo hace ahora, provoca que todas mis terminaciones nerviosas despierten, que olvide que hay gente viéndonos, que me erice con cada uno de esos suspiros deliciosos que se le escapan de vez en cuando. Bennet es un gran besador, me arrepiento de no haber aprovechado más nuestro primer beso.

Al separarnos descubro sus mejillas aún más húmedas y sus ojos enrojecidos. Trato de convencerme de que es por el agua, que no está llorando, pero cuando intenta besarme de nuevo, sé que me equivoco. *No entiendo nada.*

—¿Qué pasa, amor?

Intento apartarme, pero su agarre se mantiene firme. Evito que vuelva a acercárseme con la intención de besarme, es solo cuando descubro que quiere abrazarme que le permito avanzar. Su rostro busca refugio en mi cuello, trato de no pensar en su aliento rozando ese punto tan sensible, lo único que me preocupa en este momento es su devastador estado de sensibilidad.

—Tengo miedo —responde al fin luego de lo que parece una eternidad. No levanta la cabeza, soy yo quien acaricia su cabello húmedo para calmar aquello que tanto le aterra.

—¿Quieres decirme?

Parece no reaccionar, pasan minutos antes que se separe de mí para cubrir su rostro con profunda frustración. Lo conozco demasiado para saber que esto es importante, que no reaccionaría así por algo nimio.

—Beatriz quiere quitarme a Rosie —dice de repente, sin mirarme a la cara—. Pidió la custodia completa.

TODO DEBE TERMINAR

BENNET



Supongo que es imposible obtener mucho tiempo de tranquilidad. Me acostumbré a vivir entre tormentas y ahora no encuentro un puto día soleado que me devuelva la calma que decidí abandonarme a sus anchas.

Lucy es la única que alegra mi existencia en estos días tristes, mas no es suficiente cuando sé que existe la posibilidad de perderla a ella también y de que todo se vaya a la mierda. Me siento desamparado, como ese chiquillo de veinte años que se fue de casa para alejarse de lo que más amaba y quedó solo en el mundo buscando algo que jamás volvió a encontrar, como si todo lo que he avanzado hasta ahora no valiera nada, como si caminara ante una delgada capa de hielo con el sol a punto de salir y derretirlo todo hasta ahogarme.

El camino a casa es silencioso. Lucy insistió en que volviéramos para poder hablar lo antes posible con mi abogado y ver qué podemos hacer al respecto. Puedo pelear, voy a pelear, pero Beatriz es su madre y la justicia siempre estará a su favor, ya que no es adicta a ninguna droga ni tiene problemas psiquiátricos, que sería lo mejor para mí justo ahora.

—Vamos a salir de esto, ya verás —dice con esa sonrisita que podría conseguir la paz mundial si se lo propusiera.

Quiero creerle, pero no puedo, porque después de esto ya no existirá un *nosotros*. La familia de Lucy, al igual que la de Beatriz, es muy tradicionalista, será imposible que continuemos, lo sé. Así que aprovecho cada caricia, cada beso, me alimento de cada palabra de apoyo y me refugio en su efímero consuelo sabiendo que puede ser la última vez que reciba algo así de ella.

Subimos las maletas en silencio, ni siquiera me doy cuenta que el ascensor ha llegado al tercer piso y eso ya es decir mucho. Creo que ahora cualquier miedo se ve opacado por el más grande de todos: el terror que me causa perder a mi hija.

Lucy cruza el pasillo hasta su departamento para ordenar sus cosas y revisar correos electrónicos prometiendo volver en un par de horas, así que me encuentro en la soledad de mi habitación deseando que la voz de mi pequeña interrumpa mi momento de descanso, pero su encantadora presencia nunca llega, tal vez jamás regrese.

Odio inflar globos. Lo odio. Pero por ella me quedaría sin oxígeno y con un bochorno monumental, todo con tal de verla feliz, de hacer de su cumpleaños el día más especial.

Rosie camina de un lado a otro con su pequeño vestido de lunares y tul, la felicidad infantil invade su carita y las coletas en ambos lados de su cabeza rebotan cada vez que corre o salta con destreza. Beatriz la persigue con una sonrisa en el rostro cuidando que no se golpee ni estropee nada de lo que hemos preparado, en cambio yo solo puedo reír por el escándalo que ambas tienen en este sitio que llamamos hogar.

—Podrías ayudarme en vez de reírte como un niño, Bennet —reprende ella con las manos en sus caderas. Cualquiera pensaría que es un regaño, mas la sonrisa que adorna su cara perfecta me dice lo contrario.

—Entonces tú te quedas con los globos.

Suelto el globo morado que inflaba y este sale disparado, hace un ruido gracioso que vuelve loca a nuestra pequeña. Beatriz se acerca sin dejar de sonreír y me regala un beso suave poco usual en ella. Podríamos ser tan felices...

Me incorporo en la cama y froto mis ojos, extrañado por ese sueño que más bien es un recuerdo de esos momentos agradables que jamás regresarán. Lucy está frente a mí con una mueca tierna, tal vez su presencia fue lo que me hizo despertar.

—¿Qué soñabas? —cuestiona—. Sonreías.

—¿Sí? No lo sé, no recuerdo.

Y allá va otra mentira.

Lucy se recuesta a mi lado al instante, apoya la cabeza en mi pecho mientras le acaricio el cabello con tranquilidad. Quisiera estar así toda la vida, con ella, sin problemas, relajados en nuestra cama. Quisiera tantas cosas, pero no puedo conseguir ninguna.

Por la mañana, Eloísa regresa a la escuela, intento disimular que no me importa su amistad con Julian, aunque esté muriendo de celos por dentro. No tengo derecho a reclamarle nada cuando le he mentado por tanto tiempo y debe ser totalmente indiferente para mí el hecho de que estarán en el mismo sitio casi todo el maldito día. Así que para no pensar en aquello, voy al taller, me pongo al día y me siento satisfecho al saber que Nelson lleva todo bajo control en mi ausencia.

Me habla sobre algunos gastos extras por un par de repuestos que no consiguió con nuestro distribuidor habitual, le quito importancia porque no es demasiado y comenta algo sobre una chica que vino a pedir empleo. Sin embargo, él solo le pidió su número para que yo me comuniqué con ella ahora que volví. Me cuesta ponerle atención a todo lo que dice, así que solo asiento y pongo mi mejor cara de concentración.

—Pensé que la luna de miel sería más larga, Romeo —molesta él cruzándose de brazos con un cigarrillo sin prender entre los labios cuando nota mi distracción.

—Yo también, pero hubo problemas en el camino.

Comienzo a narrarle todo el problema con Beatriz y el cómo pretende chantajearme con quitarme a Rosie para conseguir la exagerada cantidad de dinero que quiere por indemnización al momento de divorciarnos. Porque ese es el secreto que me hará perderlo todo, que me alejará de mi hija y me arrebatará a la chica de mis sueños. Porque quien dijo que el matrimonio es algo bello, se equivoca, en mi caso, el matrimonio es lo peor que pudo pasarme en la vida.

Tenía veintiún años cuando me vi en la obligación de casarme con una mujer que no amaba. Odiaba la idea del matrimonio luego del divorcio de mis padres y la única persona con la que alguna vez pensaba comprometerme si me lo pedía, estaba a muchos kilómetros de distancia sin siquiera saber de mi paradero y que, se suponía, no vería nunca más.

Conocí a Beatriz en una fiesta de fraternidad. Me llamó la atención su timidez y que, a pesar del medio en el que desenvolvía, parecía totalmente ajena al ambiente en el que nos encontrábamos, al igual que yo. Me acerqué a ella con la intención de conocerla, nos veíamos igual de solos y tal vez podíamos hacernos compañía. Sin embargo, nos conocimos demasiado rápido y en un instante ya estábamos en una de las habitaciones de la enorme casa.

Todo era sin compromisos. Ella avanzaba en su carrera como modelo y viajaba mucho por el país, realizaba campañas publicitarias para distintas marcas de cosméticos y ropa juvenil. Yo continuaba en la universidad, enfocado en acabar mi carrera y tomando un curso de administración, aparte del trabajo de medio tiempo en un supermercado que me mantenían ocupado todo el día para no tomar un vuelo a mi antiguo hogar e ir a buscar a Eloísa.

Y ahí quedó todo, en una corta noche que se tornó demasiado extensa.

Ambos seguimos con nuestras vidas, yo estudiaba y trabajaba como un loco, conseguí mudarme con rapidez a un departamento junto a otro compañero. La vi un par de veces en anuncios publicitarios, mas nunca volvimos a hablar porque no tenía ni su número telefónico para contactarme. No obstante, su madre era mucho mejor investigadora que yo y tres meses después de nuestro encuentro fortuito, ella y Beatriz aparecieron en la puerta de mi departamento alegando mi irresponsabilidad por dejarla embarazada.

—Tienen que casarse ahora —insistió Bianca aquella vez.

»¡No van a pisotear nuestro apellido de esta forma!

»¡Le arruinaste la vida a mi hija!

»¡Se van a casar o ese bebé no nace! Esas son sus opciones.

Y yo no podía permitir aquello. Beatriz siempre creyó que era lo mejor para ambos, al igual que su madre, pero en el fondo sabía que no era así, que ella solo buscaba la aprobación de Bianca y esa señora no tenía el derecho de decidir sobre nuestras acciones ni nuestro futuro hijo. Así que dos meses después, en una ceremonia muy privada, nos unimos ante la ley. Todo por la vida de nuestra hermosa Rosie. De mis conocidos solo asistieron Víctor y mis padres; de los de ella, sus hermanos, padres y abuelos; todas personas que me aborrecían, pero que, con el tiempo, me fueron aceptando, excepto Bianca, claro, hasta el día de hoy me culpa de que su hija no sea modelo de élite a pesar de que le va excelente en el rubro.

Luego de la boda, nos fuimos a vivir a Los Ángeles, en una de las casas de la familia de mi nueva esposa. Teníamos todas las comodidades, nosotros y la niña que aún no nacía, por lo que nuestros primeros meses juntos fueron bastante buenos. No teníamos las preocupaciones monetarias de los padres jóvenes y, a diferencia de lo que creímos en un inicio, contábamos con mucho apoyo por parte de las hermanas y hermanos de Beatriz. Podría decir que en ese tiempo todo fue color de rosa. Esperábamos a nuestra beba con ansias, imaginábamos cómo sería cuando la tuviéramos en nuestros brazos y a pesar de mi vida universitaria, administrábamos bien los tiempos para conocernos mejor, para parecer un matrimonio verdadero. Ella por su parte consiguió realizar publicidad sobre maternidad aprovechando su currículum y su belleza.

Pero, pese a todos nuestros esfuerzos por llevarnos bien, jamás logramos compaginar ni enamorarnos. Nuestro *feliz matrimonio* era una farsa de las grandes y ambos lo sabíamos. Éramos tan incompatibles como infelices, mas lo que nos unía era mucho más fuerte e importante que nuestras diferencias. O eso creí.

Cuatro años después, no pude soportarlo más. Ya tenía mi título y el taller estaba surgiendo muy rápido, me otorgó los ahorros necesarios para comprar mi propio espacio, mi departamento. Junto a Beatriz acordamos una ruptura bastante amigable y, a pesar de que me cambié a otra

ciudad, las visitas y los pagos por Rosie lo cumplimos entre ambos. Era lo que los dos necesitábamos. Sin embargo, Bianca no pensaba lo mismo, si nos divorciábamos seríamos la vergüenza para la familia y eso era algo que no podía permitir, así que puso miles de limitantes para nuestro trámite y, al pasar los años, Beatriz se unió a ella. Las dos me hacen la vida imposible y el intentar quitarme a mi hija es la prueba fehaciente de aquello, pidiéndome exageradas sumas de dinero para no llevarse a Rosie fuera del país si nuestra separación legal llegase a ser concreta.

Pero esto debe terminar. Todo debe terminar.

24

DOLOROSAS DESPEDIDAS

ELOÍSA



Mentiría si dijera que todo sigue igual, que seguimos encerrados en nuestra perfecta burbuja, mentiría porque Bennet parece dispuesto a ser el de antes construyendo muros frente a mí para que no vea sus miedos, esos que se convierten en los míos al no saber a qué enfrentarme. Y lo entiendo. Entiendo a la perfección lo que vive, pero no es el fin del mundo. Es una pena que no me deje demostrárselo.

—Tierra a Eloísa, ¿hay alguien ahí? —pregunta Julian sonriéndome con burla. Le sonrío para no demostrar mis inquietudes y, al parecer, funciona—. ¿Te vas a comer eso? Ya debe estar frío.

Niego con la cabeza y le acerco mi plato para que acabe por mí las pocas papas que quedan junto al trozo de filete que apenas he tocado. No tenía ánimos de venir, pero la distracción es necesaria en estos casos, distracción que no he conseguido porque mis compañeros de trabajo son unos aburridos y Julian está más concentrado en comer que en la conversación que el resto mantiene y no me interesa. Solo quiero estar en casa con Ben, besarlo, abrazarlo, decirle que todo estará bien, mas tenía una reunión con su abogado, aunque si no la tuviese tampoco me lo permitiría.

Ya hace cinco días que no hablamos, me ha enviado un par de mensajes insistiendo en que está muy ocupado. Sin embargo, cada noche entra a mi departamento con la llave que le di y se recuesta a mi lado. Siempre estoy muy dormida como para decirle algo, cuando despierto ya se ha ido. Es muy complicado con él.

—Está bien, Eloísa, dime qué te pasa, estás muy triste —dice Julian, me sorprende. *¿De verdad soy tan transparente?*—. No me mires así, puedes confiar en mí.

—¿Podemos ir a otro lado?

—Claro, vamos.

Pagamos nuestra parte de la cuenta y nos vamos a caminar sin rumbo por la ciudad. El sol está, pero es poco lo que calienta, aun así, el clima es agradable y no se necesita demasiada ropa para estar cómodos.

Más temprano que tarde, llegamos a la playa, paseamos por el camino costero sin emitir palabras y aunque me gusta mucho hablar, agradezco que respeten mis escasos silencios. No sé qué será, pero Julian sabe cómo proceder en cada una de mis emociones, se siente bien tenerlo cerca.

La arena bajo mis pies se siente fría, mas desisto de utilizar calzado porque me relaja

acariciarla con mis dedos y pensar que los problemas podrían escurrirse así de fácil, así de rápido. Pero con Bennet nada es fácil ni rápido, después de doce años debería saberlo.

Julian se apresura a estirar su abrigo sobre la arena, hace una invitación silenciosa a sentarme, él se ubica a mi lado y permanecemos así unos buenos minutos observando el mar y el sol perdiéndose tras este. Podría ser el perfecto escenario para una novela romántica de esas que tanto me gustan. Sin embargo, es todo lo contrario. Por primera vez en mucho tiempo no me siento feliz, es curioso que Bennet sea la causa de la poca infelicidad que ha existido en mi vida.

—No llores, linda.

Seco avergonzada las lágrimas involuntarias. No debería llorar por esto, debería ser fuerte para Ben, pero últimamente todo me afecta el triple, se me hace un poco difícil el despejar mi mente de todo lo que me rodea.

Decido que es hora de hablar, le cuento a mi único amigo en esta gran ciudad todos los pormenores con el tema de Bennet, Beatriz y Rosie. Julian solo me escruta, me escucha, me consuela cuando rompo en llanto al decirle lo sola e inútil que me siento al no poder ayudar ni saber cómo hacerlo y por primera vez en estos días respiro con menos pesadez, me quito una enorme carga de encima.

—¿Quieres saber qué pienso? —pregunta, respondo con un simple asentimiento de cabeza—. Creo que tu novio es un dramático.

—¡Julian!

—También pienso que es muy egoísta, es decir, entiendo lo que le pasa, pero no está viendo más allá de él y su malestar. Si él te amara tanto como dice, no te excluiría de su vida solo porque las cosas se pusieron feas.

Lo ignoro a propósito, aunque sé que tiene razón. Es su hija, jamás competiría con ella, pero no tiene por qué ser una competencia cuando podemos ser un equipo y enfrentar esto juntos.

—Sé que hay algo que me está ocultando —digo aquello que me ronda por la cabeza sin lograr verlo del todo—, no puede ser solo esto.

—Pues pregúntale, no cometan los mismos errores del pasado y hablen las cosas, Eloísa, si te miente... ya sabes qué hacer.

—Lo sé. —*Solo me duele demasiado hacerlo.*

El tiempo pasa y el viento frío nos hace emprender camino. Avanzamos hasta el edificio conversando trivialidades de la escuela, de los alumnos, de los maestros, hasta del director. Julian bromea sobre volverme aún más loca y provoca mis primeras carcajadas de la semana.

—Voy a extrañar Royal Hills y a ti, por supuesto —comenta de repente, a pasos de llegar.

—¿A qué te refieres?, ¿a dónde vas?

Se recarga en uno de los muros principales del edificio donde vivo, me mira serio como nunca antes lo había visto, me preocupa muchísimo el rumbo que tomó esta conversación.

—Había una vacante para el instituto de Nueva York y la tomé, me voy en un par de días.

—¿Te vas? —susurro con nostalgia.

No puede ser, este año no podía iniciar peor. Primero Rosie, luego Ben, ahora Julian, sin contar al idiota de mi hermano que me dejó —o dejé— antes de todo esto. Mis lágrimas caen, es imposible frenarlas, empapan mis mejillas sin permiso alguno, es que ya no soportan tanto, pesan mucho más que antes. Las seco con celeridad porque no puedo ser egoísta, fuerzo una sonrisa y abrazo a mi amigo que parece sorprendido por mis reacciones.

—No me malinterpretes —pido antes de que mi voz se quiebre. Él por fin revive, acepta mi muestra de afecto—, estoy muy feliz por ti, pero...

—Lo sé, yo también te extrañaré, Eloísa.

Deja un beso en mi frente con cariño, puedo sentir el afecto y aquello me hace soltar más lágrimas.

—¿Lucy? —En la lejanía escucho su voz, la añoraba demasiado y me enoja darme cuenta de eso—. ¿Estás bien, lucero? ¿Por qué lloras?

Lo que me faltaba.

—Desapareces por casi una semana y preguntas por qué lloro, ¿no es obvio, Bennet?! —exclamo iracunda cuando volteo a verlo, sin soportarlo más. Él me observa inexpresivo hasta que ve a mi espalda y el enojo se hace presente. Qué descarado.

—Sabes que he estado ocupado, Lucy, y al parecer algunos se aprovechan de eso, ¿no?

—¡Ah, no, Bennet, no empieces con tus malditos celos! —Julian me toma del brazo cuando me acerco peligrosamente al imbécil de mi novio—. Me despediré de él y hablaremos arriba, no seguiré haciendo un espectáculo por tu culpa.

Él asiente y agacha la cabeza, se ve vulnerable, pero esta vez no dejaré que me afecte. Lo observo avanzar hasta el pórtico, mas no entra, se queda ahí de brazos cruzados como un niño berrinchudo esperando a su madre en las puertas de una juguetería.

Lo ignoro con rotundidad, me volteo hacia Julian con una mueca de resignación que le hace sonreír, gesto que imito cuando extiende los brazos y me envuelve en ellos, devolviéndome un poco la calidez de su afectuoso gesto.

—Siempre puedes pedirle el traslado al señor Ryan y te vienes a la gran ciudad conmigo —dice casual e intento no pensar demasiado en ello—. No recibas menos amor del que mereces, no permitas que apague tu maravillosa luz, Eloísa Santana.

Más lágrimas escapan cuando me suelta y besa otra vez mi frente. Quiero decir algo, lo que sea, pero el nudo en la garganta está demasiado ajustado para emitir palabra alguna. Cuando se va, una sensación amarga se apodera de mí, me arrepiento de no haber pasado más tiempo con él y de haber malgastado su amistad. Julian se merece lo mejor del mundo.

Paso de largo a Bennet en el pórtico y tomo el ascensor solo por fastidiarlo, él no me sigue, lo veo subir por las escaleras antes que esta chatarra inicie y cuando llega a nuestro piso, él ya me espera en la puerta de su casa, pero lo esquivo al entrar a mi hogar. Él me sigue sin importar el golpe que casi le doy en la nariz con la puerta, me sigue sin importar que sus siguientes palabras podrían marcar un antes y un después en todo este asunto.

—Tenemos que hablar.

No me digas, genio.

—¿Cómo te fue con el abogado? —interrumpo e intento prolongar el momento, no sé si soporte las ganas de decirle que se largue. Ben responde con una mueca extraña, las cosas no van bien y está agotado, no necesita palabras para decirme lo que piensa, las ojeras bajo sus hermosos ojos negros lo explican mejor.

—Por el momento conseguí que Rosie viniera por el fin de semana.

—Eso es buenísimo. —Mi felicidad esta vez es sincera, he extrañado mucho a esa niña, aunque su padre sea un cretino—. Bennet, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

Suspira resignado frotándose el rostro y sentándose en un sofá como si estuviera demasiado cansado para permanecer de pie otro segundo. Los ojos de Bennet son tan negros que en ocasiones apenas se distingue la pupila, pero en estos momentos me niega la visión de esa maravilla, evita mirarme, me intrigan demasiado todas sus actitudes y me preparo de forma mental para recibir las malas noticias, porque si está así, no puede ser algo bueno.

Mete la mano en el bolsillo de sus jeans oscuros, saca una argolla dorada y creo que moriré en este segundo. Sin embargo, freno mi emoción cuando noto que la expresión de su rostro no cambia, sigue sin mirarme y luce más triste que nunca. ¡No sé qué diantres pasa!

—¿Sabes por qué es tan difícil tratar la custodia de Rosie? —pregunta sin ánimo alguno, juguetea con el anillo y observa con fijeza la joya como si fuera la culpable de todos sus males.

Un momento.

Esto no puede ser real.

Ese anillo *es* el causante de todos nuestros males.

—Estás casado con Beatriz —afirmo con un hilo de voz. No pregunto, no es necesario cuando todo está tan claro. Él y la modelo están casados y soy yo la tercera en discordia, no ella. Soy yo la que se plantó en medio de un matrimonio—. ¡Estás casado con Beatriz!

—Lucy...

—¡Estás casado y me convertiste en tu amante!

—Lucy... —insiste, pero yo veo todo rojo.

—¿¡Por qué no me dijiste nada?! —exploto, sin poder controlar a mi lengua traicionera— ¿Por qué siempre estás con las malditas mentiras, eh? ¿Tú crees que soy idiota? ¡Es eso! Piensas que soy una idiota que se cree todo lo que sale de tu maldita boca.

Bennet se pone de pie, yo le doy la espalda al instante. No quiero verlo, estoy tan furiosa que ni lágrimas puedo derramar, las palabras se me enredan y si me toca podría golpearlo. Necesito detenerme, necesito serenarme y atravesar esto de una forma madura. Decirlo es más fácil que hacerlo, eso está clarísimo.

—Escúchame, estamos separados hace mucho, hace mucho tiempo, Lucy... La familia de Bea es muy tradicional, cuando supieron de su embarazo no nos quedó otra opción y...

—No quiero oírlo —interrumpo su rápido ruego.

—Es que tienes que hacerlo, por favor, escúchame.

No digo nada, camino hasta el sofá de un cuerpo y me ubico ahí porque no tengo las fuerzas suficientes para estar de pie. Literalmente mi mundo se tambalea en busca de estabilidad, porque todo giraba en torno a él y acaba de decepcionarme otra vez, acaba de derrumbarme otra vez.

Ben se ubica frente a mí, intenta tomar mis manos, pero las aparto al instante, si me toca, me rompo y no quiero. No quiero ser tan débil como me siento.

—Por años he intentado conseguir el divorcio, pero solo tiene una condición para darme esa firma —comienza abatido—, y es que le entregue la custodia completa de mi hija. Entiende, Eloísa, que eso es algo que no pasará, aunque esté toda la vida amarrado a ella yo no voy a separarme de Rosie.

—Lo sé —susurro, más tranquila.

—Beatriz es... es de esa clase de personas que siempre consigue lo que quiere, ya sea con chantaje o amenazas. No es mala persona, solo es muy caprichosa.

—¿Y qué es lo que quiere, Bennet? —pregunto, demasiado cansada para tantas vueltas.

—Una familia —responde, mira la alfombra anaranjada bajo nuestros pies—, y yo estoy incluido en eso.

Lo quiere. Por eso tanto problema, o pierde a Rosie o me pierde a mí. Ya tengo clara la respuesta, aunque no por eso duele menos, porque por una sola vez en mi vida me gustaría ser prioridad, me gustaría que mis sentimientos importaran y poder decidir.

—Entonces... —Alzo los hombros, resignada—. Fue bueno habernos reencontrado, pero definitivamente no nacimos para estar juntos.

—¿Así de fácil dejaremos todo?

—¿Y qué quieres? No voy a quitarle su familia a una niña, mucho menos voy a dilatar esto con la promesa de esperarte. Te amo, Bennet, pero tú amas más a tu hija y eso está bien. —En este punto es difícil no soltar las lágrimas, mas necesito ser fuerte por los dos, no hacer drama por la memoria de lo nuestro—. Me decepcionaría si me escogieras a mí.

—Tienes razón.

Me toma de la mano y me guía hacia él con ternura, me acurruco en su regazo impregnándome de su característico calor. En otra situación impondría resistencia, pero tal vez esta es la última oportunidad de sentirlo así de cerca y no voy a desaprovecharla. Escondo el rostro en el resquicio delicioso de su cuello y permito que algunas lágrimas caigan para desatar un poco el nudo en mi garganta.

—Mírame —pide, toma mi rostro y seca mi llanto de paso—. Perdón por mentirte sobre todo esto, soy un idiota que te ha subestimado siempre, ocultándote las cosas para no herirte cuando eres la mujer más fuerte y asombrosa que conozco, pero este idiota te ama. Te amo demasiado, mi lucero, ¿me oyes? —Me da un beso fugaz—. Jamás pienses que dejé de amarte por ella, ¿me prometes eso?

Asiento porque es lo único que puedo hacer. No tengo voz, no tengo palabras, si hace dos semanas éramos felices, vivíamos un paraíso estando juntos, ahora debo conformarme con su presencia, tal vez ni eso, no creo que soporte verlo con su nueva familia mientras yo me destruyo por dentro.

—Ya vete, por favor.

Me levanto de sus piernas a pesar de que intenta detenerme, no quiero seguir con esto, no quiero estar junto a él sintiendo esta tristeza, deseo conservar nuestros recuerdos lo más felices posible y no lo haré si sigo viéndolo sin poder besarlo o tocarlo. Ben suspira, luce igual de abatido que yo, pero no se detiene al salir sin mirarme una última vez cosa que agradezco.

Los días tras nuestra despedida no continúan mejor, estoy sola, triste, con suerte puedo comer y deseo dormir todo el día. Vera, una de las profesoras de matemática, destaca cada día mi rostro ojeroso, cosa que ignoro porque no quiero preocuparme ni deprimirme más solo porque no tengo ganas de maquillarme. Ayer vi a Bennet con su feliz familia, llevaba a Rosie en sus brazos y su novia, *perdón*, esposa modelo, le acariciaba el brazo con confianza, así como yo solía hacerlo; él iba con gafas oscuras, así que no pude ver sus ojos, pero lucía igual de guapo que siempre.

Intento continuar con mi vida, intento no sentirme afectada porque él ahora está feliz, ahora tiene a su hija y eso es lo que importa. Mi corazón está destrozado, trizado en mil pedazos, pero ver la sonrisa de Rosie en los brazos de su padre es un bálsamo que disminuye el dolor, es la certeza de que, a pesar de todo, hice algo bien por ella. Todo es por ella.

25

UN NUEVO COMIENZO

ELOÍSA



Afuera la lluvia cae como si el cielo pudiera venirse abajo en cualquier momento, es increíble cómo el clima parece ponerse de acuerdo con mi estado de ánimo porque es uno de esos días en los que no tengo ganas de levantarme y al sentir el frío que se cuela por la ventana entreabierta, la flojera incrementa de manera considerable.

La verdad es que estoy agotada física y mentalmente. Me siento sola, aunque esté acompañada, estoy triste aunque sonría todo el tiempo para no preocupar a Julian y Sally, la bonita novia de mi amigo, que se ha convertido en una buena amiga también, pero cuando los veo juntos solo puedo pensar en mi soledad, en lo mucho que lo extraño.

Intentamos no decir su nombre. Oírlo es una punzada al corazón con un puñal inamovible que se incrusta un par de centímetros más cada día. Ya ha pasado un mes desde la última vez que lo vi, un mes desde que decidí alejarme y acepté la invitación de Julian de venirme a Nueva York, cosa que no ha sido tan mala porque estoy más cerca de mi madre, más cerca de mi hogar. De él no he sabido desde ese día donde me fue a dejar a escondidas al aeropuerto y me pidió que lo esperara, que solucionaría todo para venir por mí. Yo prefiero no hacerme falsas esperanzas, aunque una pequeña parte vive con la ilusión de que así sea, trato de mantenerla al margen de mi vida cotidiana.

Hoy es sábado por lo que no tengo que ir a la escuela, algo genial considerando mi ánimo del porte de una hormiga. De todas formas me levanto porque la imagen de un tazón con avena, yogurt y fresas me da vueltas en la cabeza, despierta también a mi estómago. Al parecer no hay nadie en casa, está todo en silencio y aquello no ayuda a mi depresivo semblante.

Intento comer mi desayuno, pero de pronto ya no se ve tan apetitoso, así que lo dejo de lado. Quiero volver a la cama, aunque no puedo, mi madre llegará en dos horas, tengo que ordenar, ducharme, arreglarme para aparentar que estoy bien; todas tareas que me parecen absolutamente difíciles e insignificantes, pero debo continuar. No debo dejarme vencer por esto, porque a pesar de las circunstancias tengo la certeza de que él me ama, que nuestra separación no fue por falta de cariño.

Al mediodía ya tengo todo listo, aplico un poco de labial rosa justo cuando el timbre suena, pero no es mamá, es Julian cargado con bolsas del supermercado. Le ayudo a cargar y guardar porque me deja vivir gratis acá hasta que Víctor me encuentre otro departamento, tengo que retribuirle de alguna manera.

—¿A qué hora llega tu madre?

El timbre suena un segundo después, me enmudece.

—Justo ahora.

Julian va a abrir la puerta un poco nervioso por conocer a mi madre luego de contarle lo conservadora que es, también le conté que era adorable, pero no se lo ha tomado muy bien. Mamá lo saluda con una bonita sonrisa de dientes pequeños. Llega a mi lado de igual manera, la abrazo no muy feliz por su visita; la amo, mas no me siento con ánimos de atenderla. Por suerte tengo a Julian, que le pregunta sobre el viaje y le ofrece algo de beber, ella acepta un té, provoca que mi amigo escape a la cocina en un dos por tres no sin antes voltear a verme y sonreír.

—Y, ¿cómo estás, hija? —inquiere, se sienta a mi lado en el sofá y toma mis manos entre las suyas. Le esquivo la mirada, temerosa, temo que mis ojos sean demasiado sinceros, temo que hablen sobre las lágrimas nocturnas o el vacío en el corazón por quererlo tanto y tenerlo tan lejos.

—Bien, adaptándome a la ciudad y al trabajo, pero bien.

—¿Estás comiendo bien? Estás más delgada, o no sé, te ves... —Se detiene un segundo mirándome con confusión—. Distinta.

—Estoy igual, mamá, solo cansada por el cambio.

Ella sonríe, aunque es obvio que no está convencida. Recibe la taza de té que Julian ha traído y comienza una conversación incómoda sobre cómo nos conocimos y sobre cómo no somos novios, casi puedo ver el ojo de mi madre temblando al oír que, además, mi *roomie* es quince años mayor que yo. Sin embargo, no dice nada. Eso es nuevo. El alivio aparece en su rostro cuando le digo que tiene novia y que somos amigos, que no pasará nada más. Es más de lo que puedo decir después del sermón que me dio cuando supo que salía con... mi ex.

Mamá logra inmiscuir a Víctor en nuestra conversación y, aunque hace tiempo lo perdoné, nuestra relación cambió muchísimo, aún es un tema que me entristece, me incómoda; mas continúo siendo la madrina en su boda, boda que será en un par de semanas, boda en la que tendré que verlo a *él*, ya que es el padrino. Todo esto me tiene con los nervios de punta, pero no puedo actuar como una cobarde y esconderme, tengo que ser capaz de enfrentarlo.

—¿Quieres salir a comer? —digo, con la esperanza de detener las preguntas—. Puedo mostrarte la ciudad.

—Conozco la ciudad mejor que tú, cariño, pero acepto. Las dos tenemos mucho de qué hablar.

X

Caminamos por el húmedo paseo de *Central Park* sin emitir ni un ruido. La lluvia cesó mientras almorzábamos, así que decidimos pasear un rato antes que el clima cambie otra vez. A pesar de que, según mi madre, tenemos muchas cosas de qué hablar, no hemos conversado demasiado ni ha sacado algún tema incómodo a relucir, tal vez yo estoy muy paranoica y le busco segundas intenciones a todas sus palabras.

—Bennet está en casa de su madre —suelta de repente y volteo a verla de manera automática, como si su nombre fuese un imán, me llama, me atrae. Intento que mis reacciones no me delaten, aunque con ella es difícil aparentar.

—¿Conociste a su novia modelo?

—Tú pareces más una modelo que ella —reconoce sonriéndome cómplice—, pero no la conozco, solo buscamos fotografías en Internet, ya que al parecer su suegra tampoco la conoce. La tal Beatriz está acá en Manhattan, él y Rosie se quedaron en Prince Lake para venir a buscarla y presentarla luego.

Cada palabra duele más que la anterior. Aprieto el nudo en la garganta para volver a hablar.

—Vaya, es más que oficial.

Mamá entrelaza nuestros brazos mientras seguimos con la caminata, la veo por un segundo antes de volver al frente, ella me observa con una sonrisa pequeña. Cada uno de sus gestos me enternecen, es mi mejor amiga a pesar de todo.

—Él me dijo lo que sucedió —comenta tras un breve silencio—, quiere que sepas que están preparando una demanda en contra de Beatriz por adulterio, al parecer se sigue viendo con el novio que tenía. Tal vez así pueda conseguir el divorcio y la custodia de Rosie, por mientras solo hace lo que ella quiere para no levantar sospechas.

Suspiro, no quiero pensar en las cosas que ella podría pedirle.

—Ben estuvo conmigo aún estando casados, ella puede decirlo también.

—Sí, pero no hay pruebas de que ustedes fueran algo más que amigos y vecinos, ella tiene fotos en Internet besándose con un sujeto, un fotógrafo con el que trabaja.

Prefiero quedarme en silencio, no sé qué decir porque hay un revoltijo de emociones peleando en mi interior y no quiero decidirme por una para luego decepcionarme. Solo me hace feliz saber que Bennet ha peleado por lo nuestro, no se quedó de brazos cruzados como pensé que haría y está haciendo lo posible por resolverlo.

Ojalá Rosie no se vea afectada por todo este proceso.

Llegamos al departamento de Julian y me sorprende al saber que mi madre se irá. Pensaba que se quedaría a dormir, pero dice que mi hermano envió a alguien por ella. Revisa ensimismada su teléfono en lo que yo busco un abrigo por el frío reinante. En eso, me avisa que ya vuelve y sale disparada por la puerta sin mirar atrás. Comparto una mirada curiosa con Julian, acabamos alzando los hombros ante el extraño comportamiento de mi progenitora. No me imagino que es lo que trama esta señora.

Reviso mi correo electrónico y redes sociales mientras la espero. Lo primero que encuentro es una fotografía de Rosie sobre los patines vestida de una bonita hada calipso, la presiono dos veces y sigo bajando antes de pensarlo demasiado, no significa nada en realidad. Una llamada entra impidiéndome hacer otra tontería, es mi madre.

—Mi chofer llegará pronto, baja para despedirnos —ordena rápido.

—¡Pero mamá...!

—Y baja mi bolso, cariño, lo olvidé con todas estas prisas —refunfuña lo último y corta la llamada. No por nada le decíamos "comandante Layla".

Tomo el bolso negro que parece más una mini maleta. Sin embargo, está abierto y de adentro caen un montón de papeles que no logro atrapar. No, son sobres, son cartas, son *esas* cartas. Todas tienen mi nombre afuera con la desordenada caligrafía de Bennet, no entiendo por qué mi madre las tiene, por qué no me lo dijo...

Junto cada uno de los sobres, guardo algunos en la cartera vertiginosamente, el resto lo llevo entre las manos al bajar las escaleras, una lágrima cae, no sé por qué lloro, pues en el fondo estoy feliz de tener esto y por fin conocer su contenido, pero mi madre...

—Mamá —le hablo con seriedad. Ella se voltea, pasa la mirada desde mis manos hasta mis rostro, junta los labios y se cruza de brazos.

—Me pidió que te las diera —dice antes de que pueda reclamarle cualquier cosa—, pero yo pienso que debe entregarlas él mismo.

Mi madre se hace a un lado y es ahí cuando me doy cuenta de lo que ocurre, me paralizó. El auto de Ben está estacionado frente al edificio, por la ventana trasera puedo ver a Rosie

durmiendo en su silla para niños y adelante ya está mi madre en el asiento del copiloto. Frente a mí está él, tiene una pequeña sonrisa en los labios rodeados de una barba incipiente que le queda de maravilla, es imposible que luego de un mes esté más guapo de lo que era, pero lo está. Extiende sus brazos hacia mí y todo mi cuerpo me traiciona, colisiono en su pecho con las lágrimas aflorando, su fragancia me envuelve, su calor me atrapa, la paz me inunda, nuestras pieles se reconocen al instante en que nos tocamos, es increíble cómo se encienden solo por estar próximas.

—Lucero —susurra, besa mi cabeza. Quiero decirle tantas cosas, mas solo puedo abrazarlo fuerte deseando que no se vaya. Me permito el mirarlo para grabar su rostro, su sonrisa no se borra, aunque me parece que también ha llorado un poco—, te he extrañado muchísimo.

No sé en qué momento comenzó a llover otra vez, estoy demasiado perdida en sus ojos negros para fijarme en otra cosa. Bennet me acerca al edificio para cubrirnos de las violentas gotas sin dejar de verme en ningún momento, en su mirada veo el anhelo, el amor y el arrepentimiento, ya no necesitamos palabras para entendernos.

—¿Estás bien? —cuestiona—. Por favor, no me mires así.

—Es que no puedo creer que estés aquí.

Me acaricia el rostro y quita las lágrimas que no pude contener, estoy demasiado llorona, es terrible.

—Lo sé, Lucy, pero no tenemos mucho tiempo —continúa, me entrega el enorme bolso con todas las cartas dentro—. Quiero que tengas esto, es decisión tuya si las lees o no, pero quiero que te des cuenta que a pesar de todo, de la distancia o el tiempo, yo te amo y eso no cambiará, ¿lo entiendes?

Asiento con un movimiento de cabeza, porque si hablo lloraré de nuevo, permito que bese mi frente y se despidе con la esperanza de volver a vernos luego en la boda de mi hermano. Sube al auto sin perderme de vista, lo sigo con la mirada sonriente y, cuando se va, cuento los días para contemplar el universo en su mirada otra vez.

Por cada escalón que subo hasta el departamento cae una lágrima confusa, confusa porque estoy feliz de verlo, confusa porque odié verlo partir. Julian me espera con una manta abrigada y una taza de chocolate caliente, por lo que quito mi abrigo húmedo dejándome cobijar en el calor abrasador en el que mi amigo me envuelve. Nos sentamos en el sofá e inspeccionamos el montón de cartas frente a nosotros, no sé en qué piensa él, pero yo solo espero el momento en que mis emociones dejen de pesar para sentarme a leer con tranquilidad. Debo encontrar sosiego para lo que, supongo, se avecina.

—¿Quieres que te deje sola? —me pregunta, tomándome las manos, la aspereza de las suyas me reconforta.

—¿Tú sabías que vendría? —inquiero en cambio, segura de la respuesta. Él me tiende su teléfono y lo confirmo.

Bennet: *Tal vez debería ir a verla...*

Julian: *Deberías venir.*

Bennet: *Aún no puedo...*

Julian: *Deja de ser idiota y ven a verla, no está enojada contigo, solo actúa como un hombre por una vez y hablen de lo que sucede entre ustedes. ¡Comúnicate!*

Bennet: *Gracias por cuidarla, es afortunada de tenerte.*

Julian: *Lo sé, aunque deberías ser tú y no yo.*

Bennet: Iré, ya se me ocurrirá algo.

No es la primera conversación que tienen y, aunque deseo con todas mis fuerzas mirar más, freno mi curiosidad, respeto su privacidad y le devuelvo el aparato. Suspiro como si de pronto tuviese demasiado dentro de mí. Esto es muy injusto, pero no debo dejar que me desanime y, a pesar de que es difícil, quiero creer que no es imposible.

LAS FAMOSAS CARTAS

ELOÍSA



Transcurren varios días antes de que vuelva a centrarme en las cartas que reposan escondidas en mi armario. No me sentí lo suficiente fuerte para leerlas en aquel momento, mas ahora, que he procesado todo, mi curiosidad se ve tentada por echarles un vistazo, aunque mi corazón sigue sin estar preparado.

Julian salió con Sally y no sé a qué hora volverán, por lo que me pongo un pijama abrigado, me preparo un café y me acurruco en el sofá con el montón de sobres que ordené por fecha en uno de mis debates sobre leer su contenido o no. Escojo el más antiguo primero, dentro se encuentra una servilleta de alguna cafetería que no conozco. Ha pasado casi una década desde que fue escrita, por lo que la letra ya es casi ilegible, algunas palabras se han borrado, pero logro distinguir la sombra de lo que alguna vez estuvo plasmado.

“Lucy,

Estoy en el aeropuerto a minutos de abordar ese avión para alejarme de ti para siempre. Y no quiero. No quiero hacer esto, no quiero perder lo que siento cuando estoy contigo, pero una parte de mí me dice que ya no hay vuelta atrás.

Me hubiese gustado despedirme, no irme como si fuese acusado de asesinato, pero no quiero dilatar más esta situación porque me hace daño. Me hace tanto daño dejarte.

Solo espero que seas feliz, que cumplas tus sueños y que nunca dejes de sonreír así tan hermoso como lo haces tú. Eres la persona más especial en mi vida y te amo por eso, Eloísa Santana, te amo más que nada.

Buscaré la forma de hacerte llegar esto, o tal vez no sea lo correcto, no lo sé. Ya debo abordar. Por favor, no me olvides.

Bennet”.

Bien, eso no fue tan duro como creí, al contrario, es lo que ya he escuchado antes y me molesta muchísimo pensar que todo lo que sale de su boca parece un discurso ensayado. Sé que sufrió, yo también lo hice por bastante tiempo, mas ahora me pregunto si su tristeza fue por nuestro cariño o su egoísmo al no poder tenerme. Tengo muchas preguntas sin respuestas, pero como soy masoquista, abro la siguiente de dos semanas después.

“Lucy,

A pesar de que cada día te extraño un poco más, hoy tu ausencia se ha vuelto insoportable. Te recuerdo día y noche, con tus sonrisas tan bellas y tos ojos que refulgían como estrellas en

una noche oscura. Me pregunto a cada instante qué es lo que estarás haciendo o qué tan molesta estás conmigo por irme así cuando dije que siempre estaría a tu lado.

Pero supongo que no todo es malo. Estoy viviendo en un lugar muy bonito con una hermosa vista al océano que de seguro amarías. He pensado que, tal vez en un tiempo, puedas venir a visitarme, pero dudo que tu hermano sea partidario de aquello y lo entiendo; si yo tuviera una hermana como tú, la protegería de cualquier idiota, y yo soy el rey de ellos. No le he preguntado a Víctor por ti porque sé que acarrearía consecuencias, consecuencias innecesarias cuando todo lo que busco es paz.

Mañana ingreso a la universidad, es mi primer día y estoy nervioso. Tal vez por eso has estado en mi mente todo el día, tú siempre eres medicina, hermosa estrella.

Bennet”.

Y mi mente se mantiene en blanco, distante, ajena a lo que estoy sintiendo porque en realidad no sé qué es lo que se agolpa en mi pecho. No es cariño, no es reproche, tampoco tristeza; es rabia, es enojo porque no se esforzó lo suficiente, porque en pocas líneas plasma lo que ya sospechaba al leer los primeros párrafos. Le duele su propio egoísmo. La siguiente habla más de lo mismo, que me extraña, que no puede vivir sin mí, que soy el amor de su vida, pero en ningún momento se pregunta por mi estado anímico ni lo mucho que me dolió a mí perderlo cuando él decidió rendirse.

Es injusto que después de tanto llorarle piense en estas cosas, me creía una mujer con mucho sentido común antes de irme a California. Es decir, tenía mi vida resuelta, era feliz soltera con un trabajo nuevo a flote, realizando mi especialización, centrada en mi futuro. Llevaba años curada de la enfermedad que suponía estar triste por él, llevaba años curada de Bennet, pero apareció otra vez y todo se fue a la mierda: mi determinación, mi libertad, mi vida. ¿Por qué no pude razonar eso antes? ¿Por qué tuvo que volver a destruirme para comprender que con todos sus dramas él no es bueno para mí? Y es que ahí está el problema, él nunca ha sido bueno para mí porque no confío en su persona, pero quise vendarme los ojos, quise apuñalarme en ellos y dejar que me guiase por un camino por el que me prometí no volver a cruzar.

Abro otra carta para cerciorarme que no son ilusiones mías, que esto que estoy sintiendo, que esta rabia que sucumbe en mi pecho es solo un espejismo producido por el cansancio de llorarle cada noche, anhelando sus manos sanadoras, sus ojos hechiceros, sus labios traicioneros. Pero no.

“Lucy,

Me siento cansado, agotado de todo esto que va más allá de mi comprensión. Siempre creí que era una persona miserable, sola, pusilánime, pero no tenía idea de lo que la vida me tenía preparado...”.

Lo dejo hasta ahí porque las tres planas que le siguen a esto no albergan demasiadas esperanzas. Tal vez me precipito. Tal vez es solo imaginación mía, en el fondo espero equivocarme, que Ben resuelva sus dramas y volver a refugiarme en el calor de sus brazos como cada noche. Sin embargo, mi lado racional me grita, me reprende, me hace abrir los ojos y darme cuenta que todo este tiempo solo he sido una revancha, el período de prueba a una experiencia que antes no pudo cumplir. Soy solo un sueño que antes no logró hacer realidad y ahora que lo tiene... ahora que adora la idea de tenerme, tal vez ya no me tenga más.

Me levanto del sofá con la idea de sacudirme cualquier pensamiento como si mi cerebro fuese una bailarina de samba en pleno carnaval de Río, mas todo queda en intenciones cuando mis propios cuestionamientos abarcan cada espacio de mi mente.

Con Ben siempre ha existido algo, tenemos un acuerdo silencioso, una conexión que

simplemente está ahí, perenne, y no podemos deshacerla. ¿Han escuchado esa leyenda del hilo rojo del destino? Pues yo tengo un extremo y Bennet tiene el otro, estamos unidos por la astrología, la mitología celta, egipcia y griega. Él siempre será el hombre al que más he amado románticamente hablando, pero ahora pienso si ese amor tan devoto, tan altruista que siento será suficiente ante el egoísmo que él derrocha sin siquiera pensarlo, porque no es intencional, eso lo tengo claro. Solo es algo que está en él, algo con lo que nació y que se desvanece cuando su hija está cerca.

Tal vez es porque es hijo único, nunca ha tenido la experiencia de pelear por aquello que quiere a combos y palizas. Aunque no puedo culpar a sus padres por no querer procrear un mini Lewis.

—Lamento interrumpir.

He estado tan inmersa en absurdas cavilaciones que no oigo a Julian hasta que se ubica a mi lado con cansancio. Va muy guapo con una camisa rosa medio desabotonada y unos pantalones negros que le quedan perfectos, Sally es una mujer suertuda con un hombre como él a su lado. Me toma por los hombros, guiándome hacia su pecho que de pronto parece el lugar más seguro del mundo, no sabía que necesitaba tanto un abrazo hasta que él simplemente me lo dio.

—¿Y Sally? —pregunto con una débil sonrisa, cómoda, tranquila.

—La llevé a su casa.

—Pensé que dormiría aquí.

—Tenía un compromiso familiar.

Me comenta que fueron al cine a ver una película animada porque Sally las ama, él lo niega, pero sé que también adquirió el gusto. Sonríe mucho mientras habla de todo lo que hicieron, de lo mucho que se divirtieron y un largo etcétera cargado de un romanticismo que hace poco me hubiese hecho suspirar, mas ahora lo único que me provoca es tristeza, porque por un momento viví algo así, pero todo lo bello estaba envuelto en secretos...

—¿Las leíste? —Cambia de tema, toma el papel más cercano y lo lanza sobre la mesa. Su aroma me tranquiliza, tener a un amigo como él me hace bien ahora.

—Sip. No hay mucho qué decir al respecto.

No hay nada que decir al respecto.

—Creí que cuando lo hicieras te encontraría más emocionada.

Me encojo de hombros, es lo que hago cuando no quiero hablar de algo y, a pesar del poco tiempo, Julian capta la indirecta.

—¿Eres feliz con Sally? —indago, abrumada con mis propias emociones—. ¿Confías en ella?

No hay que ser un genio para saber las respuestas. Sus ojos se iluminan como un par de faros y sonrío de esa forma boba tan distintiva de una persona que vive su amor en pleno apogeo.

—Mucho. Soy muy feliz y confío tanto en ella que si me dijera que paseó en unicornio por Central Park, le creería. —Eso me hace reír. Pone algo de música en su teléfono, no conozco la canción, pero es lenta y melancólica. Perfecta para este momento—. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Tú confías en Bennet?

El vocalista canta sobre alguien a quien seguirá amando a pesar del fracaso, *a pesar de todo*, y me siento identificada, porque de un modo u otro, con él o no, siempre le guardaré un cariño especial, esa especial característica de las primeras sensaciones que el amor proporciona. Y aunque ya todos sabemos la respuesta a la pregunta que he tratado de evitar con divagues sobre esta canción tan bella, le contesto:

—Hace bastante dejé de confiar en él, lo intenté mucho, intenté olvidar todas las veces que me ha mentido o defraudado, pero no puedo hacer como si nada, mi mente siempre vuelve a sus fallos. Pero lo amo, o eso creo, porque cuando estoy con él es maravilloso, ¿entiendes?

—¿Y cuando no estás con él? —inquire y ese es el gran problema.

—Me agobio muchísimo.

Me preocupo demasiado, me atormento pensando en lo que hará, con quién, si me extrañará, si Beatriz lo fastidia mucho o lo toca en las noches como lo hacía yo. ¿Compartirán la cama? ¿Preguntará por mí? ¿Podré vivir tranquila de nuevo sin su fantasma visitándome indeseablemente cada noche?

Julian suspira hondo, me saca de mis destructivas cavilaciones.

—Para mí, el amor es calma mental y un constante desorden emocional. Digo, ¿de qué te sirve alguien que te alborota las hormonas si no va a aportar a la estabilidad mental que necesitas?, ¿de qué te sirve alguien que te entrega esa calma si no hace que te emociones cada vez que lo ves? Tiene que ser un conjunto perfecto, un equilibrio.

Ciertamente no tengo palabras, las de él son suficientes para que los engranajes en mi cerebro comiencen a retroceder, rememoran todas las veces que he estado con él, en sus brazos, disfrutando, siempre intentando descifrar la veracidad de sus palabras, nunca descansando. Y estoy agotada en todos los sentidos. No quiero pensar, no quiero llorar, no quiero sufrir

—¿Quieres salir? —le pregunto a Julian quien, ante eso, cambia la música abruptamente a un mambo super pegajoso que me sube el ánimo en un dos por tres. Mi amigo es como una playlist personal.

—¡Noche de karaoke! —exclama y lo único que puedo hacer reír.

Reír para no romper en llanto.

X

La sonrisa de Julian es contagiosa. Observa a Sally en el escenario cantando *The Reason* como si fuese la mejor obra de arte. Lo sé, porque a Ben lo miraba así y si me hubieran dicho que esta noche sería el mal tercio, jamás hubiese cambiado mi pijama por *el club de las miraditas enamoradas*.

Mi amigo se pone de pie para ir al encuentro de su amada, quien de un salto se arroja a sus brazos con la certeza absoluta de que él la atrapará. Son demasiado adorables. Y yo estoy demasiado amargada desde que decidí no beber nada esta noche para no cometer alguna estupidez como llamar a mi exnovio o reservar el primer vuelo con destino a California que encuentre en Internet. Lo normal.

Finjo lo mejor que puedo cuando se acercan a mí para no ser la aguafiestas, aunque lo único que deseo es retroceder el tiempo y jamás haberme quitado mi cómodo pijama. Sally me invita a bailar entre risas alegres, le sigo el ritmo porque, ¿qué más puedo hacer? A pesar de que ansío ir a un lugar solitario a lamer mis heridas, me mantengo de pie como siempre lo he hecho. Ya superé a Bennet una vez, no creo que sea tan difícil hacerlo de nuevo, aunque ahora conozca el sabor real de su piel y sus besos, el calor adictivo de su cuerpo, el bonito tono que adquieren sus ojos cada vez que dice cuánto me ama...

¡A la mierda la abstinencia!

Me escabullo a la barra cual ninja, pido tres shots de tequila y los bebo antes de que alguien me vea. Parezco de esos drogadictos en rehabilitación, escondiéndose para meterse algo, mas mi droga es un poco más potente, corrosiva e irremediabilmente tóxica. Mis amigos se mantienen en

la mesa, mirándose como si no existiera nadie más en este jodido mundo, camino hasta ellos porque son las únicas personas que conozco aquí, pero no cuento con el instinto de Sally, ni con su excesiva protección de mamá.

Al parecer soy una niña que necesita que estén sobre ella a cada minuto.

—Te vas por cinco minutos y ya hueles a licor barato —me dice Julian, se aguanta las risas, no sé por qué, ya que nada de esto me parece divertido.

—Para tu información, era bastante caro.

—Eloísa, pásame el teléfono.

Pongo los ojos en blanco, pero se lo entrego como quinceañera regañada, porque justo así me siento ahora. Ni siquiera estoy borracha, tampoco quiero estarlo, solo necesitaba anestesiarse un poquito este dolor que se asienta en mi pecho cada vez que su recuerdo se apodera de mis pensamientos, tal vez arrancarme el pecho sea más fácil que borrarlo de mi mente, porque mi corazón no soporta del todo bien su ausencia y aunque intento odiarlo por todas las pendejadas que me ha hecho, no puedo dejar de amarlo.

Yo sabía que estar con él me cambiaría de una u otra forma, pero no estaba preparada para perderlo todo, para perderme a mí.

EL VERDADERO PROBLEMA

BENNET



La extrañaba demasiado.

Verla fue como recargar energía, repetirme que por ella estamos lejos, que todo esto acabará bien y podremos estar juntos en algún momento. Sé que de ilusiones no se vive, pero es lo único a lo que puedo aferrarme en esta situación de incertidumbre, donde ella está lejos y yo estoy aquí, fingiendo ser feliz con una vida que no deseo, con una mujer que no amo.

He intentado que este proceso no sea un verdadero calvario, pero Beatriz hace que lo difícil sea imposible, me confirmo con que la mujer divertida y tierna que conocí en algún momento se esfumó, dejando en su lugar a una copia más joven de su progenitora, con la que, por conveniencia, nunca me he llevado bien. Pero tengo a Rosie. Y por estar junto a ella soportaría a Bianca, a Beatriz o a cualquiera con tal de ver su sonrisa cada mañana mientras le preparo el desayuno, por ese beso en la mejilla que me obsequia al dejarla en la escuela y los ojos brillantes que me transmiten tanto amor cuando le doy las buenas noches.

En el tiempo que está en la escuela, aprovecho de visitar el taller para no estar en casa con ella, es absurdo porque Nelson maneja muy bien las cosas y con la nueva contratación, mi presencia en el lugar es casi innecesaria, pero voy de todos modos para evitar la soledad.

—No puedes esconderte aquí por siempre —me dice Nelson a la hora del almuerzo, mientras los demás se asean para venir a comer—, es bonito y cómodo, pero hasta ella sabe dónde trabajas. Haz frente a tus problemas.

Suspiro, no necesito su consejo.

—Soy un idiota, Nelson, no sé hacer otra cosa.

—Yo también lo soy, Benny, esa no es justificación. La diferencia es que yo lo disfruto y soy un idiota feliz, tú, en cambio, luces miserable.

—Estoy arreglando mi mierda, amigo, solo necesito tiempo. —Vuelvo a suspirar, esta vez por cansancio—. Y paciencia.

Nelson come sin dejar de mirarme, sin dejar de juzgar mis estúpidas decisiones. Nunca antes rogué tanto por la llegada de los demás.

—¿Te has fijado alguna vez en lo mucho que se parece Eloísa a Beatriz?

Lo observo sin saber a qué se refiere, las veo tan distintas, tan lejos la una de la otra, que es imposible para mí asociarlas o adjudicarles alguna característica similar.

—Ya sabes, ambas castañas, altas, ojos grandes, las pecas. Incluso sus personalidades son

algo parecidas, pero estás tan ciego por tu amor devoto a Eloísa que no te has fijado en esos detalles.

—No es eso, solo estoy seguro que Lucy jamás me haría lo que Beatriz está haciendo. Jamás usaría a mi hija para chantajearme ni me obligaría a estar con ella.

—Las decisiones son personales, Benny, me refiero a lo demás: ambas son consentidas, risueñas pero conservadoras y, disculpa que lo diga, pero ambas saben perfectamente cómo manipularte.

Quiero decirle que se equivoca, pero justo en el momento en que quiero hablar, estos cabrones aparecen con sus juegos de siempre, molestan a Eric por la nueva chica con la que saldrá y recordándole todas sus citas fallidas anteriores, como si el tiempo no hubiera pasado, como si la vida con ella se hubiera congelado y solo nosotros avanzáramos a esta realidad que no me gusta ni un poco y me hace querer retroceder a la época donde éramos los dos contra todos.

Todos acabaron de comer rápido, por lo que no tardamos demasiado en quedarnos a solas de nuevo con las palabras no dichas flotando a nuestro alrededor.

—Eloísa y Beatriz son mujeres especiales, cautivadoras, bellísimas las dos. Eloísa es la persona más agradable del mundo y, conociéndote, algo debió tener Beatriz para que desde un inicio te fijaras en ella. Si me preguntas a mí, creo que deberías dejar de pensar en lo que quieres y hacer las cosas bien con la gente que te rodea, viejo. No soy moralista, sabes que no, pero estás actuando como un pendejo y si sigues así, vas a quedarte solo.

Tras decir aquello se marcha, me deja a solas con mis incertidumbres y mis miedos. Muchas veces he fallado, creo que ya se han dado cuenta de eso porque soy el primero en reconocer mis errores; soy inmaduro, no sé actuar bajo presión, odio recibir consejos, pero esta vez Nelson tiene razón. Puede que siempre la haya tenido. Puede que este cabrón sea una especie de ángel salvador que vino al mundo a comportarse como idiota para ganar la confianza de otros como yo y decirles qué hacer. Puede que divague para no enfrentar mis principales problemas y seguir ahogándome en mi laguna de autocompasión. De lo que sí estoy seguro, es de mi arraigada cobardía, y en este instante tengo muchísimo miedo de perderlo todo, si es que no lo hice ya.

Cuando tenía doce años vivía con mis padres en un departamento en Florida muy parecido al lugar donde vivo ahora. Mi madre trabajaba, se suponía que mi padre también, así que volví caminando a casa después de la escuela para no pasar tanto tiempo solo, eso nunca me gustó. Fue ahí cuando lo vi, en el pórtico del edificio besando a una mujer más joven, más guapa y visiblemente más feliz que mamá. No sé en qué momento nuestros ojos tan iguales se encontraron, solo pude huir. Corrí al ascensor antes de que él me alcanzara y con el nerviosismo latente, presioné botones al azar. Primero se cerraron las puertas, luego el aparato avanzó un poco, se detuvo y no funcionó más. Estuve atrapado por más de tres horas, solo, con la imagen de mi padre siendo infiel, con el intento de escapar sin resultados, rasguñaba las paredes, apretaba los botones, hacía cualquier cosa que me liberara de esa caja y de mi mente. Sentí mucho miedo, lo que más recuerdo es el pánico que me persigue hasta el día de hoy y ese temor no es nada comparado con el horror que me da volver a ser yo y mi soledad después de haber disfrutado del paraíso que es estar con Eloísa Santana.

X

—Podríamos salir a comer ahora que Rosie está en la escuela.

—Comí en el trabajo, no tengo hambre.

—¿Y si vamos al cine? Están pasando esa nueva de los superhéroes que te gustan.

—Leí que dura casi tres horas, debo ir a buscar a Rosie en menos que eso.

—¿Podrías esforzarte un poco, por favor? Esto no es difícil solo para ti.

No le respondo, ni siquiera la miro. Entrar en una discusión con Beatriz es aventarme a un bucle infinito, porque así es ella, siempre tiene que ganar y esta vez no es la excepción, ya que cuando comienza a acercarse a mí con claras intenciones de seducirme, me pongo de pie, tomo las llaves y la invito a salir a cualquier lado con tal de que no me ponga las manos encima como ha tratado de hacer desde que volvió. Desde que el gélido infierno se instaló en este lugar.

Corre al cuarto a cambiarse de ropa cuando le digo que la esperaré abajo. No sé a dónde iremos, tampoco tengo ganas de salir, pero supongo que distraerme es la mejor solución a esta inevitable situación. Cuando llego abajo enciendo un cigarrillo, abandoné el vicio, pero me he estresado tanto que he vuelto a caer. Supongo que eso es lo que Beatriz provoca con su sola presencia. Aunque no todo es tan malo. Jamás había visto a Rosie tan feliz, adora que pasemos tiempo los tres, llegar de la escuela y compartir con sus padres es, como dijo ayer, la parte favorita de su día y, ¿cómo debo reaccionar cuando me dice cosas así?

—Te traje mentas y perfume —comenta Beatriz al alcanzarme. Los años no le han hecho daño para nada, luce igual de jovial y bella como cuando la conocí. Así, casual, sin tanta producción, es la forma en la que parece más accesible para mí, de lo contrario, me repele mucho su facha de modelo de pasarela—. Sabes que a Rosie no le agrada el olor.

—Gracias —le digo, como un caramelo y entro a mi auto—. ¿A dónde quieres ir?

Y con esa maldita pregunta comienza la primera discusión de la jornada. Ella no sabe a dónde ir, yo menos, ya que ni ganas tenía de salir, pero me guardo todos los reproches, me guardo todo para estallar en otro momento, no ahora con esta nimiedad. Finalmente decidimos ir al centro comercial, pues debe comprarse algo para usar en la boda de Víctor, vemos unos cuantos atuendos para Rosie y aunque ella quería comprarle algo, acordamos en ir a recogerla para que escoja uno de su agrado. Después de todo, el tiempo pasa bastante rápido, no fue tan malo como pensé en un principio y me siento satisfecho al comprobar que Beatriz no se ha transformado en una arpía peor que su madre; sigue igual de agradable que siempre, bromea como solía hacerlo cuando estábamos juntos y sonrío de esa forma bonita en que los ojos verdes se le achinan, pero eso no quita que esté enfadado con ella por querer extorsionarme con mis puntos débiles. Ha sido el golpe más bajo que pudo dar. No hemos mencionado aquello durante este mes que compartimos, básicamente porque yo no quiero hablar con ella ni del clima, mas aquí estamos, intentando comportarnos como una pareja normal ante los ojos del resto. ¿Para qué? No tengo idea, no sé si quiera escucharla de todos modos, solo mantengo esta tregua por Rosie, por la sonrisa de felicidad absoluta que se le planta en el rostro al ver a sus dos padres ir por ella a la escuela. Siempre he pensado que la sonrisa de un hijo tiene el poder indestructible de endulzar el alma, la de mi hija, en particular, es capaz hasta de curar las heridas más profundas e inalcanzables. Es mágica, como ella.

—¿Podemos ir por un helado luego? —pide cuando le decimos que iremos por un vestido para ella.

—No puedes comer tanto helado, Rosie —dice Beatriz con su voz de madre estricta—, ya hablamos de eso en casa.

Observo a Rosie por el espejo retrovisor y le sonrío. Sé que no debo desautorizar a Bea como madre. No obstante, la niña no ha comido nada de dulces en dos semanas, al contrario de todo el azúcar que consumíamos cuando estábamos los dos solos... o bueno, tres con Lucy.

De todos modos, mientras ella junto a su madre ven el dichoso vestido, me escabullo hasta la heladería para complacerla, desato así la segunda discusión de la tarde que se reduce a una

mirada de advertencia que no me intimida en lo más mínimo. Es un puto helado, se lo ha ganado porque se comporta excelente y es la primera en su clase, que no me joda. Evitamos las palabras en todo el camino para que Rosie no nos oiga discutir, puede que no seamos los mejores amigos, mas tampoco pagamos nuestras frustraciones en ella, es lo único que tenemos en común. Sin embargo, luego de que la pequeña se duerme, sé que debemos dejar los pendientes de lado y aclarar por una maldita vez esta relación que no comprendo muy bien cómo llevar.

—No tenías que comprarle nada —reclama de brazos cruzados, adopta ese semblante serio que me recuerda al de Bianca—, no debes desautorizar mi maternidad.

—Y tú no puedes ponerte así por un maldito cono de helado, deja que se relaje un poco, solo es una niña.

—La estoy educando, no puede tener siempre lo que quiere.

—¡Sí cuando yo pueda dárselo! —exclamo, ya alterado. Esta mujer me saca de quicio demasiado rápido.

—¡No me grites! —vocifera de vuelta—. No es necesario que nos gitemos. Solo intenta comprenderme. Escúchame.

Por su rostro afligido entiendo las segundas intenciones en sus palabras, la miro tan fijo que ella desvía la mirada por un par de segundos, pero cuando me ve, reconozco todas esas cuestiones físicas que mencionó Nelson y que la hacen tan parecida a Eloísa. Sus ojos son igual de bellos, pero carecen del brillo característico que posee la mujer que amo, las pequitas que le salpican la nariz fina le dan ese idéntico aire infantil y su cabello es casi del mismo largo. ¿Cómo no compadecerme de Bea, si al mirarla pienso en ella?

—Está bien, te escucho.

Tomo asiento en la cama, Bea no me imita, se apoya en una de las paredes libres, suspirando con desgana.

—¿Crees que para mí es idílico vivir con un hombre que no me ama? ¿Un hombre al que yo tampoco amo? —cuestiona, observándome con reproche—. Esto lo hago por Rosie, y por ti, estoy dejando todo de lado por ustedes dos.

—Yo no te he pedido nada de esto.

—Lo hubieras hecho en mi lugar, Bennet.

Le ruego que se explique, me encuentro un poco superado con tanto misterio. ¿Así se habrá sentido Eloísa cada vez que parecía que guardaba secretos?, ¿cada vez que hacía preguntas que me negaba a responder por ser demasiado imbécil para asumirlo? Porque no se siente bien esta incertidumbre arremolinándose en mi cerebro, reclamando satisfacción.

—No existe esa demanda por la custodia de Rosie.

¿Qué?

—¿Qué?

—Es decir, existe, pero mamá necesita mi firma para validarla —aclara al verme el rostro, de seguro compungido por la rabia que de pronto se ve limitada—. Sabes que tiene poder legal sobre todos mis asuntos, no pensé que también podría hacer algo como eso, pero lo hizo.

—¡¿Y con qué derecho?! ¡Pero qué mierda le pasa!

Beatriz se sobresalta ante mis gritos iracundos. No me sorprende que Bianca hiciera algo como eso, es una bruja y nunca le ha importado el bienestar de mi hija, mas no logro comprender por qué quiere alejarla de mí, por qué me odia tanto como para querer alejar a lo que más amo en la vida.

—Tengo una oferta de trabajo en una escuela de modelaje en Londres —sigue Bea—, ella

sabe que no me iré sin Rosie y yo sé que tú no dejarás que me la lleve... Yo tampoco deseo tomar esa oportunidad. Tengo mi vida acá, pero mamá no entiende de razones, no quiere que esté con nadie porque aún estoy casada contigo, tampoco quiere que pasemos por el escándalo familiar que conlleva un divorcio. Lo único que se me ha ocurrido para que me deje en paz es decirle que volví contigo, que formamos nuestro hogar y que fue nuestra decisión el quedarnos juntos como familia.

Me paraliza. Me paraliza porque si me muevo explotaré.

—¿No se te ocurrió decirle que tienes veintiséis años y que no puede controlar tu vida?

Ella bufó, cansada y resignada, al borde del llanto.

—Muchas veces, pero el poder que tiene sobre mí me ata de manos, podría quitarme todo y no hablo solo del dinero, Bennet. Bianca tiene muchos contactos, contactos que podrían jodernos a ambos y quitarnos a Rosie. Tengo miedo de que eso pase, ¿no lo tienes tú ahora que sabes la verdad? —Asiento, porque no tengo palabras. Estamos atados de pies y manos, totalmente amordazados por mi *querida* suegra—. Si quieres estar con esa chica, yo no haré nada, eres libre siempre y cuando seas discreto —continúa, hace que levante la mirada de inmediato. *¿No podías decirme esto antes, Beatriz?*—, solo necesito que hagamos esto juntos. ¿Puedes perdonarme? ¿Podemos seguir con este intento de matrimonio feliz hasta que encontremos otra solución?

Sus ojos mantienen un ruego desesperado, me recuerdan al día en que me dijo que estaba embarazada, a cómo me tomó las manos de la misma forma en que hace ahora y me pidió, con lágrimas en los ojos, que no la dejara sola, que criáramos juntos a nuestra hija. Ese día no me equivoqué al tomar la decisión de apoyarla, espero no estar errando ahora.

—Está bien, Bea, haremos esto.

UN PEQUEÑO INSTANTE DE FELICIDAD

ELOÍSA



Es el tercer día más horrible de mi vida. Muero de sueño, de hambre y el estómago me duele un montón. El miércoles cuando desperté se me ocurrió la entonces magnífica idea de comer un par de cupcakes que horneé el fin de semana sin contar con que estaban asquerosamente añejos y me hicieron pésimo. He tenido que soportar el malestar porque no puedo faltar al trabajo si llevo poco más de un mes, pero Julian se ha preocupado de hacerme comidas livianas, porque lo único que hago al llegar a casa es dormir.

Sin embargo, hoy es un día especial. Hoy no pueden existir los dolores, las enfermedades ni nada más, porque hoy es la ansiada boda de Víctor y Jenna, el día en que veré a Ben otra vez luego de su efímera visita, el día en que caminaremos del brazo al altar, así que me mentalizo para que mi estómago soporte todo el cúmulo de sensaciones que me tienen expectante, ansiosa, nerviosa, literalmente comiendo mis uñas debido al tamborileo loco de mi corazón y la incapacidad de mantenerme quieta cuando situaciones así se presentan.

—Tranquila, Eloísa, no puedo maquillarte bien si tienes cara de querer vomitar —se queja Sally con las manos en mis hombros y una sonrisa que, lejos de tranquilizarme, me hace pensar en lo sincera que es y en lo mucho que extraño sonreír así tan natural, sin la obligación de forzar una mueca.

—Quiero vomitar.

Corro al baño sin darle tiempo de reaccionar, espero y espero, presiono y presiono, pero no puedo hacerlo, mas la sensación asquerosa propagándose por mi garganta se mantiene, me recuerda el malestar incesante. Una punzada en mi bajo vientre acrecienta mi pesadumbre, respiro profundo un par de veces, intento convencerme de que no es nada grave y que estaré perfecta todo el día para ver a mi hermano casarse. Si pienso eso tal vez el dolor disminuya.

—¿Cariño, estás bien? —pregunta mi maquilladora estrella tras golpear con suavidad.

—Sí, ya voy.

Miro mi reflejo en el espejo y *Dios mío*, estoy horrible. Sally tendrá que trabajar muchísimo porque tal vez necesite diez kilos de maquillaje para cubrir las intensas ojeras que surcan mis ojos. Los labios que antes brillaban rosados ahora están secos, agrietados, indeseables para ver al hombre que he amado y anhelado más que cualquier cosa junto a su esposa súper modelo, eso sin contar que me siento terrible. Abro la puerta sin dilatar más el asunto, la cara de mi amiga refleja pura preocupación que incrementa en cuanto un dolor punzante en mi vientre hace que me doble

por completo. Ella me sostiene antes que mis piernas flaqueen y mis rodillas se estrellen contra las heladas baldosas. Todo llega de pronto, como una tormenta fría que me perla la frente de sudor, que me electrocuta la columna y me invade de calor.

Me lleva a duras penas hasta el sofá, pone una manta sobre mí porque, según ella, tiemblo, aunque yo no sienta nada de eso, el dolor en mi vientre es tan intenso que me priva de las demás sensaciones de mi cuerpo. Solo se mantiene eso junto al miedo, porque no tengo idea de qué me pasa y no quiero arruinar este día tan especial para todo el mundo, para las personas que amo. La rubia toca mi frente, pronuncia palabras inentendibles por más que me esfuerce en oírlas, asiento por inercia, no sé si lo hago o solo creo que lo hice. Esto es demasiado.

—¡Amor, voy a la farmacia! —Es lo único que mis oídos captan. Julian aparece entonces frente a mí luciendo igual de preocupado que su novia. Lo veo escribir en su teléfono a medio vestir con la camisa desabotonada. Siento sus manos en mi rostro como suaves caricias que me recuerdan a las de mi hermano, cierra mis ojos con ternura y deposita un dulce beso en mi cabello que de seguro está arruinado.

—No te preocupes por eso ahora, cariño —habla, como leyéndome la mente. No quiero abrir los ojos porque estoy muy cómoda, porque solo así la presión de mi estómago disminuye y me siento un poco mejor—. Relájate, inhala y exhala con tranquilidad.

Su voz me arrulla hasta que ya no siento nada, hasta que la oscuridad me atrapa y el dolor desaparece. Quisiera quedarme aquí siempre.

No sé cuánto tiempo transcurre cuando Sally ya está aquí, Julian está vestido en su totalidad, impecable con su traje gris y corbata verde esmeralda que resalta sus bonitos orbes. Conversan en voz baja sin notar que ya he despertado, él es el primero en hacerlo, me sonríe con cariño y pregunta precavido cómo estoy.

—Ya estoy mejor, creo que solo necesitaba descansar.

Ambos me observan incrédulos, Sally rebusca en su bolso, saca dos cajas y me las tiende.

—Mi hermana estaba igual que tú cuando supimos que mi sobrina vendría al mundo. Tal vez no lo sea, pero con dos estaremos seguros, ¿sí?

Bien, este es el asunto. Tengo náuseas, mareos, antojos, asco, un cansancio horrible y me acabo de desmayar, eso sumado a los dos test de embarazo en mis manos, forman parte de mi mente en un milisegundo. Me río tan fuerte que me salen lágrimas, es tan gracioso encontrarme en esta situación justo en este momento. Pero el destino es una perra, una muy maliciosa y cizañera. Me dirijo al baño sin frenar ni un poco mis carcajadas, mis acompañantes me miran salir como si estuviera loca, no me sorprendería estar ya un poco demente, aunque sé que son los nervios marcando presencia.

Seré sincera, siempre, desde que tengo uso de razón, he soñado con ser madre. Amo a los niños, creo que ya lo han notado, por lo que tener uno propio sería un sueño cumplido para mí. Ahora, pongámonos serios, este bebé imaginario no sería traído por el espíritu santo en forma de palomita milagrosa y que Bennet sea el padre acrecienta las posibilidades de que sea guapo, mas no me interesa convertirme en otra Beatriz y retener a un hombre y alegar por su responsabilidad paternal. Yo puedo sola. Y como soy una mujer fuerte, bebo cuatro vasos de agua seguidos antes de encerrarme en el baño para orinar estos aparatitos que dictarán mi futuro.

No quiero mirar.

No quiero.

No puedo.

¡Ay, ya miré!

¡Por Dios Santo y todos los jodidos ángeles...!

Los golpes en la puerta interrumpen mi euforia mental, le digo a la persona que se esconde tras esta que entre y cuando veo a Julian aparecer, me arrojo a sus brazos de un salto, demasiado inquieta para controlarme. No sé en qué momento las lágrimas comenzaron a caer de nuevo, pero sí sé cuándo apareció la sonrisa.

—Estoy embarazada —me río entre el llanto cuando mi amigo me suelta observándome con confusión. Tal vez ya piensa que me volví loca, así que le muestro las dos líneas en ambos aparatos.

Él sale del baño un segundo y grita:

—¡Está embarazada!

Y así de pronto somos tres individuos apretujados en un cuarto de baño diminuto, mirando dos pruebas de embarazo positivas sin poder creerlo del todo. O al menos la última descripción me representa en lo personal, ni sé qué piensan los otros, pero están aquí, me acompañan, me dan mimos, me hacen feliz por solo compartir este instante conmigo, este gran momento de felicidad que cambia todo de un segundo a otro sin siquiera darme tiempo de procesar.

—Ahora vamos a terminar de peinarte y a dejar de llorar para que tu maquillaje quede hermoso —comenta Sally, abandona nuestro rincón de felicidad para ir por la plancha de cabello y su bolso de cosméticos.

—¿Vas a decirle a Bennet?

Hago como que no oigo aquellas palabras, como que no escuché su nombre ni por accidente. Me preocupo de aplicar un poco de base en mi mano para verificar si es el tono correcto para mi piel o husmear entre los labiales algún color bonito que me guste y que combine con el vestido morado que mi cuñada me obliga a usar a pesar de haber elegido otro con anterioridad. Pienso en cualquier cosa para no imaginar la reacción que tendrá Bennet cuando le cuente lo que sucede conmigo, porque si me rechaza... Bueno, no me caería, seguiría porque ahora tengo otro motivo más importante que él, pero lo haría con temor, con pena, con la soledad como compañera inalterable cuando la detesto tanto, tantísimo.

Después de una hora de trabajo intensivo, puedo mirarme al espejo con orgullo, Sally ha hecho un trabajo magnífico a la hora de cubrir mis ojeras estratosféricas, sumado al magnífico embrollo que hizo con mi cabello, me siento más hermosa que nunca. Sin embargo, no puedo evitar sentirme más hinchada, más llena. Sé que todo es parte de mi imaginación, hace menos de dos horas que conozco de la existencia de esta pulguita que crece dentro de mí y ni siquiera sé de cuánto tiempo estoy, ni qué será, nada; pero las ansias ya se apoderan de mí, me provocan náuseas. De pronto me siento estafada por las películas o novelas donde la chica presenta los síntomas muy fuertes, mas luego de enterarse del embarazo estos mágicamente desaparecen; yo no he dejado de sentirme débil a pesar de mi felicidad, me duele todo el maldito cuerpo y quiero dormir mil horas. ¿Será eso normal? Mientras espero a que Julian acabe una llamada con su madre, entro al buscador en mi teléfono para recopilar muchísima información sobre mi estado. Y sí, es normal que sienta todo esto que me abruma. Es demasiado loco.

—Si tienes problemas con el innumerable, puedes decir que el bebé es de Julian —asegura Sally con esa sonrisa tan bonita que siempre adorna su rostro.

—No podría hacer algo como eso.

—Como quieras. —Se encoge de hombros—. Pero tienes mi autorización si quieres hacerlo sufrir un rato. Ese chiquillo se lo merece por hacer llorar a una mujer tan dulce y buena como tú.

La abrazo fuerte antes de que las lágrimas salten, antes que me interrumpiera descubrí que mi

evidente sensibilidad también se debe a pulguita, como decidí bautizarlo. Sus palabras me enternecen, me hacen comprender que no estoy sola en esto y que así como estos maravillosos amigos que tengo me quieren, también querrán a mi bebé. Yo siento que lo adoro desde el momento en que supe que estaba aquí. Eso es, repito, demasiado loco. Unos brazos enormes y confortables nos envuelven a ambas, cualquiera pensaría que Julian no es un tipo de abrazos, pero la verdad es que es bastante de piel, lo cual es beneficioso para mí con sus mimos curativos.

—Ya, basta de amor o la haremos llorar y arruinaremos el maquillaje.

—¿Segura que no quieres ir? —pregunto a Sally—. Aún tenemos tiempo.

Ella vuelve a negarse, alega su exceso de trabajo como editora en un periódico emergente. Nos dedica unas bonitas palabras de despedida, unos cuantos besos para su novio y nos vamos rumbo a uno de los momentos más esperados de mi vida, uno que puede ser muy feliz o muy agraz. Todo depende de la perspectiva.

—No me respondiste antes —asevera mi amigo una vez en el taxi. No quiero volver a eso, no quiero pensar en cosas tristes o complicadas porque los nervios de la boda ya son suficientes para mis alteradas emociones—. Eloísa —vuelve a llamar.

—No lo sé, Julian, no me complicaré con eso ahora.

—Está bien, pero él debe saber.

—Eso está claro, solo no creo que este sea el día.

Asiente sin mirarme, sé que él sería incapaz de comentarle, no comparten una gran amistad a pesar de que parecen estar en tregua. Sin embargo, por las dudas, le pido prudencia y discreción; en estos tiempos ya no puedo confiar en nadie lo suficiente, ya no puedo entregarme por completo cuando conozco cara a cara la traición de las personas que más he amado. Es triste que te arrebaten la confianza, que te dejen con la intuición alerta, el corazón marchito y un constante remolino de preguntas que jamás tendrán respuesta si no te arriesgas a buscarlas, ya me cansé de encontrar decepciones cada vez que intento hallar lo bueno de las personas.

X

El salón del hotel donde será la ceremonia está hermoso; elegantes candelabros dorados caen desde el techo otorgándole un estilo clásico que combina con la fachada del lugar, la alfombra del mismo color encauza el camino hasta el lugar donde mi hermano dará el *sí* en un par de horas, decorado con hermosas orquídeas moradas cuyos pétalos también adornan cada centímetro que pisamos. Todo parece mágico, reluciente. Me dirijo al salón donde será la fiesta, con los nervios latentes como si la boda fuese mía; en este la decoración es más moderna, continúa el patrón de las flores por todos lados, pero la iluminación es mucho más potente, aunque no menos fantástico que el primer lugar. En mi inspección rápida por la zona, me percaté de la presencia del protagonista de este día. Víctor parece sacado de una revista de bodas o del pastel, depende de cómo quieran verlo, la cosa es que luce impecable con su traje negro y con su peinado hacia atrás que alisa su cabello rubio a la perfección, no lleva sus típicas gafas enormes, así que deduzco que se puso sus lentes de contacto para la ocasión. Sin embargo, no está solo, ¿cómo podría estarlo si su mejor amigo está en la ciudad? Bennet, a su lado, no deja de observarme, me siento culpable de no percatarme de él al instante o de no quedarme prendada a su mirada oscura como solía suceder cuando nos encontrábamos en la misma habitación. Le saludo con cortesía con un simple beso en la mejilla cuando llego al lado de ambos, quienes comparten miradas incómodas que no me molesto en interpretar.

—Mírate —le digo a mi hermano—, pareces de mentira.

Él ríe, a pesar de todo, extrañaba muchísimo el sonido de su risa.

—Tú también estás guapa —comenta, imitándome. Me acurruco en su pecho que siempre se siente cómodo a pesar de las heridas que dejó en mí. No nos vemos desde el incidente en mi antiguo departamento, cuando me enteré de una de las tantas cosas que ambos me ocultaban, por lo que se siente muy bien tenerlo cerca tras haberlo perdonado a medias—. ¿Estás bien?

—Mucho —respondo, miento en parte. Me siento mejor desde hoy a pesar de mi estado—, ¿y tú? ¿Nervioso?

Los nervios lo carcomen, lo sé por su risa, por el leve temblor en sus manos, por los ojos vidriosos de la emoción ante la presencia de un día que hemos esperado por tanto tiempo. De reojo observo a Ben, que no deja de mirarme como si jamás lo hubiera hecho, me siento algo intimidada por su insistencia, ¿siempre fue así o es ahora que lo estoy notando?

—¿Podemos hablar?

Que me pida aquello me enfurece más que otra cosa, porque hoy no es un día para hablar sobre la mierda que flota entre nosotros, además, no estoy dispuesta a seguir oyendo las mismas palabras que me ha repetido desde que nos reencontramos. Sé que me extraña, sé que es difícil para él, ¿preguntará si ha sido difícil para mí también? Quiero creer que lo hará, quiero creer que la distancia en este periodo le ha afectado, supongo que es cierto eso del que no se arriesga no cruza el río, pero cuando estoy por meter los pies al agua, una voz dulce nos interrumpe.

—¡Lucy! —exclama Rosie con esa sonrisa bella que me es imposible no imitar, mas esta falla un poco al ver el estúpido yeso en su brazo. Luce hermosa de todos modos, supongo que es genético.

Corre hacia mí con ese entusiasmo que la caracteriza y me abraza con un solo brazo, con todo ese amor que solo ella puede entregar. Me derrite por completo cuando comenta que me ha extrañado, así como yo la extrañé y me alegra muchísimo que se vea igual de feliz a cuando me fui, supongo que todas las decisiones que he tomado valen la pena si puedo hacerle un bien a un ser tan puro como Rosie. No merece nada de lo que sus padres acarrearán... yo tampoco lo hago. Y hablando de sus padres, cuando levanto la mirada, los bonitos ojos verdes de la súper modelo esposa de Ben me observan con curiosidad, dejan de lado toda la hostilidad que me demostraron la primera vez que nos vimos en el aeropuerto. En estos momentos de incertidumbre es que me encantaría poder leer mentes, así sabría exactamente qué decir cuando la mujer se planta frente a mí con toda su regia presencia sin emitir palabra alguna.

—Beatriz, me alegra que hayas venido —comenta mi hermano. ¿Percibirá también la tensión o seré yo y mis delirios de persecución?

—Gracias por invitarme, está todo muy bello.

—Veníamos a ver las flores —dice Rosie—. ¿Vamos, Lucy?

La niña me toma de la mano y es imposible negarme, me guía hasta el pequeño escenario que le sigue a la improvisada pista de baile, hasta que su voz vuelve a sorprenderme.

—¡Mira, mamá, son como las flores que papá lleva a casa!

¿Como se disimula un corazón roto?

A la distancia veo la palidez del rostro del aludido y el contoneo perfecto de la mujer que lleva casi toda su vida caminando con una elegancia envidiable; el vestido negro, sobrio, ajustado a la medida, delinea sus curvas con exquisitez mientras yo me hundo cada vez más en mi miserable existencia demasiado corriente para esta diosa que ha decidido bajar del Olimpo a compartir con nosotros los simples mortales. Es obvio que Ben y Beatriz hacen una excelente pareja, ¡joder, si hasta sus nombres comienzan con la misma maldita letra!

Intento largarme apenas llega a mi lado, mas me lo impide, ¿de qué otra forma desea humillarme ahora?

—Tranquila —dice, de seguro percatándose de mi sobresalto, de mi evidente estado de alteración—, no quiero atacarte, no soy la ex loca ni nada de eso.

«Claro que no eres la ex, amiga, eres la esposa, ya me quedó claro».

—En ese caso, la ex loca sería yo. Tú eres la esposa.

Me costó decirlo, me costó muchísimo, pero ya lo dije y mi conciencia me reprende porque no debería hablar de esas cosas con ella, no debería mostrar debilidad, aunque es lo único que tengo para ofrecer en estos días. Realmente no me siento capaz de pasar por esto, ruego que Víctor se percate de lo que sucede y me saque de aquí. No puedo tener tan mala suerte, ¿verdad?

—En estos momentos solo soy la mamá de su hija, ese papel no define nuestra relación —asegura tan casual como puede estarlo para esta extraña conversación—, tampoco debería definir la de ustedes. Ya le dije a Bennet que a mí no me importa lo que haga con su vida, ni con quien la comparta, pero por el momento necesito que esté conmigo.

Insisto en que esto es demasiado raro. ¿Me está diciendo que quiere que su marido tenga una amante? ¿Por qué mierda me rodeo de gente tan malditamente rara? No quiero escucharla más, no quiero otras confusiones en mi cabeza ni vivir emociones más fuertes que el orgullo que siento por mi hermano en el día de su boda. Levanto la cabeza sin dejarme intimidar, sin dejarle ver las dudas que plantó en mi mente con unas cuantas frases. No quiero que ninguno de los dos, Ben o Beatriz, tengan influencia en mi vida, en mis decisiones. La teoría, en cambio, es más sencilla que la práctica, porque le he dado tantas vueltas a lo que dijo en este medio minuto que ni cuenta me he dado cuando Vic me intercepta en el pasillo de este enorme lugar.

—¿Por qué no fuiste a buscarme? —le reprendo con un golpe en el hombro. Ya me da igual que sea su boda, el infeliz se lo merece—, ¿sabes lo incómodo que fue eso?

—Lo siento, no pensé que te diría algo, ella suele ser muy callada.

—Olvidalo, Víctor, tenemos que hablar, ahora, ya. Es urgente, no puede esperar porque siento que me ahogaré si no te cuento esto.

Él me sigue hasta el jardín del hotel sin hacer preguntas, cosa que agradezco porque debo ordenar mis ideas antes de que mi mente se desplome. Hace días pensé que tal vez necesitaba un psicólogo, un par de citas, nada importante; ahora confirmo que tal vez necesite más de dos, porque tengo un revoltijo de ideas y emociones que no sé si podré soportar sin sufrir un colapso. Agradezco no toparme con Ben, mi madre o cualquier otro indeseado en el camino, porque lo que estoy a punto de hacer requiere toda mi atención, toda mi energía.

—¿Qué sucede, Ely? Me llevas casi corriendo. —Volteo ante la voz de Víctor hasta mirarlo a los ojos. Espero no cometer un error, pero es mi hermano, necesito decirle al único amigo que he tenido durante toda mi vida. Me aseguro que no haya nadie escuchando y...

—Estoy embarazada —suelto sin más, sin anestesia.

Uno. Dos. Tres. Cuatro...

No dice nada. Ninguna maldita palabra sale de su boca en todo este tiempo, ¿cuánto ha pasado ya? Casi un minuto, un minuto en que lo único que hace es mirarme. Ni siquiera puedo definir su mirada, solo está ahí, parado, con los orbes fijos en mí, como si fuese un retrato y no una persona de carne y hueso. No reconozco el momento exacto en que mis manos se posan sobre mi vientre, protegiendo instintivamente la vida que se está gestando ahí dentro.

—¿Estás embarazada? —habla por fin y al parecer yo lo hago en chino. Sin embargo, asiento con un leve movimiento de cabeza para luego verme envuelta en los brazos protectores de mi

hermano mayor. Me acaricia el cabello con esa delicadeza con la que me mimaba cuando éramos unos niños, cuando jamás se nos hubiera pasado por la cabeza que le diría que sería tío el mismo día de su boda—. Te estoy abrazando para no ir a estrangular a Bennet.

—Pero Ben no es el padre.

—¿Qué? —Me suelta de inmediato.

—Es broma, es broma —ríe al ver su cara mutar—, sí lo es, pero no puedes decirle nada aún, a mamá tampoco, por favor.

Luego de jurarme mil veces que no le dirá a nadie, vuelve a abrazarme, me manifiesta lo feliz que está por verme feliz, sus luceros se humedecen por unos segundos, es divertido verlo intentar serenarse porque, según él, no quiere gastar las lágrimas que de seguro derramará al unirse a Jenna para toda la vida. Me recuerda que puedo contar siempre con él, para cualquier cosa, incluso me ofrece la posibilidad de dejar de trabajar si lo deseo para poder cuidarme bien y no estresarme con eso, pero no es una opción para mí, me sorprende que lo entienda a la primera.

—¿Y qué harás con Bennet? Según su versión de la historia, no existe un plazo para que Beatriz se vaya —declara—, ¿piensas esperarlo siempre?

Y este es el momento que tanto he temido. ¿Pienso esperarlo siempre? No conozco la respuesta, solo sé que muchas cosas han cambiado desde que estamos lejos; mis sentimientos siguen ahí, palpitan al compás de mis latidos. No obstante, después de todo lo que he conocido y descubierto, ya no puedo ponderarlos de la misma manera, ya no puedo solo actuar en nombre del amor.

Suspiro. Ojalá nada de esto hubiera sucedido.

—No quiero pensar en eso aún. Quiero tener paz en este día tan bello para ti, quiero que los dos seamos felices con las cosas que se nos vienen por delante.

—Sí, pero él debe saber.

“Lo sé, hermanito, lo sé”.

—Entendería si ya no lo quisieras —insiste—, eso no evita que sea el padre de esa criatura.

—Esto no tiene que ver conmigo, ni con mis sentimientos.

—No, pero él aún te ama.

—Yo también lo amo, siempre voy a amarlo.

—Pero... —Odio muchísimo esa palabra.

—Pero el amor no siempre es suficiente, Víctor. Antes lo creía, ahora solo creo lo que me hace bien y pensar que el amor es la respuesta a todos los problemas me destruirá tarde o temprano.

Víctor suspira también, es una charla deprimente dado el contexto en el que estamos.

—Pase lo que pase, Eloísa, no le temas a amar ni a ser amada. Si las cosas con Ben no fueron bien, no significa que estés destinada a fallar en esto. Mírame a mí, tantas decepciones antes de Jenna y ahora estoy a minutos de casarme.

—Lo sé, hermano, jamás le temería al amor, hay muchas cosas en la vida a las que tenerle miedo, afortunadamente, el amor no es una de ellas.

EL AMOR DESPUÉS DEL DOLOR

ELOÍSA



Pasa su brazo por mis hombros mientras caminamos de vuelta al hotel, somos tan diferentes que cualquier extraño pensaría que somos pareja en vez de hermanos y, al decirlo, nos reímos dejando de lado cualquier sentimiento de angustia que antes pudiésemos percibir en el aire. En eso, recibo un mensaje de Jenna en donde me ruega que vuelva a la habitación porque su madre la tiene al borde de un ataque de nervios, así que me despido de mi hermano y camino rápido, evito mirar a cualquier lado en caso de toparme con indeseadas sorpresas. Es una suerte llegar al cuarto sin novedades.

Siempre me pareció increíble la belleza que se plasma en el rostro de las novias a minutos de casarse, existe una plenitud, una absoluta felicidad e ilusión de que todo saldrá bien y que pasarás el resto de tu vida con la persona que amas. Exactamente así luce mi cuñada, radiante, serena a pesar de los lloriqueos histéricos de su madre y hermanas al verla tan perfecta para su día especial. Me dedico a retocar el maquillaje de todas debido a las lágrimas que se han derramado, yo he tenido que armarme de valor para no soltar unas cuantas con todas las emociones fuertes que abundan a mi alrededor. La mano me tiembla a ratos y temo estropear a alguien en vez de ayudarlo, por lo que tomo un descanso cuando una de las primas de Jenna llega a relevarme.

—¿Quieres algo de beber? —me ofrece la novia. Acepto un vaso de agua que su madre no tarda en tenderme—. ¿Agua? No, en mi boda no, mínimo una copa de champán.

—Es que estoy sensible del estómago, te dije apenas llegué.

—Ay, sí, cierto, es que me han dicho tantas cosas hoy que ya estoy abrumada.

Intento calmarla sin palabras, solo con un suave masaje en sus hombros tensos, lo que me agradece relajándose en la elegante silla que luce más costosa que todo el departamento que comparto con Julian. Me comenta lo estresada que está con lo que se le viene encima, con la mudanza a Portugal, los preparativos para la boda, el alejarse de su familia, conseguir empleo en otro país, aprender una lengua extraña para ella; ignoro el dolor punzante que se apodera de mi vientre mientras ella habla. Hoy es su día, no el mío.

—Ya le dijimos a Layla del traslado, se puso histérica.

—No me sorprende, aunque Víctor no me dijo nada al respecto —medito. Tal vez por eso no le he visto ni la punta de la nariz a mamá, debe estar sentida en algún lugar, ocultándose de su primogénito.

—Aún se siente culpable por todo, supongo que no quiere molestarte.

Me disculpo para ir al baño porque el dolor se ha vuelto insoportable, como una molestia menstrual aumentada al mil por ciento. Respiro profundo un par de veces, intento calmarme lo más que puedo en este lujoso baño y cuando lo consigo, el alboroto fuera me hace salir a espiar. Ya es tiempo de bajar.

El corazón se me acelera un montón cuando vuelvo a verlo a solas, como si de pronto despertara de su siesta y reconociera a su dueño, a Bennet, a mi Bennet, a ese que me sonrío de esa forma tan suya, a ese que me observa como si no existiera nada más en el mundo, a ese que me tiende el brazo para que camine junto a él, como si no hubiese sucedido nada, como si la vida no hubiese transcurrido para ninguno y continuáramos amándonos con absoluta alevosía. Ahí está él, más guapo de lo que recordaba, más cálido que de costumbre, me transmite con sus ojos oscuros todo el cariño que nos hemos declarado en la distancia, todo lo que nos hemos anhelado. Sin embargo, al dar un par de pasos dentro de la habitación donde nos esperan los invitados, las palabras vuelven, las mentiras, las omisiones, los celos, los rencores, aquellos detalles que continúan destruyéndonos a pesar del tiempo, a pesar de la innegable conexión que poseen nuestras pieles. Es injusto que piense en eso justo ahora que lo tengo a mi lado, pero es difícil olvidarlo cuando cada recuerdo que compartimos está opacado por el egoísmo y la aflicción.

—Estás hermosa, lucero.

Mentiría si dijera que su voz no me causa nada, de pronto ya no sé si la revolución en mi estómago es causada por ese inconfundible tono o por las náuseas. En cualquier caso, es incómodo percibirme tan alterada cuando hace minutos no tenía más que indiferencia para él.

—Gracias.

—¿Podemos hablar luego?

Asiento porque noto a varios curiosos observándonos, entre ellos, nuestras madres y la esposa del hombre que tengo al lado. No dejo de sonreír aunque esté fingiendo y cuando acaba mi marcha, soporto la ceremonia con el nerviosismo acompañado de la pesadumbre abdominal incesante. Es de esperarse que derrame lágrimas en los momentos álgidos de emotividad, ver a mi hermano quebrarse y le declara su amor a esta asombrosa mujer puede sensibilizar al corazón más duro, por eso, al ver su sonrisa de felicidad, no puedo hacer más que sentirme de la misma manera.

Durante la comida y los brindis no disfruto demasiado, el olor de los mariscos nunca fue de mi agrado, ahora mucho menos, por lo que solo como un poco de ensalada. Entretanto, Julian aleja todo aquello que pueda molestarme, es el mejor amigo del mundo. Cuando los bailes comienzan ya me siento algo mejor, mas no dejo de pensar que si todo mi embarazo será así, se convertirá en una tortura tarde o temprano, una hermosa tortura. Y hablando de hermosas torturas...

—¿Quieres bailar? —pregunta Bennet con esa mirada a la que jamás le he podido negar algo. Tomo su mano con determinación y me pongo de pie, tambaleante.

«*Pulguita, no es hora de que te hagas notar, por favor*».

Let her go suena de fondo, ¿podría ser la canción más adecuada para este momento?

—Creo que la canción es bastante acertada —comenta, como si leyera mi mente, tras envolver mi cintura con sus manos que tantas otras veces me han tocado, pero que ahora se sienten tan extrañas, tan nuevas.

—¿Lo crees?

—Lucy...

—No quiero hablar de eso, Ben, por favor, no me arruines este día.

«*Así como has arruinado tantas otras cosas*». Mis pensamientos me abruman, últimamente

son tan negativos que me asustan porque yo no soy así. Soy Eloísa Santana, la mujer que se ríe de sus problemas hasta que encuentra la manera de solucionarlos; no obstante, con Bennet siempre he sido inestable, él me arrebató la paz. ¿No debería ser lo contrario? Como dice Julian, lo único que debería alborotarme son las hormonas, no amenazar mi equilibrio.

Me disculpo para ir al baño, de pronto vuelvo a sentirme mal, necesito escapar o acabaré hundiéndome en un mar de pesimismo indomable. Odio este sentimiento, odio sentirme vulnerable, odio que no asuma que hace las cosas mal y odio que no venga tras de mí cuando huyo de él, que no se esfuerce, que no haga preguntas, que no me haya invitado jamás a una cita real con todo aquello que sabe que me gusta, pero al parecer decide ignorar. En ese momento algo hace clic en mi cabeza y es tan fuerte que me golpea.

—Perdona, ¿estás bien? —comenta preocupada, tanto así que no vi la pared de concreto que chocó conmigo, no yo con ella, que quede claro.

Al levantar la cabeza, noto que la pared tiene unos bonitos ojos pardos y luce espectacularmente bien.

—¿Nelson?, ¿qué haces aquí?

—Nada, solo viajé muchos kilómetros para estrellarme contigo.

—Al menos no lo hiciste en vano —refunfuño, acomodándome el cabello.

—Ven a sentarte un rato, fue duro el golpe, ¿segura que estás bien? —insiste. Siento un pequeño mareo al asentar, por lo que obedezco y me ubico a su lado en uno de los sofás de la recepción.

—No respondiste mi pregunta.

Él sonríe de forma encantadora, de seguro así conquista a todas las chicas que babeán tras su sombra.

—Víctor me invitó a su boda, nos conocemos hace años y aprovechando mis vacaciones, hice un fantástico viaje por carretera —dice con total relajación, qué envidia—. De seguro te hubiese encantado.

—¿Viniste conduciendo desde California?

Afirma con una sonrisa mientras comenta con mayor detalle su viaje, como venía solo, tuvo que parar con frecuencia a descansar, por lo que demoró más de dos días en llegar; dormía en su auto o en algún motel que le quedara de paso y piensa devolverse apenas acabe el evento, ya que no piensa quedarse con Bennet y Beatriz en Prince Lake como pensaba hacer en un inicio. Es descabellado, pero lo invito a hospedarse con nosotros para que descanse un poco más, aunque tendrá que dormir en el sofá, acepta muy feliz.

—Eres la persona más amable que conozco, yo podría ser un asesino en serie y tú me invitas a dormir a tu casa.

—Entonces soy más ingenua que amable.

—No —dice tajante—, si fueras ingenua te hubieras quedado en California esperando a Bennet por siempre mientras lo ves pasearse muy feliz con su flamante familia perfecta, tú, en cambio, te alejaste, buscaste otros horizontes.

Guardo silencio porque no quiero hablar sobre eso, es como si de pronto todos supieran nuestra historia y yo quiero dejarla intacta, libre de las malas lenguas, de los curiosos imprudentes, libre de cualquiera que desee alterarla. Es una suerte que mi dolor de estómago se dignara a aparecer, porque esta charla se dirige a un camino que no quiero transitar; me remuevo en el asiento, tomo mi vientre con ambas manos causando una preocupación palpable en Nelson que se ve confundido sin saber qué hacer. Julian aparece en ese momento, igual de alterado porque

de pronto bailaba y luego ya no y comenzamos una discusión porque, según él, no es normal que estos cólicos me invadan con brusquedad.

—A lo mejor está con la regla y no quiere decirte —suelta Nelson, encogiéndose de hombros, quitándole importancia debido a su ignorancia.

—Está embarazada.

—¿Estás embarazada? —cuestiona, sorprendido.

—Sí —me quejo—, no le digas a Bennet.

Asiente, se pone de pie y me ayuda a incorporarme también, me eleva en sus brazos cuando nota que es imposible para mí caminar un par de pasos. Mi cabeza está nublada, en realidad no quiero pensar en qué es esto que padezco, si es normal o no, solo ruego a Dios que mi bebé esté bien, que por favor no me arrebatase este pequeño pedazo de felicidad que se ha asentado en mi vida de penumbras. Cierro los ojos aspirando el aroma de Nelson que me entrega la calma necesaria para serenarme, para dejar de conjeturar y aceptar de inmediato cuando uno de los dos —no logro distinguir cuál— propone llevarme al hospital. Muero de miedo cuando la molestia se agudiza, tengo que aguantarme los gritos, transformarlos en gemidos, tengo que soportar este tormento que me retuerce las entrañas. Jamás creí sentir algo tan fuerte en mi vida, jamás creí que mi cuerpo pudiese resistir semejante dolor. Pero aquí estoy, en algún momento llegamos a emergencias, las voces de mis acompañantes parecen tan lejanas que me sorprende el poder oír las, aunque no logre distinguir lo que dicen. El calor de Nelson sigue envolviéndome, no me ha soltado desde que nos largamos del hotel sin avisarle a nadie, espero no me extrañen.

—Le avisé a Víctor —comenta alguien, creo que es Julian—, hay que avisarle cualquier cosa. ¿Hablaste con la recepcionista?

—Sí —responde el otro—, sólo tenemos que esperar.

El dolor me da tregua en ese instante, lo siento, pero ya no es tan cáustico como en un principio, al menos logro modular un par de palabras de agradecimiento, un par de disculpas por arruinarles la fiesta y pedir agua, necesito agua.

—No quiero entrar sola —digo luego de un rato en que todos nos quedamos en silencio. Mi amigo y Nelson no tienen nada en común, solo yo, por lo que es difícil que entablen un tema de conversación si ni siquiera se conocen; tampoco estoy de ánimos para hacer de mediadora entre ambos, no cuando el terror se apodera de mí a pasos agigantados, arrebatándome la poca calma que mi pulguita entregaba y que ahora también se ve amenazada ante lo desconocido.

Julian se ofrece a entrar conmigo cuando llega mi turno, me facilitan una silla de ruedas cuando las fuerzas para caminar me abandonan y luego de medir mi presión arterial y temperatura, me ingresan a un cubículo blanco en su totalidad que me recuerda lo mucho que me desagrada el aroma a desinfectante. Es demasiado intenso. Al rato me realizan una prueba de sangre para confirmar mi embarazo, media hora más tarde me llevan a una sala ginecológica para realizar una ecografía transvaginal, lo que me incomoda y emociona. ¡Al fin veré a mi pulguita siendo una pulguita! Sin embargo, toda mi emoción se evapora cuando, al observar la pantalla, no encuentro nada, todo se evapora cuando la doctora, extrañada, comienza a buscar con ahínco en mi interior, todo se evapora cuando pronuncia las siguientes palabras:

—Señorita, usted tiene un embarazo ectópico.

«¿Embarazo ectópico?».

Intento buscar el término en mi mente, mas estoy en blanco, las preguntas realizan una carrera en mi interior, se agolpan rápidamente, inmovilizándome.

—Pero, ¿mi bebé está bien? —decido al final—, porque eso es lo único que me importa

ahora. Podría decirme que tengo a ocho bebés adentro y me daría igual, no me mortificaría si todos están sanitos.

—Eloísa, el feto se encuentra bien. —Suspiro de alivio—. El problema es que está creciendo fuera del útero, en una de tus trompas de Falopio, para ser más exacta.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Esto quiere decir que tu embarazo no es viable, es una suerte que lo hayamos detectado a tiempo, apeas tienes seis semanas, de lo contrario, podrías haber perdido una de tus trompas y con ello la posibilidad de ser madre en un futuro. En este caso el procedimiento es muy simple —continúa—, te inyectaremos una dosis intramuscular de metotrexato para detener el crecimiento y eliminar los residuos fetales...

Sigue hablando, habla y habla, pero yo no tengo idea de lo que dice. Soy consciente del movimiento de sus labios, de su molesto tono de voz, pero soy incapaz de leer las palabras que pronuncia porque de pronto me han arrebatado todas las ilusiones, todas las esperanzas que tenía de por fin cumplir uno de los sueños más grandes de mi vida. Me despojaron la felicidad en un segundo, en un mísero segundo han cambiado de nuevo los planes.

«*No voy a romperme, no voy a romperme, no voy a romperme*», repito en mi mente inagotables veces cuando la aguja traspasa mi piel y el líquido frío recorre mis venas. «*No voy a romperme*», reitero, limpio las lágrimas que no se acaban nunca o tal vez los que no se acaban son los motivos para seguir derramándolas. Lo único certero para mí en este momento es que los sueños nos mantienen vivos, pero no sé si tengo deseos de seguir soñando, no sé si tengo la fuerza para volver a intentarlo, no sé si quiero intentarlo.

—Puedes volver a tu fiesta —dice la doctora—, aunque no debes beber alcohol ni realizar demasiado esfuerzo físico. Tal vez presentes un leve sangrado, si es abundante debes venir de inmediato y ya te agendé una cita para la próxima semana, ya que necesito mantenerme al tanto de tu nivel hormonal. ¿Tienes alguna pregunta?

«*¿Por qué mierda me pasan estas cosas a mí?, ¿por qué me quitó lo único que me hacía feliz?, ¿por qué la vida es tan malditamente injusta?*».

—No.

Al salir Nelson pregunta cómo me siento y solo le digo que bien, no quiero preocupar a nadie, no deseo que me observen con lástima, el dolor en mi pecho es suficiente como para esparcirlo por el mundo, no tiene que cubrir a todos los que me rodean. Puedo lidiar sola con esto. No voy a derrumbarme. En el momento en que me subo al auto intento dar vuelta la página, converso animadamente sobre nuestra ausencia en la boda y hacemos bromas al respecto sobre las conjeturas que pueden sacar los invitados por no estar ahí; de vez en cuando se me caen un par de lágrimas, mas nadie las nota, nadie puede ver cómo todo de pronto se ha hecho trizas y el desasosiego invade mi interior en profundas capas inamovibles. Es increíble pensar que esta mañana me sentía la mujer más feliz del mundo cuando ahora parezco la más miserable.

—¿Volvemos a la fiesta o vamos al departamento? —pregunta Julian.

—A la fiesta.

No quiero hacerlo, de pronto estoy muy cansada para enfrentarme a ese cúmulo de personas, pinto mi mejor sonrisa y apenas llegamos, guardo cualquier amargura para cuando caiga la noche y mis sábanas me envuelvan al igual que la tristeza que parece no querer abandonarme. Me transformo en la Eloísa sonriente, en aquella muchacha feliz llena de sueños y esperanzas intactas que no esperaba verse abatida por las traiciones que amordazaron a su iluso corazón, me convierto en ella, en la mujer que nunca debí dejar de ser.

—¿Segura que no quieres ir a descansar? Debes cuidarte, cuidarlos... —sugiere Nelson cuando mi amigo se adelanta y entra al salón. Nosotros nos quedamos junto a las enormes puertas que preceden el inicio de mi gran show.

—Ya no existe alguien a quien deba cuidar además de mí —me libero—, no estoy embarazada, Nelson.

Él me observa de la manera en que no quería ser mirada. En el fondo lo comprendo, yo tampoco sabría qué hacer al tener frente a mí a una persona tan vacía.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —miento—, solo quiero que acabe este día.

Sus ojos pardo, cautelosos, me repasan el rostro por completo. Me gustaría pensar que aún existe algo de esa luz que todos creían que vivía en mí, por un instante creí que jamás se extinguiría. Ahora solo hay oscuridad. Oscuridad y frío.

Toma mi brazo con una caricia atípicamente tierna en él, su tacto áspero me reconforta, aunque no lo suficiente para sentirme mejor.

—La usas —dice, sujeta la fina pulsera que me regaló en Navidad con sus dedos—, no pensé que lo harías.

—¿Por qué no? Es muy bonita. —Sonríe, no logro imitarlo—. ¿Podrías hacerme un favor?

—No le diré nada a Bennet —se anticipa—, no tienes que pedirlo, sé cuándo es necesario guardar un secreto.

Le agradezco antes de abrir las puertas que dejan ver a una multitud de gente bailando al ritmo de una canción que no conozco, pero que todos parecen disfrutar. No encuentro a los novios por ningún lado, tampoco a Julian o a alguien conocido, solo reconozco a mi madre que habla con la mamá de Ben en una de las mesas y es ahí donde me dirijo. Ambas me saludan con una sonrisa, ocupa todo mi esfuerzo responder de la misma manera, mas parecen no notarlo, sino que comienzan una charla sobre la maravillosa fiesta sin siquiera preguntarse el motivo de mi ausencia. Mamá luce plétórica a pesar de saber que Víctor se va, cuando le hablo al respecto dice que ya lo veía venir, que su hijo había nacido para cosas grandes y que no podía retenerlo cerca por siempre. Sin embargo, le entristece muchísimo tenernos a ambos lejos, por eso, tras meditarlo medio segundo, decido que es tiempo de volver a mi hogar, el lugar que nunca debí abandonar para vivir todo lo que me trajo a este infierno.

Me desprendo de la conversación luego de ver la sonrisa sincera de mi madre y la felicidad bailar en sus ojos al saber que volvería a casa. Es tan fácil reír de ese modo cuando no cargas con tanto sobre tus hombros. Y yo necesito quitarme demasiado peso de encima.

Me pongo de pie de un salto al percatarme de ello. Tengo que liberarme, tengo que comenzar de nuevo, debo encarecidamente ordenar mi vida, enfocarme, seguir, avanzar, tengo que hacerlo o acabaré derrotada sobre el asfalto frío. Nunca he sido de las personas que se dan por vencidas, a pesar de los dolores que he vivido, de todo lo que se me ha arrebatado, he continuado en pie. ¿Por qué iba a cambiar ahora? Sí, estoy triste. Sí, me siento miserable, pero no voy a quedarme quieta ante eso, no cuando aún puedo redimirme por las pésimas decisiones que he tomado desde que abandoné Prince Lake el año pasado.

Lo encuentro saliendo del baño de hombres, luce impecable aún con su look desarreglado y despeinado. Sus ojos negros me captan a la distancia, como si estuviesen programados para localizarme en cualquier situación, porque claramente, por su rostro preocupado, él es el único que ha notado mi desaparición.

—¿Dónde estuviste? —pregunta cuando colisionamos en medio del salón. Los cuerpos

danzantes de nuestro alrededor nos camuflan del resto de los invitados, aunque dudo que seamos el centro de atención—. Te llamé muchas veces, tienes el teléfono apagado.

—¿Podemos hablar afuera?

Él asiente y me sigue sin rechistar, al menos el primer paso fue fácil de concretar.

Odio haber olvidado mi abrigo en la habitación donde Jenna se arreglaba antes de bajar porque el frío afuera me atraviesa la carne, congela mis huesos en cuestión de segundos. Ben, cómo no, pone el suyo sobre mis hombros pese a que no lleva más que la delgada chaqueta del traje, cosa que agradezco.

—He querido hablar todo el día contigo, Lucy.

No dejo que continúe hablando, me aferro a su pecho, rodeo su cuerpo con mis brazos y me inundo con su calor que se siente tan seguro, pero que acaba quemando como el maldito infierno. Tarda un par de segundos en responder mi gesto, no lo hubiese hecho si hubiera sabido lo efímero que sería, lo mucho que significaría.

—Te extraño mucho —continúa—. Sé que no quieres hablar de nosotros hoy, pero debemos hacerlo. He hablado con Beatriz sobre la demanda, no hay nada, no me quitarán a Rosie o por lo menos no si nos mantenemos unidos porque Bianca nos tiene atados de manos y...

—Bennet, espera.

—Es que...

—No, espera —repito—, sé lo que quieres decirme, Beatriz ya me lo dijo, por eso necesito que te calles y me escuches.

Asiente como un niño regañado, yo me alejo un par de pasos para no sentirme tentada por su tacto.

—Me ausenté porque fui al hospital. Tengo que decirte esto porque tarde o temprano te enterarás. Fui al hospital porque estuve muy mal hace unos días y esta mañana me enteré que estaba embarazada.

—¿Qué? —El brillo que inunda sus luceros me rompe el corazón, sé que dije que quería pasar por esto sola, pero no puedo negarle la verdad. No puedo hacer lo que él ha hecho conmigo.

—Estaba embarazada, Bennet, pero ya no —suelto rápido, sin mirarlo, no quiero ver la confusión en su rostro o el momento en que su mirada se opaque—, el embarazo era inviable, y no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Cuando levanto la mirada, me sorprende al encontrar lágrimas caer por sus mejillas, es algo muy doloroso de apreciar, por eso me reprendo a mí misma cuando también comienzo a llorar. Parece que fue ayer cuando hablábamos de tener hijos, pudimos tenerlos, pero el destino es sabio, ha deshecho todos nuestros lazos.

—Ni eso puedo hacer bien por ti, ni siquiera con eso puedo hacerte feliz —se reprocha y me abraza con desesperación. Me cuesta horrores soportar esto—. Perdóname, lucero, por favor, perdona lo que te he hecho. Dame la oportunidad de redimirme, dame la oportunidad de enmendar mis errores. Comencemos de cero, vuelve a casa conmigo, tengamos hijos o no los tengamos, haremos lo que quieras, amor, pero no me niegues la hermosura de tu rostro al despertar, no me niegues ver tu sonrisa por última vez cada noche.

«¿Por qué tiene que ser tan difícil?».

Toma mi cara entre sus manos, esas palmas que tan bien conozco, que tan bien encajan con las mías. Toma mi rostro y me besa con ahínco, con desespero, une nuestros labios de forma certera, mezcla sus caricias con las lágrimas turbulentas que se entrometen en lo que puede ser la última degustación de mi paraíso personal. Su sabor se fusiona con el mío, pero ya no es dulce, ahora sus

besos son amargos, saben a sufrimiento y desolación; se alejan demasiado de la felicidad, del amor y el afecto mutuo que nos envolvía cada vez que nos uníamos con el cuerpo, con el alma.

Al separarnos ya no siento el frío que me carcomía cada vez que no lo tenía cerca y es por eso que mis decisiones parecen más certeras.

—Una vez te dije que jamás podría volver a amarte como lo hice en el pasado —le recuerdo —, en ese momento mentía, no sabía qué pasaría y me arriesgué, te elegí a pesar de que podía salir lastimada. Ahora sé que tenía razón. Contigo fui muy feliz, muchísimo, pero los momentos más tristes de mi vida han sido por tu culpa, Ben, y ya no quiero más penas ni mentiras, ya no puedo lidiar con eso.

—Eloísa, yo puedo hacerte feliz, déjame demostrarte...

—No, Bennet. —Lo freno antes de que continúe con las palabras que sé que dirá—. Entiéndeme, por favor. Entiende que te he escogido muchas veces, pero esta vez voy a elegirme.

Estoy tan segura de mi decisión que las lágrimas han cesado y mi voz ni siquiera tiembla. Le entrego su abrigo y doy media vuelta dejando todo atrás, las promesas, los besos, las palabras de amor eterno que alguna vez recitamos amándonos en la oscuridad; dejo a Bennet en el pasado sin voltear a verlo otra vez, corté el hilo que alguna vez nos unió y que, con tantos nudos, acabó por romperse.

CONTINUARÁ EN ETERNA REDENCIÓN...

AGRADECIMIENTOS

Es difícil recordar a cada una de las personas a las que debo agradecer por la creación de este libro, principalmente porque tardé años en escribirlo, años donde gente entró y salió de mi vida, donde los que permanecieron se merecen más que unas cuantas líneas en las últimas páginas de una novela. Pero haré el intento de incluirlos a todos, porque gracias a ustedes es que hoy puedo tener a este pequeño en mis manos.

Primero que todo, debo mencionar a mi padre, el pilar fundamental de mi vida. Sino fuera por su apoyo incondicional no sé lo que sería de mí. Gracias por existir.

También debo agradecer a Cristóbal, por su paciencia inigualable, por ser el mejor padre para mi hija, por ser el mejor amigo que una mujer puede tener. Son insuficientes las palabras para retratar todo lo que hemos vivido juntos, por eso simplemente te diré lo mucho que significas en mi vida.

Juliana, Fanny, Nicole, mis preciosas niñas. No saben lo afortunada que me siento de haberlas conocido en este mundo de la escritura, son mujeres excepcionales, fuertes y maravillosas. Las admiro profundamente.

A Mel por ayudarme con las correcciones.

Gracias a mi amiga Vane, por resolver mis dudas durante la creación de este libro, por siempre emocionarse con mis logros o mis ideas, por hablarme a cualquier hora a pesar de la diferencia de horarios, por poder llamarte amiga a pesar de la distancia.

A mis lectores de Wattpad, que vieron algo en mí y me alentaron a continuar.

A todos y cada uno de ustedes, gracias por ser quienes son.

ETERNA REDENCIÓN

Ciertamente, las cosas para Bennet no se han puesto nada de fáciles. Luego de que Eloísa se marchara sin dar vuelta atrás, se sumerge en la seguridad de lo conocido. Su vida se vuelve monótona, sin sentido y, a pesar de que estar con su hija le hace inmensamente feliz, no puede dejar de sentir un vacío que no logra llenar.

Beatriz, su esposa ante la ley, no sabe como ayudarlo después de todo el odio que se han profesado, sumado a los conflictos que ella mantiene con su madre, la lista de sus enemigos aumenta al igual que su infelicidad. Extraña su antigua vida, extraña a su prometido. Pero sabe muy bien que debe hacer sacrificios para conseguir todo lo que desea.

A pesar de sus diferencias, encontrarán consuelo el uno en el otro, estrechando los lazos por la mutua preocupación que sienten por el futuro de Rosie.

Al final, ¿compartirán solo un mutuo acuerdo o dejarán el rencor de lado para conocerse como nunca pudieron?